

# ARGENTINA SUPERPOBLADA

Martin Sagraera

---

Libros de América

---





# ARGENTINA SUPERPOBLADA



**Martín Sagrera**

**ARGENTINA SUPERPOBLADA**

La inflación poblacional argentina  
y los traficantes de hombres

LIBROS DK AMÉRICA

Impreso en la Argentina.  
Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.

A veces aumentar demasiado la población de un país es lo contrario de poblar: es disminuir y arruinar la población.

ALBERDI (dos décadas *después* de las <sup>11</sup> Bases")

Las certezas de una época son los problemas de la siguiente. TAWNYE

La duda es la madre del progreso y el salvaje nunca duda. A. GARCÍA

Desprenderse de la realidad no es nada; lo heroico es desprenderse de un sueño.

BARRET

Procuremos errar menos que nuestros adversarios.

MAÍBOROUGH

Pega, pero escucha.

**Epicnrro**

De los males que sufrimos hablan mucho los puebleros; pero hacen como los teros para esconder sus niditos: en un lao pegan los gritos, y en otro tienen los huevos.

HERNÁNDEZ

Las ciencias sociales son el radar que puede prevenir irreparables catástrofes.

VOGT

Una teoría es tanto más válida cuanto explica hechos aparentemente más heterogéneos.

EINSTEIN

Aunque estoy plenamente convencido, no espero convencer a los experimentados naturalistas cuyas mentes están llenas de hechos que han sido considerados todos ellos durante muchos años desde un punto de vista directamente contrario al mío.

DARWIN



## CAPÍTULO PRIMERO

### ARGENTINA ESTA SUPERPOBLADA I

#### *Argentina está superpoblada*

Hemos de confesar al lector que hasta hace poco tiempo este título, por lo que al parecer tiene de exagerado, nos hubiera hecho sonreír. Más aún, en nuestro *Explosión poblacional, economía y política. Malthus, Marx y Suramérica*, recientemente publicado pero sobre el que estuvimos trabajando más de un lustro, pensábamos dedicar una parte a la Argentina como país no sólo distinto respecto al problema de población, sino diferente, subpoblado. Un contacto más inmediato con la realidad argentina nos llevó primero a prescindir de ese capítulo y después, poco a poco, a sustentar la tesis opuesta. Durante meses, a pesar de la acumulación de datos convergentes, nos resistimos a calificar a la Argentina de superpoblada. Incluso después de admitirlo, el título entonces proyectado para este análisis: “Argentina superpoblada: del desierto al hacinamiento” pretendía todavía inconscientemente, rechazar en parte ese calificativo, presentarlo más como una amenaza futura que como una realidad presente e incluso ya cargada de historia. Sin duda, no hay ningún índice simple y satisfactorio de superpoblación. Pero la convergencia en este diagnóstico, no ya “sólo” de los siete criterios expuestos para definirla por las Naciones Unidas (53-XIII-3), sino, desgraciadamente, muchos otros más, nos ha obligado no sólo a adoptar, sino a subrayar ese calificativo.

El subtítulo: *La inflación poblacional argentina y los traficantes de hombres* indica en su primera parte —analizaremos después la segunda— el carácter dinámico del fenómeno. Por su particular imperfección, el estudio poblacional suele ser aún muy estático, y por consiguiente erróneo. El empleo de la palabra “inflación” permite, a partir de un proceso por desgracia muy conocido por los argentinos.

aclarar de entrada que hablamos de una superpoblación relativa, no “absoluta”. Por otra parte, el término “inflación poblacional” ■ indica también la relación que existe entre la población y la economía, hecho fundamental cuyo “olvido” —por razones que explicamos más en nuestro libro antecitado— ha hecho tanto daño a ambas ciencias. El tender a acabar con ese divorcio esterilizante será para muchos el redescubrimiento metodológico más importante de esta obra. Ya Mirabeau dijo que “la teoría de la población es la llave y núcleo de toda la ciencia económica” y entre nosotros Alberdi sostendría que “la población, en todas partes, y esencialmente en América forma la sustancia en torno de la que se realizan y desenvuelven todos los fenómenos de la economía”.

Sobre este punto, y en concreto acerca de la inflación, notó un economista clásico que sobre la población, como sobre la moneda se da un grave error: viendo que abundan donde hay prosperidad, se confunde el efecto con la causa y se intentan multiplicar directamente, con lo que se produce un proceso inflacionario que empobrece al país.

Como hablamos de un *proceso* inflacionario poblacional, también subrayamos que la Argentina *está* superpoblada, contraponiendo esto a una concepción esencialista, absolutista de la superpoblación. Explicamos así nuestra convicción, basada en los datos que presenta remos, de que la Argentina está hoy superpoblada *en las condiciones reales existentes*, no el que en el futuro no pueda aumentar su población; como sostenemos que la Argentina está, empobrecida, no que sea pobre, en el sentido de que no pueda en el futuro aumentar su riqueza. Lo mismo se diga del exceso de población y del empobrecimiento en relación a otros países: no pretendemos ganar ningún campeonato, sostener el evidente absurdo de calificar a la Argentina como la nación más superpoblada o pobre del mundo o de la región; de lo que estamos aún lejos, a pesar de tantos esfuerzos (a)sociales por conseguirlo, es de conseguir los primeros puestos.

De la misma manera que las leyes de población y riqueza en general, superpoblación y empobrecimiento están íntimamente ligadas, y con justicia se ha podido atribuir al denunciador de la superpoblación inglesa, Malthus, el haber escrito un ensayo “sobre la pobreza de las naciones”. El que hoy tengamos que hacer en cierto modo lo mismo de la Argentina, y estudiar “los límites de su crecimiento” —para aludir a un célebre ensayo contemporáneo— no implica que seamos malthusianos; las enormes diferencias que nos separan sólo serán “salvadas” idealmente por los demagogos que intentan meter aquí a todos en el mismo saco, como por otra parte llaman marxistas a todos los que somos partidarios de la revolución social. Pero mientras tengamos tan poca madurez como para seguir temiendo a esos

demagogos y alinearnos ante su hostigamiento en pro o en contra de esas figuras históricas, en lugar de superar su real, personal antinomia en una nueva síntesis, no habrá esperanza de transformar nuestra realidad social. No hay que hacer ya análisis desde Marx o desde Malthus, ni incluso desde la economía o la demografía, como metodologías separadas e incluso opuestas, sino sintetizar de verdad los enfoques parciales como único modo de rescatar la realidad en sus tres dimensiones.

Respecto a la Argentina, el calificarla de “superpoblada” escandaliza a muchos, sobre todo porque equivale en parte a declararla pobre, y pobre en “absoluto”, como se entiende ser la superpoblación. Pero ambas cosas son —y no pueden ser de otro modo— sólo relativas. La Argentina *está* superpoblada, insistamos, como *está* empobrecida, evidencia esta última que reconoce hoy el mismo gobierno, \* aunque por otra parte la niegue implícitamente al negar toda superpoblación.

No son pocos los que aceptan que haya una “pasajera” superpoblación que, con todo, “no es verdaderamente tal”, porque pasajera. “*Bastaría*” que mejorara el régimen político, económico, etc., para que ella desapareciera. Observación tan justa en teoría como absurda en la práctica, puesto que nadie niega eso, como nadie niega que pueda haber más riquezas al decir que hoy de hecho el país *está* empobrecido; pero en demografía se niega la realidad en beneficio de un futuro posible. Posible, pero ni siquiera siempre probable, porque, como la economía, la población *está* condicionada (y condiciona) el entero sistema social, y no es suficiente creer que es fácil, “basta”, cambiar la política, economía o lo que sea para modificarla, porque esos condicionamientos tampoco cambian fácilmente ni por tanto la situación de superpoblación que hoy provocan.

Más aún: como el negar el empobrecimiento del país contribuye a mantener la idea de que estamos en el mejor de los mundos y nada tiene que cambiar, y aumentar por tanto su empobrecimiento, el negar la superpoblación lleva a que ésta sea cada vez más amenazadora (Kautsky). Ya hace tiempo que los explotadores no consiguen acallar tesis como las de Palacios sobre la pobreza en la Argentina; pero todavía han tenido éxito hasta el presente en acallar las voces sobre la superpoblación del país que, como veremos, tanto contribuye a mantener la otra.

Como dijera un patriota sobre Cataluña, “la Argentina *está* enferma del pasado y ya es hora que comience a curarse de esta traidora enfermedad”. Ya en 1912 Torino exhortaba: “abandonemos como engañosa ilusión la idea de que en la Argentina haciendo poco

\* Los originales de este libro fueron entregados «1 editor a fines de 1975. (N. del E.).

se obtiene mucho, pensemos lo contrario, que es menester mucho batallar para llegar a la holgura y a la fortuna”.

En este punto fundamental de la población, el nuestro es el primer libro que de un modo claro, documentado y sistemático proclama que el rey está desnudo, que el mito del paraíso argentino es también falso en este terreno, lo que le asegura —aparte de otras consideraciones— un puesto peculiar como hito, como cambio de orientación en la interpretación histórica de la población y por tanto de la nación argentina, como en cierto modo fuera el libro de Alberdi. Sin duda, a diferencia de aquél, la enorme oposición que esta tesis suscitará entre los intereses oligárquicos podrá llevar, ya sea por ataque directo o por conspiración del silencio, a que su papel se reduzca al de simple “precursor” y no ya de pionero y avanzada de un cambio en la perspectiva teórica y práctica del problema, aunque esperamos de la madurez de los tiempos y para el bien del país que no se demore más tiempo esta tan profunda como urgente revisión demográfica de la Argentina.

El esfuerzo que en diversos aspectos y personas encarna la publicación de esta obra constituye un testimonio tangible de patriotismo, de amor a la Argentina. La intención, sin duda, no basta para probar la verdad objetiva de las teorías aquí sostenidas, para lo que aducimos miles de datos significativos. Pero sí debería bastar para suscitar un respeto que desgraciadamente sabemos de antemano faltarán en ciertos grupos, cuyos miembros, obcecados por mecanismos fomentados también por la superpoblación —como veremos— intentan desesperadamente morir y matar. En su trágica irracionalidad, estos “poblacionistas”, para “defender” y “salvar” la Argentina, no dudan en atacar y condenar a los argentinos, hoy por millares y docenas de miles, mañana —si no reaccionamos— quizá por centenares de miles o millones, a la marginalidad, al exilio y a la muerte.

### *El factor poblacional como “excusa” y “diversión”*

En nuestra obra antecitada hemos denunciado a los oligarcas que en Suramérica achacan a la explosión poblacional todos los males, que en buena parte son anteriores a esa aceleración del crecimiento poblacional, y > también hemos criticado a los izquierdista? que, en una reacción infantil e idealista, niegan toda importancia a? factor poblacional.

Engels, en cambio, lo puso como uno de los dos pilares de la infraestructura social y F. A. Lange sostenía que “la ley de la población es el principio y el fin del problema social”. Más aún qu\* al resto de los izquierdistas suramericanos hay que criticar a los argentinos que aunque denuncian *para otros países* ese argumento-

excusa oligárquico, nuevo como la explosión poblacional, están de acuerdo con los oligarcas locales en la vieja mistificación surameri- cana de atribuir todos los males del país a la “extensión”<sup>f</sup> (Sarmiento), al “desierto” y “despoblación” (Alberdi).

No son pocos, en efecto, los que critican las tesis económicas de Alberdi pero comulgan devotamente con sus teorías poblacionistas, con un eclecticismo que revela una increíble falta de espíritu crítico, ya que una de las normas capitales en ciencias sociales es la que pone de manifiesto la solidaridad entre las distintas partes de un sistema social.

En concreto, Jos mismos que critican con razón el achacar todos los males de otros países al exceso de población se apoyan confiados en quien sostiene con un reduccionismo simplista que ‘ ‘ la población es el fin y es el medio al mismo tiempo’ ’ (Alberdi), y afirma ante la “despoblación del Perú” que “¿Para qué más explicación que ésta del atraso infinito en que se encuentra aquel país?” Lo mismo repetiría gustoso, entre otros defensores de la oligarquía, Paz Soldán: “Todos los males del país, pasados y presentes, físicos y morales, provienen exclusivamente de la falta de población”. El 27 de agosto de 1973 Perón sostenía que: “se trata, todavía, de un país deshabitado en la mayor extensión de su territorio. Precisamente eso es uno de los factores más negativos en el desarrollo y el progreso de nuestro país”<sup>\*2</sup>.

De la misma manera que a la superpoblación, es muy cómodo echar toda la responsabilidad de los males a la despoblación. Nadie diría que es un buen general el que está pidiendo más y más refuerzos en vez de combatir de acuerdo con los que tiene, y de esos generales hemos tenido siempre en la Argentina en lo que toca a la “campaña del desierto” poblacional. Por lo demás, ya veremos que la parte de responsabilidad que corresponde tanto a la despoblación como a la superpoblación no hay que restarla sin más de la de la responsabilidad de los gobernantes, puesto que es en buena parte por su política por la que de ordinario se produce esa despoblación o superpoblación. De ahí que sea hacerles el juego y aceptar sus premisas el decir que el factor poblacional no tiene importancia *para* que no tengan excusas “válidas” con él, puesto que no es ésta una excusa válida, al estar influido por ello. Sin duda, el rápido cambio poblacional está influido, pero no totalmente creado por los gobernantes; porque los políticos no son dioses creadores, omnipotentes, y nunca es suya ‘ ‘ toda la culpa ’ ’, como cree aún tanto pensamiento mágico y demagógico, que estima basta encontrar el “buen papá” para que todo marche bien en casa, con lo que a la larga justifican todo cambio político, todo golpismo, para ver si en la próxima tirada sale ese premio gordo que nunca llegó porque nunca puede llegar.

La incapacidad de muchos críticos izquierdistas les lleva también a querer zafarse del “molesto” —porque no saben encararlo— problema poblacional, y dicen que es ‘ ‘ una diversión ’ que ‘ ‘ basta ’ ‘ cambiar la política, la economía, etc., para’ que se solucione. En nuestra obra antecitada hemos combatido ese reduccionismo esterilizante, que denota una ignorancia tan profunda de los mecanismos sociales. Aquí recordaremos sólo a esos “monocordes”j con Mao Tsc Tung, que hay que saber tocar el piano en política, es decir, poner en juego todos los dedos para tocar todas las teclas.

#### *Nuestra posición ante Alberdi y demás traficantes de hombres*

Quizá no ha habido un libro que haya influido más en la vida de la Argentina que el verdaderamente “básico” de Alberdi. Decía A. Korn que “Las *Bases* han sido nuestro credo común. Ningún argentino se ha atrevido a discutirlos... ni la extrema derecha... ni la extrema izquierda... ni los partidarios de la autonomía provincial o de la concentración nacional... Alberdi ha pensado por todos nosotros”. Por nuestra parte confesamos que durante años recomendamos las *Bases* a nuestros alumnos, no sólo como documento histórico sino como ejemplo a imitar, y que sólo el análisis sobre *Los racismos en América* “*Latina*” nos llevó a dudar de él; todavía al bosquejar por vez primera las presentes páginas creíamos que si Alberdi viviera hoy escribiría un libro como el nuestro.

Está claro que la obra de Alberdi no sería hoy una mera reimpresión de las *Bases*. Como decía hace ya medio siglo el mismo A. Korn: “pero bien cabe preguntarse si a setenta y tantos años de distancia el problema económico argentino no ha experimentado alguna modificación... Los abalorios del liberalismo burgués se han vuelto algo mohosos. .. ¿Seguiremos creyendo que la ley de la oferta y la demanda rige todavía, como a una mecánica amalgama, al trabajo humano!” Hoy Alberdi escribiría, sí, unas *Nuevas Bases*, como apunta A. Korn, pero sobre el mismo principio. Hoy como ayer declararía “sólo soy órgano de las ideas dominantes entre los hombres de bien de este tiempo”, es decir, disfrazado con los ropajes paternalistas y populistas de nuestra época, seguiría siendo órgano de los oligarcas, de los traficantes de hombres. En el campo poblacional no cabrá nunca la discusión sobre si Alberdi fue o no traidor, porque siempre fue fiel... a su clase, la de los traficantes de hombres, como veremos.

#### *Nuestra posición ante el peronismo*

La necesidad de escribir este análisis, interrumpiendo otros estudios que ya habíamos comenzado, se nos impuso ante una serie de

declaraciones y medidas del gobierno peronista respecto a temas poblacionales, medidas que nos parecieron entonces y más aún ahora como muy dañinas para el país. En una primera etapa creímos que se trataba, en buena parte al menos, de *errores*, de *reliquias* de pasados regímenes que estaban intentando *desvirtuar* las verdaderas intenciones del gobierno, al que por tanto nuestro libro podía presentarse como un servicio, lo mismo que para el país, ya que entonces creíamos que los intereses de ambos coincidían en lo fundamental. Tanto la rápida evolución del gobierno durante los últimos meses de vida de Perón y después, como el análisis más detenido del problema nos han obligado a una revisión profunda de nuestra posición.

La evolución política actual es demasiado conocida y evidente para que debamos insistir en ella, además de estar reseñada en parte en estas páginas; el análisis histórico de las políticas poblacionales argentinas, incluida la larga experiencia del primer período peronista, desvaneció todas nuestras hipótesis — *wishful thinking*— de que se tratara de “reliquias”, “infiltraciones”, etc. *No había errores* en la política gubernamental, sino, por el contrario, una coherencia muy clara de los distintos aspectos de su política poblacional entre sí y con los demás aspectos de una política que se remonta hasta la época de la independencia, variando sólo las aplicaciones circunstanciales de la misma, es decir, cambiando sólo lo necesario para no cambiar. De ahí que lejos de poder esperar reconocimiento por descubrir “errores técnicos”, inadecuaciones de los medios a) el fin propuesto, este análisis será combatido por el peronismo por cuanto descubre la *adecuación* de esos medios a los fines *realmente* perseguidos.

El que critiquemos más explícitamente al régimen peronista que a los anteriores se debe —junto al hecho de ser el actual, el que cuenta— a su misma duplicidad, a su maquiavelismo. Los anteriores, sin duda, en general, *peores*, se critican ellos mismos, por sus mismos fines confesados, a la luz del conocimiento histórico actual; mas el peronismo promete un cambio que no realiza ni puede realizar por su misma orientación continuista, que será nuestro fundamental reproche: engañar al pueblo con la esperanza de una transformación que no realiza. En el campo poblacional, más claro aún que en otros por estar menos sujeto a una crítica sería que obligue a disfrazarlo, el “gran acuerdo” del peronismo con los regímenes “pasados” es tan evidente como indignante por la *estafa* que supone a los intereses y esperanzas del pueblo.

Al hablar de maquiavelismo y de estafa no pretendemos insultar, dudar de la honorabilidad de nadie, incluida en primer lugar la del general Perón. Las duras críticas que nos vemos obligados (contra nuestro primer propósito, repitámoslo) a dirigirle, no intentan juzgar en manera alguna sus intenciones personales. Más aún: el indudable carisma de que gozaba ante el pueblo predispone mucho a

opinar en que creía que eran buenas para el pueblo medidas que nosotros estimamos desastrosas, ya que es difícil atraer de ese modo si uno mismo no está convencido. Tampoco resulta complicado comprender cómo podía estar persuadido de la conveniencia de muchas de ellas: ante el injusto reparto de riquezas entre Buenos Aires y el país, desesperando el conseguir reequilibrar lo que otros no supieron o pudieron, se comprende que pudiera considerar como mal menor ‘ ‘ dar la ciudadanía ’ ’ bonaerense a muchos más, aunque a largo plazo, como veremos, esto agrave el problema. También es fácil entender que quien vivió los problemas económicos desde la subsecretaría de trabajo, como él, centrara la solución de los mismos en incrementar el empleo y no la maquinaria, solución que, como analizaremos, puede ser la correcta a corto plazo, aunque a la larga lleva también al empobrecimiento colectivo.

En todo caso, “amigo es Perón, pero más amiga la verdad”, la Argentina. Respetamos la opinión ajena, pero exigimos respeto también para la nuestra. El hecho de que Perón muriera mientras redactábamos el último capítulo de nuestra obra hace en cierto sentido más necesaria esta crítica; los epígonos tienden a ser más dogmáticos que el maestro, y los muertos pesan más sobre los pueblos que los vivos, como muestra la historia de figuras como Jesucristo o Carlos Marx.

### *¿Y si nos equivocamos nosotros?*

No creemos habernos equivocado en nuestro diagnóstico general de la situación. Respecto al tono, al grado, podemos haber exagerado algo en la polémica: encontrando demasiado tendido por una parte el arco, podemos haberlo tendido por la otra más de lo imprescindible para restablecer el equilibrio, como reconociera Engels en economía y Malthus en demografía, sobre lo que también decía Alberdi de sus *Bases*: “los colores de que me valgo serán fuertes, podrán ser exagerados, pero no mentirosos... Algunos quilates menos no alteran la fuerza de la verdad, como no alteran la naturaleza del oro. Es necesario dar formas exageradas a las verdades que se escapan a la vista de los ojos comunes”. Pero, insistamos, por lo que respecta al fondo, a la orientación fundamental, creemos que nuestra posición es exacta.

Sin duda nuestra convicción no es matemática sino, como *toda* convicción en ciencias sociales, incluso —aunque no lo sepan— la délos dogmáticos, es probabilista. Hay posibilidad, pues, como la hay siempre, de que nos hayamos equivocado; pero nuestro estudio no nos permite dar una posibilidad *seria* de veracidad a la hipótesis contraria, a que la Argentina esté infrapoblada en las condiciones existentes. Nuestra convicción se puede comparar a aquella que no.\*

lleva a arriesgar nuestra vida emprendiendo un vuelo con una Compañía seria y en condiciones normales. Con todo, puede haber un accidente. Una larga y coincidente serie de incidentes sociopolíticos y técnicos pudieran modificar las perspectivas, y llevar a que la Argentina necesitara en un plazo breve una mayor población.

Pues bien, aun en ese caso nuestra hipótesis se muestra sin duda mucho más aceptable que la contraria, porque resulta mucho más fácil rectificarla. En efecto: para rectificar a partir de una situación de superpoblación las dificultades son enormes, largas y casi insuperables, aunque se recurra a la expulsión de población (¿a dónde, en un mundo superpoblado!) o a un directo genocidio (que deja una cicatriz perdurable en el cuerpo social restante); pero rectificar a partir de una situación de subpoblación es algo que hoy se puede conseguir en muy poco tiempo, si, al revés de hoy, las condiciones objetivas se prestan a ello, pues la medicina permite hoy incrementar y conservar los frutos de una mayor natalidad y hay también una facilidad creciente para escoger inmigrantes que vengan de un mundo cada día más superpoblado. Sólo esta diferencia fundamental en el modo de poder rectificar en caso de error bastaría para hacer comprender a las personas sin demasiados intereses creados en el tema (en el campo económico, intelectual u otro), la importancia que tiene nuestra tesis, y considerarla con la atención correspondiente.

Más fácil es que nos hayamos equivocado en nuestras opciones políticas, aunque no hayamos militado nunca en ningún partido. Una múltiple experiencia profesional en ciencias políticas nos ha enseñado, junto con una larga experiencia vivida en múltiples países, la mayor probabilidad de error en la materia. Por ello nos esforzamos por distinguir en lo posible, incluso en materias de *política* de población, las mucho más claras y seguras conclusiones demográficas de las políticas. El lector que acepte, en buena parte al menos, nuestras tesis poblacionales, podrá elegir, por ejemplo, el seguir creyendo que el peronismo ha cometido aquí un “error” o “incoherencia” obra de “infiltrados”, y apelar “del rey mal informado al rey bien informado”, estimando que esas tesis que acepta pueden ser útiles no sólo para el país, sino también para consolidar al peronismo.

Deslindar grados de certeza en nuestras conclusiones según los temas tratados, nos parece ser una obra de honestidad científica tanto más necesaria cuanto que nuestra situación personal, junto con indudables ventajas, se presta también a ciertos errores sobre temas aquí periféricos que serán sin duda utilizados para intentar infirmar lo realmente central en nuestro trabajo. Explícitemos pues las ventajas e inconvenientes de nuestra posición.

Nada más difícil de ver, decía Goethe, que «lo que se tiene delante de las narices, aquello con lo que siempre se ha vivido, a lo que

se ha estado acostumbrado a considerar como “natural” desde la niñez. No es pues de extrañar que el que viene de fuera, enfrentándose por vez primera con la situación argentina, como el autor, a los 35 años, pueda ver con *ojos nuevos* y ya desde el principio adultos y críticos lo que a otros pasa desapercibido. También es lógico que pueda enfocar de modo distinto ese aspecto tan importante del problema poblacional argentino que es la migración quien como él mismo es inmigrante.

U

Sin embargo, el que viene del exterior desconoce, carece de ciertos aspectos que sólo el nativo puede tener, y esta diferencia no puede ser suplida del todo — aunque sí, creemos, esté muy suavizada— .por un origen afín, como el del autor: español, con largas estadías en Italia, Francia y muchos países suramericanos, radicado durante años en Buenos Aires y nacionalizado argentino. Esto reúne en cierto modo las cualidades del observador externo y del interno; pero, repitámoslo, no puede hacerlo nunca del todo, y es necesario reconocerlo de entrada, incluso en un ambiente tan hospitalario como el argentino, para que no parezca que pretendemos poseer lo que no tenemos... ni se nos pretenda desacreditar por carecer de lo que no nos corresponde tener.

Sobre las fuentes de nuestro conocimiento para redactar esta obra conocen ya en parte quienes han leído las que publicamos con anterioridad. Sobre las específicas de ésta, basta decir que nunca hemos rastreado con tal intensidad una variedad tan grande de fuentes para redactarlo. Biblioteca por biblioteca, instituto por instituto, ministerio por ministerio, departamento por departamento, técnico por técnico hemos buscado datos que pudieran de un modo y otro relacionarse y completar nuestro tema. Las experiencias al respecto bastarían para duplicar estas páginas, en las que aludiremos en ocasiones a ellas. Aquí sólo queremos mencionar dos hechos:

El primero es que el gobierno actual se ha lanzado a una amplia campaña poblacionista y natalicia cuando aún no se conocen la mayoría de los datos de 1970 e incluso de 1960. Más aún: desde 1966 (sí, desde 1966) no se conocen los datos sobre natalidad en el país. Los pocos e imperfectos que se poseen hasta 1970, centralizados en Salud Pública, no han merecido el honor de una suma total que refleje algo la realidad del país, suma que debimos efectuar nosotros. En economía parecería una irresponsabilidad total el lanzarse a un plan sin conocer a fondo múltiples índices, pero en demografía sucede lo contrario, por razones que irá comprendiendo mejor el lector de estas páginas.

El otro hecho es la Biblioteca Nacional. Instrumento imprescindible para el trabajo intelectual serio, su estado actual refleja y perpetúa el subdesarrollo y dependencia cultural que padecemos. Saqueada y depurada por los que en teoría deberían defenderla, en

buena parte infiltrados *del gobierno* de turno en perjuicio de bibliotecarios graduados sin trabajo, se encuentra muy por debajo de las posibilidades del país. No sólo no renueva sus fondos con compra? al exterior, sino que incluso el depósito legal obligatorio interior es muy imperfecto y tardío, las mismas donaciones se eternizan en la precatalogación, los libros existentes están descolocados y por tanto prácticamente perdidos, los pocos periódicos locales que se reciben no pueden consultarse —y no es broma— sino dos años después, y la misma iluminación de las salas refleja y perpetúa el oscurantismo que en firme continuidad constituye su misión real. Baste decir que no hemos podido consultar en ella ni unas concordancias de la Biblia ni las obras completas de autores como Marx, e incluso obras criollas como los escritos de Perón o el Plan Trienal 1974 - 1977 (¡en junio de 1974!). Aquí, como en otros terrenos, sólo una campaña realmente argentina podrá rescatar esa institución para que sea un estímulo y no un obstáculo a nuestra cultura.

#### *El revisionismo poblacional y la demografía comprometida, socialista*

Las posibilidades de error, las incertidumbres de toda opción política no deben llevar a un agnosticismo ni a una “demografía pura” que favorece al sistema imperante de turno. Tan hipócrita y anticientífico, por no explicitar sus hipótesis, es querer hacer una demografía apolítica como el querer hacer una sociología, economía o jurisprudencia apolítica. El antiguo nombre de la profesión, estadígrafo, mostraba bien su conexión con el régimen estatal, con los estadistas. Precisamente por eso, por su conexión íntima con el gobierno, le resulta difícil a los demógrafos adoptar una posición objetiva, crítica, ante su propio objeto, los problemas de población.

Hablemos claro: en la Argentina, como en otros países, los demógrafos somos pocos. Casi todos nuestros colegas están ligados a instituciones estatales o paraestatales, pues la profesión da mucho menos posibilidades de empleo privado o independiente que otras. Cuando hay una medida poblacional desfavorable para el pueblo, el demógrafo que la critique arriesgará su empleo y cualquier otro de los pocos que puede obtener. A lo más se sentirá feliz si no le obligan a respaldarla con su autoridad y procurará acallar su conciencia subrayando el aspecto descriptivo, técnico, de la demografía, nombre ya escogido (en lugar del apropiado de demología) por regímenes que propugnan “el arte por el arte”, “la ciencia por la ciencia”: es decir, que no se metan en política, que dejen en paz al sistema imperante. Como sublimación de esa castración política casi todos nuestros demógrafos critican situaciones de *otros* países y fabrican interminables cifras, aunque “olvidan” el medir hechos que interesan vitalmente al pueblo y se quedan muy tranquilos por su enor

me producción, aunque hayan gastado así el material del país no en producir herramientas constructivas, sino armas de las que por su textura se prestan más a perpetuar la opresión.

Sin duda, como en el caso de la producción de armamentos, la culpa no es sólo del demógrafo, frustrado demólogo. Por un conjunto de circunstancias, incluidas las más loables que fundadas esperanzas, la crítica social ha descendido en la actualidad en la Argentina, a un nivel más bajo que en épocas como el onganiano. Pero es deber de todo ciudadano, conforme a su profesión, el romper esa consigna de *“el silencio es salud”*, precisamente porque esa consigna está llegando a ser verdadera tanto en el aspecto político como en el fisiológico. Y el demógrafo, cuyo particular silencio han debido señalar los mismos medios de difusión argentinos<sup>3</sup>, ha de mostrar, entre otras cosas, cómo ambos fenómenos están ligados: cómo el hacinamiento de la población exaspera tanto la sensibilidad a los ruidos como las pasiones políticas, la intolerancia que hace mortal el no silenciar la opinión disidente, según indicaremos más adelante.

Sólo los enfeudados a distintos sistemas de neocolonialismo patente o disfrazado que padecemos pueden disimular en ese contexto una explícita toma de posición y considerar como *“falta de decoro”* el decir con Winethrout que *“en nuestro mundo actual no basta ser erudito. Uno debe preocuparse y encolerizarse hasta gritar”*; Sí, no basta que el demógrafo haga cifras: tiene que interpretarlas; y no basta que las interprete: tiene que ayudar a cambiarlas, *“gritándolas”*, escribiéndolas si es preciso por las paredes cuando se le cierran los medios de comunicación masiva al servicio de los intereses antipopulares. Así cumpliremos con nuestro deber.

No terminaremos, pues, nuestra introducción como la del *“Martín Fierro”*: *“mas naide se crea ofendido, / pues a ninguno incomodo / y si canto de este modo, / por encontrarlo oportuno, / no es para mal de ninguno / sino para bien de todos”*. No creemos en esa armonía de intereses y estamos seguros que esto incomodará y mucho a algunos que quieren representar a todos. Denunciar en nuestro campo esa explotación del interés colectivo es nuestro deber. Al lector toca servirse también de esas armas intelectuales de liberación para cumplir el suyo.

### *Últimas observaciones*

Las mismas circunstancias descritas en esta obra han retrasado su aparición por dos años. Si esto le resta algo de actualidad, permite sin embargo una revisión más fría y objetiva de un problema que desgraciadamente no es sólo actual, sino ya secular en nuestro país. Al autor le sirvió esta demora para ponderar, pulir y prolongar sus conclusiones, al mismo tiempo que recogía datos también en otros

países. Esperemos que este lapso pueda servir también para que aumente la cantidad y la receptividad de los lectores. Hace dos años, en efecto, todavía había muchos que creían tener “la” fórmula salvadora; no • era el momento del diálogo, sino de la acción. Los resultados están a la vista. El proceso de desilusión llevará quizás a cuestionarse el valor de fórmulas que no han sido efectivas, aplicables. Podría entonces pensarse en que hay otros enfoques que convendría, quizá, escuchar.

1 En realidad, lo correcto sería hablar de aobrepoblación. La inadecua ción terminológica, tan amplia en demografía, no es sino reflejo de la falta de precisión científica en que los intereses creados mantienen esta importante disciplina.

2 Como un eco, al otro lado del Plata, Luis Seguí declara en su *La inmigración y su contribución al desarrollo* (1969): “Empecemos por decir que la despoblación es una de las causas del empobrecimiento del Uruguay”, “país sin gente”.

3 *Panorama* (28-III-1974) notaba cómo de diez profesionales consultados siete se negaron a responder y los demás estaban contra las medidas poblacionistas del gobierno.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### DENSIDAD Y RENDIMIENTO AGROPECUARIO

*“Un gran país, con baja densidad...”*

Cualquier alusión a la posibilidad de una superpoblación en la Argentina es rechazada por muchos con asombro y escándalo como impensable en un país de casi tres millones de kilómetros cuadrados para menos de veinticinco millones de habitantes. Así, entre mil otros, por A. L. Palacios. Vamos a analizar por qué ese argumento nos recuerda, en su lógica y por los intereses, aquí a veces ignorados, que recubre, el argumento esgrimido aquí por una marca de automóviles, de que era “absurdo pensar en un auto pequeño en un país grande”; argumento que no se esgrimió más después de comenzar la crisis del petróleo, pero que hace poco vimos reencarnado en los pasquines que protestaban contra las restricciones en anuncios luminosos, que permiten se vea la Argentina Potencia, la mayor ciudad “latina”— en “oscuro” olvido de Méjico.

Es lógico que el argumento poblacionista basado en la gran extensión de territorio tenga particular vigencia en un país que, como la Argentina, es uno de los más extensos y además tiene una de las poblaciones peor repartidas del mundo, con enormes espacios desiertos. En efecto: prácticamente nadie se atreve a negar la superpoblación argentina por lo que toca a las grandes ciudades, y en particular Buenos Aires. Muchas de las personas que hemos encuestado nos han hecho de modo espontáneo la distinción: es bueno que crezca la población argentina... pero en el campo, “más allá de la General Paz”\*. Se intenta así respetar el mito “patriótico” de la conveniencia de una gran población y evitar con todo una competencia acrecentada por más población: que haya más gente, se viene a decir en definitiva, *pero no aquí*.

“Que crezca mucho más la Argentina, pero no aquí, en la ciudad”. Este deseo, alimentado por una propaganda interesada, ignora que pone como meta una utopía: cualquier crecimiento de

población y más aún cuanto más rápido sea, lejos de poblar, despuebla progresivamente los campos en “favor” de las ciudades. Este es un *hecho* que se viene realizando *secularmente* en *todos* los países, bajo *cualquier* régimen social y político, incluso los más fuertes y opuestos a esa tendencia, como los de Stalin, Mao-Tse-Tung y Franco. De ahí que el hombre público, el especialista que pretenda ignorarlo muestra a las claras su necedad o mala fe. Y esto vale más aún para la Argentina, en donde el proceso de despoblación del campo y urbanización ha sido más rápido y masivo que en casi ningún otro país del mundo.

Sin duda, como veremos, se puede e incluso se debe frenar algo la tendencia a la despoblación del campo; pero, insistamos, en cuanto tai la tendencia a la urbanización es universal e irreversible, por lo que pensar que un mayor crecimiento poblacional en el país podría servir para poblar territorios desérticos es, como analizaremos en detalle, una dañina utopía.

### *La calidad de los suelos*

El argumento poblacionista que se basa en la gran extensión del territorio se presenta de ordinario bajo la fórmula de la baja densidad media de habitantes por kilómetro cuadrado. Sin duda esto tenía un significado muy concreto e inmediato en la época en que más del 80 % de la población trabajaba directamente la tierra; pero por la misma razón no lo tiene hoy, en que la proporción se ha invertido y más del 80 % de los argentinos ya no la trabaja. La densidad tiene hoy una gran importancia, pero como fenómeno fundamentalmente urbano *dentro de la ciudad*, según analizaremos más adelante. Prescindamos por el momento de ello, e imaginémosnos en cierto sentido que estamos aún en una civilización agraria.

Argentina, dicen con gran convicción esos poblacionistas, tiene una baja densidad: unos 9 habitantes por kilómetro cuadrado; se encuentra pues subpoblada, con sólo un tercio de la densidad media mundial. A este argumento “apodíctico” bastaría oponer otro en su misma línea para mostrar *su* vaciedad (no la de la Argentina). Paraguay y Bolivia tienen una densidad poblacional que es la mitad de la densidad de la Argentina, y sin embargo emigran masivamente a ésta sus habitantes, es decir, esos países se muestran menos capaces de absorber su población que una Argentina más densa. También, en los últimos lustros, docenas de miles de argentinos emigran a países varias veces (Estados Unidos) o incluso varias docenas de veces (Europa) más densos que ella. Luego es necio aducir sin más como argumento para probar la capacidad de absorber población la débil densidad de un país, que en realidad, hasta cierto punto, sirve para probar lo contrario: una baja densidad indica en efecto la *imper*

*meabilidad* de ese territorio, su incapacidad para absorber, en las circunstancias existentes, más población 2.

Por otra parte, el argumento basado en la densidad de un país supone implícitamente que todos los kilómetros son iguales, no sólo desde el punto de vista matemático, sino también, pues, es lo que le daría valor argumental, desde el punto de vista de su capacidad para proporcionar subsistencias al hombre.

¿Cuál es, en realidad, la calidad de los suelos argentinos, comparados entre sí y con los de los demás países? Este es un tema tabú. Intereses inconfesables mantienen aquí dragones sagrados que se alimentan de un patriotismo de raíces religiosas atávicas. Ligado al suelo de donde provenía, del que se alimentaba y al que volvía, el hombre tradicional consideraba sagrada (tabú) a la “madre tierra”. Analizar su valor presupone dudar de que fuera máximo y, como investigar el valor de la propia madre, era ya de antemano sacrilego. En la Argentina, en particular, el culto a la tierra ubérrima, virgen y fecunda, ha sido uno de los pilares más sólidos, como veremos, para mantener, bajo distintos nombres, el mismo sistema. Así, por ejemplo, si todas las tierras son iguales, los grandes terratenientes de ciertas zonas pampeanas no resultan ser tan monopólicos y explotadores: se pueden conseguir otros kilómetros cuadrados para trabajar en la Patagonia, etcétera 3.

La igualdad, la “democracia” entre esos casi tres millones de kilómetros cuadrados se muestra de hecho tan ilusoria como la “igualdad y democracia” entre los casi veinticinco millones de argentinos, *mito que aquel otro embuste contribuye a mantener*. Como escribe en 1967 el Dr. R. Tetu: “Las más importantes fuentes científicas argentinas están destacando desde la última guerra el desigual valor ecológico del territorio en contraste con la convicción colectiva todavía dominante relativa a las casi ilimitadas reservas de tierra y una idílica homogeneidad espacial”.

¿Cuáles son las “clases”, las “castas” de suelos en la Argentina? Según datos del Ministerio de Agricultura se pueden distinguir tres: una zona húmeda, con 680 mil kilómetros cuadrados, una zona semiárida de 400 mil y otra árida de 1700 mil. Según la misma distribución hidráulica, Horacio Castro distingue dos Argentinas, una húmeda, con el 30 % de la superficie y 70 % de la población, y otra seca con el 70 % de la superficie y 30 % de la población. Datos elementales, pero que muestran ya la falacia de querer aplicar a la realidad argentina la abstracción de “personas por kilómetro cuadrado”. Se denuncia con frecuencia, como veremos, el carácter misticador de ciertos índices, como el del ingreso <sup>1</sup> “per capita” que hace pensar en una igualdad económica, aunque ya no son muchos los que se atreven a decir que todos los habitantes de un país están bien y no se necesita más riqueza basándose sólo en ese índice. Sin

embargo, cada día oímos decir que la Argentina está despoblada basándose en que “hay” nueve habitantes por kilómetro cuadrado, *una de las mentiras más grandes que puedan proferirse*, porque lo cierto es que más de las *cuatro quintas partes* de los argentinos, urbanizados, *viven en una densidad cien veces mayor*, y de ellos *la mitad*, en Buenos Aires, *en una densidad mil veces mayor*, y que la concentración aumenta cada día. Nuestro análisis mostrará cómo en realidad, en lugar de ser sinónimo de “país donde hay plata”, de “amplios espacios habitables”, la Argentina parece cada vez más ser anagrama de la tierra que “harta gente hacina”, donde se vive cada vez más apretada y dificultosamente.

### *Las tierras vírgenes, violadas y esterilizadas*

Como al hombre patriarcal la mujer virgen, al agricultor tradicional le fascinaba la tierra virgen. La Argentina virgen fue la imagen que seducía e impulsaba a los inmigrantes. Recordemos el reclamo de aquel traficante de hombres que fue Alberdi: “América del Sur está habitada por un pueblo pobre que vive en un suelo rico”; y medio siglo después, Carlos Pellegrini, al prologarle, habla de <sup>4</sup> \*6889 praderas fértilísimas... que no necesitan más que el brazo del hombre para convertirse, con un esfuerzo mínimo y un gasto más reducido que en cualquier otra parte del mundo, en inmensos campos de trigo ’ ’. Todavía existen interesados cantores de esa manera de concebir las cosas. Ya veremos en detalle cuán calculadas son estas al parecer desmedidas alabanzas, y cuán sórdidos intereses esconden estas al parecer líricas expresiones del más desinteresado patriotismo. Su generosa abertura era el escandaloso negocio del chulo que comercia con Ja virginidad de una niña, incita a violarla y traumatizarla.

Como con las mujeres vírgenes, los “conquistadores” de la primera hora americana, o los que después imitaron sus métodos, so reservaron un número desproporcionado de territorios vírgenes, los más apetecibles; su misma cantidad hizo que los despreciaran: su fecundación fue una violación y con frecuencia ocasionó enormes daños, incluso la muerte de las víctimas.

Este es un fenómeno general, y de los más dañinos del imperialismo, que no sólo roba el pan del colonizado, sino que destroza, esteriliza permanentemente el país. Así ocurrió en su día en España, colonizada por Roma, y hoy al conjunto de América Latina por los Estados Unidos, como analizó hace treinta años Vogt. La Argentina, “granero de Europa\*” fue asimismo, como veremos, progresivamente empobrecida, y como los países excolonizados en Estocolmo en 1972, debería reivindicar indemnizaciones por la degradación de su medio natural (Dumont).

Sólo en la llanura pampeana, por erosión de aire, se calcula en

16 millones el número de hectáreas erosionadas (L. A. Tallarico). La erosión debida a las inundaciones y subsiguiente salinización del suelo, erosión que está por lo demás ligada a la erosión eólica, es aún más importante. Y recordemos que las tierras húmedas están calculadas en 68 millones de hectáreas.

Mientras los grandes terratenientes dilapidaban en una explotación inmisericorde sus enormes territorios, los nativos o inmigrantes que encontraron cercados los mejores terrenos intentaron explotar los otros, sometiéndoles a ritmos agotadores, para los que no eran aptos. Como notaba CIFARA: “zonas marginales para la agricultura fueron sometidas a una explotación irracional... grandes extensiones de bosques naturales fueron desmontadas... un mar de médanos peligrosamente móviles invadió extensos territorios de La Pampa, San Luis, Córdoba y Buenos Aires. Hoy más de 18 millones de hectáreas de tierras forestales, agrícolas y ganaderas están transformadas o en vías de transformarse en enormes médanos que destruyen todo signo de civilización”. Más tarde, el Plan 1965 -1969 calculaba que “la superficie erosionada por acción del viento o del agua, en la región de secano, supera los 34 millones de hectáreas”, es decir, “más del 44 % de la superficie dedicada regularmente a las actividades agropecuarias, y en algunos distintos ese porcentaje supera el 80 %”.

Nativos o inmigrantes, la Argentina es una “nación de aparceros”, donde el que por tanto tiempo la mayoría de las tierras no hayan estado explotadas por sus dueños, arruina rápidamente, como vemos, sus suelos.

Recordemos lo que observara Young: “dad en propiedad a un hombre una roca y hará de ella un jardín; arrendadle un jardín y hará de él una roca”. *La erosión social influyó profundamente en la erosión física*. El agotamiento es impresionante, aun en las mejores tierras. Las investigaciones realizadas han permitido comprobar pérdida de fertilidad en los suelos de la región húmeda *que en muchos casos llega al 50* en cuanto al contenido de su material orgánico. El drenaje irracional de las aguas —verdadero crimen económico— ha convertido progresivamente en Pampa seca una parte importante de la antigua Pampa húmeda, que ha sido así desangrada.

Con el mito de la “fecundidad natural”, de la “bondad” de la tierra —como de la madre o la esposa patriarcal— se le exigen grandes rendimientos sin contrapartida, sin ni siquiera defenderla con insecticidas: en Estados Unidos se le da 314 kilos por hectárea, e i la Argentina... 9 (nueve). Menos aún se le proporcionan fertilizantes: en Chile, 192 kilos por hectárea; en Estados Unidos, 172; en la Argentina, 5 (sí, cinco). J. A. Ramos denuncia esta falta de capitalización en abonos de estériles patronos que hacen estériles las tierras, y nota cómo la erosión hace perder la renta diferencial de la tierra argentina.

Desde el punto de vista poblacional el fenómeno es tan claro como grave. Muchas han sido las naciones e incluso las civilizaciones que, con el espejismo de la fecundidad de las primeras cosechas en tierras vírgenes, se lanzaron a campañas de expansionismo poblacional. La población fue creciendo cada vez más, mientras disminuía progresivamente la fecundidad del suelo, al que cada vez se exigía por otra parte un mayor rendimiento para subvenir a las necesidades crecientes de la población, *hasta provocar una crisis a veces mortal*. Platón, por ejemplo, atribuía a ello la decadencia de su cultura, y en América no parece fuera otra la suerte de los mayas.

En nuestros días un país aún más extenso que la Argentina se embarcó en una campaña de tierras vírgenes. Medio millón de voluntarios ayudaron a cultivar 35 millones de hectáreas; las primeras cosechas fueron relativamente buenas, aunque a costos muy elevados; después hubo que renunciar en buena parte a ello porque esas tierras se convertían en llanuras polvorientas. Nos referimos a la Rusia de Krushev. También en Cuba el intento de alcanzar zafras récord pesó mucho sobre el conjunto de la economía, como se reconoce ya. Hoy en la Argentina el gobierno peronista habla de planes en Río Negro, donde “podríamos asentar hasta un millón de personas” (Llambí, 30-IV-1974), e incluso de asentar en el campo 15 millones de personas en 25 años. No negamos que sea posible, e incluso conveniente, colonizar algunas tierras; pero *tememos con fundamento se reproduzca a escala gigantesca la trágica experiencia de los pioneros individuales argentinos*, que tampoco consiguió evitar la experimentada planificación soviética. Y en todo caso, como vemos por el ejemplo aducido, el tipo de explotación permanente que se conseguiría no permitiría asentar sino sólo una cantidad muy pequeña de nuevos pobladores.

Mucho más fácil y menos costoso y más productivo sería realizar una verdadera reforma agraria, repartiendo las tierras que hoy usufructúan los grandes terratenientes a campesinos individuales y cooperativas. El gobierno peronista, por razones para nosotros obvias, no realizará una seria reforma agraria. Pero aunque ésta se hiciera, la experiencia de otros países muestra cómo la reforma agraria no sirve para dar empleo, asentar muchos pobladores nuevos. Las encuestas de las Naciones Unidas muestran que las realizadas en países muy diversos no llegan a largo plazo a dar tierras sino a unas pocas docenas o centenares de miles de familias, muchas de las cuales ya trabajaban en esas tierras. Más aún, la racionalización del cultivo, su relativa maquinización, lleva a *disminuir* el número de población requerida.

El que no sea una solución al problema de un aumento de población no quiere decir que no convenga realizar la reforma agraria basándose en otros motivos y acabar con el latifundio que impide,

como el progreso de población, el desarrollo técnico en el campo. El censo agropecuario de 1952 señalaba que el 62,2 de la superficie destinada a explotación agropecuaria estaba trabajada por arrendatarios, aparceros y otras formas de trabajo por personas que no son las propietarias del terreno y “¿cómo puede hablarse seriamente de tecnificar, si quienes debieran ser los ejecutores directos de la tecnificación, o no son propietarios interesados en ella o no poseen la menor parte del campo argentino i” (CIFABA).

### *Economía, agricultura y población*

Quienes quieren que se engendren muchos hijos o invitan a muchos inmigrantes para que vayan al campo parecerían indicar que tienen cifradas sus esperanzas en la expansión del sector agropecuario. Lo contrario sería opuesto a las ideas humanitarias actuales: tener hijos para dedicarlos a los sectores deprimidos que nosotros no queremos trabajar, o engañar si se puede de ese modo al extranjero.

Veamos pues la proporción del sector primario en el producto bruto interno: en 1895, 37 %; 1914, 25%; 1947, 19 %; 1970, 13 %. Es decir, que este sector contribuye *sólo con poco más del 10 % al producto bruto interno, la mitad de lo que hace sólo una generación, y la tercera parte de lo que hace sólo 80 años.*

En términos de empleo, aún más claro por su conexión inmediata con el fenómeno poblacional, el sector primario ocupaba en 1869 el 41% de la población activa; en 1895, el 39%; en 1914, el 29%; en 1947, el 26 %; en 1970, el 16 %, y en 1973, según el Plan Trienal 1974 -1977, no llegaba ni al 12 %. Es decir, que mientras hay poblacionistas en el actual gobierno que pretenden emplear en el campo nada menos que 15 millones de personas en los próximos 25 años, est campo argentino (como todos los demás en el mundo) cada vez ofrece menos posibilidades de empleo, se va despoblando, hasta no quedar en él, en 1973, sino un millón de trabajadores. El incremento de la población activa en el sector, que en 1868 -1895 era aún del 40 % respecto al total de la población activa, era ya en 1945 -1955 de sólo el 8 %. Fenómeno mundial, repitámoslo, e irreversible, que sólo podría frenarse en parte con una redistribución más justa de la tierra, ligada, como vimos, a una mayor tecnificación.

La falta de tecnificación, la escasa productividad agrícola, es la que ha motivado, *en parte*, el éxodo rural a la ciudad en los últimos decenios, en que el equipo por hombre y por hectárea disminuyó proporcionalmente en la Argentina (CIFABA) 4. La baja productividad ha quedado en parte enmascarada por el hecho de que eso éxodo de los que cultivaban tierras más pobres a la ciudad ha aumentado el promedio de productividad de las restantes. La superficie dedicada a grano disminuyó de 1935 a 1958 en un 32 % y la pro

ducción de cereales en un 10 % en un período de 20 en que la población del país aumentó en un 50% (CIFARA). La producción “per capita” de cereales bajó en tres quintos de 1900-1904 a 1960 -1964.

Muy significativa es también la disminución de las áreas cultivadas, no sólo en cereales, sino también en general: de 1947 a 1960, mientras aumentaba en un 25 % la población del país y también el número de explotaciones, la extensión en cultivo, antes en expansión, descendió en 2,3 millones de hectáreas; es decir, que *el país agrícola se achica, se encoge*, se concentra en lugar de extender más y más conforme al cliché comúnmente recibido. Y ese saldo sería aún más negativo si no se hubieran añadido al cultivo durante el período 1940 - 1954 1.250.000 hectáreas, cifra que, como se ve, fue casi tres veces inferior a la de las pérdidas sufridas en el período (Plan 1965 - 1969). *De 1935 a 1962 el número de áreas sembradas por habitante descendió*, de 2,1 a 1,1; es decir, *a la mitad*, y *las toneladas producidas por habitante*, de 3,4 a 1,7; es decir, *también a la mitad*.

La colonización de nuevos territorios es sin duda, repitámoslo, deseable, pero no llevaría a repoblar de modo *masivo* el campo, pue« para que se haga en condiciones hoy aceptables pide un equipo, un capital muy considerable (mucho mayor en promedio que para empleos urbanos), capital que es en todas partes escaso. La manera de poblar de modo masivo los campos sería reducir de tal manera el nivel de vida de la gran mayoría urbana que se viera obligada a lanzarse al campo, medida inhumana, antieconómica —incluso a nivel temporal, de “zafras”— y de la que no existen por fortuna precedentes en gran escala; o bien el discriminar a una parte de la población, creando “colonias agrícolas” con distintos métodos de campos de trabajos forzados.

Además de otros intereses que iremos desenmascarando, los reaccionarios roussonianos que predicán una utópica “vuelta a la tierra” están manipulados por los grandes terratenientes. A éstos les interesa mucho una mayor población para tener una mano de obra barata, que no les obligue a embarcarse en los costes y riesgos de la mecanización. Se recordará el análisis de Ricardo sobre cómo la baja del coste de producción agrícola tiende a disminuir la renta de la tierra, por lo que “el interés del terrateniente es que aumente el costo de producción” (Malthus, *Economía política*). Ya Petty mostraba que los terratenientes, ante la baja de las rentas, eran hostiles a las mejoras agrícolas (Marx, *Historia de las teorías sobre la plusvalía*). El incremento de población favorece también a los terratenientes, al aumentar, ante la creciente e impostergable demanda de productos alimentarios, el porcentaje de ganancia en sus productos.

Cuando el Plan Trienal 1974-1977 habla pues de repoblar el campo, de un crecimiento anual de la población ocupada del 1,0 %, “lo que significa cambiar la tendencia histórica”, ya sabemos a

quienes favorecerá ese ‘ cambio ’, si se realiza. Será un cambio para no cambiar, para mantener el peso de los sectores tradicionales. Y no cabe duda que a largo plazo, los medios se adecuarán a los fines y serán tan asociales, tan antipopulares como ellos.

*Población y problemas alimentarios: de la carnicería a la verdulería*

En este punto al menos, podría pensarse, no cabe duda que la Argentina no tiene problemas alimentarios graves. Más aún, el argentino es famoso en el mundo por su buena alimentación, que ha contribuido a formar un tipo físico que por su estatura, vigor, etc., compite con el de los países más desarrollados. Estadísticas recientes colocaban a la Argentina en tercer lugar en el consumo de calorías, con 3090 calorías por habitante (Molinario). Parece que estamos a mil leguas de un San Salvador, en donde miles de manifestantes reclaman no ya un salario mínimo, sino una dieta mínima; o una Colombia, en donde, en varios departamentos, las muertes debidas directamente al hambre pasan del 15 % de la mortalidad general.

¿Resulta pues algo exótico el querer organizar, como en el período del último (hasta 1974) gobierno militar, una “marcha del hambre” en la Argentina? ¿Es sólo un rasgo de humor sin sentido el de los cartelitos que abundan ya hace tiempo con el dibujo de un trozo de carne y la leyenda: “Argentino ¿esto es un bife!”, o con una vaca y el lema “Animal prehistórico argentino”? Desgraciadamente no es ese el caso. Al precio actual de la carne pronto tendremos en la Argentina sólo vacas sagradas, intocables, inalcanzables. En las provincias de San Juan y Chaco, entre el 3 y el 9% de todas las muertes se atribuyen al hambre, que contribuye al 34 % y más del resto de los decesos (*Clarín*, 4-XI-1973).

Una investigación interamericana de 1960 encontró deficiencia nutricional en casi el 40 % de los decesos infantiles de San Juan, e incluso el 57 % de los del Chaco. Y para quienes no puedan ir tan lejos, los vientres hinchados de niños de las villas miseria bonaerenses podrían ayudar a abrir los ojos, descubrir que *el hambre no es por desgracia extranjera en la Argentina*. Pero aún hoy, como al protagonista de *Nacha Regules*, de M. Gálvez, se declara extremista al que debe reconocer que es falsa la creencia de que nadie pueda morir de hambre en la maravillosa Argentina, en donde en 1970 *se registraron* 2393 muertes por esa causa, y más del doble de casos tan graves que exigieron internación (H. A. Kotliar y J. C. Escudero).

La misma adecuada alimentación de muchos argentinos se man- tiene a un precio muy caro: *los obreros de Buenos Aires gastaban en alimentos el 60 % de sus ingresos en 1960, e incluso el 62 % en 1973*, a comparar con el 61 % de Colombia, el 50 % en Honduras, el 47 % de El Salvador, el 40 % de Santiago de Chile, el 33 % de

España y el 22 % en los Estados Unidos. Para mantener ese nivel alimentario, el argentino medio sacrifica así rubros tan esenciales como el de la vivienda; y a pesar de tantos esfuerzos es indudable que el argentino medio come cada día peor. La importación de alimentos, 8,2 % del total importado en 1935 -1939, era en 1967 - 1969 sólo el 1,4 %, a pesar de la baja global del de las importaciones. En dólares, fueron por 40 millones en 1928 y sólo 3 en 1960. Respecto al consumo interno, el de la carne vacuna, que era en 1937 -1939 de 119 kilos por persona, bajó ya en 1940 -1944 a 106, en 1960 - 1964 a 80 y en 1972 a 62. Es decir, *en menos de cuarenta años, el consumo de carne por habitante en la Argentina se ha reducido a la mitad i.*

Refleja y tipifica este fenómeno sin precedentes en su importancia y rapidez *la reconversión! de las carnicerías en verdulerías.* ¿Cabe síntoma más claro —y grave— de superpoblación que este paso de una alimentación carnívora a una herbívora? ¿No sirve de nada toda la experiencia histórica? Recordemos con Santayana que quienes olvidan la historia están condenados a repetirla. Nada más caro que la experiencia.

Para que no quepa duda que no se trata sólo de un cambio de dieta sino de una degradación general de la alimentación, observemos que en las dos décadas anteriores a 1961 el consumo promedio de calorías en la Argentina bajó de 3.240 a 2.860, es decir, más del 12% (FAO). Los sucesivos gobiernos argentinos han dirigido —fomentando o resignándose al fenómeno— ese cambio, con medidas directas, como (hoy que ya no se cumple la Cuaresma) con la tristemente famosa y siempre actual veda 8 o con infinidad de medidas “ indirectas<sup>1</sup> desde la elevación del precio de la carne hasta el apoyo a dietas vegetarianas, ‘ macrobiótica’ El Plan Trienal 1974 -1977 dice que quiere aumentar el consumo de carne en diez kilos por persona y año en tres años, pero la verdad es que esto no parece muy coherente con otras medidas del gobierno, y en particular con la política poblacional de Perón: “El factor humano —decía el 14-VHI-1974— es un factor de riqueza más importante que todo lo demás. Tenemos cincuenta o sesenta millones de vacas, pero qué hacemos con eso, de qué nos vale eso. Lo que necesitamos es tener cien millones de argentinos, que eso vale por los sesenta millones de vacas”. Esto nos recuerda la actitud del clero colombiano, que declara pecado impedir la concepción en las mujeres y la inseminación artificial de las vacas. Nosotros creemos, por el contrario, que conviene que las vacas sean más prolíficas que las mujeres si no queremos vernos obligados a una dieta vegetariana empobrecedora... o devorarnos unos a otros. Recordemos que *ya no hay sino dos vacas por persona en el país, contra tres hace cuarenta años y más de cinco por persona hace ochenta; Perón propugna ahí menos de media vaca...*

mientras que por otra parte se dice se incrementará mucho el consumo de carne. ¿Esperará realizar en el desierto otra multiplicación milagrosa? Hace tiempo que en la Argentina se acabaron las vacas gordas; si se adopta una política poblacionista pronto no quedarán ni vacas flacas, *habrá que ir a verlas al zoológico*. Nada hay más cierto, como analizan Sauvy y Morris entre otros, que cuando crece la población ya no caben los animales, y la alimentación se vuelve exclusivamente vegetal, como en el sureste asiático o. En la Argentina el Dr. Tetu nota que si en el desierto hay hoy ganado, cuando los argentinos seamos 50 ó 60 millones los desalojaremos para colocarnos nosotros. Tránsito doloroso, pues no sólo implica un empobrecimiento en la dieta, una degradación de la misma contextura física de quienes lo padecen, sino que exige un mayor trabajo agrícola, más duro y agotador, precisamente cuando quienes deben realizarlo están ya peor alimentados.

### *El límite poblacional de las subsistencias y el empleo*

La capacidad alimentaria es el límite último y omnipresente que, ligado a otros, como veremos del espacio, determina la capacidad máxima de personas que pueden vivir en un momento y lugar. Pero antes de llegar a ese límite “natural” (que depende también de técnicas agrícolas, transportes, costumbres de consumición, etc.) las sociedades colocan otros límites culturales al crecimiento de población, basándose en consideraciones militares, políticas o económicas.

En las sociedades occidentales contemporáneas, capitalistas o marxistas, ese límite a la población es —se dice— de naturaleza económica. Según la frase repetida por todos los economistas clásicos, incluido Marx, y que encontramos ya en Hobbes, la producción de hombres sigue a la demanda de los mismos “como cualquier otra mercancía”. El marxismo reprochará incluso a Malthus el ignorar esa ley propia del sistema capitalista, cuando en realidad Malthus dice, contra Ricardo: “Yo he notado siempre que la población puede ser superabundante, y muy superabundante, en relación a la demanda de ella y los medios de soportarla, aunque pueda ser considerada correctamente como escasa, y muy escasa, comparada con la extensión del territorio y los recursos de ese suelo para producir más medios de subsistencia” y “me parece perfectamente claro en la teoría, universalmente confirmado en la práctica, que el empleo de capital puede, y de hecho con frecuencia pone un límite a la población mucho antes de que exista ninguna dificultad real para procurar los medios de subsistencia”.

Sobre este punto capital para nuestro tema debemos observar que esa ley de población capitalista es propia también de los sistemas mercantilista, esclavista y en general de todos los que no se basen

en una economía de autoabastecimiento directo, sin mecanismos monetarios u otros, de los productos de la tierra. A nivel mundial este régimen de autoabastecimiento es preponderante en muchos países subdesarrollados, lo que hace que en ellos *predomine* también la otra ley de población. En la misma Argentina, en 1970, casi la mitad de las personas activas en la agricultura no son asalariados, aunque a nivel nacional los asalariados sean más de dos tercios del total de activos, por lo que la población global se rige mayoritariamente *en el aspecto económico* por la ley capitalista 10.

Es corriente concebir de modo ingenuo, espacial, o bien de modo jurídico, a lo que se presta su nombre, la relación entre la “ley” de población, basada en la subsistencia, y la “ley” económica basada en la demanda de empleo. Se imagina, dice y actúa entonces como si por aplicar *antes* una ley, la otra fuera inoperante, innecesaria. Este error es tan grave y lleva a una concepción tan superficial del problema de la población como el confundir el valor de una mercancía con el determinado por la oferta y la demanda de la misma en un momento dado, y no por el coste de producción y eventual mantenimiento de la misma, aunque ambos valores puedan coincidir en un momento dado. De manera semejante, como queda indicado, en el sistema económico imperante la cotización del factor trabajo sigue estando determinada, más allá de las fluctuaciones coyunturales, por el coste de producción y mantenimiento de las nuevas “piezas de Indias” que son los obreros.

Cuanto menos cueste producir (procrear) y mantener trabajadores, menos será en promedio el valor del factor trabajo, y esto es lo que orientará fundamentalmente la oferta y la demanda, sujetas en lo accidental a fluctuaciones coyunturales. Es decir, que la ley reguladora de la población por el límite de subsistencias no queda “abrogada” cuando actúa la ley que la limita según la capacidad de empleo, ni queda en reserva como una segunda muralla de contención, por si falla la primera, sino que sigue actuando siempre en modo directo en la determinación del número de población.

Su papel es no sólo activo, sino también preponderante en el capitalismo primitivo, en donde el “nivel de vida” tenía un significado muy concreto de “nivel de subsistencias” y el obrero gastaba casi todo su salario en alimentación. Los años de pan caro eran años de salario “caro”, porque debían subirse para que no se murieran todos literalmente de hambre, faltos del “pan nuestro de cada día”.

Se comprende que los economistas “clásicos”, clásicos defensores-- res de la burguesía industrial, intentaran disimular cada vez más la dependencia que en el campo poblacional como otros tiene la industria respecto de la agricultura. Los economistas actuales, casi todos defensores (pagos o ideales) de los países industrializados de cualquier color, desprecian aún más fácilmente el papel de la sub

sistencia en la determinación del nivel de población, puesto que los alimentos, como vimos en los Estados Unidos, no llegan ahora a consumir ni la cuarta parte del salario medio de los trabajadores. “Olvidan” que ese bajo costo e importancia del condicionamiento alimentario se debe al deterioro de los términos de intercambio entre productos agrícolas y productos industriales. *Y aún mucho más grave es que ignoren, desprecien o incluso traten de “diversión colonialista” la dependencia del nivel de población de las subsistencias los economistas de países sub desarrollados, exportadores casi exclusivamente de productos agropecuarios* (en la Argentina, más del 95 % del total de las exportaciones durante este siglo) y en donde el coste de las subsistencias vimos llegaba a absorber la parte del león en el salario obrero (el 60 % y más en la Argentina).

Añadamos, sin que esto pueda justificar ese defecto, esa dependencia servil (económica o cultural, material o ideológica) que muestran también la generalidad de nuestros economistas, que las condiciones propias de la Argentina favorecen más el mantenimiento de esta mistificación. Porque el que el trabajador argentino emplea la mayor parte de su salario en la adquisición de alimentos —y así las subsistencias determinen en forma preponderante el nivel de empleo y de población— no se debe a que, como en el capitalismo primitivo europeo o en la actual Colombia se encuentre él en general en una situación alimentaria límite, al borde del hambre, sino a su costumbre de alimentarse bien, que mantiene a costa de sacrificar otros consumos importantes. No se ha de hablar aquí ya del “pan de cada día” o del maíz o papas, sino de la carne, de la “canasta” familiar. Liquidando viejos mitos, y aunque sea difícil tragar tan amarga píldora, ese 60 % y más del salario empleado en alimentación muestra pues en forma irrefutable cómo en la Argentina *el nivel de subsistencias determina predominantemente el número de población, más aún que en países peor alimentados y más poblados, como Venezuela y España.*

Ante este hecho, es evidente que para fomentar la población habría que abaratar, real y no sólo nominalmente, el coste de los alimentos, la canasta familiar, como ya en 1912 propusiera Torino. Pero esto es difícil en las condiciones sociopolíticas y económicas imperantes, imposible incluso si se quiere hacer de un modo significativo y permanente. Por eso, aunque proclamen su decisión de hacerlo, es probable que los poblacionistas que padecemos pongan más fe en una medida económicamente “malthusiana”, proponiendo una reducción del “consumo irracional” de carne, como lo hizo Perón, al pedir a las amas de casa que insistan en otros tipos de carne que no sean la vacuna... como si los otros tipos de carne sobrarán y, de orientarse a ellos la demanda, no fueran a repetirse con ellos los mismos problemas, Nos recuerda la anécdota de aquella princesa

francesa que, al informársele que el pueblo se amotinaba porque faltaba pan propuso que tomaran tortas.

Ya vimos cómo el consumo general de carne se iba “racionalizando”, racionando, hasta ser hoy la mitad de hace cuarenta años. No negamos incluso que sea irracional, excesivo en ciertos grupos argentinos (manipulados por la presión del medio y por una hábil propaganda) en relación a sus medios reales actuales de subsistencia (e incluso su salud); es decir, creemos que sería más útil para ellos escoger un sistema de alimentación menos costoso, que les permitiera cubrir mejor otros rubros. Pero para que hicieran esto tendría que haber una conciencia nacional de la escasez de recursos de todo tipo, de la necesidad de ahorrar, etc., lo que es incompatible con la propaganda privada (comercial) y pública (estatal) que le induce en otros campos a una adquisición desproporcionada con sus recursos reales de productos y de población, incapacidad de ahorro que le ata de pies y manos al que cada día le da, o le promete que le va a dar de comer.

La reducción del consumo de carne tendría que estar acompañada de una visión realista de las condiciones precarias de la Argentina actual, incompatible, desde el punto de vista del interés del pueblo, como veremos, con un llamado urgente a aumentar la natalidad y la inmigración. Los intereses asociales que pretenden continuar con el mito de “la Argentina rica” no pueden pedir menos consumo del producto sino en lucha contra el “derroche”, “despilfarro” y “consumo descontrolado de la carne” (Perón, 14-1-1974), lo que parece un poco fuerte si se tiene en cuenta que, repitámoslo, el consumo ha bajado ya a la mitad del que había hace 40 años, y que la mayoría del salario se invierte ya en productos alimentarios. ¿Será zonga o malvada la gente, que se encapricha en despilfarrar lo que tanto le cuesta! ¿Volveremos a los descarados anuncios oficiales del último gobierno militar, que ponía listas de precios utópicos a los productos y criticaba al pueblo de ser el culpable de encarecer la vida por no encontrar ese santo Grial! En todo caso, resulta impresionante el cambio entre el Perón del discurso electoral del 27-VIII-1973, en que vimos denunciaba verdadera delincuencia el precio puesto por los vendedores - a la carne, y este Perón de cuatro meses después, ya en el poder, que acusa a los consumidores de despilfarro.

Concluamos notando que la experiencia histórica muestra la enorme resistencia de los pueblos a modificar su régimen alimentario, sobre todo para empobrecerlo. Como observara entre otros Marx, los obreros ingleses, acostumbrados a tomar carne, eran desplazados y en la práctica preferían morir de hambre antes que adoptar la dieta de papas de los inmigrados irlandeses. Fenómeno que ya en parte observamos en la Argentina contemporánea con la inmigración

de obreros de países limítrofes, que aceptan trabajar por un salario inferior por mantenerse con una dieta de costo inferior.

1 Veremos cómo, de hecho, desde 1947 al menos, el crecimiento de la misma ciudad de Buenos Aires se realiza "más allá" de la General Paz, en el Gran Buenos Aires.

2 Se vorá pues cuáles son verdaderos "pretextos invocados [que] ofenden la inteligencia"; si los nuestros o los que, como Galeano, apelan a los espacios vacíos y afirman que la población no tiene nada que ver con el desarrollo porque Uruguay crece poco en población y está en crisis, como si el factor poblacional tuviera que serlo o todo o nada. Aún más elocuente, Sonis, representante de la Argentina en conferencias internacionales, deduce directamente de la densidad del país "que no existe el más remoto peligro de superpoblación..." Sobre la seriedad científica de este autor basta su observación de que, \ puesto que casi todos los tratados de población empiezan citando a Malthus, "en tren de originalidad, nos hemos propuesto no citarlo para nada". Mientras estos "expertos" representen los intereses del país, no es necesario decir lo que pasará.

3 Sobre la Patagonia escribía Darwin: "La esterilidad se extiende como verdadera maldición sobre todo este país, y hasta la misma agua, corriendo por un lecho de guijarros, parece participar de esta maldición. Hay también muy pocas aves acuáticas; pero ¿qué alimento podrían encontrar en estas aguas que no dan vida a nada?" Y Viedma informaba que eran "regiones bastante adecuadas para las bestias salvajes que las ocupaban, pero muy poco para suplir las más mínimas necesidades del hombre". Pero tampoco faltaban entonces "patriotas" que, antes de verlas, estaban dispuestos a declarar que esas tierras eran "un vergel", como el Coronel Villegas (C. E. Crámer).

4 Por lo demás, y esto hace más grave aun el problema, el fenómeno de la erosión creciente, ligado al sistema de "libre empresa", como denunciara Vogt, es general. En el mundo, nota G. Borgstrom, la extensión de desiertos y páramos ha subido de un décimo a más de un quinto en menos de una centuria.

5 Subrayamos el "en parte" porque si bien el menor rendimiento y salario agrícola impulsa a emigrar, como veremos, la falta de mecanización mantiene un nivel de empleo relativamente alto en el sector agrícola cuando no hay otras posibilidades de empleo.

6 Perón decía el 27-VII-1973: "Nos basta ver a qué precio se vendió la carne... ésa es la verdadera delincuencia".

7 En los Estados Unidos el proceso fue inverso: en cuarenta años se duplicó: de 57 kilos, en 1928 a 113 en 1970, fecha por la que se consumían • 95 kilos en Francia, 85 en Alemania, 73 en Inglaterra, etc.

8 En los últimos meses de 1974 se suprimió la veda y aumentó el consumo de carne debido a disminución de compras europeas de este producto. Ni qué decir tiene que ese factor coyuntural no afecta para nada a la tendencia a largo plazo aquí esbozada, aunque siempre habrá quien intento tergiversarlo.

9 Se nos ha afirmado que la Sociedad Protectora de Animales Argentina alimentaba antes a los que estaban abandonados; hoy los elimina con gas: del bien vivir al bien morir, he ahí un tránsito muy significativo.

10 Subrayamos lo de "aspecto económico" para indicar que se trata de un sector, y no se caiga en el error frecuente de querer aplicar sin más a la realidad esa abstracción del "hombre económico". Porque es el hombre también político, social, etc- y esos componentes son con frecuencia decisivos en la resultante total, real, de modo que el hombre vivo actúe de acuerdo con pautas que no corresponden a la lógica del sistema económico en que se encuentra... El olvidar esas interferencias "irracionales" en la teoría económica lleva a errores prácticos muy costosos.

## CAPÍTULO TERCERO\*

### LA POBLACION EN LA INDUSTRIA Y SERVICIOS

#### *La industria moderna ya no necesita tanta población*

La industria inglesa, como la japonesa, se nutrió en sus orígenes de la mano de obra barata, que consumía en forma caníbal. La baratura de la mano de obra fue resultado de su abundancia; ésta se debió a la explosión poblacional europea, originada por las nuevas técnicas agrícolas, que permitieron alimentar a una mayor población, y por los progresos de la medicina. La mayor rentabilidad del suelo ante la creciente demanda de alimentos llevó a los terratenientes a cercar sus posesiones y apoderarse de las tierras comunales. Los industriales apoyaron esta campaña de “cercados” que expulsaba hacia la industria una mano de obra a la que la necesidad hacía dócil.

La explosión poblacional ha llegado también a Suramérica. La mayor demanda mundial de alimentos incita también a los terratenientes a incrementar su monopolio de la tierra. Expulsados del campo, los cada vez más numerosos campesinos han de emigrar cada vez más a la ciudad. Pero los intereses industriales ya no los acogen siempre con los brazos abiertos, ni están todos interesados en su proliferación. Ya no se identifica, como en tiempos de A. Smith, la prosperidad con el gran aumento de la población.

En efecto: en la primera época industrial inglesa, el monto de los salarios era el principal costo de producción. Cualquier rebaja en el salario repercutía mucho en los beneficios. De ahí que se procurara dar el mínimo vital al obrero. No tenía importancia que muriera, porque había muchos, ni que no pudiera adquirir productos industriales (sino sólo los alimentos indispensables para sobrevivir un tiempo), puesto que la demanda de productos industriales era amplia en otras clases y en otros países. Sólo en la medida en que estos tipos de demanda fueron disminuyendo los industriales se interesaron más en el consumo del obrero industrial (Keynes, Ford). Esta

tendencia correspondía también a las características del capitalismo avanzado, en el que la inversión por obrero era muy alta y por lo tanto no tuvo ya tanta importancia para obtener grandes beneficios el mantener bajos sus salarios, sino que, por el contrario, convenía elevarlos para facilitar la capacitación técnica que pedían las nuevas y complejas maquinarias y asegurar también su cooperación continua en el trabajo que requería la naturaleza del producto (altos hornos, frigoríficos, etc.) y la estructura de la competencia. Estas mejoras salariales fueron posibles a escala masiva en los países desarrollados por la explotación del Tercer Mundo. De ahí que hoy día -no les interese, como a los capitalistas de los países subdesarrollados, un gran incremento interno de la población.

En los países menos desarrollados la situación es bastante distinta, según el nivel industrial en que se encuentren. Analicemos el caso de la Argentina.

#### *La aristocracia obrera industrial y la sustitución de hombres por máquinas*

La industria argentina, por su desarrollo propio y por la depresión del sector agropecuario, ha crecido mucho en el conjunto del producto bruto interno, del que era en 1935 el 14,8 %, en 1945 el 22,9 %, en 1955 el 30,7 %, en 1965 el 33,9 % y en 1971 el 35,2 %.

Al igual que en otros países, este crecimiento de la industria no ha ido acompañado de un aumento proporcional de empleos en ese sector, sino, por el contrario, de una disminución relativa: en 1869 eran el 31 % del total de la población activa, en 1895 el 25 %, en 1914 el 34 %, en 1947 el 32 %, en 1960 el 33 % y en 1970 el 31 %. Es decir, que *mientras que el producto bruto industrial se duplica ampliamente en menos de cuarenta años, el porcentaje de personas empleadas en la industria se estanca e incluso desciende a veces en el transcurso de los últimos cien años.*

El estancamiento del porcentaje de obreros industriales respes- to a la población global es un hecho capital para la comprensión de la historia política de los países industrializados. En algunos incluso disminuyó, como en Gran Bretaña, donde en 1881 eran el 50 % y en 1960 el 45 %. El aumento proporcional de obreros industriales sólo se observa en los primeros períodos del desarrollo industrial, como en Colombia, de 1925 a 1966, del 14 al 21 % (ECLA), en Rusia de 1915 a 1955, del 9 al 31 % y Estados Unidos de 1850 a 1910, del 16 al 28 %. E incluso en los primeros estadios de industrialización, el alto grado de tecnificación de los pocos sectores industriales en funcionamiento puede hacer descender el porcentaje de

los obreros empleados en la industria, como en Venezuela, donde en la década de 1950 bajó del 12,1 al 10,6 %.

En la Argentina encontramos un fenómeno en muchos aspectos análogo. El porcentaje de obreros industriales disminuye mientras que el grado de automatización avanza a un ritmo considerable en relación a otros países: cada obrero industrial producía en 1970 2,2 veces lo que producía en 1950; incremento que contrasta con el estancamiento e incluso retroceso de la productividad en otros sectores, como la construcción, e incluso con algunos de la misma industria, como la imprenta. El aumento de la productividad absorbió la creación de 2.5;10.100 empleos que se habrían podido añadir a los 5.071.900 de 1950, y los cambios de estructura absorbieron 359.500 más, con lo que sólo se crearon 1.235.500, bajando en total la proporción de asalariados en la nación (Canitrot y Sebens). Esta desequilibrada automatización es muy superior a la conveniente para el conjunto de los argentinos, que son expulsados o no admitidos en ese sector más rentable por medidas restrictivas, económicamente malthusianas, que propugnan por distintas razones pero no con desigual fervor los patronos y los obreros. A los patronos les interesa tener una mano de obra preparada, segura y adicta *en esos sectores que requieren alta tecnificación*; y a esos obreros les interesa incrementar más aún esa tecnificación para aumentar sus privilegios, que les confirman en su posición de líderes de los demás trabajadores. Así, por ejemplo, el hecho que la CGT no proteste, como veremos hacen los sindicatos de otros países, por los proyectos de inmigración masiva de mano de obra barata se debe al hecho de ser los sindicatos elitistas que la dominan tan poderosos y privilegiados que no tienen qué temer de esa inmigración no especializada, que, antes al contrario, por el fenómeno del colonialismo interno, es precisamente un elemento que consolida ese revisionismo y pacto con sus patronos 1.

Casos como el presente revelan el juego económico y poblacional del sistema. Los países industrializados, en un primer período, enfrentaron los obreros industriales, con privilegios como los señalados, al resto de los trabajadores (ayer sobre todo campesinos; hoy, terciarios), que eran los que tenían que pagar aquel ejército económico que defendía a los capitalistas de sus justas reivindicaciones. El imperialismo permitió a esos países terminar con ese dualismo interno, comprar a prácticamente toda su clase trabajadora en los tres sectores y hacer recaer los costos en el "proletariado exterior" (Toynbee) de los países subdesarrollados. A su imagen, *todo sistema capitalista incipiente recrea el dualismo dentro de su clase trabajadora, compra un número más o menos grande de sus obreros industriales a costa del resto*, sin poder comprarlos a todos por no tener la capacidad económica suficiente para ello, excepto, y en forma parcial, en caso de subimperialismo, es decir, en el de tener la fuerza

suficiente para organizar a su vez países satélites que sean como sus lunas como ellos son planetas del país sol, el imperialista de primera magnitud.

El comportamiento del capitalista respecto al grupo obrero industrial y los otros es parecido al del amo ante el esclavo de la “casa grande” respecto del de la “senzala”. El primero, por estar reservado al contacto directo con el amo, a su servicio y defensa, era tratado con cuidado, bien alimentado, educado, etc. No interesaba, por su coste, que se reprodujera mucho, e incluso se le impide casarse. El esclavo de la “senzala”, destinado a cultivar los campos, era tratado con dureza, como “rústico” y alejado del amo, y se le instaba a reproducirse para aumentar su riqueza. Comportamientos parecidos eran los tenidos por los amos —ellos mismos establecían el parangón— respecto a los animales domésticos, mansos, a los que cuidaban en pequeño número y con frecuencia castraban, y a los animales salvajes, cuya reproducción estimulaban, con la conducta aparentemente contradictoria tenida con unos y con otros, dialéctica que toda visión “sintética”, en promedio, tiende a ocultar, para beneficio de ese mecanismo de dominio. Los mismos esclavos de la “casa grande” o los obreros industriales, convertidos, por la aceptación de su condición de privilegio, en cómplices de sus amos en la explotación mayor del resto de los trabajadores, intentan disimular ese dualismo y oponerse a quienes lo denuncian como a “enemigos de la clase trabajadora”, aunque en realidad lo sean sólo de esa minoría y en cuanto colaboracionista, cómplice en el disimulo de la explotación de todos los trabajadores.

#### *La sustitución de máquinas por hombres, el gran negocio del sub desarrollo*

Si es verdad que los capitalistas consiguen fabulosos beneficios con la automatización, esto se debe a la diferencia que durante un cierto tiempo consiguen mantener entre el coste que antes tenía en el mercado el producto y el que ahora les cuesta a ellos al ahorrar mano de obra, es decir, al suprimir en buena medida aquella parte del presupuesto destinada a los salarios (aunque puedan por eso mismo subir el salario a los pocos obreros que en proporción les quedan).

Sin embargo, la automatización tiene sus límites, no sólo técnicos o de capital, sino porque, a partir de cierto punto los rendimientos son decrecientes, y los beneficios de sustituir obreros por máquinas se aproximan a cero. ¿Cómo salvar el sistema capitalista, amenazado de congelación? El capitalismo vuelve entonces, para remozarse, a sus orígenes, y reorganiza su primitivo sistema de beneficios, del que el progreso técnico no ha sido sino una modalidad

indirecta: disminuye el precio de costo de la mercancía no ya con el ahorro del tiempo de trabajo, sino del pago del tiempo de trabajo, es decir, bajando los salarios; método tanto más beneficioso para el capitalista por cuanto que sus rendimientos son crecientes: no sólo consigue beneficiarse con la diferencia entre el salario anterior y el actual, sino que, cuanto más bajo es ahora el salario, más puede sustituir máquinas por hombres, es decir, tiene menos necesidad de poseer un amplio capital inicial; su capital le rinde pues mucho más.

Claro está que ese ‘ ‘ truco ’ ’ de bajar los salarios no puede practicarlo el capitalista en gran escala en su país, por múltiples y obvias razones. Pero en regiones marginadas todo está preparado para salvar al capitalismo de la anemia de beneficios, y por ello se vuelca con gran generosidad sobre el mundo subdesarrollado, en donde puede explotar a más personas, más intensamente y por más tiempo, factores que explican la fabulosa tasa de beneficio que consigue con ese “cambio de aires”.

La *inversión poblacional* que el capitalismo consigue en los países subdesarrollados equivale, pues, para obtener los mismos beneficios, a una muy superior inversión de capital en su país de origen. Así decía el filonazi Zischa en Colombia: “como centro de energía, abundante en mano de obra, es lugar ideal para la industria”; y un “inversionista” yanqui en el Perú: “la riqueza principal de este país es la baratura de su mano de obra”, dato confirmado por el nativo Monseñor Lituma, que en 1968 sostenía que “Perú debe decir no a la píldora ‘anticonceptiva’ porque necesita muchos para trabajar la tierra”. Se ve pues que todavía siguen teniendo vigencia los más crudos esquemas coloniales heredados de la época hispánica: la principal riqueza de las Indias son los indios, las encomiendas de seres humanos con los que se trafica. Como decía hace siglos Luis Capó: “El pobre del indio es una moneda, con la cual se halla todo lo que es menester, como con oro y plata, y muy mejor”. Aun en 1961 el salario hora promedio en los Estados Unidos era de dos dólares; en la Argentina, 32 centavos; en Brasil, 28; en Colombia, 17; en Méjico, 16, y en Guatemala apenas 10, es decir, veinte veces menos.

Como en todo negocio, en particular tan sucio, también aquí se intenta en general encubrir sus fuentes, que algunos “imprudentes” como los antecitados, revelan. En el aspecto económico se insiste en que las ganancias vienen del progreso técnico y no, como es la realidad, de la eliminación de mano de obra que ese progreso permite en un régimen capitalista a algunos empresarios, mientras que todos los consumidores deben seguir pagando durante un cierto período el precio de un trabajo que ya no se realiza, estafa que los empresarios consideran justa remuneración a su “viveza”. Menos aún se dice que el beneficio del capital en los países subdesarrollados proviene

(aparte del generado con motivo de un progreso técnico, que corresponde al caso anterior) de la disminución absoluta del salario que esas empresas pagan por producir mercancías que competirán así de manera ventajosa con las producidas por países en donde el salario es mayor.

Este proceso se encuentra con frecuencia encubierto por el velo monetario: no se suele bajar el monto nominal de los salarios, sino “sólo\*” se deja de reajustarlos en proporción al ritmo de la inflación; tampoco se dejan de lado las máquinas para poner hombres, sino simplemente se adoptan máquinas a un ritmo inferior al del progreso técnico. De este modo los hechos, al subir cada vez más los salarios y adoptarse mejores máquinas, parecen contradecir a los “impacientes” o “agitadores”. Otro hecho que también los “contradice” es que, al revés de los encomenderos tradicionales, los modernos colonialistas no se disputan los “indios”, sino que dejan a muchos desempleados. Ese fingido desinterés muestra en realidad que lo que les interesa no es la mano de obra en sí, sino en cuanto es barata, y para eso, con la ayuda de gobiernos a quienes ellos han dado armas suficientes para guardar *ese* orden, procuran que la tasa de desempleo no sea menos de diez veces superior a la de sus países de origen: del 3% allá al 30% acá, por ejemplo.

En resumen: todo beneficio propiamente tal, es decir, todo rendimiento que el capitalista obtiene por encima de lo que le corresponde (por su trabajo empresarial, etc.) proviene de una disminución de la parte correspondiente al trabajo ajeno, asalariado, una apropiación de la plusvalía ajena, ya se realice este proceso en modo directo, al disminuir su salario, ya en modo indirecto, al no distribuir en proporción debida la mayor plusvalía conseguida por el progreso técnico.

Hemos de insistir en este punto porque esta explicación tropieza no sólo con la oposición natural de los defensores de los explotadores que, como hemos visto, quieren atribuir el beneficio al progreso técnico, sino de no pocos defensores de los explotados, quienes, con Marx, sostienen que lo esencial de la acumulación capitalista se debe a la elevación de la tasa de composición orgánica del capital, es decir, al incremento de la tecnología, y *no al descenso del costo de la fuerza de trabajo* por competencia entre numerosos obreros. Esta aparente paradoja de la coincidencia de Marx con los explotadores se debe en parte (otros aspectos están analizados en nuestro *Explosión poblacional, economía y política*) al hecho de que él viviera dentro de un sistema de capitalismo avanzado, y no diera cabida en su esquema económico (al revés que en sus obras históricas) al papel jugado por los países “atrasados”, al contrario de lo que ocurrió cuando Inglaterra era todavía un país de capitalismo poco desarrollado (Ricardo y Malthus). Estos, también en aparente paradoja, re

conocen el papel fundamental que juega en la acumulación capitalista el descenso, al menos relativo, del costo de la fuerza de trabajo y, correspondientemente, el papel básico que en soportar el peso del progreso del capitalismo tuvieron esos países, como después hicieron en el mismo campo marxista, Rosa Luxemburgo y Lenin.

La trascendencia política de una u otra concepción es evidente: si los capitalistas sacan sus beneficios sobre todo de una competencia técnica entre ellos, y no de una explotación creciente —al menos relativa al progreso técnico alcanzado— de los trabajadores, los mayores beneficios serán los obtenidos en países desarrollados, independientemente de los atrasados, y allá será donde los obreros podrán con mayor facilidad transformar el régimen capitalista en socialista: no por insurrección contra una explotación creciente, sino como una evolución obvia al irse reduciendo por concentración la clase capitalista. En la segunda concepción, si los capitalistas sacan sus principales beneficios de la explotación de la mano de obra, los mayores beneficios serán los obtenidos en los países subdesarrollados, y es allá donde los trabajadores se levantarán con mayor ímpetu contra una explotación creciente. Al lector toca juzgar cuál de ambas concepciones se ajusta más a la realidad histórica.

### *La dualidad económica y poblacional del capitalismo*

A nuestro juicio resulta evidente que el capitalismo es un sistema *iceberg*, que no puede desarrollar una parte de la sociedad sino a costa de sumergir a la mayoría. Exhibe orgulloso una sociedad de consumo masivo y una aristocracia obrera, pero esconde el hecho de que son una minoría *a escala mundial*, minoría que descansa sobre el trabajo explotado del resto del mundo.

En el campo económico son pocos ya los que se dejan mistificar y creen que el capitalismo quiere o puede llevar la prosperidad a todo el mundo por igual. Pero en el campo poblacional aún reina la mistificación de creer que el capitalismo quiere lo mismo para todos, o incluso se trastruecan sus intereses reales, y se dice que intenta eliminar la población de los países subdesarrollados.

Sin duda se han dado y dan casos de genocidio, cuando las poblaciones son demasiado “salvajes” para someterse al sistema, o cuando abundan de tal manera las personas, como los conejos en Australia, que se convierten en una plaga, lo que cada vez será más real a escala mundial, sin que esta plaga, como explicamos en nuestra obra antecitada, sirva para liberarse de verdad de los explotadores. Pero entre la liquidación total y la proliferación excesiva el capital busca un desarrollo poblacional “adecuado” de los países dependientes que los mantengan en un estado de inflación poblacional, controlada, sí, pero suficiente como para que no suba en ellos

de modo “excesivo” el valor de la mano de obra. Así ni los altos salarios ni la baja natalidad son parecidos allá a los que ellos reservan para el conjunto de los obreros metropolitanos y para las aristocracias obreras de los países subdesarrollados. Eso sí, el capitalismo asegura que quiere y promete que un día todos los habitantes de los países subdesarrollados podrán acceder al desarrollo y a la baja fecundidad; pero en la práctica —y por los hechos es por lo que hay que juzgar las intenciones— las pocas acciones que presenta para el progreso económico y control natal de esos países están pensadas de tal manera que no puedan alcanzar el fin al parecer propuesto, de tal manera que ningún país se ha desarrollado económicamente ni reducido en serio su natalidad con la ayuda del capitalismo.

En la Argentina de 1950 a 1960 la producción industrial creció en el 4,4 % y el empleo descendió en el 2,0 %. De suyo esa reducción de empleo industrial sería positiva si hubiera capacidad de empleo en sectores más agradables. Pero hoy día sólo sirve para reducir el número de la élite obrera que así puede recibir aún más privilegios y oponerse más a los intereses de la mayoría de la población, a la que se invita a multiplicar más aún su pobreza, a *proletarizarse más teniendo más prole, por una inflación de nacimientos, y a la que, si no se decide a 'obedecer, se le impone una "inflación ind/ucida" de inmigrantes* para mantener bajo en los demás sectores la productividad, de modo que se acreciente la ganancia de los capitalistas.

Subrayémoslo: en nuestro país, *todos* los proyectos actuales de rápido crecimiento poblacional van directamente contra la tendencia universal, humana y progresista, a aumentar la productividad limitando el trabajo y la fatiga humana, sustituidos por el de las máquinas. No existe posibilidad económica, ni experiencia alguna en el nivel técnico actual, de incrementar seriamente ambas cosas a la vez para todo el pueblo, aunque sí pueda aumentar la productividad y salario de un sector del mismo que contribuya a aumentar la dependencia tecnológica y en definitiva el subdesarrollo relativo del país. La restricción de los anticonceptivos ordenada desde las dependencias de Salud Pública, sobre la que volveremos, sean cuales fueren las explicaciones superestructurales que se les dé, tienen como efecto jbjetivo el descaradamente admitido por el ministro de Salud brasileño en 1964: “puesto que utilizamos energía muscular, todo aumento poblacional nos es beneficioso”. ¡Utilicemos gentes y no tractores! <sup>2</sup> En verdad *algunos gobiernos se preocupan, quieren en modo peculiar al pueblo, y más y más pueblo, pero para devorarlo.*

En su mensaje a Fidel Castro de marzo de 1974, Perón explicaba que su política, era la que podríamos llamar de *brasileñación*, de sustituir equipo por gente: “Puesto que somos un continente descapitalizado... necesitamos aumentar al máximo los habitantes en el continente”. He aquí el porqué de su oolítica de *sustitución de im*

*portaciones: en lugar de maquinaria, importar gente*, tema sobre el que volveremos, dando cifras y mostrando su profunda coherencia con el resto de su política. De ahí que si en cierto contexto podría aceptarse el dicho de Perón que “gobernar es crear trabajo”, en este contexto real de ahorrar maquinarias aumentando el trabajo humano debemos rechazarlo y afirmar que, por el contrario, *gobernar es reducir el trabajo humano*.

Incluso un socialista como Palacios, que conocía bien la miseria del pueblo trabajador, después de señalar que un caballo de fuerza equivale al trabajo de 24 hombres y que un navío como el “Deutsch- laúd” hubiera requerido el trabajo de casi un millón de esclavos do galera, afirma que ‘ ‘ Ruskin asesta un golpe formidable a los principios de Stuart Mili, y sostiene que las verdaderas venas de la riqueza son de púrpura y están en la carne; que la resultante fina) y el término de toda riqueza es producir el mayor número posible de criaturas humanas con pecho robusto”. ¿Cabe manera más eficaz de apoyar a los “paupericultores”, a los explotadores más dañinos que viven de la explotación del trabajo duro, *labor*, dolor humano, y se insurgen “por humanismo” contra “la máquina que despuebla”, como era frecuente en la Argentina de su época el hacerlo contra la trilladora? (Dickman). Mientras sean autoridades esos ejemplos do socialismo utópico, será utópico pensar en el socialismo como una alternativa real y no solo verbal a nuestra crisis.

### *Productividad-, reparto y población*

El actual gobierno peronista insiste mucho en la necesidad de elevar el porcentaje de los salarios en el ingreso nacional. Perón afirma que era el 47,7 en 1955 y se propone elevarlo “para evitar enfrentamientos inútiles”, “destrucción de valores”. “Este equilibrio, que actualmente está roto, lo impondremos poco a poco, hasta llegar nuevamente a los que el justicialismo aprecia que debe ser: un 50 por ciento del producto bruto para cada una de las partes”. En eso estamos: en lo justo, en lo posible y en lo conveniente. Ahora bien, números cantan: si en un período tan depresivo para el empleo como la década de 1930 el salario era ya del 46,1 en 1935, no parece que se hubiera ganado mucho con el peronismo. Más aún, si observamos otros países, incluso los considerados como inficionados de un injusto capitalismo, ni humanista ni cristiano, encontramos que el porcentaje que reciben los asalariados es del 44 en Paraguay, 50 en Honduras, 56 en Italia y España, 58 en Venezuela, 63 en Francia, 64 en Alemania, 72 en Estados Unidos, 76 en Inglaterra y 80 en Suecia. Ante esas cifras, *lo menos que se puede decir es que la concepción de justicia distributiva del justicialismo favorece mucho más a los empresarios que las concepciones capitalistas no justicia-*

*listas*, y que por lo tanto no tiene nada de extraño que vistos los malos tiempos que corren por el mundo, los empresarios argentinos hayan considerado prudente hacer ciertas concesiones y dar aguinaldos para mantener un reparto “justo”, ya que en la primera época peronista, lejos de tener que repartir sus ganancias con sus asalariados, *las utilidades de las empresas no agropecuarias crecieron más que los salarios industriales*. Perón mismo decía el 25 de agosto de 1944: “nosotros tenemos en este momento —¡Dios sea loado, que ello ocurra por muchos años!— industriales que pueden ganar hasta el 100%”. También hay que recordar que en el primer período peronista el porcentaje de los salarios llegó incluso al 61 % en 1952, para caer después verticalmente dentro del mismo gobierno; hecho que puede haber influido en que Perón considere *ahora* justo un 50 %.

Pero aún hay más, mucho más. Las cifras relativas son eso... relativas, incluso muy relativas, como ya hemos podido comprobar a otros respectos. La cantidad absoluta a repartir es también de gran importancia para juzgar el grado de justicia o injusticia en el reparto. Si en un hogar donde entran por mes 5.000 pesos el padre se lleva el 66 %, el reparto puede ser injusto (máxime, si todos trabajan), pero con los 1.630 pesos restantes la familia no pasará, grandes apuros. Pero si la familia gana 1.630 pesos, al llevarse el 66 % quedarán sólo 528, y las privaciones y por tanto la injusticia serán mucho mayores. Pues bien, esto es lo que ocurre hoy en la Argentina, en donde no sólo el reparto es más injusto en cifras relativas, sino que lo hace aún más injusto el hecho de referirse a cantidades muy inferiores a las de otros países, como, en el ejemplo citado, los Estados Unidos.

Se verá pues cómo no podemos estar de acuerdo con lo que dice Perón: “Cuando nuestro Gobierno cayó, en 1955, nunca decíamos que en la Argentina había tantos miles de pesos ‘per capita’, porque sabíamos que ése es un cuento chino” (25-X-1973). “Nosotros no creemos en eso de que contamos con 1.300 dólares ‘per capita’, porque si bien ese es un índice cuantitativo de lo que se gana, no lo es de lo que se distribuye. Para nosotros, el verdadero índice lo da la proporción en la partición de las ganancias” (20-XII-1973).

Para nosotros, *todos* los índices son verdaderos, y hace falta mirar por más de uno para ver la realidad en sus tres dimensiones, que de lo contrario puede ser falseada incluso por el que en apariencia es más “verdadero”. Y el hecho es que la insistencia unilateral en ese índice pudiera parecer hasta sospechosa. Máxime cuando se quiere hacer sinónimo, como en el Plan Trienal, el mayor porcentaje de los salarios en el ingreso nacional con un mayor nivel de vida de los asalariados. Sin duda, hay entre ambos fenómenos una cierta correlación, pero no es automática, como, se complacen algunos

en notar hoy sobre el otro índice a propósito del Brasil. Está claro que puede subir el producto bruto nacional más que la población y con todo ser más desigual el reparto. Pero también puede darse el que haya más reparto y sin embargo no suba el nivel de vida; más aún, baje. E incluso puede variar el porcentaje global de salarios sin que varíe en realidad para nada el reparto real de riquezas entre capital y trabajo. Para esto último, basta que aumente o disminuya el sector de actividad económica, que absorbe más cantidad de salarios para que, sin que el valor real del salario cambie, aumente o disminuya también el porcentaje destinado a los salarios en el ingreso nacional, debido a ese cambio de estructura. E incluso puede darse la relación inversa apuntada entre reparto e ingreso: en los Estados Unidos, por ejemplo, el porcentaje de los salarios bajó del 66,8 en 1930-34 al 64,5 en 1947-52, mientras subía mucho el nivel de vida de los asalariados, compensando de sobra la pérdida relativa (empobrecimiento relativo según Marx). Por el contrario, puede darse un aumento del porcentaje del ingreso nacional destinado a salarios con un empobrecimiento absoluto del nivel de vida de los obreros: un gobierno que debe hacer frente a una millonaria desocupación puede tratar de absorberla fomentando los sectores que generan más empleo, aunque (y porque) son los de menos productividad.

En cierto modo, ‘ ‘ forzando algo los contrastes, se podría decir que hay sectores que producen principalmente bienes y otros principalmente ocupación” (Cantiro y Sebess). Como una *emergencia*, en forma coyuntural, es la medida más conveniente. Pero si al mismo tiempo ese gobierno proclama la necesidad de incrementar la natalidad e incluso la inmigración (es decir, la rápida multiplicación de los activos) lo que planea en definitiva, cualquiera que sea la intención subjetiva de los que lo digan y sus palabras, *es un modelo clásico de “desarrollo secundario” dependiente, con un bajo nivel de productividad generalizado.*

Dentro de ese proyecto de disminuir la productividad *per capita* para aumentar la capacidad poblacional —tan coherente, como hemos visto, con otras medidas del gobierno justicialista— notamos, sí, el insistir unilateralmente en ese índice de “reparto” que puede nivelar más, pero no por arriba, enriqueciendo a todos con una alta productividad, como en los países más desarrollados, sino por abajo, nivelando a todos en un común empobrecimiento ligado a una baja productividad, propia de países subdesarrollados: vimos por ejemplo que Honduras tenía ya el índice que es ideal para el justicialismo: el 50 % del ingreso nacional va a los salarios; sólo que como su ingreso *per capita* es de 280 dólares, cinco veces inferior, en realidad el asalariado hondureño recibe *cuatro veces* menos que el argentino a pesar de ese mayor “justicialismo”. Se comprenderá pues el interés por prestigiar ese otro índice molesto de la renta “per capita”, *para*

que no se descubra el negocio, y se insista en lo bonito que será repartir de modo más igualitario... trozos de un pastel muchísimo más pequeño. ¿Más claro? Valgan las autorizadas palabras de Perón, el 25 de octubre de 1973: “Si nosotros alcanzamos rápidamente esos márgenes de producción agropecuaria e industrial, toda la vida del país mejorará y la situación social- nos podrá dar los índices que le corresponden a cada habitante del país. Vale decir, no ocurrirá lo de hoy, cuando sabemos que tenemos 1.350 dólares *per capita* por año. No; eso, bien distribuido, quizá dé 600, pero para todos, que es lo que interesa”. Quizá ahora se pueda comprender mejor tanto ciertos ataques, al parecer inofensivos o incluso en algún aspecto progresistas contra el exceso de tecnificación de los países desarrollados como el papel básico que para ese “modelo argentino” tiene la inflación poblacional, que se procura, como el petróleo —*en realidad, en sustitución de esas y otras fuentes de energía*— en los lugares más inverosímiles y a cualquier costo, desde el Japón hasta los países árabes, pasando por la violación del lecho conyugal y la relación filio-parental al forzar a la fecundidad con la represión de los métodos anticonceptivos.

Concluamos este punto subrayando que los verdaderos amigos del pueblo (y el tener que emplear el lenguaje populista de Mira-beau, ya da una idea del subdesarrollo político que aún padecemos) no debe combatir hoy tanto el capitalismo por su mala distribución de la riqueza producida a nivel individual, sino —aunque ambas cosas están evidentemente ligadas— por su incapacidad de desarrollar unos grupos nacionales sin subdesarrollar a otros, debido a su, a la larga, tan unilateral y destructiva productividad. No es tan grave que el obrero estadounidense no reciba sino, supongamos, 3.000 de los 4.500 dólares que le corresponderían como el que reciba veinte veces más que la mayoría de los suramericanos, africanos y asiáticos. Y hemos de juzgar a nuestros servidores públicos de acuerdo con su capacidad de organizar el desarrollo armónico de todos los grupos (lo que condena al desarrollismo vulgar, “patriótico”, del país... de los oligarcas, sean cuales sean sus declaraciones e incluso intenciones subjetivas).

#### *Los empleos en el sector terciario v'*

Hemos visto cómo disminuye en todos los países el número de empleos en el sector agrícola, y cómo crece muy poco, cuando no se estanca o incluso retrocede, como en nuestro país, el número de empleos en la industria. Sin embargo, el número absoluto de personas que nacen o inmigran no deja de crecer y presionar sobre el mercado del trabajo. Saturados, en las condiciones reales, el sector primario y secundario, deben pues buscar su ganapán en el sector

terciario, ese sector tan residual y ambiguo como el “Tercer” Mundo, que abarca desde los puestos económicamente más rentables hasta los más miserables, desde los dirigentes políticos nacionales hasta esos empleos marginales y paralegales que, para el conjunto de Suramérica, subieron de 1950 a 1969 del 2,5 al 6 % de la población activa (Iluteau).

La inmensa mayoría del sector terciario se encuadra entre ambos extremos, en las distintas secciones de la llamada clase media, categoría también con frecuencia residual entre la claramente “alta” y la “baja”. El porcentaje en la población activa de este sector terciario, ni agrícola ni industrial, era en 1914 de 37 %, en 1947 43% y en 1970 de 53 %. La tendencia a la concentración en el terciario es cada vez más poderosa: la distribución del incremento de la población activa en los períodos 1910-4 a 1935 era ya de 40 % al terciario contra 38 % a la agricultura y 22 % a la industria, y en 1945-9 a 1955, para un mismo porcentaje a la industria, era de sólo 8 % de incremento en la agricultura y 70 % para el terciario.

Sobre este fenómeno en la Argentina notaba Robirosa que, “en el mejor de los casos, sólo logran generar ocupaciones antieconómicas, particularmente en los sectores terciarios, asegurando ello cierta distribución del ingreso, pero significando a la vez un subaprovechamiento económico de dichos recursos humanos que nuestras sociedades no están en condiciones de afrontar”. La imagen de la sociedad se presenta no ya como una gran fábrica, como en el siglo diecinueve, sino como una inmensa burocracia (R. Aron).

#### *La formación de las burocracias, verdugos y víctimas*

Es falso, como se pretende inculcar a veces, calificar a todo el terciario de parasitario, o al menos de “no productivo”. La educación, la administración y otros sectores del mismo son imprescindibles, “industrias básicas”, sin las que no cabe el desarrollo. Lo que lo cambia de estímulo en freno al desarrollo es *la multiplicación excesiva de las personas ocupadas en ese sector*. Ese exceso cuantitativo lleva a un cambio cualitativo: los administradores e intermediarios demasiado numerosos no constituyen ya un régimen racional, “a lo Max Weber”, sino que, para mantenerse, deben ir tornándose autoritarios en sus relaciones profesionales, ir pasando, en directa oposición a la evolución soñada, de la administración de las cosas (cada vez más raras) al gobierno de las personas (cada vez más numerosas). Se forman así enormes burocracias que pesan gravemente sobre la economía y la libertad, del resto de la población. Es el Leviatán, el monstruo compuesto por innumerables personas que hacen verdadero el dicho de que “el hombre es un lobo para el hombre” (Hobbes).

Se comprende que un Nietzsche gritara que “el estado ha sido creado para los inútiles”, “ved pues esos superfinos. Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios, y convierten todo en enfermedad y desorden”; Bakunin protestaba de que “esclavos del estado, le llamamos a eso ‘conquista de la democracia’ ”; y Rousseau decía: “mucho me temo que no se termine por descubrir que todas esas grandes cosas, saber, artes, ciencias y leyes han sido inventadas muy sabiamente por los hombres como una saludable peste para prevenir la excesiva multiplicación de la especie”.

Nada sería más anticientífico que considerar que los que forman tales burocracias son ‘malos’ son los culpables de la “perversión del espíritu primitivo”, que la “nueva clase dirigente” es traidora... Esto no lleva sino a promover que ese grupo se endurezca más y perpetúe el sistema, que es al que hay que combatir, y del que los burócratas son en cierto modo las primeras víctimas.

En efecto: nada más erróneo que el pensar que hay un grupo que no está condicionado por la estructura social. El que ellos tengan en buena parte el poder político no les hace libres para cambiar el sistema que les moldea. Y de esto deberían ser muy conscientes quienes proclaman que las revoluciones, los cambios reales de sistema deben venir de abajo. Los burócratas están condicionados, y son en su gran mayoría víctimas del sistema, que les obliga a trabajar lo mejor de su tiempo durante toda su vida en tareas cuya superfluidad ellos son los primeros, consciente o inconscientemente, en comprender: “la vida es un largo suplicio para el que ejerce funciones sin atractivo” (Fourier). Pero, precisamente porque son demasiados los habitantes en esa sociedad, porque no encuentran un ganapán sino en funciones terciarias, deben permanecer ahí, vendiéndose del todo: “cuando la gente de collar blanco obtiene empleo, venden no sólo su tiempo y energía, sino también su personalidad. Venden, por semana o por mes, su sonrisa y sus gestos de amabilidad, y deben practicar la rápida represión del resentimiento y la agresividad” (C. W. Mills). Resentimiento y agresividad que canalizan de un modo y otro contra los administrados, y no contra el sistema que los esclaviza a ambos.

En la Argentina, por ejemplo, Perón decía el 2 de julio de 1952 que cuanta más burocracia había no sólo se retrasaban más los trámites, sino que el resultado era de peor calidad, porque se diluía la responsabilidad y el trabajo era ejecutado por el de menor jerarquía y capacitación; hablaba de “matar el sentido burocrático”, lo que permitiría tener 250 a 300 mil agentes públicos en lugar de 750 mil como entonces, y pagarles mejor. Y el 20 de diciembre de 1973 se quejaba aún más de que el personal de la Casa de Gobierno se había multiplicado por diez en 18 años: de 350 a 3.500... pero que había que mantenerlo ahí. En realidad no se trata en lo fundamental de un “espíritu” burocrático, sino de muchos “cuerpos” a los que hay

que dar un ganapán; de ahí que ni él ni otros resolvieron el problema, sino que lo agravaron, al acrecentar el número y concentración de los habitantes del país en forma acelerada, de modo que no pudieran absorberlo otras fuentes de empleo.

Esc sistema alienador, cualquiera que sea su calificativo, es todo aquel que permite o incluso fomenta un aumento de población superior al incremento real de la capacidad de empleo, obligando así a ese remanente a convertirse en terciario estatal, en burocracia, “nueva clase” (Djilas) dominante en busca de dominados. Como otros dirigentes, Fidel Castro reconoce que “el burocratismo es un vicio que amenaza tanto a las revoluciones socialistas como al capitalismo”.

Hay que ser muy ignorante, o muy identificado con los intereses de la clase dominante, como el colombiano López de Mesa, para desconocer la relación que existe entre la presión de la población sobre el conjunto de subsistencias y el aumento del robo y la criminalidad individual. Pero todavía está muy extendida la ignorancia más o menos interesada acerca de la relación entre la superpoblación y el aumento del robo y la criminalidad colectivos, políticos, a pesar de que, suscitados por las mismas causas, ambos se manifiestan en forma relativamente pareja, y se refuerzan: el gobierno se hace autoritario por la necesidad de combatir a los criminales y los criminales se multiplican ante la indigencia económica que fomenta un gobierno autoritario, cuya por eso creciente ilegitimidad fomenta también el “desorden político”.

Sin el conocimiento de la infraestructura demoeconómica que hace proliferar las burocracias sólo se podrán conocer algunos mecanismos parciales de su desarrollo, pero no el porqué se multiplican exponencialmente en determinadas circunstancias, ni por consiguiente cómo se les puede remediar. Así, por ejemplo, ocurre el famoso estudio de Parkinson sobre la multiplicación de las burocracias, “ley” que ya enunció Luis XIV: “He de repartir la ejecución de mis órdenes entre diversas personas, para reunir en mi sola persona toda la autoridad. Los celos de uno sirven con frecuencia como freno a la ambición de otro ’ ’. Symnston, candidato a la presidencia de los Estados Unidos, decía: “En los negocios se trabaja para ganar, y cuanto menos gente haya, mejor. Pero en el gobierno no existe ese aliciente de la ganancia; sólo se desea el poder, y cuanto más gente se tenga bajo las órdenes de uno, mayor es el poder. Cuando estuve en el Pentágono había ocho secretarios y sobraban todos. ¡Ahora hay treinta y seis!”

Estas aplicaciones llegan hasta la “voluntad de poder” de Adler o Nietzsche, pero no explican por qué se suscita ese “genio maligno ’ ’ en determinadas personas, ni, sobre todo, por qué son aceptadas por los demás osas “perversiones”. Más aún, como toda explicación inadecuada, lleva a resultados contraproducentes. Porque

si so demuestra cou Parkinson que el Almirantazgo británico tiene más funcionarios cuando tiene menos barcos, o como un estudio colombiano que los 2.300 funcionarios del Ministerio de Agricultura se podrían reducir a 150, y con todo las cosas siguen igual o peor que antes, cabe desesperar de la naturaleza humana, cuyos “vicios” se denunciaron sin que se “convirtiera”. Pero si se comprende que esc no es un defecto de una persona, de un organismo o sector de la sociedad, sino un problema de la infraestructura demoeconómica de la sociedad global, se comprenderá que no se ha de arreglar esa abolladura golpeándole encima —lo que la agranda— sino en el lugar técnicamente adecuado para remediarlo (H. Spencer).

### *La burocracia sindical*

En un país superpoblado, la presión de la mano de obra sobre el empleo obliga a los obreros a competir entre sí, y debilita la fuerza de los sindicatos auténticos, es decir, los que son expresión democrática de la mayoría de los trabajadores, hecho sobre el que hemos analizado datos estadísticos en nuestro *Explosión poblaional, economía y política*. En esas circunstancias, las aristocracias obreras, para no perder sus posiciones de privilegio ante la competencia de otros trabajadores, se apoyan cada vez más en los grupos sociopolíticos patronales interesados también en mantener esa discriminación entre la aristocracia obrera y el resto de los trabajadores; patronos con los que, simulando a veces oposición o brindándoles directamente su apoyo, concluyen toda clase de pactos, que afirman con tanta más energía que sirven para el bienestar del país cuanto que es menos evidente que coincidan de hecho con el interés del resto (la mayoría) de los trabajadores.

La superpoblación, pues, por su presión sobre el empleo, tiende directamente a destruir o desnaturalizar todo movimiento sindical auténtico, democrático, como, según veremos a continuación, tiende a hacerlo con los movimientos políticos. Ya aludimos y volveremos sobre este hecho fundamental: *los enemigos de los sindicatos, como Alberdi, apelaron siempre con éxito para Incluir contra ellos a un incremento de la población*, ya que la competencia acrecentada entre los obreros es el mayor freno a sus reivindicaciones (Engels). Al lector toca el juzgar si defede este punto de vista sería *coherente* afirmar que la Argentina está superpoblada. Y subrayamos el “coherente” porque la desviación o aniquilamiento de los sindicatos no es sin duda automática ni exclusiva de los países superpoblados. Sólo un conjunto de síntomas coherentes puede darnos un diagnóstico adecuado sobre *una* dolencia (puede haber varias) del cuerpo social.

*El creciente encarnizamiento en el terciario político*

Mientras en los Estados Unidos o en la Argentina había campos abiertos para la agricultura o la industria, pocos fueron los que se enterraron en oficinas burocráticas —casi inexistentes— para comer de papeles que no sirven para otra cosa que la ya indispensable pero lamentable de mantenerlos. Tampoco eran muchos los que se daban al campo, tan lleno de sinsabores y de incertidumbres, de la política. Pero hoy día, faltos de nada mejor, como recurso último —ya que la política es el único terreno, como notara Echeverría, en que se cree no se necesita preparación especial previa— son cada día más los que se *entregan* a la política, a un partido, para ver si les toca la lotería de poder vivir\*.

Los hechos son patentes: cada día son más los que intentan vivir de la política en la Argentina, como los que buscan en los juegos de azar (lotería, casino, prode, quiniela, etc.) su bienestar económico. Y no faltan, incluso en las instancias supremas del Estado, quienes se atreven a culpar al pueblo argentino por ello de creciente “vagancia”, inmoralidad, etc., con acentos racistas, cuando en realidad está probado estadísticamente la correlación entre ese interés por la política-sustento y el juego-sustento y las crisis sociales que esos gobernantes intentan negar o cuya responsabilidad intentan hacer recaer unilateralmente sobre el pueblo.

Para que no quepan malentendidos, hemos hablado de “política- sustento”. El incremento del interés por la política es un signo positivo de solidaridad social; pero el buscar en ella su sustento crea el encarnizamiento político, puesto que se lucha no sólo por unas mejoras, sino ni más ni menos que para subsistir (aunque, como la crisis es general, se pueda “ennoblecer” esa motivación y sostener que es para que pueda subsistir el pueblo). Entonces el político no puede permitirse el lujo de ser democrático, de perder o dejar de ganar el poder, puesto que en esa alternativa no podría dedicarse a otra cosa; tiene que defender su comida del adversario, también urgido por la misma necesidad, pelear hasta que uno devore al otro, porque la consigna es y no puede ser otra que “triunfo o muerte”#.

De ahí la creciente intolerancia: se lucha —se dice y se cree de buena fe— por los principios básicos, por la subsistencia... de la patria. Estamos en plena etapa dogmática. Incluso dentro del partido dominante se denuncia cada día a nuevos heterodoxos o infiltrados. Proceso que no es sólo imaginario, producto de una perversa imaginación del denunciante, que quiere gozar del premio político de su delación: el deshacerse de rivales en el reparto del, en relación a la población, escaso número de puestos, sino que también tiene una base objetiva: aun dentro del partido dominante, cada día son

más los que intentan crear nuevas formas de ortodoxia (que, de perder ellos, serán heterodoxas) para encontrar puestos.

La “caza de brujas” ha sido demasiado visible y bochornosa en la Universidad Nacional de Buenos Aires, primero por la izquierda peronista y después, y más, como más fuerte, por la derecha; ambas dejaron cesantes a quienes no cumplieran con sus ideas, individualizadas mediante declaraciones extremas contra los “extranjerizantes” de turno. El rector Ottalagano llegó a afirmar que la filosofía debía volver al seno de la teología “de la que nunca debió separarse” (*Clarín*, 2-XII-1974) y que “aquí y ahora hay que estar con Cristo o contra Cristo... Se ha pretendido una sociedad llamada pluralista y a la vista están las consecuencias. Nosotros tenemos la verdad y la razón; los otros no la tienen y los trataremos como tales” (*La Nación*, 16-XI-1974).

El mismo ministro de educación achacaba los defectos de la educación a la existencia de (los demás) partidos políticos del país. Y en el conjunto del país la exasperación del dogmatismo *excluyente* se expresa en formas tales como la tan difundida canción: “Argentino, en cualquier lugar / grita fuerte, grita tu verdad”. El “gritar fuerte” hasta provocar una crisis de lucha o huida de los más débiles es una forma conocida de ciertos animales gregarios para reducir el exceso de su población, como analizamos en *Hacinamiento. Superpoblación y sexualidad*.

Cuando la superpoblación es muy grave ya no basta la denuncia: se pasa a la excomunión de grupos o personas, a los que se declaran “no gratos”, se les imputan toda clase de complots y crímenes, incluso los más inverosímiles (pero que en ese clima propicio son creídos por muchos), y por último se les liquida físicamente. Es necesario para la salvación del país, es decir, para los que temen que esa competencia no les permita vivir. “¡Qué malos somos cuando tenemos miedo!” (A. France).

Las legislaciones represivas, si en un momento políticamente significativo son abolidas, vuelven pronto a reinstaurarse: tan necesario es al gobierno de un país superpoblado que no reconoce esa realidad básica nacional el reprimir los anhelos de una población a la que los recursos globales no llegan a satisfacer sus necesidades como lo es a esta población el manifestarse contra esa situación por los medios más diversos, incluidas las élites políticas más extremistas, criminales y suicidas: el país, piensan, dicen e incluso escriben unos y otros, pide una sangría: “la revolución se hace con sangre”, leemos en las -paredes de la Argentina escrito en rojo por manos anónimas de la oposición.

El diario *Argentinisches Tageblatt* del ex ministro Alemann sostenía el 25-V-1973 que “se llega a la conclusión de que el Gobierno podría acelerar y facilitar ampliamente su victoria actuando contra

la cumbre visible 'de la oposición', de ser posible al amparo de la noche y de la niebla y calladamente, sin echar las campanas a vuelo. Si Firmenich, Quieto, Ortega Peña entre otros, desaparecieran de la superficie de la tierra, ello sería un golpe fortísimo para los terroristas. Sería mucho más difícil encontrar gente para cubrir estos puestos si todo aquel que actuase pública y políticamente como dirigente de la izquierda armada, supiese que automáticamente firmaba su propia sentencia de muerte. Si Perón se dejase aconsejar por sus vecinos, éstos seguramente le darían el consejo de obrar así". En un grupo progubernamental se llega a exaltar al Caudillo que mató, y *en cuanto que mató*, a un millón de compatriotas: "No queremos más muertes que las que se necesitan. A España le costó, un millón de muertes la reconstrucción y en ¡a Argentina sobran un millón de vivos" (*El Caudillo*, 8-II-1974). Expresiones parecidas se oyeron en la entonces superpoblada "China de Europa", Francia, en la que había políticos que en 1893, para una población como la de la Argentina actual, pedían una sangría de cuatro o cinco millones de cabezas. Sade, que vivió y fue marcado por ese ambiente cruel, lo evoca sobre la lucha entre armañacs y orleanistas: "Francia se llenó de guerreros que corrían a alistarse bajo sus respectivos estandartes y que, sin otra causa que su inconcebible frenesí, consentían en degollarse mutuamente, no por su príncipe o su patria, sino por querellas que no les concernían y de las que nada comprendían. No lo dudemos: hay épocas en que los hombres necesitan destruirse"

En la Argentina, el mismo Perón proclama que nos encontramos en una etapa dogmática, y explícitamente compara el período presente al de la revolución francesa ("ellos —dice— lo arreglaron con la guillotina"), a la Rusia de Stalin, cuyas purgas recordamos, y a la revolución cultural china (14-11-1974).

Cuando más adelante analicemos la curva logística, se verá hasta qué punto la superpoblación, el hacinamiento, es el motor de esa lucha encarnizada por la existencia, como reconociera muy explícita y repetidamente el mismo Darwin. Causa profunda, a la que la política, si la ignora, sólo da una expresión superficial. Perón decía el 2-VI-1973: "Estamos viviendo las consecuencias de una postguerra civil, que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir". Como tantos políticos, cree que con subir al poder ya se puede hablar de postguerra. Pero la realidad le llama al orden y debe agregar que la guerra civil sigue: "Nadie puede pretender que todo esto cese de la noche a la mañana, pero todos tenemos el deber ineludible de enfrentar activamente a esos enemigos, si no queremos perecer en el infortunio de nuestra desaprensión" (*ibidem*).

Como todo político en el poder, Perón tiende ahora a rechazar la violencia, y dice que no hay que derramar sangre. ... pero da como razón que la población es escasa, y se propone aumentarla, es decir,

incrementar lo que según Darwin y muchos autores posteriores, basados en datos experimentales de todo tipo —que analizaremos— constituye la infraestructura fundamental (pero no de la agresividad): el aumento acelerado de población.

Aunque con frecuencia la achaque a causas superestructurales, como a ‘ las perversas intenciones de los factores ocultos que, desde la sombra, trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales’ (ibídem). Perón reconoce en ocasiones que la agresividad tiene raíces mucho más profundas que la mera política: “La política, en este aspecto, es secundaria. Nosotros sabemos todo lo secundaria que es. Si las vacas paren, si tenemos buenas cosechas, la política no tiene nada que hacer” (25-X-1973). No basta para que se arregle la agresividad un cambio político, que esté él en el poder, si no se arregla ese desequilibrio básico demoeconómico, que el pretende incluso acrecentar (recordemos cómo llega incluso a quejarse de que hay más vacas que personas, incitando pues a las mujeres a ser más fértiles, parir más que las vacas, y crear así una situación en que “la política tenga algo que hacer”). De ahí que Perón no deba sorprenderse de que si antes de subir al poder él decía: “Si yo tuviera veinte años estaría poniendo bombas por todas partes”, la juventud “inquieta” las siga poniendo, y más a veces, después, a pesar de que él diga ahora: “no a golpes ni con bombas. Eso no resuelve nada... Si ponemos bombas, estamos destruyendo inútilmente. Si matamos en la calle ¿qué vamos a solucionar?” (14-11-1974)

No basta pues criticar, como los moralistas, la agresividad y decir, como Florencio Sánchez: “Sean ustedes menos guapos. Tengan más amor a la vida, y concluirán por no despreciar tanto la del prójimo”; *hay que crear las condiciones objetivas para que valga la pena vivir la vida*, para que ésta no sea sólo “una mala noche en una mala posada” (Santa Teresa) y uno sienta que “muere porque no muere” (ibídem). Y damos este ejemplo porque el fanatismo tiene siempre la misma raíz infraestructura!, y era la necesidad, el hambre, la que le llevaba a Teresa de Avila a sus éxtasis (como reconocía de *otras* monjas) y la que, con capa también religiosa o directamente política, llevaba a los españoles de su época a sembrar la muerte y la destrucción en Europa y América. En la Argentina, también una misma raíz infraestructura!, una profunda necesidad (que no criticamos en cuanto tal; al contrario, queremos satisfacer, pero por caminos adecuados) era la que hacía exclamar antes ‘ ¡ religión o muerte!’; hoy “;Perón o muerte!” y mañana, si no remediamos de verdad sus causas, cualquier otro lema igualmente trágico y sanginario como la situación real que los origina.

Mientras, “dar la vida por Perón” tendrá, un significado trágicamente correcto, la política será *la* solución para los que no encuentran trabajo y no faltarán tampoco quienes (con cierta razón,

como en todo país superpoblado) creen hacerle un beneficio al gobernante de turno, facilitar su tarea, al liquidar a los que estiman son sus adversarios políticos (en realidad, adversarios económicos, por ser gente que no hay donde colocar, parte de ese “millón de vivos” que sobran); y las cosas llegan al extremo en que no basta ya el atentado individual, sino que se mata por grupos o se utilizan armas de destrucción masiva contra domicilios de tendencias distintas del mismo partido, y cuando uno de los que ponen dichas bombas muere al explotarle ésta en la mano, de día y en plena calle Corrientes (como sucedió a cierto dirigente derechista, según fue confirmado oficialmente), sus compañeros se jactan de la buena obra que realizan y cubren Buenos Aires con carteles con su nombre en que declaran que no cesarán “hasta que no quede un ladrillo que no sea peronista”, sin que esto suscite una reacción oficial que en otras circunstancias podría parecer lógica. Sólo en 1974 murieron en la Argentina centenares de personas como resultas de un número muy superior de atentados políticos. De ahí que podamos sintetizar con *La Opinión*: “Así la actividad política incluye, en la Argentina de hoy, el supuesto de la muerte violenta, que ingresa en lo cotidiano. Morir naturalmente es, también, morir ametrallado a mansalva en una esquina cualquiera, en un restaurante o camino de la oficina: tanto como sucumbir a una enfermedad en la cama” (2-VHI-1974). En 1975 la cifra superó ampliamente el millar, y no se observan síntomas de que se detenga esta fúnebre inflación.

También hay que señalar aquí el número cada vez mayor de personas que se dedican en forma oficial a actividades relacionadas con la violencia, ya sea como miembros de las diferentes fuerzas militares y policiales como de las empresas privadas de vigilantes, guardaespaldas, etc. A éstos habría que añadir los que lo hacen en forma oficiosa, clandestina, pero real, como profesionales (aunque el sueldo reciba otro nombre, de acuerdo con la respectiva ideología, y se contabilice en forma poco ortodoxa). Las cifras, como es lógico, son secretas. Baste, como botón de muestra, recordar que cuando mataron al comisario Villar durante su descanso dominical se encontraban con él .10 (diez) guardaespaldas.

Dentro de nuestro tema es de particular interés también la matanza de Ezeiza, en donde, en medio de la mayor concentración de personas conocida en el país, se tirotearon, hirieron y mataron centenares de personas durante muchas horas. La exasperación que crean las grandes concentraciones, sobre todo en aquellos colocados en el centro de la misma, debió contribuir sin duda a esa increíble tragedia, así como la larga espera de un líder que no llegó (o no pudo llegar), lo que también fue un triste símbolo de la frustración de grandes masas que ni siquiera pudieron obtener el liderazgo de quien

creían podía salvarlas, debiéndose contentar con intermediarios como Cámpora o Isabelita.

Concluamos este punto insistiendo en que el encarnizamiento político no es exclusivo ni del peronismo ni de una rama o tendencia del mismo, sino de todo sistema que no solucione los problemas básicos demoeconómicos del país (máxime si los agrava, ya por frenar la producción o reparto en la economía, ya por estimular la población). El encarnizamiento político todo entero, a su vez, no es sino una de las expresiones de la exasperación de un pueblo superpoblado; además de los ejemplos dados y los que analizaremos, mencionamos aquí el significativo grado de exasperación y desprecio de la vida que revela el hecho de que la Argentina, con cuatro mil muertos por año en accidentes de tránsito, ocupe un trágico cuarto lugar al respecto en el mundo, en relación con su parque automotor.

Sin duda. "Nadie tiene derecho a usar una desaprensión criminal que pone en peligro la vida de sus semejantes" y hay que hacer una "economía de vidas" (Perón, 14-1-1974). Pero hay que saber cómo se genera esa "desaprensión general"; no es por generación espontánea, no por caprichos que hay que combatir con ruegos o amenazas, sino la inflación de vidas que provoca el menosprecio de las mismas; más aún, como hemos visto, el sentimiento de que es bueno, necesario para el país, liquidar a los que tan imprudentemente se ha llamado a la existencia «.

1A corto plazo, sin duda, porque a largo "no puede considerarse que el nivel del salario en otros sectores quede totalmente libre de los efectos de la competencia de los inmigrantes, pues al hacer que resulte más conveniente el uso de métodos de producción que requieran menos inversión de capital y disminuir así la demanda de mano de obra en las industrias que producen maquinaria destinada a ahorrar mano de obra" deprimen también esos sectores (Naciones Unidas, 1953).

2En el Brasil hay un tractor por cada 600 agricultores, mientras que en los Estados Unidos hay uno por cada cuatro. En la Argentina hay 1G veces menos tractores que en Francia, habida cuenta de la superficie arable. Recordemos también que en los Estados Unidos, de 1850 a 1950, la energía obtenida por animales bajó de 76,8 a 3,3; por seres humanos, de 15,4 % a 3,0 %, subiendo la obtenida por minerales y fuerza hidráulica de 3,8 a 94,0.

Datos citados por el documento mencionado de las Naciones Unidas, que recuerda también que "la abundancia de mano de obra no calificada y barata elimina el incentivo que conduce al desarrollo de nuevas maquinarias destinadas a ahorrar esfuerzos y que compensarían las posibles desventajas de una fuerza de trabajo más reducida".

3 El desarrollo I —expresó Perón en tono irónico—. Yo vengo de un inundo que está terriblemente arrepentido del desarrollo que ha hecho, y en este momento el mundo superdesarrollado está entrando en una etapa de desesperación, porque ve que su desarrollo tecnológico lo ha llevado a la destrucción de los medios que la naturaleza le ha venido ofreciendo para pervivir. . . No podemos ser tan torpes de entusiasmarnos con el brillo de un desarrollo tecnológico que está llevando al mundo a la encrucijada más terrible de todos sus tiempos" (*Clarín* 19-VIII-1973),

4 El 81 % del budget de Congo-Brazzaville estaba hace poco destinado a salarios de los funcionarios. Marx analizó que se forma "un surplus de población para el que no hay lugar ni en el campo ni en las ciudades, y que por lo tanto se lanza a la conquista de los puestos estatales como una especie de limosnas respetables, y provoca la creación de puestos estatales".

5 Pocos son tan sinceros como aquel candidato que, preguntado sobre lo que pensaba hacer si ganaba las elecciones, contestó: "Lo que me preocupa es lo que voy a hacer si no las gano" (*Seleccione*», julio de 1962).

6 G. Mouton critica en Francia a quienes dicen amar la paz y se matan en las carreteras o se dedican, sin condiciones objetivas, al así llamado "deporte de las guerrillas", y denuncia cómo la superpoblación exaspera el instinto de muerte. ■

## CAPÍTULO CUARTO

### EL DESEMPLEO DE JOVENES, VIEJOS' Y MUJERES

*La exclusión de los jóvenes, "infiltrados poblacionales" , en particular del terciario político*

Quando un país necesita en realidad más población, los niños son bienvenidos como la principal riqueza; si alguno pierde a sus padres, es de inmediato adoptado, de modo que, como en África, no se concibe siquiera qué cosa sea un orfanato. Desde temprano se les inicia en las tareas productivas, en donde encuentran esperándoles los más variados puestos, que los mayores les ofrecen con tentadores sueldos y les ayudan a desempeñar con placer de que hayan elegido ayudarles a ellos y no a otros que necesitan también mano de obra; es decir: los jóvenes encuentran contrabalanceada su inexperiencia por la necesidad que los adultos tienen de ellos, lo que permite una cierta igualdad entre las generaciones.

Todo lo contrario ocurre, como es lógico en los países en que la superpoblación constituye un hecho real, aunque sea negada. Existe un rechazo creciente a la concepción y al parto, que se refleja en la altísima tasa de uso de anticonceptivos y del aborto, como estudiamos ocurre en la Argentina en nuestro *El aborto, crimen o derecho*. No habiendo lugar donde meterlos, se trata con creciente descuido, se maltrata e incluso se abandona a los niños. Sólo en Buenos Aires, se calcula hay más de ciento cincuenta mil niños abandonados (*Los Principios*, II-V-1974). La adopción es una fórmula en desuso, engorrosa en sus mismos trámites legales, como sucede hoy entre nosotros. Como quiera que no hay lugar para todos, los viejos, que temen les desplacen los jóvenes, retrasan lo más posible el comienzo y el final de la iniciación de los jóvenes a la vida adulta y laboral. Uno por interés directo y otros, montado ya el sistema, para evitar que sus hijos tropiecen pronto con la dura realidad de la lucha acrecentada por la subsistencia, todos los mayores insisten en que los jóvenes

deben prepararse mucho antes de ponerse a competir con los adultos. Les hacen multiplicar los estudios, incluso los más inútiles, como en la supepoblada China tradicional, pero útiles para esto; y después, una vez que consiguen terminarlos, les requieren en modo creciente una experiencia que sólo adquirirán, por el monopolio ejercido por los mayores, mediante un trabajo negro, mal pagado o incluso gratis (“ad honorem”), por el favor que se les hace admitiéndolos... Sin duda se manifiestan más estos mecanismos en aquellos sectores en los que la superpoblación es más visible, como en algunas ramas de la enseñanza y ciertas profesiones, pero esta vergonzosa explotación de la juventud se hace en todos los sectores: así lo manifiesta la enorme tasa de desempleo general de la juventud (los menores de 30 años) que revelan las encuestas realizadas al respecto en Buenos Aires, Rosario y Córdoba (C. E. Sánchez).

No es pues de extrañar que los jóvenes, al encontrarse con esa incapacidad de inserción en la sociedad, sean menos entusiastas por un incremento de población que no haría sino multiplicar sus dificultades. Mientras los mayores, sometidos durante más tiempo al mito del <sup>11</sup> desierto argentino” y explotadores del trabajo juvenil respondieron en una encuesta nuestra en Buenos Aires en 1973, entre cuatrocientas personas de diversas clases sociales, que “en la Argentina conviene que la población crezca muy deprisa”, en el 42 y 29 % de los casos, para hombres y mujeres, los menores de veinticinco años respondieron lo mismo sólo en el 21 y 9 % de los casos, es decir, en la mitad de los casos los hombres y en menos de un tercio las mujeres jóvenes. Otra encuesta que realizamos en Buenos Aires por esas mismas fechas en medio universitario entre 416 hombres y 262 mujeres <sup>1</sup> permitió comprobar cómo los terciarios, con ideal de potencia, como analizaremos, piden más hijos (aunque ellos tendrán menos) que los demás grupos. Las mujeres que estudiaban en la universidad consideraban como ideal 3,4 hijos, mientras que en la encuesta de CELADE para Buenos Aires el ideal era de sólo 2,85. Dentro de nuestra encuesta universitaria antecitada los hombres cuyos padres eran de clase más baja pedían sólo 2,7 hijos en promedio, contra 3,5 los de clase más/alta, diferencia tanto más significativa cuanto que los primeros tenían 2,5 hermanos en promedio y los segundos 2,2. También en la encuesta al público de Buenos Aires que citamos en primer lugar, los de clase más alta pedían 2,3 hijos, contra 1,9 en la clase más baja; en las mujeres, aunque con diferencias menores, se mantenía la misma tendencia.

Por su importancia propia y por la falta de conciencia de *esta raíz* del problema, queremos insistir en el fenómeno del desempleo juvenil en el terciario político, que procuran ocultar tanto los posibles “empresarios”, para que no se vean sus intereses en este “lock-out”, como los jóvenes candidatos, para que no se les acuse de ser

interesados; en realidad el desprestigio por este motivo debe alcanzar sobre todo al sistema que permite esa superpoblación terciaria, y sólo después para ambos grupos enfrentados así antagonicamente en vez de unirse contra el causante común de su disputa.

Fijémonos en la situación actual de la Argentina. Por mucho que se quiera tergiversar los hechos, no cabe duda que el justicialismo volvió al poder en buena parte por la acción de la juventud. Este fenómeno se puede explicar de múltiples maneras (“deseo de cambio”, “porque no habían vivido el peronismo”, etc.); pero todas las demás razones, que no excluimos para refugiarnos en un reduccionismo poblacional, no obstan, más aún, en buena parte suponen el hecho de *una numerosa juventud que deseaba transformar el sistema porque no encontraba cómo vivir en él.*

Una vez el justicialismo en el poder, esa juventud recibió de entrada una jugosa parte de los más altos puestos políticos. Con todo, no se pudo dar empleo a las enormes masas de desocupados jóvenes que habían trabajado tanto —no tenían, literalmente, otra cosa que hacer— para el triunfo partidario y que habían concebido lógicas esperanzas de obtener después un modo de vida (directamente político u otro) en el nuevo régimen. Las administraciones estaban ya repletas de personas que eran, se declaraban o se convertían al peronismo, y renegar de ellas hubiera sido enajenarse demasiados estratos necesarios para realizar el proyecto político justicialista. Recordemos el ejemplo dado por el mismo Perón sobre los 3.500 empleados de la Casa de Gobierno. Por otra parte, los demás grupos justicialistas reclamaban también su parte, como la enorme burocracia sindical, que esperaba así descongestionarse algo y sobrevivir mejor.

Los jóvenes, insatisfechos en sus expectativas, exigieron aceleración del cambio, la transformación del aparato estatal que, en su opinión, lo impedía, reclamando lo que consideraban ser su parte en la administración pública. Los que estaban arriba, con Perón, comenzaron a inquietarse ante esas expectativas que no podían satisfacer en las condiciones reales de superpoblación, incapacidad que, por razones políticas, debían ocultar. Entonces, como es lógico, si no sobre la situación real, había que revertir sobre los quejosos, y la juventud fue acusada de “impaciente” (“tiempo, sobra”). Esto, como también es lógico, le pareció injusto a ella, y reclamó más, y más ideológicamente, contra quienes le impedían el paso, contra “los gorilas infiltrados de que está lleno el gobierno nacional”.

Si no había motivos objetivos, superpoblación real del terciario, tanta impaciencia sólo podía provenir de mala educación, de provocadores extranjeros. La juventud fue considerada cada vez más como vulnerable a las “malas influencias”, menos de fiar, y por tanto, con más razón, incapaz de asumir los cargos que solicitaba. Los dis

cursos de Perón al respecto son muy elocuentes, tanto para comprender el proceso exterior como su subyacente problema de escasez de empleos para repartir:

“Debemos encaminar una juventud que está, por lo menos, cuestionada en algunos graves sectores. Lo que ocurrió en Ezeiza es como para cuestionar ya a la juventud que actuó en ese momento. Esa juventud está cuestionada. Tenemos una juventud maravillosa, ¡pero cuidado con que ella pueda tomar un camino equivocado!\*” (2-VIII-1973). “Es necesario que los niños sean totalmente incontaminables, porque nuestra juventud, que está en marcha y es magnífica, está siempre frente al peligro de ser contaminada desde afuera. Nosotros debemos trabajar en lo que respecta a la juventud, pero no colocándonos frente a ella, que no tiene la culpa; en realidad, la culpa la tienen unos cuantos que la manejan y la giran como capital propio” (8-XI-1974).

Estos textos, aunque todavía alaban a la juventud “maraville - sa”, ya la cuestionan, cada vez más explícitamente, como inmadura, contaminable, casi irrecuperable frente a los niños, a los que se puede inmunizar, hacer “incontaminables” 2. El rechazar a los jóvenes de hoy por los niños daría sin duda una solución a la presión sobre el empleo político hasta “un día” por fortuna aún lejano, como revela otro párrafo del mismo discurso citado en último lugar: “Luchamos por que un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento; tenga 'sus verdaderos y fehacientes representantes... Pero para eso debemos estar seguros, debemos saber que esa juventud no hará mal uso de esas banderas por estar engañada o por estar conducida por gente que no merece su conducción. Queremos que la juventud se conduzca por sí, con hombres que ella misma determine. Entonces podremos incorporarla al Movimiento”.

Mientras llega ese día, no hay lugar pues para la juventud. Los últimos párrafos antecitados, al parecer tan liberales al pedir que los jóvenes dirijan a los jóvenes, son en realidad una confirmación de la exclusión en el reparto del poder, del ghetto de contaminados ideológicos en que se coloca a la juventud, como indica el tan explícito discurso del 14-X-1973, en que oficializa el concepto de una “generación intermedia” a la que con gran sinceridad pide ayuda contra los jóvenes: “Nos estamos enfrentando con los muchachos, que vienen apuntando de abajo, y como no hay nada en medio, el golpe lo recibimos todos nosotros. Es necesario entonces crear una generación que haga de colchón”. Resulta difícil expresar con menos palabras tanto una concepción negativa y temerosa de la juventud en cuanto tal (aquí no se trata ya de ideologías, sino de generaciones) como de la cundida confesión de buscar “una generación de paja” (“colchón”), un “niño de azotes”, para lo que puede servir a maravilla esa generación intermedia de 30-50 años que *ya antes* “ha

sido sacrificada porque no le dieron bolilla”, y ahora servirá... para eso.

Otras frases del mismo discurso no son menos edificantes: “Yo me entiendo con los viejos, los secretarios se van a entender con los dc.l medio y los muchachos tendrán que entenderse entre ellos”.<sup>14</sup> Entre ellos”, es decir, no con nosotros, a quienes su anhelo de subir, de alcanzar la madurez, nos parece prematuro, amenaza nuestra posición. Nótese también, en los párrafos citados antes, como al pedir a una generación intermedia que lo defienda de los jóvenes, Perón los califica como los que vienen ‘ \* de abajo ’ ’, denominación que de ordinario se utiliza para significar una clase social...

En ese enfrentamiento cada vez más franco, directo y brutal se han de entender las expresiones de Perón el 1-V-1974, de repudio violento a la juventud *en cuanto tal*, pues se considera como algo menospreciable el hecho de ser “imberbe”, inexperimentado: “algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años”. Sus reclamos, como se suele decir de los adolescentes, son molestos ruidos sin sentido de “estos estúpidos que gritan”. Ya no son pobres influidos, sino que la liberación se concibe ahora no sólo “del colonialismo que viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan adentro, y que traídoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar con que la mayoría de ellos [sic] son mercenarios al servicio del dinero extranjero” y a los que opone en el párrafo siguiente la esperanza en los niños que “han de aprender a reír desde su infancia”. En nuestro contexto es importante subrayar el significado *económico* del lenguaje empleado: el colonialismo puede interpretarse, si está solo, en un sentido político, pero aquí se encuentra acompañado de un tupido contexto de “trabajo” (dos veces), “dinero” y “mercenarios”...

Por lo demás, el contexto anterior —del que los discursos citados son sólo una pequeña pero ya tan significativa muestra— no permite pensar en una improvisación, un esporádico rasgo de mal humor. Y de hecho, el 24 del mismo mes de mayo de 1974 Perón excluyó formalmente a los jóvenes de la participación organizada: “se había pensado en una rama juvenil, pero los hechos han demostrado que es una anarquía tan grande la que reina en ese sector que vamos a desensillar hasta que aclare”<sup>3</sup>.

Subrayémoslo por última vez: no pretendemos dar aquí la explicación única de esos acontecimientos. Sin duda, él conservatisino intrínseco al sistema, el que suele acompañar a la (re) toma del poder, las ■ circunstancias internacionales, etc., debieron contribuir conjuntamente mucho en estas decisiones-\*. pero el hecho de que sean éstas las condiciones y no otras hay que buscarlo no sólo en las necesidades políticas sino también en las demoeconómicas antecitadas; Jos

“infiltrados” son más peligrosos que el colonialismo exterior porque “trabajan adentro” o, añadamos a las palabras del presidente, *porque quieren trabajar*. Ese problema es fundamental, básico: *no el contenido ideológico, sino el hecho de que quieran infiltrarse, quieran participar* “antes de tiempo” (es decir, antes de que se jubilen los mayores) en la tarea política común. “Indudablemente, la nueva generación ha de llegar a la función preparada, aunque hay algunos muchachos que no agarran si no los ponen de ministros” (Perón, 27-VIII-1973). Es pues en buena parte una *infiltración poblacional*, la más grave, porque no caben en ninguna postura, sino simplemente, por la superpoblación existente en el terciario político al que quieren incorporarse, no hay manera de “convertirlos” e incorporarlos, sino que no cabe más que rechazarlos con la destemplanza y furia que es propia de quienes ven que la balsa se va a ir a pique si siguen subiendo más náufragos de otros sectores.

#### *Los viejos como peligroso exceso de población*

Los poblacionistas, faltos de mejores argumentos, subrayan téticamente la pérdida de la “vitalidad” por el envejecimiento de la población (Plan Trienal 1974-1977, Ventura, Rossi, etc.). Parece como si la vejez fuera una peste, y la misma muerte, figurada en la pirámide de edad “en forma de ataúd” (Llambi, citando a Bunge) 5. Pero aquí, como en otras partes, los argumentos poblacionistas traicionan la realidad de la superpoblación existente.

En efecto: en los países subpoblados toda mano de obra es necesaria y se aprovecha al máximo: los viejos son utilizados hasta que físicamente no pueden más, adaptándose a sus condiciones para que duren más. Nadie sobra, ninguna edad está considerada como superflua o de desecho. Sin duda el viejo no podrá ejercer cargos que exijan gran esfuerzo físico, pero se lo pone en los de administración, educación, etc., de modo que no se desperdicio ni un día de la tan necesitada mano de obra. Y esto se hace por *necesidad social*, de modo que los viejos no deben reclamar puestos ni remuneraciones, ni agradecer por su sustento a personas o instituciones.

Por el contrario, cuando un país está superpoblado, cuando sobra la mano de obra, comienza la áspera lucha por la sobrevivencia del más fuerte: quienes ya no muestran ser los de más “vitalidad” en el sentido más grosero, muscular, animal de la palabra, son liquidados, como analizamos en nuestro *El des-cubrimiento del hombre*. La vejez es temida como la peste: se imputa a los viejos su tardanza en morir, el estar usurpando el pan que necesitan otros “más capaces y dignos” de vivir. La liquidación de los viejos ya no se hace en nuestras sociedades superpobladas con una maza o tirándolos desde un cocotero; basta con *retirarlos* de la circulación, marginarlos

con una jubilación (el *júbilo* es para los que heredan sus cargos) que les vaya matando por asfixia, *moral* (al sentir que ya no sirven para nada, no tienen función social, que son, literalmente, di-funtos, sin función, muertos) y *económica* (“subsidios” mínimos, devorados por la inflación, etc.).

Como a lo largo de su vida los ahora viejos han mantenido esa discriminación respecto a los que les precedieron, no es raro que estén ya convencidos de haber caído en esa condición de leprosos sociales con toda justicia, y se sientan como tales; o, al darse cuenta de que la “enfermedad” no es tal, no se encuentren con la fuerza moral necesaria para protestar contra algo que ellos hicieron con otros. Por lo demás, la sociedad procura quitarles la posibilidad de expresar como grupo su disconformidad, de modo que sólo pueden desquitarse en algunas cosas que les facilita su larga vida, como el acaparar a veces mejores viviendas, etc.

Particular importancia tiene la reacción de aquellos viejos que por su prestigio intelectual, político, religioso, etc., consiguen escapar a ese retiro forzoso. Ellos podrían mejorar mucho la condición de sus compañeros de edad luchando contra la situación de superpoblación que hace a los viejos particularmente vulnerables y superfinos. Pero, por desgracia, es frecuente que no ataquen al sistema; antes al contrario, niegan que haya un problema a nivel de la población, y atacan al grupo “opuesto” a los viejos, los jóvenes, como si éstos no fueran también víctimas del mismo sistema que los obliga a oponerse a los viejos; y ni que decir tiene que ese enfrentamiento intergeneracional hace perder a todos las energías que debieran utilizar conjuntamente en la lucha contra el sistema que origina tales antagonismos, sistema que de ese modo —divide e impera— sale reforzado.

En la Argentina el “ejemplo” de este fenómeno de países superpoblados es por desgracia evidente cuando un presidente de 78 años\* se enfrenta de modo tan directo como el que vimos a la juventud, niega cada día que haya un problema de población —e incluso acusa de muchos males a la “despoblación”— y afirma que en la Argentina los viejos deben ser un grupo *privilegiado*.

[No sería más útil preguntarse cuáles son las causas por las cuales ahora y aquí los viejos constituyen un grupo débil, y remediarlo f Pero ya vemos cuántos intereses hay conjugados para que no se conozca la verdadera situación poblacional (ni de otro tipo) del país. Notemos aquí que ya va siendo hora de sospechar de todo lenguaje que hable de “privilegios”, a viejos como a niños o a mujeres. No hacen falta privilegios, sino justicia, *justicia a secas*, sin ningún “ismo” deformante. Los viejos, como las mujeres y otros grupos, no necesitan que se les dé una mano, sino que se les quite la que les tienen puesta encima. Np han de recibir limosnas o subsidios, que

atenían contra la dignidad humana y que, incluso en el aspecto económico, son tan insuficientes por su carácter esporádico o la inflación, sino que se requiere, tanto para ellos como para beneficio de todos (excepto de los intereses asociales que vamos analizando) que se supriman todas las restricciones inhumanas a su actividad y aquella entre otras importantísima causa de su actual superfluidad: la superpoblación existente en relación a los recursos reales, superpoblación que quienes dicen querer favorecerlos siguen fomentando con especial perjuicio para ellos.

Las estadísticas muestran con su fría objetividad el marginamiento creciente de la actividad productiva (y, en nuestra sociedad, de la función social, prestigio, poder, bienestar e incluso vida física) de un número creciente de viejos: sólo en el período reciente de 23 años entre 1947 y 1970, encontramos que el empleo a los 60-64 años disminuyó en un 33%, y a los 71-75 años en un 50 %, es decir, en un tercio y la mitad. ¿Cabe prueba más clara de superpoblación que esa eliminación brutal, masiva, de los viejos? No, y por eso los poblacionistas deben refugiarse en la exaltación del carácter "voluntario" y "progresista" de ese retiro, hecho tan contrario a la realidad inmediata que deja muy poca alternativa a la ignorancia para excusar a sus propugnadores de mala fe.

En ciertos países desarrollados el retiro no es tan duro, es en parte voluntario, pero ahí al menos se suele reconocer el problema de población que lo agudiza y se propugna, al contrario que acá, el restringir el crecimiento poblacional. En la Argentina vamos, pues, en sentido contrario al de aliviar el problema, que es mucho más grave también para el país, por cuanto resulta mucho más gravoso, por la escasez real de recursos, para los individuos y para la colectividad.

Los mismos poblacionistas que por una parte fomentan y alaban el sistema de retiro, se quejan después del peso que los viejos constituyen para la economía nacional (se les obliga a retirarse y se les declara después gravosos: ¿qué solución les queda a los viejos sino el morirse lo antes posible). Leemos así en el Plan Trienal 1974- 1977 que el envejecimiento trae graves consecuencias económicas por la "excesiva proporción de la población pasiva con respecto a la activa", por lo que, añade, conviene incrementar la natalidad.

Ahora bien: esta afirmación esconde otro error y (o) hipocresía no menos grave. Las clases pasivas o no activas son las que corresponden a los 0-14 años y a los 65 años y más, conjunto de pasivos que deben sostener los activos de 15 a 64 años y la proporción de pasivos sobre activos se conoce con el nombre de tasa de dependencia. Pues bien, en la Argentina las cifras son las siguientes, con la proyección de CONADE para el año 2000:

&lt;

Año	0-14 años	65 y más	Total pasivos	15-64 años	Dependencia
1914	38,5	2,3	40,7	59,3	68,6
1960	30,7	5,7	36,4	63,6	57,2
1970	29,2	6,9	36,1	63,9	56,4
2000	25,7	10,8	36,5	63,5	55,2

Resulta obvia la enorme ventaja que supone para la Argentina el no tener una población con fuerte natalidad, como la quisieran los poblacionistas, ya que así tiene un peso muy bajo en clases pasivas, el 56 %, proporción muy parecida a la de los países más desarrollados, y muy inferior a la del resto de América Latina: 78 en Chile, 82 en Brasil y Colombia, 103 en Costa Rica y 105 en Nicaragua.

Para el futuro, de acuerdo con la proyección para el año 2000, en un supuesto de crecimiento hasta una población de 36,3, no se ve en modo alguno un aumento de las clases pasivas en la población. Más aún: si tenemos en cuenta las firmes tendencias a entrar cada vez más tarde en el mercado de trabajo por una educación más completa (y los impedimentos puestos a los jóvenes que ya señalamos), junto a la tendencia a sobrevivir más tiempo y en mejores condiciones por los progresos de la medicina, el decrecimiento del porcentaje de jóvenes de toda edad —que tenderán a ser menos activos— y el crecimiento del porcentaje de viejos —que podrán ser más activos— constituye otra ulterior e innegable ventaja desde el punto de vista económico. También lo será —como ya lo es— por la estructura de la demanda: los jóvenes tienden en efecto a consumir más alimentos, restringiendo las más fáciles y cada día más valiosas exportaciones de productos agropecuarios, mientras que los viejos tienden a consumir más productos industriales, lo que favorece el incremento de ese mercado interno tan importante para el desarrollo.

Añadamos que la incorporación de los viejos al sector que más se les acomoda, el terciario, estaría facilitado por el hecho de que ellos se encuentran ya de preferencia en zonas urbanizadas. En la Argentina viven en el conjunto de la provincia de Buenos Aires (con la Capital Federal y Santa Fe), el 46,9 % de las personas de 0-9 años de edad de la República; el 50,5 de los de 10-19 años; el 63,3 de los de 30-39; el 65,7 de los de 40-49; el 67,2 de los de 50-59, y el 68,8 de los de 60 años y más (R. Bachi).

Terminemos este punto denunciando el insulto adicional que se hace a los viejos al sostener que un país que los tiene en gran cantidad es incapaz de progreso, achacando, pues, a los viejos el ser una causa de subdesarrollo. La experiencia contemporánea muestra exactamente lo contrario: *son los pueblos con mayor proporción de viejos*

*los que se encuentran a la cabeza del progreso en el mundo*, en cuanto se puede medir con alguna objetividad ese concepto. Y si esa correlación sola no prueba que son precisamente los viejos quienes lo realizan, sí al menos excluye el que ellos constituyan un impedimento decisivo para el mismo.

### *La mujer como productora y víctima de la superpoblación*

La discriminación sexual, la relegación de la mujer a trabajos no valorados ni pagados, ha constituido una inagotable mina de oro para todo el sistema patriarcal. Incluso dentro de los trabajos pagados, el sueldo abonado a la mujer por un trabajo idéntico da dividendos fabulosos a los empresarios, como analizamos en nuestra *Sociología del patriarcado*: notemos que en los Estados Unidos el sueldo anual era en 1960, para el hombre blanco, de 5.137 dólares; para el negro, de 3.075; para la mujer blanca, de 2.537, y para la negra, de 1.276. La mujer, en los sistemas patriarcales, es pues “la esclava de un esclavo”.

Se comprende, pues, que cuando se da una crisis de empleo, cuando el país se encuentra durante un período más o menos largo con más oferta que demanda de trabajo, superpoblado, “la cuerda se rompe por lo más débil”, y la mujer sea la primera en ser despedida y la última en ser reenganchada. Esto vale en lugares donde las costumbres o las leyes imponen eficazmente un salario uniforme; porque donde puede darse un salario diferencial, son los hombres los que se encuentran más desocupados en períodos de crisis, como en el capitalismo primitivo inglés.

Prefiriendo una injusticia total para con la mujer (no pagarle nada) que una injusticia parcial... que afecte a los hombres (pagarle menos que a ellos para preferirla en el empleo), son muchos los moralistas que, como Ford, tiemblan ante la “horrorosa perspectiva” de que tenga que trabajar la mujer. En un Congreso de Población celebrado en Buenos Aires en 1940, se proclamó que había que emplear a todos los hombres antes que a ninguna mujer, y esto último sólo si ella no tuviera quien la mantuviera, y cuando una delegada quiso protestar, la hicieron callar diciendo que estaba fuera de orden 8.

Bernaldo de Quirós, como otros machistas, acusa a las mujeres de ser ‘ ‘ rompehuelgas ’ ’ cuando es su sistema patriarcal el que fomenta la discriminación: “Millares de ellas obtienen trabajo normalmente, a costa de una falange siempre creciente de hombres sin trabajo. Aquéllas ganan menos y se plasman fácilmente a las exigencias patronales. ’ \*

Por otra parte, nada hay más incoherente que pedir más población cuando se condena a la inactividad a la mitad de la población

ya existente. No se da con toda ilogicidad real porque los poblacionistas argentinos de hoy lo que quieren no es tener más población en sí, sino más población que les esté subordinada. Y la mujer que trabaja tiende a escapar a la subordinación y procreación incontrolada de subordinados a que con mayor facilidad se entrega la mujer “de su casa”. De ahí que ellos griten con Margarita Martínez (una mujer que “sabe estar en su sitio”... patriarcal) contra la “empleomanía femenina”, digan con Correa y Llorens que “el trabajo de la mujer es desgraciadamente una costumbre moderna, consecuencia de la mala distribución de la riqueza o de las necesidades a veces ficticias del modo de vivir”.

Los poblacionistas antiguos podían evitar en parte la contradicción entre el pretender necesitar más trabajadores y el prohibir trabajar a la mujer, porque, hasta bien entrado el siglo XIX, el promedio de vida era de 30 a 35 años, y había que parir 4 ó 5 hijos para que sobrevivieran 2. Es decir, que en unos ,15 años la mujer tenía que parir, criar y educar unos 5 hijos, por lo que poco tiempo más le podía quedar para hacer otra cosa. Pero hoy día el promedio de vida es de 65 a 70 años, y basta prácticamente tener 2 hijos para que sobrevivan 2. Es decir, que *se triplica el periodo de vida adulta* (45, en vez de 15 años), mientras que *disminuye a la mitad el número de hijos que hay que parir* para tener el mismo saldo. Además, se educa colectivamente a los hijos en escuelas, desaparecen muchas artesanías del hogar, como los tejidos, y se facilitan en parte otras actividades de mantenimiento del mismo. De ahí que a la mujer de hoy le quede una cantidad de tiempo libre varias veces superior al que tuviera la mujer de antaño; el reprimir esa capacidad de trabajo constituye pues *un enorme crimen económico contra el país*, al mismo tiempo que un atentado al bienestar de la familia y a la dignidad de las mujeres, a las que se pretende, ahora mucho más que antes, mantener en un ocio inmoral, alienante.

Encuestas realizadas en Buenos Aires y en Méjico en 1963-4 por CELADE muestran también la inutilidad de querer relegar la mujer al hogar *para* tener más hijos y más mano de obra. Esa inversión, que sacrifica la independencia económica de la generación presente femenina para conseguir más mano de obra en la generación que viene, no sólo no consigue la gran rentabilidad que debe exigirse a tan larga y costosa inversión, sino que —siempre dentro del y para el proyecto supuestamente poblacionista— tiene resultados contrarios: las mujeres que no trabajan no tienen en promedio sino medio hijo más que las que trabajan, es decir, *cuatro veces menos* <sup>se</sup> (dos hijos, de los cuales uno varón que trabaje y sustituya a su madre en el mercado del trabajo) *para no hubiera otra pérdida que los intereses en esa, insistamos, larga y costosa inversión*. Los datos de otra encuesta de 1969 en

cinco ciudades argentinas confirman estos datos. De ahí que el impedir que la mujer trabaje para que tenga más hijos tiene resultados muy negativos desde el punto de vista poblacional, de fuerza de trabajo en sí, aunque no siempre, como hemos anotado, como método para tener trabajo *servil* femenino.

El tradicional carácter patriarcal criollo se encuentra muy respaldado por el real exceso de mano de obra —que el millón largo de desempleados reconocido por el actual gobierno pone tan de manifiesto— para dificultar el acceso de la mujer a una actividad que le permita ser económicamente independiente, en favor de los intereses inmediatos de los hombres desocupados, de todo el sexo masculino, así privilegiado, y de los intereses a largo plazo de los explotadores que desean mano de obra abundante (barata) y discriminada por sexos.

Apenas el 25 % de las mujeres en edad activa trabajaba en la Argentina en 1970; en 1947 era el 20 % pero el lentísimo aumento es en realidad un retroceso si tenemos en cuenta las circunstancias, como el enorme incremento experimentado por el sector terciario en el período (del 43 al 53 %), sector en el cual la mujer suele encontrar (aunque y porque más discriminado) empleo; además, el mero descenso de la tasa de masculinidad (de 1051 hombres por mil mujeres en 1947 a 987 en 1970) absorbe ya por sí sólo parte de ese magro incremento y porcentaje total, muy inferior a su vez al que observamos en países desarrollados en fechas parecidas: 34 % en Inglaterra, 38 % en Francia, 48 % en los Estados Unidos e incluso 50 % en el Japón y 52 % en Finlandia; ese desperdicio de mano de obra femenina colocaba a la Argentina cerca de países con un nivel de desarrollo inferior: 19 % en Colombia y Venezuela, 15 % en Brasil y Méjico.

Con razón notaba Gutiérrez en Méjico que se desperdiciaba allá el trabajo de 9 millones de mujeres en edad de trabajar, en favor de intereses y perjuicios asociales. En la Argentina es cierto que el presidente Perón *dice* “por una razón de infraproducción y de infra- población, tenemos la necesidad de que todas las mujeres trabajen”; pero añade “claro que empezaremos por que también todos los hombres trabajen”, y ya se sabe lo que pasa cuando hay que esperar que estén servidos todos los del grupo “superior”. Además esas palabras hay que interpretarlas como todas en su contexto global, como el abundante e insistente en el que se exalta el papel de la mujer tradicional, hogareña, madre de muchos hijos, a la que se pone siempre como modelo; y, sobre todo, hay que interpretarlas en relación a los hechos: los incentivos y premios (no sólo subsidios) a las mujeres muy fecundas y proyectos tan maquiavélicos de “protección” como el de la licencia de seis meses por maternidad, lo que, como es lógico, resulta un obstáculo, en la práctica decisivo, para

impedir que los empresarios acepten mano de obra femenina. En el Perú, después de una medida similar en 1958, ningún empresario volvió a contratar mujeres en todas las empresas encuestadas al respecto por el sociólogo Chaplin 10.

Recordemos también que, para absorber la desocupación masculina tras la crisis de 1929-1930, Hitler dio también una serie de “regalos” y “protecciones” a la mujer que la llevaron de vuelta al hogar... con un ingreso total familiar muy inferior al que conseguía antes con su trabajo, y con una dependencia acrecentada respecto del gobierno “gracioso donante” y de su marido. En la Argentina esas medidas son aún menos justificables porque no se reconoce como entonces allá un problema de exceso poblacional, sino que se pretende que la situación es de despoblación. Pero no será extraño que las cosas sigan así mientras incluso “progresistas” como Encarnació se quejan de que con el control natal las mujeres quieren trabajar y presionan sobre el mercado del empleo.

La discriminación a la mujer argentina se manifiesta brutalmente en su aspecto cuantitativo no sólo porque sólo un cuarto de ellas están ocupadas (contra la casi totalidad de los hombres) sino también por el hecho de que incluso ese grupo tan minoritario ofrezca tasas de desempleo que varias encuestas a partir de 1960 y el censo de 1970 revelan ser un 50 % superior al de los hombres.

A la discriminación cuantitativa se añade la cualitativa: la mujer argentina ocupa los puestos más bajos en la jerarquía del empleo: una encuesta reciente del Ministerio de Trabajo en el Gran Buenos Aires, donde se concentra más de la mitad de la mano de obra del país, mostraba que *aunque las mujeres eran más del 26 % del personal empleado ocupaban menos del 1 % de los puestos jerárquicos*. Y no puede achacarse esto a la menor preparación femenina en un país como el nuestro en donde el nivel educacional requerido para la inmensa mayoría de los empleos es sensiblemente parejo, y en la enseñanza media las mujeres tienen incluso la primacía.

Añadiremos sobre esto otros datos no menos significativos: la “preparación” de la mujer para la vejez no sólo es igual, sino superior a la del hombre, ya que le sobrevive hoy en la Argentina por un promedio de cinco años. Pues bien: la discriminación a la mujer .vieja activa, obligándole a dejar su empleo, es, según el censo de 1970, *más de tres veces* superior a la del hombre, y se manifiesta en forma cada vez más fuerte en relación a lo observado en los censos de 1947 y 1960. Incluso comparada con la mujer de otros países en períodos entre estos dos últimos censos citados, la mujer argentina de 55 años y más estaba alejada de la vida activa dos veces más que en Chile, Estados Unidos o Francia. Vemos por tanto copio un país que tiene mano de obra en exceso en relación al conjunto de recursos de que de hecho dispone, como es en realidad el caso de la

Argentina, puede permitirse el lujo de discriminar, o de mantener y aumentar las discriminaciones existentes a las mujeres, como a los viejos y los jóvenes.

*Al pedirle pues a la mujer argentina que tenga más hijos, en la actual estructura socioeconómica, se le está pidiendo que produzca más competidores privilegiados que le harán injusta competencia en la así acrecentada lucha por la subsistencia decorosa e independiente. De hecho la mujer comprende mejor que el hombre la trampa que se le tiende con el mito poblacionista, por tener que soportar . aún más que él sus funestas consecuencias, y por eso, tanto en nuestras encuestas como en otras que citamos también al principio de este capítulo se rebela con mayor energía contra esas mistificaciones. Pero aún quedan muchas que caen en la trampa: “cuando el ataque toma la forma de protección, se entra con facilidad en el juego, porque resulta muy cómodo” (Dra. Guillermina del Campo). La profunda discriminación a la mujer argentina, increíblemente dependiente para el grado de desarrollo alcanzado por el país, se consolida y se perpetúa con toda una propaganda que compensa su relegación material con una exaltación espiritual, desde la destinada a los esquemas y sectores más tradicionales, como el culto (día, clubes, etc.) a la madre, que analizamos en nuestro *El mito de la maternidad*. hasta los más sutiles y “modernos” que simboliza el éxito de *El varón domado*, sutil opio, religión sexista, que declara que la mujer no necesita reivindicar, cambiar el sistema porque ya —como los pobres en el cristianismo— ella es la que vale más.*

### *Conclusiones sobre empleo y población en la Argentina*

¿Hace falta, como se dice por parte del gobierno y de muchos otros intereses, más población *para producir* en la Argentina? El argumento ya resulta a primera vista asombroso: no sólo hay países con mucha menor población que producen mucho más por habitante, sino que los países de mayor productividad del mundo tienen una tasa de crecimiento de población muy inferior a la de la Argentina: *la correlación entre el crecimiento de población y la de la productividad es tan claramente inversa que pocos son los que se atreven a discutirla en serio.*

Tomemos con todo 'os datos del censo de 1970. Encontramos .14,4 millones de personas de 20 y más años de edad, 7,1 millones de hombres y 7,3 millones de mujeres. De ellos pertenecen a la población activa 5,9 millones de hombres y 1,9 millones de mujeres. Ahora bien: si a los hombres no les obligáramos a un retiro forzoso, de «nodo que pudieran seguir trabajando la mitad de los que tienen

más de 65 años, como ocurre por ejemplo en los Estados Unidos, nos encontraríamos con más de doscientos mil trabajadores masculinos más. Y sobre todo, si no se discriminara a las mujeres argentinas, es decir, si sus tasas de actividad fueran, si no ya como las de los hombres, al menos como las que hemos visto en otros países, del 50 en vez del 25 %, nos encontraríamos por ese concepto con una fuerza de trabajo adicional de más de dos millones y medio de personas.

En suma: aun prescindiendo de la enorme tasa de desempleo de las personas menores de veinte años, los doscientos mil hombres hoy “retirados” del mercado y del trabajo, más los dos millones y medio de mujeres también excluidas del mismo, suman, junto con el millón largo de desocupados que se reconoce existe (y aun prescindiendo del amplio subempleo que nos aqueja) *un total de cuatro millones -de trabajadores argentinos, casi el 50 de la fuerza de trabajo, que se encuentran hoy desperdiciados*, obligados a consumir sin producir, llevando una vida (parasitaria en mayor o menor grado, siempre dañina a sus intereses y a los del país que debe soportar tan fantástico despilfarro.

Ante esta cifra multimillonaria de desocupados permanentes, estructurales, resulta una burla sangrienta, un insulto mortal (en el sentido no sólo moral, sino, a veces, por desnutrición físico) el proclamar que la Argentina necesita más personas *para producir*, que ‘ ‘ nunca podremos tener las condiciones ideales si no tenemos hombres que las produzcan, o sea, evidentemente, primero tenemos que tener hombres” (Informe gubernamental citado en *Las Bases*, 5-III-1974). ¿Es que los ya existentes y desocupados no valen, son “irrecuperables”? *Déseles un empleo decente a los que ya existen y son del*

*país, antes que fomentar*  
os que hoy, y por mucho  
porcione una tarea digna  
na no necesita más gente,  
*de manera particularmente*  
*les y discriminados.* A los

incremento de la población en estas condiciones es a los pocos (pero poderosos, propietarios de aparatos de mando y represión, medios de comunicación, etc.) a quienes conviene perpetuar o incluso acrecentar el nivel actual de discriminación que les produce a ellos tan grandes dividendos, a costa de la explotación directa a los grupos marginados e indirecta de todo el resto de la población, ya que los países más superpoblados permiten todo discrimen, como ayer la India o la China, hoy el Brasil o Méjico. He ahí el interés “secreto” de los poblacionistas: multiplicar las personas para poder discriminar mejor. En la Argentina ¿cómo se atreven a pedir más población <<para producir” los que están luchando contra las horas extras

*la natalidad y la inmigración.* La realidad  
tiempo en lo previsible, mientras no se pro-  
esos millones de desocupados, la Argenti-  
y que *todo aumento de población repercutirá*  
*nociva en esos inmensos grupos margina-*  
*úneos que puede interesar con razón un*

—que a tantos ayuda a sobrellevar sus magros y congelados salarios— y cuando a cada momento esos “enamorados de la producción” (hasta querer hacer el amor para producir productores) decretan feriados “patrióticos, políticos, religiosos”, etc.t

Para salir del subdesarrollo hemos de salir de toda esa desocupación disfrazada, típica de una economía dependiente, como nota Trieste: “el enorme recurso inutilizado de los países subdesarrollados es el subempleo escondido, que, como indican ciertos estudios, puede alcanzar hasta el 40 ó 50 % de la fuerza de trabajo”. Insistamos con todo en que el problema está en que esa mano de obra no está realmente inutilizada, sino que sirve para mantener bajo el nivel general de salarios a esos “amigos de (la inflación) del pueblo”.

### *La necesidad del mercado interno y la población*

Se habla mucho de la necesidad de desarrollar el mercado interno, y con razón. Pero resulta ilegítimo y en ciertos aspectos contraproducente el identificar la extensión del mercado interno con el de la población. Una excesiva dependencia del mercado externo lleva a la dependencia o al imperialismo. Pero una excesiva dependencia del mercado interno es cada vez más empobrecedora en economía y peligrosa en todos los demás campos; está reciente la experiencia histórica de ciertos regímenes que tendieron a la “autarquía”.

Se explica aún el error de un J. Tucker al decir hace más de dos siglos que doble población supone doble consumición: el nivel de vida tradicional era muy bajo, la elasticidad de la demanda muy pequeña; para que aumentara la demanda de los escasos productos de la época apenas cabía más recurso que la multiplicación de personas con el mismo nivel de vida que compraran los mismos productos en el país o en el extranjero. Pero hoy día, a medida que aumenta el nivel de vida, pierde cada vez más sentido el pretender identificar la ampliación del mercado con el número de población, como quiere Llambí. Más que nunca vale la frase de Engels que “los límites de la producción no están determinados por el número de vientres hambrientos, sino por el de bolsas capaces de pagar”. No es cualquier demanda la que soluciona el problema de la oferta, sino la demanda solvente. *Mayor demanda efectiva tienen veinte millones de canadienses que quinientos millones de hindúes*. La demanda de productos, particularmente industriales, puede aumentar en una sociedad que tenga su población estacionaria, al aumentar su poder de compra. Incluso el hecho de que descienda o no crezca tan rápido la población, como notan R. Luxemburgo en Francia o Rock en los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, ocasiona un ahorro de los productos alimentarios consumidos en otras épocas por los niños que permitió ampliar el círculo de compradores de productos industriales.

Dentro de una población dada, una gran proporción de niños es desfavorable al consumo por cuanto un niño de menos de tres años gasta la mitad de uno de 3 a 14 años, y sólo un tercio de lo que consumen los mayores de esa edad (Sauvy).

Para un desnutrido habitante del noreste brasileño, que ve cómo se enlata el pescado de sus costas para alimentar a los perros estadounidenses, cuya capacidad de compra es de 150 dólares anuales, es decir, muy superior a la de esa región brasileña, nada más insultante, canallesco, que irle a decir que hace falta, más población, que el desarrollo no viene por insuficiencia de compradores. ¡Como si él tuviera la culpa de pasar hambre, y perjudicara al país con su “inapetencia económica”! No es más población, sino mejor distribución de los recursos existentes lo que hace tiempo se requiere. Los argentinos, que oyen hablar tan vividamente por cierta prensa de los problemas de sus vecinos, no olviden los propios: porque da la casualidad que también una parte de su carne va a perros ajenos, mientras —aunque en menor escala, si es un consuelo— existe la desnutrición en ciertas zonas de su propio país y el consumo de carne bajó, como vimos, a la mitad para el conjunto de la población en cuatro décadas. Tampoco aquí habría que esperar una generación o más para tener un mayor mercado interno; no se desarrollará el país concibiendo y pariendo muchos más hijos, sino con un sistema socio-político más justo, un reparto más equitativo que ese pretendido aumento de población, como vemos, retrasa más aún.

Hay grupos oligárquicos que están, sí, muy interesados en aumentar la población para aumentar el consumo, pero se callan de que *están hablando del consumo exterior*. En efecto: no eran pocos los que en condiciones relativamente parecidas a las nuestras en Inglaterra o Japón propugnaron incrementar la población porque así podían exportar más, al resultar competitivos los precios gracias a la abundancia de mano de obra barata. Hoy día las *“materias primas” de los países subdesarrollados no son*, como su nombre, en un equívoco que interesa mantener tanto a oligarcas locales como a imperialistas, hace pensar, *“productos de la tierra”, sino producto del trabajo humano “primitivo”, duro, mal pagado*. En la Argentina la explotación colonialista tomará formas parecidas a las del Japón de la primera mitad del siglo o del Puerto Rico actual si se consigue incrementar mucho la población y por tanto la mano de obra barata. No dudamos que hay muchos que firmarían (y algunos han firmado ya) por ese *modelo de siervos privilegiados del imperialismo*, pues, a pesar de lo que digan, en el fondo confunden imperialismo con civilización. Pero los que creemos en una Argentina libre y soberana debemos actuar en consecuencia y evitar se consolide la infraestructura, poblacional y otras, que contribuyen a nuestra dependencia. Seamos conscientes de nuestros verdaderos intereses, no

nos dejemos adormecer con vanas lisonjas seudonacionistas de encomenderos y traficantes de hombres. Reconozcamos la dura situación por la que atraviesa nuestro país, mejoremos lo que tenemos, distribuyamos equitativamente la presente riqueza y población y no nos dejemos llevar de lejanos espejismos hábilmente evocados para desviarnos de nuestra ruta y gastar en sentido errado nuestras energías sin poder cumplir con nuestro natural destino.

1 Véase al respecto nuestro "*El subdesarrollo sexual*".

2 Perón no puede ser más claro: "Debemos hacer que vayan olvidando sus antiguas creencias y doctrinas y vayan asimilando las nuevas. Eso es obra de generaciones" (C. Sánchez). Y al volver, el 27-VIII-1973: "Basta pasar por aquí para ver a \* los pibes de dos a tres años y persuadirme de que allí está el verdadero maná."

3 Ya el 20-XII-1973 había dicho Perón: "En cuanto a la Secretaría de la Juventud, ya les he dicho a Jos muchachos que nombraré el Secretario cuando so organicen. Porque, claro, no quiero traer un Secretario de la Juventud que represento a un sector y que no represente a otros. . . hasta ahora parece que no se han puesto de acuerdo".

4 Perón, que ya tuvo problemas por parecer demasiado reformista a algunos en otra coyuntura histórica, parece que aprendió bien la lección, y decía el 25-X-1973: "Hay tontos o malintencionados que están gritando que quieren esto, que quieren lo otro, que la revolución; inclusive uno de ellos me dijo: 'Señor, hay que hacer la revolución', y yo le contesté: Usted quiere que me pase a mí lo que le pasó a Allende en Chile. Todo consiste en que no le demos el gusto". Esta anécdota no tiene desperdicio: desde el dirigente sindical que pide a un "señor" que haga la revolución, hasta la reacción de Perón, en la que se acentúa lo que entonces pueda pasarle a él.

5 Hablan de esa metáfora como de una invención criolla, y no copia servil de trasnochados poblacionistas europeos. Tampoco hay que olvidar, respecto al fondo, quo quienes como Bunge y Bernaldo de Quiros hablaban a este respecto de una próxima "prevalencia de los ancianos" [sic] y de "nuestra irremediable despoblación y principio de decadencia racial" so inspiraban en esto también en fuentes tan científicas y objetivas como artículos periodísticos de Benito Mussolini. Hoy como ayer, "dime con quien andas y to diré quien eres".

6 Síntoma de este desprestigio de la vejez, *Noticias* (25-VI-1974) consideraba "insultante" el que el *New York Times* calificara de viejo a Perón.

7 Como medida "generosa", el gobierno prorrogó en diciembre de 1974, por un año, la "tolerancia" a los jubilados para volver a la actividad labora) (*Clarín*, 2-1-1975).

8 He aquí la resolución textual del Congreso, que no tiene desperdicio: se pide a las mujeres "se dediquen por entero con verdadera feminidad a su nogrn. . . consecuente con esto, anhela que en el futuro se prefereñca a los hombros en todos los puestos del trabajo público o privado, a fin de que las mujeres no se estimulen ni por el obrerismo ni la emilcomanía".

9 "Mediante la excesiva multiplicación de mujeres y niños a los rangos de los trabajadores- la maquinaria finalmente rompo la resistencia que los trabajadores masculinos. . . continuaban oponiendo al despotismo del capital" (Marx).

10 En la Argentina la Doctora Guillermina del Campo denuncia la discriminación laboral contra la mujer que supone la ley 11.357 al declarar el

derecho de la mujer a trabajar en cualquier oficio *honesto*, traba sentimental, dice, que puedo ser empleada contra ella por su familia, etc. Y a quienes se escandalicen de esto, añade, considero lo que pensaría de una ley que permitiera al varón cualquier trabajo honesto que su esposa pudiera vetar. . .

Sobre los planes presentes y futuros del peronismo respecto a las mujeres, oíase *Las Bases*, 5-III-1974 : "En estos momentos, de cada cuatro argentinos, uno solo está en edad activa y en 20 años será 1 do 5, es decir, no tendremos brazos para trabajar este inmenso territorio".

Aparte de errores demográficos, y de quejarse del aumento de dependientes que su misma política fomenta, está clara la exclusión que de la "edad de trabajar" hace de las mujeres presentes y futuras.

## CAPÍTULO QUINTO

### EL CRECIMIENTO VEGETATIVO EN LA ARGENTINA

*Por que antes era vital, progresista, una política natalista*

Los poblacionistas contemporáneos han tendido, en parte con razón, a hacer sinónimo “incrementar, la población” con “incrementar la natalidad”. Pero es muy importante comprender que este no era antes así. Las sociedades tradicionales ya tenían una natalidad casi máxima, al casarse muy jóvenes casi todos sus componente: y no practicar la anticoncepción. De este modo nacían cada año 31 a 45 hijos de mil habitantes. Sin embargo, la población casi no crecía, puesto que también morían muchos: 30 a 40 mil habitantes.

De ahí que cuando un gobierno deseaba aumentar su población, apenas se preocupaba por aumentar algo más la natalidad, ya prácticamente al máximo. Se esforzaba sobre todo por disminuir la mortalidad. Hoy concebimos esta tarea como propia de los médicos. Pero aun en nuestro país la salud está encuadrada en un ministerio de “bienestar social”, y ya veremos cómo en regiones marginadas, que conservan más los problemas tradicionales, se registran en la Argentina miles de muertes por causas no tanto biológicas, médicas, sí sociales, políticas y económicas;

En las sociedades tradicionales la inmensa mayoría de las muertes eran de origen netamente social. Una guerra, tan frecuente mataba no sólo al soldado herido en combate, sino a muchas otras personas, por el desabastecimiento subsiguiente al consumo y pil de las tropas, la difusión de epidemias, etc. Una crisis económica aunque sólo fuera mediana y local, hacía, por falta de transposi aumentar la cantidad de muertes muy por encima de la de muertes. Hoy, por el contrario, guerras tan cruentas como la española de 1936 - 1939 o crisis económicas tan graves como la de Estados Unidos en 1929, no impidieron que la población siguiera crecer:

Antes, pues, el equilibrio entre la vida y la muerte era tan precario que cualquier circunstancia desfavorable disminuía el número de habitantes. El político que proclamaba querer aumentar la población prometía al decir eso, de modo sintético, una política de paz, de mejoras económicas para el pueblo, etc. Se comprende, pues, que economistas y políticos estuvieran de acuerdo en que el buen gobernante era el poblacionista, y en que bastaba contar el número de habitantes para juzgar un gobierno (Botero, A. Smith, Rousseau, Comte, etc.). Para ello el “gobernar bien es poblar bien” de Alberdi hubiera sonado como una redundancia, porque *no se podía poblar gobernando mal*, y no se pensaba en la entonces impracticable política de inmigración masiva que propugnara Alberdi.

Pero las circunstancias han cambiado radicalmente a partir del siglo XVIII en los países industrializados, y en el siglo XX existe en el mundo entero una correlación inversa, de las más netas en ciencias sociales, entre el ritmo de crecimiento poblacional y el del crecimiento económico. Y éstos son hechos cifrables y cifrados, tan importantes y claros, que apenas se puede atribuir a ignorancia y no a prejuicios dogmáticos y (o) mala fe el que se siga manteniendo lo contrario por poblacionistas argentinos como Pedro J. Cristiá en 1946: “La experiencia universal ha demostrado que el progreso humano tiene por base el crecimiento numérico de la población”. Aún más grave, por escribir en 1961 (y sostener lo mismo hasta nuestros días), es la posición de Sergio Bagú: “En una economía altamente expansiva, como debe considerarse la de mediados del siglo XX, la posibilidad de aumento de la riqueza está, condicionada por la posibilidad de aumento de la población. En el orden internacional contemporáneo, el potencial económico, político y estratégico de una potencia se mide, entre otras cosas, por el coeficiente de crecimiento demográfico”.

Por la derecha o por la izquierda, el Frente Poblacionista contribuye, como vamos analizando, al debilitamiento y dependencia de nuestro país.

### *La disminución de la mortalidad*

El descenso de la mortalidad es un hecho transcendental en la historia de nuestra especie, capaz de facilitarnos un mundo mejor si —como ocurre con la energía atómica— no lo utilizamos en forma nociva, multiplicándonos inconscientemente. En la Argentina, el proceso, según J. C. Elizaga, ha sido el siguiente:

TASAS BRUTAS ANUALES MEDIAS DEL PERIODO  
POR MIL HABITANTES

<i>Periodo</i>	<i>Natalidad</i>	<i>Mortalidad</i>
1881 -1890	47,9	24,0
1891 -1900	46,8	21,0
1901-1910	43,4	18,4
19.11 -1920	38,1	17,6
1921 -1930	34,6	14,6
1931 - 1940	28,3	12,5
1941 -1950	26,4	10,7
1951 -1960	25,0	9,1
1961 -1965	23,0	8,7

El cuadro muestra cómo en la Argentina de 1881 -1890, debido a los progresos de la medicina y a la mejor alimentación, dispersión relativa de los habitantes (que disminuía la fuerza de las epidemias, antes motivo principal de muerte), la mortalidad era ya inferior en un tercio a la tradicional, mientras que la natalidad, por la mejor salud y alimentación, era superior también a la tradicional, con lo que el ritmo de crecimiento vegetativo era muy fuerte.

El nivel de mortalidad promedio de la Argentina de hoy es relativamente bajo y por tanto no se podrá conseguir un gran aumento de la población combatiendo la mortalidad excesiva de ciertos grupos marginales, donde la vida media es inferior en más de un tercio a la de Buenos\* Aires (*Las Bases*, 5-III-1974) y, sobre todo, la mortalidad infantil, relativamente alta en promedio, 60 por mil niños de menos de un año, que en ciertas regiones llega a 130 y más (*Plan Trienal*).

Nosotros hemos denunciado ya, e insistiremos en ello, la escandalosa mortalidad de ciertos grupos, incluso por hambre. De ahí que estemos de acuerdo con quienes desde el gobierno dicen que van a extirparla. Su fin, dicen también, es poblacionista. Nosotros lo reclamamos por estricta justicia y humanidad, a pesar de que tenga como consecuencia un cierto aumento de la población que grave, como pesado impuesto, sobre todos nosotros. No debemos rehuir esa carga poblacional, sino subsanar ese peso con la eliminación de ciertos mecanismos poblacionistas.

*El voluntarismo y moralismo poblacionista*

El cuadro anterior sobre la evolución de la natalidad y la mortalidad en la Argentina manifiesta también, con toda la elocuencia

de las cifras, un hecho fundamental para comprender la problemática de nuestra población: que *la natalidad se va ajustando do manera muy precisa a la evolución de las condiciones biológicas y sociales*. En lo biológico, vemos cómo va descendiendo gradualmente, de modo tal que se acomoda al descenso paulatino de la mortalidad, para dar en definitiva una tasa de crecimiento casi invariable. En lo social, es también evidente su adaptación a las condiciones de crisis después de 1930, acentuadas en los últimos tiempos. Este hecho es ya la respuesta más elocuente, irrefutable, a tantos teóricos, aun populistas, que proclaman en teoría con Bolívar que “sólo el pueblo conoce su bien”, pero que en la práctica lo niegan, acusan al pueblo que no tiene todos los hijos que ellos quieren de ser ciego y egoísta. Algunos “eruditos”, como N. Besio, atribuyen incluso al azar, a la “fortuna”, el hecho de que el descenso de la natalidad siguió “—o mejor, precedió— un descenso vigoroso en la mortalidad”. ¡Claro que está mejor dicho que lo precedió, puesto que por eso se restringió la natalidad, restricción por tanto bien fundada y razonable, cosa que él no quiere, no le interesa reconocer!

La evolución de la natalidad y de la mortalidad ha sido mucho más rápida en la Argentina que en otros países. El pueblo, que debe soportar día a día el contacto brutal con una realidad cambiante, comprende en seguida cuál es el camino que, dadas las circunstancias, debe seguir. Pero se le enfrentan ambiciosos políticos, que quieren gobernar sobre “grandes masas”, y explotadores económicos que quieren servirse de ellas. Unos y otros propugnan un voluntarismo poblacional, según el cual el aumentar la población no depende sino de la “buena voluntad” del pueblo, que puede e incluso debe tener más hijos, si se lo pide el gobierno “por la patria”!

Para apoyar esas teorías voluntaristas no son pocos los teóricos, maquiavélicos o “inocentes útiles”, que propugnan la independencia de la natalidad de las condiciones económicas, de modo que pueda exigirse tener más hijos antes (o incluso para) mejorar esas condiciones de vida. Así Madrid, Páez, Peralta Ramos y muchos otros dicen que el hecho de que las familias más ricas sean las que tengan menos hijos, muestra que “la declinación de la natalidad no tiene ninguna relación con la situación económica” (Zavala), argumento tan “decisivo” como el de quien dijera que, puesto que los más limpios son los que más usan jabón, eso muestra que no lo hacen por estar sucios, sino por vanidad.

Satisfechos por liquidar así el enojoso problema económico, declaran incluso que fomentar la natalidad con subsidios familiares es “un error económico, una injuria a la familia, una monstruosidad moral y un crimen mental” (Bernaldo de Quirós) <sup>2</sup>. De ahí pasan a declarar que “la causa principal de la desnatalidad es de orden moral” (M. Páez) y denuncian la “corrupción de los tiempos mo-

demos”, como hicieron muchos poblacionistas franceses, españoles, etcétera. Pero ya no les va tan bien con esos sermones destinados a conseguir ventajas para sí con promesas de bienestar futuro para los demás. La madurez de los tiempos no admite ya esos negocios escatológicos, en su doble sentido de negocios sucios y (y también porque) rentables sólo en el más allá.

En la Argentina tenemos un “bello ejemplo” de estos mistificadores en G. Riesco, quien en 1944 afirmaba que “las almas superiores prefieren sacrificar el presente al porvenir” y que *los argentinos deberíamos ser pobres durante veinte años* “la pobreza engrandece con la moralidad, la resignación y la paciencia”... y aumenta la natalidad. Los explotadores que nos empobrecen son pues el instrumento de nuestra salvación, teoría que, como es lógico, ellos aplauden.

Pero en la Argentina ocurre como en otros países, en que los dictadores con aparatos políticos más poderosos y con un desprecio absoluto por la libertad individual, como Hitler, Mussolini o Franco no consiguieron, ni aun prohibiendo por completo los medios anticonceptivos y condenando incluso a muerte por abortar, elevar en modo sensible la natalidad de sus países. Aquí, muchos poblacionistas de tendencias fascistas, como N. Besio, puesto que la gente no cree en el peligro del infierno en que caerán si no les obedecen, les amenazan con el más terreno “peligro amarillo”. La desnatalidad es una “crisis moral de la humanidad blanca, esto es, de la humanidad civilizada”... “falta de coraje para afrontar la vida”. Pero el pueblo no acepta ese reto racista, esa gratuita —no, interesada— afrenta a su valor. Por eso Correa y Llorens, después de predicar en vano que “la prole es la riqueza de los pobres” denuncian indignados “el olvido de esta sentencia, provocada por la falta de confianza en la Providencia y por el egoísmo creciente”. En 1974, el Dr. Juan Nasio, delegado del gobierno popular (peronista) a la Conferencia de Población de Costa Rica, pontifica desde su lujo, su apartamento y su automóvil que está muy mal quererlos: “el lujo, el automóvil, el departamento, todo eso no puede postergarse... pero los hijos, sí” (*Asi*, 23-IV-1974). El Dr. G. Araújo apela directamente a Mussolini para probar que se necesita una mística patriótica y religiosa para aumentar la natalidad contra las dañosas “necesidades artificiales” y Guido Liserre culpa a la pereza de que el crecimiento de población esté mayor durante mucho tiempo que el de capital.

Según estos poblacionistas, pues, la gente no sabe lo que le conviene: son egoístas contra su “verdadero” interés, son estúpidos 3. Conviene pues adoptar, como proponen Correa y Llorens entre otros, medidas dictatoriales, represivas. En nuestra encuesta de fecundidad en España hemos analizado ese mecanismo fascista, cuyo programa confesado es el de “enderezar los instintos extraviados y

pervertidos, y estimular sentimientos que alumbren en las familias la resignación y, mejor aún, el deseo de tener hijos”, como dice allá S. Aznar, quien procura, dice explícitamente, *convertir a los padres para no tener que ayudarlos con medidas económicas*.

En la Argentina estos poblacionistas han llegado a premiar todos los años a la abuela más joven, como a una de 28 años, que se casó a los 12 y su hija a los 13. Habría que decirle a esos señores: el subdesarrollo es un buen negocio: invierta en él su hija.

Quien crea en la democracia, acepte el dictamen del pueblo sobre su conveniencia actual en materia de población como en las demás. Gran inconsecuencia es declararse demócrata y alabar las medidas de un régimen dictatorial, en el campo poblacional como en otros 4. No se deje mistificar por llamados a un pretendido “deber patriótico” de tener hijos... para ser mejor explotado, no admita que negocien abusando de sus sentimientos paternos 5. Ejemplo de esta propaganda maquiavélica, el Congreso Argentino de Población de ¡1940 reclamaba que “las autoridades nacionales deben combatir firmemente ciertas prácticas abusivas y conceptos egoístas y propaganda anti- concepcionista para el impedimento de los nacimientos, el honor de la maternidad...” ¡Hablan de honor de la maternidad quienes convierten a la mujer en una máquina de partos en serie, quitándole la libertad de decidir libremente el serlo!

Nosotros hemos denunciado esta estafa en nuestro *El -mito de la maternidad*. Los poblacionistas, como los mercantilistas y capitalistas en general, tratan a la mujer como ‘<sup>1</sup> una mercancía que sirve para hacer otra mercancía’ (Schulder) de acuerdo con la demanda de personal, “como cualquier otra mercancía” (A. Smith). Con razón denunciaba hace poco la condesa de Campo Alange que “se trata fría, impudicamente a veces, de una valoración numérica y económica de la simple maternidad física... interés por cifras demográficas”. Nuestro poblacionista Alberdi, como otros después, afirmaba: “La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida. Sus destinos son serios: no ha venido al mundo para ornar el salón, sino para hermoear la soledad fecunda del hogar”.

Sí: son los traficantes de carne humana quienes muchas veces instauran días de la madre, le levantan estatuas, etc. En Sao Paulo han erigido incluso un monumento específico a la fábrica de esclavos en que basaban su economía, la madre de los negros esclavos. Napoleón decía que la mejor madre era la que le daba más soldados, y Platón afirmaba que había que engañar a las mujetes como a los toldados prometiéndoles los Campos Elíseos a las que murieran en

parto (a unos les dio Napoleón la “legión de honor”) a otras Stalin las declaró “madres heroicas”). La desacralización de esos monumentos de mistificación al soldado y a la madre, enviados a sufrir y morir por quienes trafican con sus sentimientos, es un paso para acabar con su alienación.

Quienes realmente estimen a las madres y a su función, que las protejan de verdad, con medidas pertinentes. “El problema de la maternidad implica sobre todo el problema de la vivienda, del agua corriente, del lavadero, del comedor. Pero también el de la escuela, los libros, los lugares de recreación... la maternidad es el problema de los problemas. Aquí se unifican todas las cuestiones que debemos encarar y desde aquí se diversifican en variadas direcciones” (Trotsky). Esta seriedad del tema explica el interés de los explotadores por mistificar y conseguir gratis un “servicio materno”, a fin de poder robar los fondos sociales que deberían estar destinados a subvencionar esa de suyo dignísima función paternal, a la que en compensación dan hoy algunas vanas palabras de adulación y “premios” de limosna.

#### *Algunas características de la natalidad argentina*

La tasa de natalidad argentina que, dentro de la pobreza actual de los datos disponibles, debemos situar en torno a los 22 nacimientos por mil habitantes, encubre diferencias fundamentales que hay que tener en cuenta. Muy inferior en la Capital Federal y Rosario, con el 17 por mil, llega en algunas villas miseria bonaerenses y en el noroeste a 39 por mil, cantidad casi doble al promedio nacional. El censo de 1960 daba para las mujeres de 45-50 años en Buenos Aires un promedio de 2,1 hijos, contra 3,6 en el resto del país, es decir, sólo el 58 % en Buenos Aires.

El promedio nacional era de 3,2 y para 1970 había descendido a 2,9, mientras que las mujeres de 85 años y más en 1970 habían tenido, hacia 1930, 4,7 hijos. Por regiones, las tasas de natalidad eran las siguientes en 1960: Buenos Aires, 17,8; Centro-Litoral, 25,0; Cuyo, 27,5; Noreste, 35,8, y Patagonia, 32,0 con un promedio nacional de 23,4 y una tasa de reproducción de 1,5.

También es importante señalar que de acuerdo con el censo de 1960 las mujeres que no habían recibido ninguna instrucción tenía 3,0 hijos en Buenos Aires y 4,6 en el resto del país; las de instrucción primaria, 2,1 y 3,0; las de secundaria, 1,6 y 1,9; las de superior, 1,2 y 1,6, con un promedio de 2,1 y 3,1.

La posterior encuesta de CELADE en Buenos Aires permitió confirmar estos datos y observar que las mujeres que no trabajaban tenían más hijos que las que trabajaban, aunque, según hemos indi

cado, las diferencias no eran grandes, máxime teniendo en cuenta que trabajaban más las menores de 30 años, que lógicamente tienen menos hijos. Una encuesta de Salud Pública en 1969 confirma que las mujeres que no trabajaban tenían más hijos que las que trabajaban: en Buenos Aires, 1,9 y 1,0; Córdoba, 1,9 y 1,1; Mendoza, 2,1 y 1,3; Rosario, 1,6 y 1,0, y Tucumán, 1,9 y 1,2; pero si se consideran sólo las mujeres casadas —de edades más parejas— las diferencias son sólo en Buenos Aires de 2,2 a 1,6; Córdoba, 2,5 a 2,2; Mendoza, 2,6 a 2,4; Rosario, 2,0 a 1,8, y Tucumán 2,8 a 2,6

La encuesta antecitada de CELADE permitió también comprobar que el número de las mujeres que declaraban haber usado anticonceptivos alguna vez era, en la ciudad de Buenos Aires, del 78 %, porcentaje muy superior al de otros países de la región. También reveló que, excepto quizá para las mujeres que trabajaban fuera de su hogar, el número real de hijos era superior al considerado como conveniente para sí, número que a su vez es bastante inferior al considerado como cliché “ideal” para el promedio de la población: 2,6 y no 2,9. Ambas diferencias muestran que las familias tienen más hijos de los que quieren, es decir, que *hay un número importante de hijos no queridos*, sobre todo en las clases bajas, como revela también en parte la increíble cantidad de niños abandonados ya citada. En las clases medias y altas se evita llegar a ese extremo con la anticoncepción o incluso el aborto. El aborto, en efecto, con todos sus problemas, es una alternativa ante la ausencia o fracaso de la anticoncepción que es adoptada por un gran número de mujeres en nuestro país. Algunas estimaciones consideran que hay tantos abortos como embarazos, unos trescientos mil por año (*Redacción*, IV-1974). Sobre todo este fenómeno remitimos al libro que hemos escrito sobre el tema. Baste indicar aquí que tanto el rechazo y abandono al niño como el rechazo al feto son con frecuencia una trágica prueba de la incapacidad que de hecho, en las circunstancias reales, se encuentran las familias para tener más hijos; es decir, con otras palabras, *de la vivencia angustiosa de la superpoblación*.

### *El interés de los políticos demagogos en el incremento poblacional*

Ya hemos visto cómo el conjunto de la población conoce cuáles son sus posibilidades reales de desarrollo, de expansión, de reproducción poblacional, y no se deja engañar por ningún tipo de política poblacional no adecuada a sus necesidades, por ninguna *demografía demagógica*. El hecho es evidente en razón de la experiencia histórica. La socióloga Cristina Cacopardo recordaba hace poco (*Redacción*, IV-1974) que ningún país había elevado realmente su natalidad con Medidas represivas como las que hoy propone el gobierno peronista.

Lo mismo declaró otro experto que “pidió que se reservara su nombre” en esa misma publicación por evidente temor a las consecuencias que podría traerle su declaración.

En efecto: como ya indicamos en el capítulo primero, no nos encontramos ante una política que toma medios inadecuados para sus verdaderos objetivos (y que por lo tanto agradecería toda corrección técnica) *sino de una, política que no confiesa sus verdaderos objetivos*, y por lo tanto tiene el mayor interés en que no se pongan de manifiesto las enormes incoherencias entre los medios que emplea y los falsos objetivos que dice perseguir, a fin de que no se descubra el engaño. Ni antes, ni menos ahora, después de la larga experiencia histórica acumulada, los políticos que emprenden esas campañas poblacionistas pueden creer en serio que con ellas ‘va a aumentar mucho la población. *Sus proclamas poblacionistas no están en realidad dirigidas a aumentar el potencial real del país, sino el de ellos mismos, que es mayor cuanto menos es el poder real <del país para resistirles. Y si en el aspecto cuantitativo aquellas medidas natalistas apenas pudieron contribuir a debilitar el país y ponerlo a merced de esos políticos, aumentar su potencia (no la del país), en el aspecto cualitativo cumplieron con creces su cometido, fueron muy eficaces, en parte incluso más que si hubiera aumentado mucho la población.*

Veamos cómo: tanto los explotadores políticos como los económicos aumentan su poder cuando consiguen aumentar el número de personas pobres e ignorantes. Recordemos cómo Marx notaba que el subproletariado, aunque en ocasiones pueda unirse al proletariado, en definitiva y a largo plazo es el ejército imprescindible del bonapartismo, en lo que coincide desde su punta de vista Sarmiento, (el que los liberales sean antifonapartistas tampoco santifica este régimen, y el querer obligarnos a elegir entre ambos es una opción tan falsa como es hoy exigirmos ser capitalistas o comunistas) cuando decía que un pueblo ignorante siempre terminaría por escoger a Rosas.

En un país que no esté superpoblado, que tenga posibilidades reales de dar un nivel económico y educacional convenientes a un mayor número de personas, no es posible aumentar el número de pobres e ignorantes sino mediante un ritmo de crecimiento poblacional muy rápido, que antes sólo se conseguía mediante una inmigración masiva, máxime de personas ya más pobres e ignorantes que el promedio de la población (puesto que las otras, conociendo la situación, no vendrán en modo tan masivo que alteren mucho el ritmo de absorción de que es capaz el país). Pero en un país que se encuentra ya superpoblado, cualquier esfuerzo poblacionista suplementario es fuerte y doblemente rentable para los explotadores políticos y económicos. Existen ya ahí grupos, por lo general marginados, que no tienen nada o casi nada que perder, y que por tanto acostumbran ya a tener

muchos hijos: “nada es más prolífico que la resignación” (Sartre). Para ellos, tener más hijos es tener más posibilidades de que entre algún ingreso (Lacoste). Es fácil prometer justicia a esos grupos, endulzar un poco su pan, darles incluso, como hacía a veces Mussolini con confesados fines poblacionistas, una casa, para que esos grupos, entusiasmados por esos incentivos a la natalidad, tengan aún más hijos y constituyan una clientela inamovible de los demagogos.

No terminan aquí las ventajas de la política demagógicamente poblacionista en un país superpoblado. Todo país, toda ciudad, como veremos al hablar de la curva logística, tiene un techo, una capacidad máxima de contención de personas en unas condiciones técnicas y sociales determinadas. Cuando el nivel de saturación está cercano, cualquier esfuerzo artificial por acrecentar el número de habitantes sólo tiene éxito deteriorando el nivel cualitativo de los grupos más débiles, ignorantes y descapitalizados, grupo que a su vez va desplazando y liquidando los grupos que poseen en mayor grado esas características.

El esfuerzo “poblacionista” del demagogo lleva pues a disminuir no sólo el número relativo, sino el absoluto de las clases “medias”, que por su preparación y capacidad constructiva constituyen en buena parte el núcleo de la sociedad moderna. Apenas se podría concebir una “conversión” más nociva para el país pero —y por eso mismo— más útil para el político demagogo, que ve no sólo aumentar su clientela, sino disminuir el número de sus adversarios.

Los datos que hemos, dado sobre la Argentina, aun sin contar los que añadiremos más adelante, muestran cómo se está realizando, a través de regímenes, distintos en otras cosas, *pero hermanados en muchos aspectos infraestructurales, entre ellos el ser seudopoblacionistas*, el desplazamiento y sustitución de los hijos de las clases medias urbanas por los de los grupos periféricos marginados. Y nuestro análisis *Explosión poblacional, economía y política* muestra, para quienes necesiten las experiencias de otros países, cómo esos ampliados grupos *lumpen*, es decir, andrajosos, más que descamisados, son, como los de las empobrecidas clases medias, fácil presa en esas circunstancias de distintas corrientes pseudoizquierdistas y seudosocialistas, como empezó siéndolo la de Mussolini y como bautizó el mismo nombre de su partido Hitler.

Se ha relacionado con razón el espíritu crítico, libre e independiente del francés con su capacidad de ahorro, y ésta, en forma estadística, con su baja natalidad. Pero eso no gusta a los autoritarios poblacionistas. “Cien millones de pesos más en nuestras arcas representan cien millones de cunas menos en nuestros hogares”, dice Do Foville, que por lo visto no se gasta mucho en sus hijos, y es citado

con aprobación por Dagnino Pastore. El interés de estos señores es pues disminuir la capacidad de ahorro, de restricción natal, fomentar la inflación económica como la poblacional que les beneficia.

### *El actual terrorismo policial natalista*

En las actuales circunstancias de la Argentina nos encontramos con un decreto del 28 de febrero de 1974 que, anunciando medidas aun más rigurosas, prohíbe toda propaganda anticoncepcional y restringe severamente la distribución de las píldoras anticonceptivas.

Una cierta regulación de esas píldoras es sin duda necesaria. Pero las medidas miran explícitamente mucho más allá, hasta violar el derecho que casi todos los ciudadanos reconocen y exigen a escojer con libertad el número de los propios hijos, la con frecuencia llamada “quinta libertad”<sup>7</sup>. Viola también en forma directa la resolución unánime (incluida la Argentina y la Santa Sede) de las Naciones Unidas en julio de 1968: “la pareja posee el derecho humano básico de decidir libre y responsablemente el número y el espaciamiento de sus hijos, y el derecho a obtener educación e información adecuadas al respecto”.

Para que no quede tan manifiesto el posterior y aun vergonzante vuelco antidemocrático a este respecto, la delegación argentina se abstuvo en 1974 ante una votación similar (*Clarín*, 21-I-1964). En Ginebra, Liotta declaró incluso: “sin pretender interferir en el libre albedrío de los matrimonios... mi gobierno resolvió proscribir toda organización de actividades tendientes a la limitación de la natalidad”<sup>8</sup>. Parece que, a falta de inventiva en otros campos, se ha inventado aquí el círculo cuadrado: una restricción de acceso a los medios e incluso una prohibición tajante al derecho a información que no constituye una interferencia al “libre albedrío”. La misma terminología recuerda cietras corrientes de pensamiento que sólo admiten como libertad la de hacer el bien, definido exclusivamente por ellos.

Como quiera que estas tendencias tradicionalistas, totalitarias, se reclaman aquí del cristianismo y, más en concreto, del catolicismo, conviene recordar que de hecho son más papistas que el Papa”. La encíclica *Populorum Progressio* dice muy claro: “En definitiva es a los padres —y no al Estado— a los que les toca decidir, *con pleno conocimiento de causa*, el número de sus hijos” (subrayado nuestro). Y, quizá pura casualidad, a poco de promulgarse este decreto argentino, Paulo VI declaró que “la decisión acerca del número de hijos depende del recto juicio de los cónyuges y no puede ser dejada al juicio de las autoridades públicas” (*La Nación*, 30-UI-1974). La posición católica, al menos actual, está pues muy clara y en abierta

oposición con la política peronista a este respecto. Ni han faltado personalidades e incluso grupos de organizaciones católicas argentinas que han repudiado el carácter coactivo de esa política (*La Opinión*, 13-IV-1974).

El rechazo a esa política coactiva se ha hecho sentir también en los más variados grupos políticos. Portavoz del bloque de la Fuerza Federalista Popular, la diputada María Cristina Guzmán, en un comunicado de prensa, dijo que tenía que manifestar “con crudeza” su desacuerdo ante esa medida: “nunca es el camino de la coacción el mejor”. Por otra parte, numerosos grupos de izquierda también se han declarado contra ese tipo de medidas, como los expresados a través del diario *El Mundo*, el Partido Socialista de los Trabajadores, etc. @; también han expresado su repudio grupos feministas, como el liderado por María Elena Oddone, y se ha formado una Comisión Coordinadora contra el Decreto de Prohibición de Anticonceptivos que, entre otras actividades, ha realizado múltiples volantes y declaraciones de prensa (*Clarín*, 7-V-1974).

Es interesante observar aquí que, en contrasté con la... prudencia de los órganos de prensa capitalinos, sobre todo los diarios, los periódicos que se encuentran lejanos de la capital, menos comprometidos con el poder central político y económico, han criticado acerbamente esa política gubernamental. “Hay que poblar, dice *El Correo de San Rafael* (Mendoza), pero de ciudadanos responsables, no de una masa conducida por caminos no queridos” (23-IV-1974). *El Territorio* (Posadas) ve en la medida otra prueba del centralismo porteño, que proyecta en el país su problema de menor natalidad, y contra ello reclama el que los pobres puedan elegir el número de sus hijos, pues sobre ellos, comp siempre, va a recaer el peso de la medida. *La Razón* (Chivilcoy) añade que esa medida, además, aumentará el centralismo, la migración a la capital, como analizaremos después; hay que aumentar la población, añade, “pero también se corre el peligro de que ello acentúe nuestro crónico déficit habitacional y aun de espacio vital en los lugares superpoblados. Por eso un programa de esa naturaleza deberá basarse fundamentalmente en crear primero las condiciones que aseguren la redistribución de los habitantes, cosa que por el momento es imposible” (5-III-1974). Y *Noticias* (Punta Alta) se pregunta: ¿Sabrá el gobierno lo que significa tener cinco o seis hijos? ¿Sabrá lo que cuesta mantenerlos?... La Argentina Potencia sólo será una realidad el día en que los argentinos, además de ser más, seamos felices”.

Medidas como ese decreto revelan pues una mentalidad muy distinta de la expresada por el mismo Perón cuando declara que “gobernar es persuadir”; implica por el contrario una concepción policíaca de la política —por desgracia demasiado coherente con los

múltiples episodios que estamos padeciendo—, concepción de acuerdo con la cual se quieren solucionar los problemas básicos del país recurriendo a la represión y no a remediar las condiciones socioeconómicas que provocan esas “huelgas de vientres” como las huelgas económicas y políticas. *Es más fácil enviar policías contra los huelguistas que no enfrentar a los poderosos que provocan esas situaciones.*

*Los “poblacionistas” como proxenetas “mayoristas”*

Digámoslo claro, para que se comprenda y reaccione de una vez con tan vergonzosa realidad: esos “poblacionistas”, bajo su hipócrita capa de realismo, no pretenden con ese “virtuosismo” sino el mismo fin que los tradicionalmente reconocidos como proxenetas “al por menor”: la prosperidad basada en la explotación intensiva e indiscriminada del bajo vientre de las mujeres. Como ellos, los poblacionistas quieren confinar a sus mujeres en su tipo propio de casas cerradas, en “la soledad fecunda del hogar”, como Alberdi en el siglo diecinueve y como en pleno siglo veinte Bunge, que denunciaba “la vida seminocurna” que “origina la esterilidad parcial o total en las mujeres” o, como Bernaldo de Quirós, “ciertas exageraciones en el *sport* de la mujer”.

Todavía en 1968, A. D. Molinario, tras excusarse de “que un abogado se permita tratar un tema tan escabroso, importante y peligroso”, afirma que “la contracepción, lejos de emancipar a la mujer, la convierte en objeto de placer... la somete más a hombres inescrupulosos”, cuando en realidad, como analizamos en otras obras nuestras, ha sido la anticoncepción la que ha permitido eliminar el doble patrón sexual, base de todo el discrimen patriarcal a la mujer en la economía, política, etc.

De ahí que las mujeres, incluso las que no militan en el feminismo, no han dejado de protestar contra toda odiosa campaña reaccionaria que lidera el citado decreto de Salud Pública... machista. Así decía en *Vosotras* una de ellas: la medida me parece una brutalidad. Si ya nos resulta difícil vivir a los que estamos...” (IV-1974); y en *Dinamis* Mirta Videla de Vigneaux notaba: “Este decreto lleva a un enfrentamiento muy serio a la pareja. En general ‘es agarrar el toro por la cola’. La creación de toda la infraestructura que requiere un mayor número de población que goce de las condiciones mínimas de una vida digna, no se logra de la noche a la mañana” (IV-1974).

Marta Lynch, por su parte, afirmaba que “es criminal propiciar mayor número de hijos con inflación, sin guarderías, sin alivio sanitario, con violencia y sin confianza en el futuro”.

En el aspecto más humano, la restricción al control natal tiendo a ser “moralizadora”, a proteger contra el “erotismo”, etc., y está internamente ligada a muchas otras medidas de censura, como analizamos y denunciarnos en nuestro *El des-cubrimiento del hombre*. Ya Malthus pedía castidad para aumentar la población, amenazada en su incremento por los “vicios”, las prácticas anticonceptivas. En la Argentina, Bunge escribía en 1939 que “para contener la denatalidad no hay sino un camino: ... la educación religiosa y ciudadana en la moral y la conducta cívica. Habrá que procurar difundir la enseñanza religiosa en los hogares y en las escuelas.” y recomienda “propender a la vida sencilla, serena y abnegada”.

No ponemos en duda que esas medidas llevan al sacrificio y abnegación. Estamos seguros de ello, como de quienes son los que se aprovechan de los sacrificios ajenos con la censura y la represión sexual. Ciertamente que no son las familias. Las encuestas en múltiples países muestran que cuando hay muchos hijos disminuye la comunicación y comprensión entre los padres y de ellos con los hijos. La restricción de la natalidad sin anticonceptivos, por abstinencia, está hoy muy reconocida como nociva, tanto dentro del matrimonio como en las relaciones “prematrimoniales”, tan aborrecidas por los puritanos como aceptadas ya por casi todos nuestros grupos sociales, de palabra o al menos de hecho; relaciones que, practicadas sin anticonceptivos, traen graves consecuencias.

El prohibir los anticonceptivos equivale a quitarle seguridad a la expresión del amor, reintroducir las angustias e intereses extraños al mismo que su difusión había podido separar. Sólo una crasa ignorancia o hipocresía puede llevar a considerar los anticonceptivos como obstáculos para el amor, que tanto facilitan aun dentro de su aun relativa imperfección (“como las gafas a la vista”, decía Freud). Sin embargo, aun hay poblacionistas que juegan hoy a oponerse a un malthusianismo clásico, “castizo, castificante, castrante” que ya prácticamente nadie propone y menos practica, en espera de conseguir, contra tan débil enemigo, un fácil aplauso e incluso la adhesión de algunos desprevenidos a su proyecto no menos alienante. Así el canciller Llambí dijo que luchaba contra el control natal para defender “la principal de todas nuestras riquezas: el hombre y su derecho a repetirse en el goce y el amor de su progenie” (*Mercado*, 30-IV-1974).

Más conscientes o más francos, algunos funcionarios de Salud Pública — aunque este nombre parece una broma de mal gusto en este contexto— declaraban que con la restricción de los anticonceptivos la experiencia sexual prematrimonial “debía desaparecer”. Esto no es sino volver a reinstaurar la *Urania sexual*, condenar a la castración durante los diez o quince años de vida sexual más activa

al promedio de los argentinos, que se casan entre los 25 y 30 años. A primera vista parece que está confiada a insanos la salud y equilibrio mental de nuestra población, a la que en modo complementario, con medidas policíacas también al parecer delirantes, se le somete cada vez más a una verdadera inquisición sexual, como en Irlanda, en donde, de resultas de ello (y del contexto que lo origina) el porcentaje de desequilibrados mentales supera a los de los países más urbanizados e industrializados. Pero no es simple locura o puritanismo, aunque se aproveche al máximo la mística de locos, reprimidos y frustrados sexuales, para imponerla (y algunos casos en las máximas esferas policiales son célebres, bien conocidos por la ciudadanía), sino que, por el contrario, esa “locura” corresponde a planes explotadores muy bien organizados de los traficantes de hombres, mujeres y niños.

La represión de la capacidad de amar, toda la sublimación de los instintos favorece su canalización en el fanatismo político, como ha sido reconocido y aprovechado por políticos de derechas y de izquierdas. La misma familia numerosa, con su mentalidad autoritaria (Adorno) crea los mejores cuadros para una concepción dictatorial de la vida social, que infraestructuralmente, por la presión de población que provoca, contribuye también a realizar. El padre de familia, decía Péguy, es un aventurero en la época moderna. En realidad, el de una familia numerosa en nuestras condiciones de superpoblación en la Argentina, *sí es un aventurero que se fiará de aventureros*, un irresponsable que buscará quienes le hagan promesas irresponsables, es decir, *clientes seguros* de esas loterías, prodes y quinielas que ellos manejan con fines tan benéficos... para ellos.

Notemos también que en esta *sublime* concepción moralista de nuestros poblacionistas se sacrifica particularmente a los jóvenes, por recortarles aún más sus posibilidades de amar en la época en que la naturaleza se lo reclama con mayor urgencia. Los detalles de esta campaña son tan repugnantes como sus objetivos. El fascista Rossi, tras evocar, como Besio, el “peligro amarillo” para incitar a “evitar la despoblación” en la Argentina (!), acude a meter miedo a los niños que aún creen que la masturbación hace daño, para terminar con “esa causa de despoblación” que es ese placer sexual no reproductivo. Parecidas expresiones encontramos en Bernaldo de Quirós.

Otro “infierno” éste con una dolorosa base física, que fomenta el ambiente puritano de nuestros poblacionistas, y que encuentra aliados en ciertos médicos que sacan más plata de curar que de prevenir, es el de las enfermedades venéreas, que su hipócrita negación de la vida sexual contribuye tanto a mantener e incluso propagar, sobre todo en la juventud, de modo que es mucho más frecuente en países como el nuestro o España que en la “promiscua” Suecia o Dina

marca. Ese poblacionismo puritano, al dar ocasión a la difusión, con ese mal, de la esterilidad, despuebla también por eso motivo. Véase al respecto nuestro *El subdesarrollo sexual*.

### *Natalidad y nupcialidad*

Cuando no se conocen o están prohibidos los medios anticonceptivos, las parejas dudan en casarse ante la perspectiva de tener en seguida hijos, por lo que muchos se casan tarde o no se casan. De ahí la aparente paradoja de que en alguna ocasión se dé una cierta correlación inversa entre el número de matrimonios y el de hijos. En todo caso, y para una tasa determinada de reproducción, parece más democrático y en general más aconsejable para el pueblo que haya muchas parejas con pocos hijos que pocas parejas con muchos hijos. *Por eso mismo* se oponen a ello los enemigos, los explotadores del pueblo, con medidas que tienden a evitar la *democratización del matrimonio*, como lo es esta medida que restringe el control natal. En efecto: ellos sacan de los célibes mano de obra barata y móvil, carne de cañón para sus ejércitos militares o civiles (sacerdotes, fanáticos de una causa política, etc.), mientras que los pocos casados tienen entonces muchos hijos y reproducen en la relación de pareja y con sus hijos el sistema autoritario que interesa a esos explotadores.

Se comprende pues que tantos de nuestros poblacionistas insistan en “moralizar” el matrimonio, mantener la dependencia femenina respecto del hombre, e incluso la indisolubilidad del vínculo. Así C. J. Rodríguez, quien sostiene que el divorcio “tiene que ser prohibido como un adulterio. Esa moral rígida es la que se requiere para la salvación de la especie humana” (que identifica con un pretendido aumento de población conseguido de ese modo). Tampoco puede ser más explícito ni significativo el hecho de incluir en un proyecto *económico* (¿en favor de la economía de quién?) como el Plan Quinquenal 1947 - 1951 objetivos como éste: “incrementar la nupcialidad mediante recaudos de orden social, como el de sostener la indisolubilidad del matrimonio”. ¿Resultados? La tasa de matrimonios era en 1947 de 8,7 y en 1955 había bajado a 7,6. *¿No se sabe cumplir con los objetivos propuestos, o es que los objetivos reales son muy distintos de los que se presentan para legitimar la acciógvf*

Respecto a la edad del matrimonio, el promedio en la década de 1960 era bastante elevado, en torno a los 29 años, lo que es una señal evidente de que hay serios obstáculos para el matrimonio. Es en general en los países superpoblados y con poco conocimiento o incluso prohibición, como Irlanda y España, de los métodos anticonceptivos donde encontramos esas tendencias a un matrimonio tan

tardío, mientras que en los países más desarrollados la edad promedio es cinco o más años inferior a esa edad, lo que es mucho más sano, tanto biológica como socialmente.

1 Tr. los economistas, con Quesnay a la cabeza, reprochaban a Jos mercantilistas el querer estimular la población, puesto que ella de por sí se reproduce tanto cuanto permiten las circunstancias realmente existentes. También Alberdi, aunque el mismo cae en ocasiones en ese voluntarismo poblacionista, lo combate en el capítulo que da el título a sus *Ra-srx*.

2 No nos oponemos a *auxiliar*, pero sí a premiar las familias numerosas. El subsidio es de estricta justicia, por cuanto la sociedad no les ha enseñado a regular con prudencia su natalidad, sino que incluso ha fomentado como una virtud la irresponsabilidad; y en todo caso los hijos no deberian padecer por las faltas de sus padres. En la Argentina los poblacionistas insisten en fomentar las familias muy numerosas, de seis hijos y más (A. Palacios, Correa y Llorens, etc.). Los estudios realizados muestran que esos premios no aumentan la natalidad de las familias muy numerosas, porque en ellas ya no cuenta el cálculo económico (A. Sauvy); pero sí puede motivar a otras a tener más hijos. Los subsidios, por el contrario, fomentan ese cálculo económico, de modo que los que los reciben tienen en promedio menos hijos que los que no, según una reciente encuesta bogotana.

3 Fomentan la creencia en la estupidez del pueblo, en el desprecio de sus mujeres, quienes como R. Pereyra escriben novelitas sentimentales en donde deslizan idios como que hay que tener seis hijos "pues la mesa para ocho personas (dos padres y seis hijos), que es lo corriente en todos los países comedores [sic] estaba indicando cuíj es la familia ideal". Dejar esa decisión al carpintero denota una cabeza de alcorneque.

4 No faltan poblacionistas que quieren apoyarse en países democrático\* para justificar sus medidas coactivas: pero con evidente fracaso. Así Bernaldo do Quirós en un anteproyecto [sic] holandés de prohibir el trabajo a la mujer casada. El mismo debe reconocer que fue rechazado por el Consejo Superior del Trabajo. En *La Opinión* (5-III-1974) loemos que Dinamarca opono como la Argentina "a la ola de reducción demográfica formulada por los Estados Unidos".

{Cómo comparar en cualquier sentido, los recursos de ambos países! ; Cómo, sin ignorancia crasa o patente mala fe, decir que es una política poblacional parecida la de Dinamarca, cuando allí está oficializado no sólo el control natal, sino el aborto? ;Cómo puede decirse eso cuando las dinamarquesas, lejos de no evitar el tener hijos, tienen una cuarta parte menos que en la Argentina? Pero en población parece que so puede decir cualquier cosa sin desprestigiarse; al contrario: las mayores barbaridades son más apreciadas como prueba de fe y entrega ciega al régimen imperante.

5 En 1939 comentaba en Argentina Durclli, ante la noticia que las mujeres do Carintia desfilaban ante Hitler con carteles que decían: "Ordénalo, «Tefe, y te pariremos hijos": "Esto no es cristianismo ni personalismo". Otros, en cambio, alababan y alaban, como una prueba do la "fe" —ya que no de la evidencia— respecto de un régimen sociopolítico la (pretendida, porque no real) elevación de la natalidad en Rusia de Stalin (R. A. Orgaz) o en Italia fascista (Znvala).

6 «Se ha de tener en cuenta que, puesto que estas cifras dan la media de mujeres de 15-45 años, el número final de hijos por mujer será casi el doble al llegar todas a 45 años.

7 Sobre el tema véase nuestro libro *El Aborto i Crimen o derecho!* Por lo demás, la importancia directa de una regulación o incluso prohibición absoluta de las píldoras anticonceptivas es insignificante, casi ridícula, respecto a su incidencia en el crecimiento poblacional. En efecto, según datos proporcionados por el Dr. Domingo Olivares, director de la Asociación Ap.

gentina de Protección de la Familia, en 1971 se vendieron para consumo interno 3.940.000 ciclos de píldoras hormonales anticonceptivas, lo que significa 328.333 usuarias en actividad los doce meses del año, y representa el 5,4% de la población femenina en edad reproductiva; e incluso entre esas mujeres hay quienes las usan para tener más hijos. . . En 1973 el porcentaje había subido sólo al 6.2%.

8 Sus asesores no son menos “ingeniosos”. -Marcelo Barreiro dice que la medida no constituye ningún atentado contra las libertades individuales de nadie. Juan Nasio, en cambio, considera que la mejor defensa es el ataque y dice que “el control de la natalidad es el hecho más infame de la historia totalitaria, por su discriminación racial”. Después de un ataque virulento en un periódico oficialista, algunos “muchachos” se presentaron una mañana en la “Asociación Argentina de Protección de la Familia” y la devastaron; la ausencia de los directivos, que buscaron afanosamente, evitó sin duda que las cosas pasaran más allá. Nueva coincidencia, la policía, informada de los vandálicos destrozos realizados en el inmueble, no encontró tiempo para presentarse en el lugar de los hechos, ni siquiera en los días subsiguientes. ¿Cuáles son las libertades que *no* se coartan?

9 Véase por ejemplo *Avanzada Socialista*, 20-III-1974 y 10-X-1974, en donde observa: “¿Cómo puede hablarse de aumentar la población en las condiciones sociales actuales?”.

## CAPÍTULO SEXTO

### EL VACIAMIENTO POBLACIONAL POR EL CAPITAL HUMANO EXTRANJERO

*Los hechos: cada vez hay 'más extranjeros*

Pocos hechos sociales son tan conocidos dentro y fuera del territorio nacional como el que la Argentina es un país de inmigrantes como Estados Unidos o Australia. De 1860 a 1930, en setenta años, se multiplicó por diez su población, como ningún país del mundo en ese período (Elizaga). Los períodos de mayor auge migratorio fueron las décadas alternas 1881 - 1890, 1901 -1910, 1921 - 1930 y 1951 - 1960, con tasas respectivas de 2,2, 2,0, 0,9 y 0,25 por ciento (Ibídem). El año de mayor inmigración fue 1889, con un saldo positivo de 220.261 personas, al que se aproximaron los años 1910 y 1912. Aunque los registros son muy imperfectos y variables en sus criterios, puede calcularse que en un siglo, de 1869 a 1970, de 5,7 millones de inmigrantes se quedaron, de un total de casi el doble que llegaron al país.

De acuerdo con los censos, el porcentaje de extranjeros en la población total argentina fue en 1869 del 12/1 %; en 1895, 25,4 %; en 1914, 29,9 %; en 1947, 15,3 %; en 1960, 13,0 % y en 1970, 9,5. En los mismos Estados Unidos la proporción fue siempre bastante menor, tanto en los extremos del período como en su punto máximo, en torno a 1900, con el 16 %.

El porcentaje mayor de extranjeros en la Argentina, según las cifras antecitadas, se dio también a principios de siglo, y ahora es menor que hace cien años. Esto es sin duda verdad en proporción a la población total argentina, pero no lo es en cifras absolutas, por el enorme aumento del conjunto de la población, de manera que en realidad el número de extranjeros en la república es el siguiente (en millares): -1869, 210; 1895, 1.004; 1914, 2.357; 1947, 2.436; 1960, 2.600; 1970, 2.210. Y si tenemos en cuenta que después de 1970 so han producido migraciones y legalizaciones que hacen subir la cifra

de 1970 por encima de la de 1960, sobreestimada al no tener en cuenta algunas emigraciones, podemos comprender otro fenómeno fundamental que es también con frecuencia “olvidado” o mistificado por nuestros poblacionistas: *el número de extranjeros en la Argentina viene creciendo desde hace un siglo y hasta nuestros días sin interrupción*. Estamos lejos, muy lejos, cada vez más lejos de lo que dijera en 1940 Bunge: la cosmopolita Argentina será pronto un país sin extranjeros. Lo que ocurre, junto con la disminución de su peso relativo, es que la locación actual de muchos de esos extranjeros en zonas periféricas, y su carácter de vecinos, asimilables en parte a las (provincias argentinas limítrofes con esos países, les hace cada vez menos visibles; mientras que un conjunto de razones influyen en que esos extranjeros de hoy no cuenten por lo que toca al “cosmopolitismo”, como veremos.

*La conciencia de la realidad poblacional nacional está pues muy distorsionada*, en éste como en otros aspectos, por y para servir a intereses distorsionados que la explotan. Sobre esta distorsión, recordemos el ejemplo, tanto más interesante por cuanto (proviene de quienes poseen una gran erudición: en 1973, un documento del Consejo Federal de Inversiones subrayaba, como hecho importante, el que hoy la mayoría de los argentinos son hijos de padres nativos, cuando en realidad siempre ha sido así: baste recordar que el número total de extranjeros nunca ha llegado a un tercio de la población. Lo que sí es importante es que hoy, como una novedad, se reconozca ese hecho, se tenga, por primera vez en mucho tiempo, más conciencia de la *nacionalidad*, es decir, incluso etimológicamente, de ser hijos nacidos, y de padres nacidos, en el país; es decir, se sienta de nuevo, y por tanto como nuevo, el enraizamiento en el país.

Resulta superfino insistir hoy en el interés que, desde los más diferentes (puntos de vista, desde el económico hasta el de la salud mental (como hemos desarrollado en nuestro libro *Racismo y política en Puerto Rico*), tiene el acrecentamiento de la conciencia nacional. Pero no todos los caminos que llevan al nacionalismo, ni por tanto todos los componentes del mismo, son igualmente fructíferos. Tan nociva fue la carencia de nacionalismo por complejo de inferioridad ante el inmigrado europeo, ante quien el nativo no contaba —como la anécdota antecitada revela “matemáticamente”— como el adquirir un nacionalismo basado en parte en la explotación despreciativa de los extranjeros suramericanos, que tampoco cuentan, como el otro *error* “matemático” de insistir sólo en que cada vez hay relativamente menos extranjeros pone también de manifiesto, Estudiemos, pues, con detenimiento el problema,

*El origen nacional de los inmigrantes*

Según datos proporcionados por A. Lattes y R. Sautu en el Seminario Internacional de Migraciones de Buenos Aires de 1974, el porcentaje de inmigrantes según nacionalidad en la Argentina fue el siguiente:

ORIGEN	1869-1895	1895-1914	1914-1947	1947-1960	1960-1970
Italia	50,7	35,7	25,0	35,8	5,4
España	20,2	41,2	26,2	20,4	8,0
Resto de Europa	17,6	11,5	26,2	8,3	5,3
Países Vecinos	10,5	7,5	17,2	28,9	76,1
Resto y desconocido	1,0	4,1	5,4	5,6	5,2

Es decir, que hace un siglo la inmigración era en sus tres cuartos hispanoitaliana, y los países vecinos no aportaban sino poco más de una décima parte, mientras que hoy las posiciones se han invertido, y con ello, como veremos, muchas otras cosas. Los de países vecinos, del 8,6 % de los extranjeros en 1914, pasaron a ser el 17,9 en 1960 y sin duda mucho más en nuestros días. En 1960, último censo del que tenemos datos al respecto, el porcentaje de inmigrantes de cada país vecino, respecto del conjunto de extranjeros y del conjunto de habitantes de la República, era, respectivamente, el siguiente: paraguayos, 6,0 y 0,8%; chilenos, 2,1 y 0,6%; bolivianos, 3,4 y 0,4%; uruguayos, 2,1 y 0,3 %; brasileños, 1,9 y 0,2%. En el área metropolitana de Buenos Aires, el porcentaje global de los extranjeros limítrofes era del 1,8 % de la población, y el de los no limítrofes, el 20,1 %. Los datos más recientes que poseemos al respecto, los saldos migratorios para 1971 y 1972 de los países vecinos, saldos que son todos positivos (es decir, indican un mayor número de entradas que salidas de la Argentina), dan las siguientes cifras, en miles de personas: bolivianos, 6,8 y 5,7; brasileños, 2,3 y 9,9; chilenos, 1,6 y 8,1; paraguayos, 18,2 y 44,6; uruguayos, 2,7 y 0,3.

En este capítulo analizaremos sobre todo la inmigración extracontinental, reservando la limítrofe, a fin de respetar el orden cronológico, para un capítulo posterior.

*La inmigración como sustituto de 'la producción nacional de personas*

Cuando se trata de explicar el porqué de ese hecho trascendental en nuestra historia social que son las migraciones internacionales, apenas parece necesario explicitar algo "tan obvio" como es el que

la inmigración fue fomentada para poblar, razón que permite detener ahí la investigación y otorgar a los dirigentes que las promovieron el título de benefactores de la nación, dechado del más puro patriotismo. Sin duda, aunque fuera válido el afirmar que las migraciones poblaron el país, y estuviera además probado que ese poblamiento fue en definitiva beneficioso para la Argentina, podría haber otras razones “no santas” que desvirtuaran esa acción; pero sin duda aparecerán más al desnudo las intenciones reales de esos “poblacionistas” cuando les saquemos aquí también la careta, y veamos que 710 *fomentaron las migraciones para poblar y que las migraciones no contribuyeron a aumentar la población.*

Esta afirmación parecerá increíble a muchos» y por eso pudo ser la contraria una buena tapadera de los negociados de los “poblacionistas”. Pero los hechos son muy claros, las cifras cantan. Si el mundo tardó en duplicar su población 1650 años desde principios de nuestra era y hoy lo hace en 30 ó 40 años en promedio, esto no se debe a que nazcan muchos más niños, sino a que mueren menos personas. La baja de la mortalidad permite una aceleración de treinta o cuarenta veces en el ritmo de crecimiento de la especie. La Argentina, como los Estados Unidos y otros países poseedores de ciertas condiciones privilegiadas al respecto, vieron bajar pronto su mortalidad 5 veces multiplicar rápidamente por vía reproductiva su población. En los Estados Unidos la tasa de natalidad era en 1800 de 55 por mil, y en la Argentina, en 1869, todavía se situaba en torno al 48 por mil. Pues bien, nosotros hemos calculado que, con la mortalidad que de hecho ha habido en el último siglo, de acuerdo con las tasas de Eli-zaga, de haberse mantenido la natalidad de entonces la Argentina no sólo habría llegado a una cifra de población como la que hoy tiene, sino que habría ya casi doblado esa cantidad y se habría acercado a la tan publicitada meta de 50 millones de habitantes, pues *tendría en 1974 cuarenta y cuatro millones de habitantes.* Es decir, que desde el punto de vista biológico la Argentina no necesitaba la inmigración para crecer como lo ha hecho, e incluso mucho más. Más aún, como veremos, *la inmigración ha sido un obstáculo para el aumento de la población nativa e incluso de la población global.*

Todo esto podrá parecer a muchos lectores al menos como una novedad. Y en efecto, relativamente lo es, porque *antes* era verdad que para poblar “la reproducción por sí sola es un medio lentísimo”, como decía Alberdi y repetía un siglo después Dickmann. Pero ya autores muy anteriores a Alberdi, y que él parece haber leído, como A. Smith y Malthus, aducían datos norteamericanos que mostraban que, en buenas condiciones sanitarias, las poblaciones podían duplicar su población casi en 15 años, sin migración (como sucede en nuestros

días en algunas zonas de América Central). De modo que ya entonces no era un método “lentísimo” para poblar.

No cabe duda que incluso en nuestros días no hay nada más rápido para poblar que una inmigración masiva concentrada sobre un punto, como el desembarco aliado en Normandía. Pero cuando se trata de un vasto territorio y, sobre todo, de un amplio espacio de tiempo, que pide *una inmigración estable que no rompa el equilibrio ecológico*, las condiciones artificiales, políticas, podrán provocar una momentánea movilización masiva sobre un punto, pero a la larga el resultado será contraproducente. “Nada violento es durable<sup>0</sup>, y la implantación de personas, como de animales y plantas, debe adecuarse a las circunstancias globales del lugar.

Insistamos en ello: la población se rige por leyes análogas a las de la economía, entendida ésta en su sentido más amplio. La misma palabra dinero, en latín “pecunia”, recuerda la ligazón entre la economía y la reproducción de los animales, sometidos ellos, como también los vegetales, según veremos, a las leyes generales del crecimiento orgánico, a la curva logística. Todo intento de multiplicar artificialmente el circulante humano, como el monetario, lleva a la inflación, al deterioro de la calidad —“la moneda mala sustituye a la buena”— hasta que se restablezca el equilibrio, a un nivel por lo general muy inferior al existente antes de que se comenzara tan torpe maniobra.

En ese sentido, el capitalismo aunque se presente como un sistema económico, es antieconómico, porque reduce —aun cuando aparentemente multiplica— la población como la riqueza a lo que conviene a los intereses de una clase, y no al conjunto de la población. *Sus emisiones “extra”, “coloniales”, de moneda como de población*, han dado siempre, en definitiva, como veremos aún más, *un resultado negativo para el progreso* que decía buscar con esa maniobra.

Proyecciones de la población de los Estados Unidos llevaron ya a Walker, a fines del siglo pasado, a proclamar que en realidad la inmigración no servía para aumentar el ritmo de crecimiento de la población, sino simplemente para sustituir nacionales por extranjeros, tema sobre el que vuelven los tratadistas contemporáneos 1. A nivel de la experiencia inmediata del fenómeno el pueblo ha comprendido siempre con claridad este aparente “desafío al sentido común” de que las inmigraciones masivas no aumentan la población, sino sólo la competencia que durante el tiempo en que duran hacen los extranjeros a los nativos, que para amoldarse a las circunstancias deben restringirse, económica y poblacionalmente. Aunque, en razón obvia de ser otros quienes hoy como ayer dictaminan cuál es la historia oficial que se inculca al pueblo, el hecho sea poco conocido, en la misma Argentina “desierta” del siglo XIX hubo un poderoso sentimiento popular contra la inmigración masiva de “gringos” (los ita

lianos simbolizaban a todos los inmigrantes, por ser la mitad del total), al grito de “¡basta de gringos!”, -como era el significativo título de un folleto, tan perseguido que incluso el ejemplar existente en la Biblioteca Nacional ha sido “piadosamente” liquidado. Recordemos a José Hernández, aquel típico representante del interior que tuvo que padecer tan largos períodos de desocupación en un Buenos Aires artificialmente colmado de extranjeros, quien decía que “no hacen más que venir a aumentar las dificultades de una situación de suyo grave; son convidados que vienen a sentarse al banquete de los pobres”... “población es lo que nos sobra, con relación a nuestro estado económico y social. Lo que se necesita es dar valor a nuestros productos, distribuir las tierras”<sup>2</sup>; en nuestro *Los racismos en América \*Latina*” hemos dado otros ejemplos de este fenómeno.

Conforme a esta competencia sentida por los nativos ante la inmigración extranjera, es un hecho evidente que la natalidad ha ido bajando a medida que ha ido creciendo el número de extranjeros en el país, y que la baja ha sido más fuerte en los periodos en que esa inmigración ha sido mayor y, nueva “coincidencia”, esa baja de natalidad también fue más rápida en los lugares donde más se instalaron los extranjeros.

Las distintas correlaciones son tan claras y fuertes que no puede negarse su interrelación sino por quienes la consideran en modo abstracto, idealista, para después criticar ellos u otros los hechos en lugar de su defectuosa metodología. Incluso los críticos del actual sistema social, que y porque son supereróticos, crítonos superficiales de otros aspectos del mismo, suponen de ordinario con bastante ingenuidad que éste maximizó las posibilidades de poblar trayendo inmigrantes, y muchos se asombrarán y considerarán necio y/o demagógico el que neguemos que la inmigración contribuyó al desarrollo poblacional adecuado del país, sino que lo vació, aunque por otra parte sepan que la importación de capitales extranjeros, lejos de contribuir —como pretendían los mismos dirigentes— a la capitalización y desarrollo del país, ha llevado al vaciamiento de sus riquezas, y considerarían ingenuo al que se preguntara: “Si en realidad esa importación de capitales nos dañaba ¿por qué se hizo?” Pero en demografía aún estamos en el período precrítico, “patriótico”, de considerar una población sin clases e intereses poblacionales contrastados. Recordemos, como Smith sobre nuestro “gran vecino del norte”, que “nunca se insistirá demasiado en el hecho de que la política inmigratoria brasileña ha sido dominada por la falta de trabajadores en sus haciendas y no por la inmensidad de las regiones poco pobladas del territorio nacional”. La inmigración argentina estuvo dirigida fundamentalmente por intereses clasistas, con las peculiaridades que examinaremos a continuación.

*Cómo la oligarquía criolla fomentó la inmigración blanca por racismo contra el interior*

La lucha de clases, insistamos en ello, tiene en América los caracteres particularmente duros de una lucha colonial, racista. El colonialismo y racismo interno, criollo, hijo y heredero en buena parte del externo, se une para explotar mejor al pueblo, a su padre o, cuando eso no es posible por su rebelión edípica independentista, a alguno de sus “tíos” de la misma rama familiar blanca.

Las guerras coloniales internas, como las externas, son muy costosas, antieconómicas a escala de la sociedad global, pero se realizan porque conviene a los intereses de la clase dominante. Y para esa guerra, más aún que para cualquier otra, hace falta con frecuencia un abundante material humano, que los colonialistas internos, como los externos, traen a cualquier precio, sin importarles el que pueda ser antieconómica para el conjunto del país; más aún, la traen también para que pese y les ayude a explotar y arruinar e incluso aniquilar al resto de la población, de modo que ésta, debilitada y diezmada, no pueda alzarse contra su sistema colonialista.

En la Argentina toda la gran migración histórica tuvo en modo explícito ese carácter antieconómico (a escala del país, repitémoslo) de importación de contingentes para la lucha racial, de una auténtica *legión extranjera racial*. “La formación de la nacionalidad argentina —escribía Ingenieros— es en su origen un simple episodio de la lucha de razas; en la historia de la humanidad, podría figurar en el capítulo que estudiara la expansión de la raza blanca”.

Respecto a ciertas minorías nacionales, más peligrosas por su carácter rebelde, “salvaje”, el aspecto militar de guerra de exterminio fue obvio. La venida de extranjeros y necesidad de mayor espacio contribuyó a justificar esas campañas. Todavía hoy, desde la primera página de su *Extranjeros. Alabanza de los gringos*, M. O. López les agradece el haber “poblado estancias en la frontera y defendido de los indios”. Muchas veces se hicieron incluso levas forzosas entre inmigrantes para llevarlos a luchar contra ellos, casi sin armas, y esto provocó en ocasiones importantes insurrecciones, como la surgida en el momento de la toma de posesión del mando de Avellaneda.

Del trato dado a los “salvajes”, a los indígenas, al trato dado a los “bárbaros”, a los “nativos”, no hay tanta diferencia como a veces, mistificados, quisieran creer estos últimos. La diferencia llega a anularse cuando esos “bárbaros” del interior asumen formas “salvajes”, no tan explotables como sería conveniente para los criollos; tal fue el caso de los gauchos. Y al resto, la gran mayoría numérica “de color”, los criollos blancos, concentrados en las ciu\*

ri'

dades, y en particular en las vecinas al litoral, al no poder liquidarlos, ni a veces quererlos, para aprovecharse de su encomienda, suscitaron una inmigración masiva de gente blanca que les ayudara a mantener, su dominio sobre ellos; importación tanto más necesaria, y en grandes cantidades, cuanto que, como vimos, el número de “bárbaros” no sólo era muy grande, sino que crecía con gran rapidez.

De ahí el éxito fabuloso que tuvo entre la clase dominante el lema de Alberdi: “Gobernar es poblar”, y “desde luego, poblar con blancos”, como recordaría Lugones. Lo contrario hubiera sido en efecto absurdo, contraproducente. Porque *para gobernar*, mandar explotar (no decimos enriquecer, desarrollar, etc.) el país era imprescindible para aquella élite gobernante ampliar sus rangos y apoyar con una inmigración blanca su sistema de castas; importar gente de color (incluso, y sobre todo, de países limítrofes) hubiera sido lo más antigubernamental, acrecentando el ya excesivo, para la relación de fuerzas entonces existente, número de sometidos.

Alberdi no puede ser más explícito en esto punto clave para el sistema de gobierno de su grupo criollo. Una y mil veces recomienda, exige la inmigración europea, “atraerla para que nos civilice”: eso “debo ser el fin constitucional de nuestro tiempo”. En efecto: no hay exageración: las bases de un gobierno de colonialismo interno no son otras que las que aseguran su dominio, es decir, el predominio general —favorecido por el número— del grupo dirigente. De ahí que afirmo con energía el dominio blanco sobre el país: “el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil. Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América”. “En América todo lo que no es europeo es bárbaro”. Y con esa misma energía, y por esa misma razón, para que no se debilite su aún precario dominio político, anatematiza toda inmigración de grupos que pueden ser racialmente sus opositores: “El gobierno debe fomentar la inmigración europea. Pero poblar no es civilizar, sino embrutecer, cuando se puebla con chinos y con indios de Asia y con negros de África”. Y esta necesidad de importar blancos les parecía tanto más urgente cuanto que, según un autor de la época, “como la natalidad de las razas latinas decrece de día en día, cabe creer ante esas cifras que, por fin, la República Argentina dejará de ser latina” (Novicow).

La misma Constitución colonialista de la oligarquía criolla no fue, ni podía ser, sino racista, y aclaró que lo que se trataba de fomentar era la migración *blanca*; y los beneficios a los inmigrantes se reservaban con frecuencia explícitamente a los de procedencia europea 3.

En resumen: toda la inmigración externa ha estado encaminada {i 080 fip de consolidar la sociedad racista, como analizamos en nues-

tro *Los racismos en América "Latina"*. Se puede repetir del período (posterior lo que Bunge decía del Virreinato: "se formó una clase directora, española y continuadamente por la inmigración, una rica y orgullosa burguesía... que se llamaba a sí misma la *gente decente*, por oposición a la chusma, a la menospreciada turba de color". No es pues que Ingenieros tenga, invente una concepción racista de la inmigración (Onega), o que por casualidad resultara ella así, sino que *desde el principio estuvo planeada para que diera esos resultados* de confirmación y consolidación de la ya existente sociedad de castas, racista. Esto es lo que explica otros aspectos, incluso los al parecer negativos, los "fracasos" de esa inmigración, que si lo fueron para el país, precisamente por eso fueron muy queridos y positivos por y para el grupo dominante que la organizó.

De ahí que, excepto en el nombre la política de "Argentina blanca" fuera mucho más completa en su línea que la de "Australia blanca", que también promovió y disminuyó la inmigración a ese país. A pesar de su eficacia, hay que tener en cuenta que esa política exageró mucho su éxito al decir que con la inmigración "la Argentina pasaría, de mestiza, a ser el primer país de América Latina blanca" (A. Sireau). Sin duda ha habido y hay un intento de genocidio respecto a los indígenas, pero su éxito está muy lejos de ser completo; y por mucho que se intente ocultar la "América invisible", el mestizo, el "cabecita negra", éste se hace cada vez más presente. Sin duda, hay mistificación en las cifras. Bizarro denuncia al doctor J. Imbeloni por decir que en la Argentina desaparecen los no blancos, pues eso no es una comprobación científica, sino el producto de su deseo europeizante y poco noble. Observemos nosotros que no sólo se ocultan las cifras, sino que las mismas calificaciones son injuriosas y racistas, como la que reproduce todavía Dagnino Pastore: "Mestizos con vestigios de razas inferiores": en 1914, 5,1 % de la población argentina; en 1936, 2,4%. Y en 1940, en el Congreso de Población argentino, B. Moreno afirmó que no había mestizos en la República Argentina y Marotta declaró que decir que había mestizos "es la desvalorización de la población argentina". Todo esto, como se ve, en pleno "aluvión zoológico" del mestizo del interior hacia Buenos Aires. Pero no se cambia, y de nuevo explícitamente en el poder con Onganía, estos grupos afirmaban en un documento del Ministerio de Bienestar Social en 1967 que "contamos con una población prácticamente 100 % blanca. De ahí que no tengamos problemas como tienen otros países".

Toda insistencia será poca: a los oligarcas no les interesaba (ni les interesa) fomentar la inmigración para poblar en abstracto, sino para hacerlo con la raza, ritmo y modo más conveniente a sus intereses, antagónicos a los del conjunto del pueblo; de ahí que hayan

impedido el crecimiento cualitativo y a la larga también el cuantitativo de la población con esa inmigración. “ ‘ Nuestra política inmigratoria —escribía el diputado Dickmann en 1946— no busca mejorar la población aumentando su nivel de vida, sino traer siempre mano de obra abundante y barata, sea cual fuera su origen y capacidad. Se quiere obreros mansos y sumisos, materia de fácil explotación”. La economía “ clásica” argentina es siempre una economía *política*, en favor del grupo oligárquico, y su demografía también es siempre una demografía *política*, en favor de sus intereses de clase, clase ligada económica, política e incluso racialmente a intereses extranjeros.

### *El imperialismo y su exportación de capitales y emigrantes*

En la Argentina, como en otros países del Tercer Mundo, las relaciones sociales y por tanto las referentes a la población son más complejas, pues hay que tener en cuenta dos clases de dominantes, los dominantes-dependientes, nativos, y los dominantes supremos, extranjeros. Sin duda los intereses de ambos grupos coinciden respecto a la explotación común del pueblo, pero por eso mismo hay una constante pugna entre ambos por el reparto del botín, lucha real aunque en ocasiones esté exagerada en forma de hipotéticos antagonismos para engañar al pueblo con amagos de independencia, que a lo más lo serán por un tiempo de uno de los dominadores externos.

Apenas es necesario subrayar que al imperialismo euronorteamericano, blanco, le interesaba sostener el dominio de los grupos blancos sobre las masas de color americanas. De ahí el apoyo económico, militar y poblacional a los criollos, que hemos reseñado en detalle en nuestra obra antecitada. Además de esa intervención de ayuda a la instauración y mantenimiento de un colonialismo interno, y como contrapartida a la que aquella ayuda se encaminaba, el imperialismo blanco llegó y lleva a cabo una acción de descapitalización sistemática del país, que impide el natural incremento de la riqueza y de la población adecuada.

La propaganda imperialista en el campo económico niega este saqueo, y sostiene que por el contrario hay una importación de capitales. De hecho, de 1860 a 1913 se importaron a la Argentina unos diez mil millones de dólares, 8,5 % de las inversiones extranjeras de los países exportadores de capital y 42 % de las inglesas en Suramérica. Pero la crítica económica del sistema muestra cómo los saldos de capitales a largo plazo son negativos para el país que recibe ese “favor” de la “ayuda” externa. Más aún, demuestra cómo la exportación de capitales es una necesidad del sistema capitalista para que no descienda su tasa de beneficios. Pero incluso en el terreno

económico no se insiste en que esa exportación, precisamente por mantener el sistema, es nociva al pueblo del país exportador de capital, ya que sirve en concreto para mantener e incluso aumentar la explotación interna de los trabajadores, su empobrecimiento relativo. La razón de ese silencio es en parte que ese empobrecimiento relativo está sobrecompensado por el aumento absoluto que el botín sacado del Tercer Mundo proporciona al nivel de vida de esos trabajadores de los países imperialistas, lo que está ligado al conocido fenómeno del revisionismo.

Desde el punto de vista poblacional, la afirmación de que el imperialismo ha impedido el adecuado crecimiento poblacional, ha vaciado de gente al país, parece a primera vista coincidir con ciertas demagógicas denuncias actuales contra el control de la natalidad. Pero en realidad nuestra denuncia es muy distinta. Permitir una confusión al respecto sería tan contraproducente en el campo demográfico como en el político y económico el aceptar luchar contra el capitalismo con los argumentos de un socialismo feudal “a lo Ruskin” o a lo “Iglesia Católica”, lo que, en el campo demográfico, por su posición anticientífica al respecto, aceptan con tanta frecuencia muchos izquierdistas.

No: hoy el imperialismo, por la distorsión entre el progreso sanitario y el económico y educacional, es en buena parte en muchos países responsable de una excesiva multiplicación que acrecienta aún la dependencia, como analizamos en *Explosión poblacional, economía y política*. En el pasado, y en modo particular en la Argentina, el proceso dependentista fue, como las circunstancias entonces existentes, muy distinto.

Si a los países capitalistas les interesó hasta cierto momento incrementar su propia población, para tener un mayor ejército económico y militar de reserva, a partir de cierto punto este crecimiento, como el del capital, resultó tener rendimientos decrecientes, e incluso amenazaba con tener resultados adversos, arruinar el capitalismo, provocar el paso a un sistema socialista, aunque éste fuera en esas condiciones —según explicamos en nuestra obra antecitada— un socialismo feudal, no progresista. En tales circunstancias, como la emigración de capital económico, la emigración de capital humano era una necesidad para el capitalismo, una indispensable válvula de escape, y recurrió a ella el sistema siempre que le fue necesaria, exportando ese capital humano, con consentimiento de los nativos o sin él, a los más variados territorios. Hoy, en un mundo tan superpoblado, comenzamos a comprender mejor la importancia de tener un “territorio de reserva” colonial, complemento y regulación parcial de un “ejército de reserva” económico. En ocasiones los terratenientes ingleses o los mismos industriales fomentaron la emigración, para no

tener que soportar cargas excesivas. Otras veces fueron los mismos sindicatos ingleses quienes, para evitar la baja de salarios, crearon fondos (para permitir emigrar; el mismo gobierno inglés, con fines de expansión política, subvencionó entre 1847 y 1969 la salida de 339.000 personas, y de 1922 a 1931, de 400.000. En total se calcula que de 1801 a 1911 Inglaterra exportó 14 millones de personas, mientras que su población crecía de 15 a 42 millones. Y Europa habría exportado a América, desde su descubrimiento hasta la segunda guerra mundial, 60 millones de personas. Esa exportación fue una enorme sangría para sus pueblos, que debían educar a tantos millones de hijos, que después perdían en la “epidemia social emigratoria” en plena edad activa, (pero precisamente porque debilitaba a sus pueblos esa sangría fue muy útil y fomentada, como acabamos de notar, por los gobernantes europeos que, como notan los marxistas Novitskiy y Tolokonskiy, consiguieron así evitar revoluciones.

#### *El entreguismo a la inmigración de capital y población extranjeros*

Como las importaciones forzadas de cualquier otra mercancía de desecho de los países imperialistas, la emigración europea impuesta por el capitalismo fue celebrada con júbilo como factor de progreso por la oligarquía criolla, incluso en su carácter de desecho, como alabará Alberdi: “El socialismo europeo es el signo de un desequilibrio de cosas, que tarde o temprano tendrá en este continente su rechazo violento, si nuestra previsión no emplea desde hoy los medios de que esa ley se realice pacíficamente y en provecho de ambos mundos. . . . Allí sobrea abunda, hasta constituir un mal, la población de que aquí tenemos necesidad vital”... “El bienestar de ambos mundos se conciba casualmente”. ¡Magnífica “armonía poblacional” que nada tiene que envidiar a las económicas de Bastiat! Y sin duda se daban armonías económicas, pero entre los explotadores de ambas orillas de ese pacto migratorio del Atlántico.

En realidad, como ya vimos, el sueño dorado de la oligarquía criolla, en su temor a ser barridas por las masas de color, es siempre el “¡que nos conquisten!”, el protectorado político europeo, que tantos pretendieron, como Alvear en la Argentina. Pero no siempre se consigue (re)hacer esa conquista colonial, que desde el liberal Alberdi al socialista Justo exaltaron para otros países, como la India. Las invasiones inglesas en la Argentina quedarán sumergidas en las nieblas del pasado, con el ambiguo adjetivo de “desgraciado incidente”. Mas si no se consigue la dependencia política oficial, al menos sí se abrazará con entusiasmo la dependencia económica, y se dirá con Mitre en 1861 que la fuerza del progreso “es el capital inglés”, que sin duda lo es en buena parte del progreso de la oli

garquía. Y Alberdi insistirá en que hay que dar plena libertad a los capitales extranjeros para que progrese el país: “La Constitución atrae los capitales (extranjeros) por la libertad absoluta de su empleo”, escribe, y cita su artículo 14 que da a todos los habitantes “la libertad de trabajar y ejercer toda industria; de usar y disponer de su propiedad”; cita que “olvida” que incluso Constitución tan liberal restringe las industrias a las “lícitas”\*.

Con no menor cntreguismo, los oligarcas criollos no sólo\* aceptan, sino que, como se atreve a decir el mismo Alberdi, “mendigan” población europea, y si ya no cabe el “que nos conquisten” esperan que al menos esos inmigrantes europeos “nos civilicen”. La expresión es fuerte, pero no está dicha al azar ni es casual. En otro lugar insiste: “¿Queremos que los hábitos de orden, de disciplina y de industria prevalezcan en nuestra América! Llenémosla de gente que posee hondamente esos hábitos”. Nada se puede hacer con gentes de otras razas: “el buen trigo puede nacer del mal trigo., pero no do la cebada” dice nuestro intrépido racista, tan de moda hasta el presente. “La libertad que pasa por ser americana es más europea y extranjera de lo que parece”.

Como es general entre los dominantes, que ven las cosas desde arriba y tienen la experiencia inmediata de los mecanismos sociales que constantemente manejan, los oligarcas conocían (y conocen) mucho mejor la conexión entre la importación masiva de capitales y la de personas que sus críticos izquierdistas que hoy. como ayer critican h: primera y aplauden con frecuencia la segunda. El mismo Alberdi escribe: “Se ve que la Constitución considera como cosas que conducen á la prosperidad del país la industria, la inmigración... Y como todas estas cosas no son más que transformación del capital, la Constitución cuida de colocar a la cabeza de esas cosas y al frente de los medios de promoverlas, la importación de capitales extranjeros”. No menos diáfana es su diatriba contra la “Aduana que despuebla” y que habría que reducir al mínimo, si no es posible suprimirla: “La aduana proteccionista es opuesta al progreso de la población, porque la hace vivir mal, comer mal pan, beber mal vino, vestir ropa mal hecha, usar muebles grotescos... todo en obsequio de la industria local, que permanece siempre atrasada por lo mismo que cuenta con el apoyo de un monopolio. ¿Qué inmigrante será tan estoico para venir a establecerse en país extranjero en que es preciso llevar vida de perros, con la esperanza de que sus biznietos tengan la gloria de vivir brillantemente sin depender de la industria extranjera? Independencia insocial y estúpida de que sólo puede ser capaz el salvaje”. En definitiva, el entreguismo de Alberdi es tan grande que llega hasta el ofrecimiento carnal, si no ya personal, que no encontraría demanda, si de las hijas de su tierra, “sirenas” que atrae

rán —legal o ilegalmente, como vemos en J. Mármol— a esos semi- dioses blancos.

Junto al texto citado en el capítulo quinto, recordemos este otro: “¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía, y no mil veces con un zapatero inglés 15.

El sistema funcionaba a la perfección. En Europa muchos gobiernos están interesados, en particular en épocas de crisis, en fomentar una emigración que alejara el fantasma del socialismo. Se exaltaba entonces a <sup>4</sup> ‘ los que dejaban el país por el bien del país ’. La empresa privada era entonces en general el instrumento inmediatamente decisivo: las poderosas compañías de navegación deseaban continuar el jugoso tráfico de personas a América, a la que de otro modo los barcos tenían que ir vacíos a recoger las materias primas. Cerrado el tráfico triangular de esclavos africanos (Europa - Africa - América), encontraron aún más proficuo el tráfico directo de personas “libres” de Europa a América, ya que éstas pagaban su propio pasaje; y sus agentes, desparramados por toda Europa, usaron sin escrúpulos, como estudia J. Brice, los modernos resortes de la publicidad para decidir a los campesinos de las más remotas aldeas de Europa a buscar una nueva patria más allá de los mares. Los abusos fueron tales que más de una vez estos agentes terminaron en la cárcel (Whepley), pero el interés privado y político de los mismos países europeos acababa imponiéndose, y la propaganda recomenzaba cada vez más estruendosa y sin escrúpulos, llegando al rapto de niños y trata de blancas.

Por lo que toca a la Argentina, esa propaganda inmigratoria llegó a extremos sin precedentes ni parangón con la hecha por ningún otro país de inmigración: se financiaba por el gobierno argentino —es decir, con el dinero del pueblo al que esa legión extranjera venía a someter 6— millones de folletos en los más variados idiomas, docenas de agentes en Europa, e incluso se llegó a ofrecer gratis el viaje a la Argentina a más de ciento cincuenta mil personas en sólo tres años. Algunos, como Bulnes, se rien, como de un “flauteo sociológico”, de la propaganda inmigratoria. Pero la realidad muestra que fue algo muy serio. Como antes las fábulas de “Eldorado” atrajeron multitud de españoles, después las leyendas en torno a la Argentina, cuyo mismo nombre recuerda la esperanza de fabulosas riquezas en “ argentum ’asequibles a través del río de la *Plata*, atraían como un “ Eldorado verde” a millones de inmigrantes europeos, en busca de hacer plata de sus terrenos; incluso, a veces, todavía con sus metales. ¿Acaso no decía todavía Núñez en tiempos de Rivadavia, para promover la inmigración de personas y capitales, que “en sus campos aparece el oro con las lluvias, como en otros la vegetación?” (A. Lodowykx) L

**La** fe estaba espoleada por la necesidad de creer en un paraíso

que compensara la creciente miseria de los campesinos europeos arruinados por el capitalismo primitivo, que hizo de ellos las primeras zonas subdesarrolladas, en las que tampoco faltó la explosión poblacional que hoy agrava la situación de los países subdesarrollados. De ahí que vinieran a la Argentina un número de inmigrantes sólo superado por el que marchó a los Estados Unidos. Pero las consecuencias de esta migración fueron muy distintas para los inmigrantes, como lo eran ya antes, y después se reafirmaron con esa migración, las condiciones sociales de la Argentina.

Los Estados Unidos eran un país de estructura realmente republicana y descentralizada, en donde, excepto en el Sur, no existía el latifundio. Los inmigrantes no tenían interés en trabajar como asalariados de posibles latifundistas porque podían encontrar tierras de las que fueran propietarios; por eso tampoco se hacieron en ciudades, y la industria tuvo que crecer más con maquinarias que con brazos, lo que fomentó, una automatización, productividad y progreso industrial sin precedentes. Nada más significativo al respecto que la anécdota que recoge Marx del señor Peel, que quiso transplantar las condiciones inglesas a los Estados Unidos, importando 3.000 personas para que trabajaran por él, para encontrarse que todas le abandonaron al pisar tierra estadounidense.

Muy distinta era la situación de la Argentina. No desde el punto de vista físico, pues era muy cierto que existían inmensas planicies de tierras vírgenes y desiertas. Pero la propaganda oficial no sólo ocultaba, sino que mistificaba sobre las condiciones sociales imperantes. El lector de los folletos que entonces circulaban profusamente sacaba la impresión de que el país entero se sorteaba cada día a precios irrisorios bajo la supervisión de un gobierno angelical. Una publicación oficial de 1883, por ejemplo, decía que “el labrador europeo adquiere aquí con cualquier insignificante ahorro la propiedad de la tierra que desea cultivar”. Todavía el 15 de abril de 1924 una resolución del ministerio de Agricultura dice: “Autorízase a los cónsules a hacer propaganda discreta por inmigración pues en estos momentos aun en las ciudades los inmigrantes con oficio encontrarán empleo”. Alberdi también había sido pionero en este arte del embaucamiento, al decir muy claro, quizá demasiado claro para sus epígonos y émulos contemporáneos: “Nadie que vale algo emigra espontáneamente para empeorar de condición. Para determinar a la buena población de Europa a emigrar a países inferiores es preciso forzar su espontaneidad por iniciativas enérgicas, por irresistibles atractivos”.

En vano algunas voces disientían de esta imagen del país, como el cónsul francés en 1890: “es falso que el gobierno argentino conceda tierras”; hay compañías privadas, pero “estas compañías son a menudo poco escrupulosas, dejando a los colonos en situaciones pre

carias ” por lo que abundan las quejas, las demandas de repatriación, etc. (L. H. Gutiérrez). Sin duda, ciertos gobiernos, como el italiano y el español, adoptaron en ocasiones medidas restrictivas ante esta monumental estafa migratoria, como relata Panettieri, pero la mistificación estaba muy bien orquestada, de modo que no se escuchaban las voces de los inmigrantes, como el que escribía en el periódico “El Obrero”: “publiquen esta carta, para que en Europa la prensa proletaria «prevenga a los pobres que no vayan a venirse a este país. ¡Ah, si pudiera volver hoy! ¡Esto aquí es el infierno y miseria negra ! ’ ’ Do acuerdo con las circunstancias, el mismo periódico declaraba en 1891: “Proletarios, no se dejen engañar. En las provincias hay una superpoblación relativa que no halla trabajo y no tiene qué comer, sumida en la mayor miseria. Estos pedidos de trabajadores los hacen los grandes hacendados capitalistas para formar un ejército de reserva agricultor”. También Palacios y otros izquierdistas se dedicaban a esta labor de demistificación que los izquierdistas actuales han perdido casi por completo en el campo poblaional.

Aun así, el éxito de esa propaganda opositora a la inmigración fue muy pobre. Al poder del aparato oficial se unía la necesidad de los pobres de creer, como en otros, en “los milagros de la Argentina”, en la que todos podían ser ricos y en donde por lo tanto era un atavismo el odio europeo del anarquista contra el rico (Daireaux). Se afirmaba solemnemente contra el “maxixnalismo europeo” en 1920 que en la Argentina no puede haber lucha de clases porque no hay clases, aunque inmediatamente L. Ayarragaray olvida esta barbaridad para afirmar de modo que no quede lugar a dudas que “no brego por el gobierno exclusivo de una clase, pero no admito el absurdo de un despotismo de ignorancia y de inferioridad”. Ese mismo autor y en esa misma fecha negaba que hubiera pauperismo en la Argentina desde la Facultad de Derecho, donde 20 años antes ya se había rechazado la tesis sobre “El pauperismo en la Argentina” de Palacios como “insultante”. Y si el inmigrante, hombre de poca fe a pesar de todo, dudaba algo del “paraíso argentino”, de poder alcanzar la propiedad de las tierras que deseaba, de la inexistencia de clases por un ya existente “pacto social”, o de la carencia deT pauperismo, la misma imagen idílica del pobre argentino estaba diseñada para atraerle con rasgos roussonianos. Al parecer valía más ser pobre y sin trabajo en la Argentina que trabajar con hambre en Europa: el pobre “puede temer todos los sufrimientos menos el del hambre. La tierra misma le ofrece medios de vivir cuando no quiere trabajar... tierras que, sin el auxilio del hombre, multiplican las Crías de ganados y toda clase de animales útiles, produce espontáneamente el algodón, la seda, el añil, la cochinilla, etc. El «pobre de nuestras provincias... vive harto de carne, posee terrenos y animales —

anda a caballo muchas veces. La dulzura del clima le suple de cobija, y le dispensa de construir techos acabados. Es pobre las más de las veces porque es vago y holgazán” (Alberdi). Todavía Rubén Darío, quien por su estadía en el Plata debiera conocer mejor la realidad, pero que también estaba cegado por su aristocratismo y racismo, hacía propaganda inmigratoria: “la Argentina de fuertes pechos / confía en su seno fecundo / y ofrece hogares y derechos / a los ciudadanos del mundo ” 8.

Animado por esa imagen que le habían vendido de una Argentina en donde hasta el perdedor, el vicioso —como se concebía al pobre— estaba mucho mejor que en Europa, el *pobre inmigrante* llegaba a la Argentina en donde, se le decía, todo estaba previsto para recibirlo: hotel y comida gratis, transportes, etcétera. Y en verdad, *todo estaba previsto, sobre todo el “etcétera”*. La clase dirigente *no le iba a dejar solo*. Más aún, lo había organizado todo para que no le sucediera a ella como al inexperto señor Peel, y los inmigrantes pudieran dejarle sola a ella, que había tenido la cortesía de invitarles e incluso pagarles el viaje. Para ello siguieron el ya tan probado sistema europeo de los cercados, pues, como notaba Merivale: “hay en las colonias un apasionado deseo de un trabajador más barato y más sumiso, de una clase a la cual el capitalista pueda dictarle condiciones, en lugar de que ella se las imponga... En los países de antigua civilización, el trabajador, aunque libre, depende naturalmente del capitalista; en las colonias hay que crear esa dependencia por medios artificiales”. El mismo Dickmann, que lo cita, nota en 1946 cómo “la política argentina fue y es aún dirigida por los grandes terratenientes, y éstos han practicado antes inconscientemente y ahora consciente e intencionalmente la colonización capitalista sistemática. Consiste ésta en crear artificialmente un proletariado numeroso y miserable, dificultando su acceso a la tierra por un alza sistemática y artificial de su precio”, y observa cómo hay una sincronía perfecta entre el cuidado de la oligarquía por importar blancos y el cercar con latifundios el territorio nacional para que no se desparramaran y se les escaparan. El mismo año de la ley de migración de 1876 es el de la ley nacional de tierras, que permite lotes de 80.000 hectáreas; y en 1878 la expedición a Río Negro da las tierras, sin límites de concentración, a los conquistadores que —como los españoles de antaño— son las personas menos aptas para cultivarlas. Lo importante para mantener el sistema latifundista, feudal, es que no hubiera “ninguna tierra sin peñor”.

No fue pues una casualidad, un accidente, como mistifica Sarmiento desde la presidencia en 1869: “Desgraciadamente, por el más imprevisor sistema de colonización que haya ensayado pueblo alguno, la parte más poblada de la República está ya ocupada, sin que el inmigrante encuentre un palmo de terreno. Con 900.000 millas cua-

(Iradas de área y con una población de un millón y medio de habitantes, los dos tercios no saben, sin embargo, donde fijar sus hogares, y el inmigrante a donde dirigirse para establecer sus penates’)

Los idealistas ingenuos o interesados explican esas ‘ ‘ imprevisiones” y “errores” por la “ignorancia de la época” y concluyen que hace falta más educación. Pero en cosa tan clara no había ignorancia, sino intereses, que son los que aún hoy hay que combatir. Así Felipe Senillosa afirmaba en el mismo año de 1869 en la Sociedad Rural que si no se poblaban los campos era porque no había tierras (como Rawson en 1870) y que para poblar “bastaba\*” aumentar los salarios. Y el ex ministro de Agricultura D. M. Torino notaba cómo estimula la inmigración el fraccionamiento de los latifundios... que declara que hay que mantener. .. por necesidades del sistema de proes, y el inmigrante a donde dirigirse para establecer sus penates”.

La concentración de la tierra en pocas manos estuvo facilitada por la ausencia de límites geográficos en las grandes llanuras —que se prestan por eso al despotismo económico como político— y por el tipo predominante de explotación ganadera. De ahí que en 1914 no hubiera sino 76.212 explotaciones agrícolas, y en 1933 135.800, es decir, en ambos períodos, *una por cada cien argentinos, a comparar con una por cada veinte norteamericanos y por cada ocho franceses.*

Las diferencias son aún mayores si tenemos en cuenta el régimen de tenencia de la tierra; en 1860 las mejores tierras ya estaban repartidas y en 1914 las explotaciones de más de mil hectáreas eran el 8,2 de las explotaciones con el 79,4 de la superficie total (A. Ferrer). En definitiva, pues, el inmigrado no pudo tener en su inmensa mayoría la prometida y esperada satisfacción y beneficio de gritar ‘ ‘ ¡ Tierra! ’’ como Rodrigo de Triana. Un tercio que, como veremos, se quedó directamente en el puerto de Buenos Aires, no alcanzó siquiera a verla. Aun en situación de dependencia, al no poder establecerse por su cuenta, sólo el 34 % de los extranjeros trabaja la tierra en 1895 (a pesar de que entre 1881 y 1890 el 54 % de los inmigrantes fueron clasificados como trabajadores agrícolas (N. U., 1953), y la proporción bajó aún de 34 % a 26 % en 1914 (Chater), fecha en que constituían sólo el 10 % de los propietarios, es decir, una proporción muy inferior a su número.

Mal se puede decir que “la Argentina, entre un siglo y otro, pasó de estanciera a chacarera” (Germán García) o que uno de los propósitos de la inmigración fue “el de la adjudicación de la tierra en propiedad” (J. Panettieri). Esto es ignorar la historia real argentina y querer mistificarla para que, no conociendo sus males, no se puedan propugnar los verdaderos remedios.

Excluida del acceso a la propiedad agrícola, e incluso en buena parte del peonaje, la masa de los inmigrantes tuvo que refugiarse

en las ciudades. Entre la espada y la pared, entre una tierra extraña, enajenada, que les estaba vedada, y un océano que les impedía la vuelta a sus lugares de origen (porque, además de ser casi la mayor distancia geográfica de América a Europa, la oligarquía criolla la acrecentó *haciendo aumentar artificialmente el precio del viaje de vuelta*) la masa inmigrante fue presa particularmente sabrosa e indefensa para la oligarquía criolla, que la utilizó al máximo para su provecho en la industria y servicios.

Subrayemos también, antes de seguir adelante y confirmarlo desde otros puntos de vista, cómo la oligarquía, lejos de poblar, despobló al país con sus latifundios, como reconoce el ex ministro de Agricultura D. M. Torino, citando las palabras de Plinio: “Los latifundios perdieron (despoblaron) a Italia, e incluso a las provincias”. Este último punto, la despoblación de las provincias, será tema del próximo capítulo.

#### *La inmigración como clientela política de la oligarquía*

Antes de ampliar el aspecto económico del problema, debemos tratar en detalle algunos aspectos políticos que determinaron la decisión de los gobernantes argentinos de abrir las puertas a la inmigración masiva de europeos. En períodos de crisis, notaba Lenin, la política priva sobre la economía, y en países en donde predomina el colonialismo externo o interno las relaciones económicas tienen un carácter marcadamente político: la violencia necesaria para mantener el sistema lleva con frecuencia a adoptar medidas antieconómicas. Como en un perro famélico, el esqueleto político no queda entonces oculto por el abundante relleno de carne.

Ya vimos cómo la oligarquía criolla importó, blancos para dominar mejor a la masa de color del interior. Muchos fueron en efecto los oligarcas que, como Bunge, vieron en esa migración el medio para neutralizar a las masas criollas, al carecer los extranjeros de derechos cívicos (Onega). La misma implantación “irracional” —en lealtad, muy pensada— de la inmensa mayoría de los inmigrados en el litoral tuvo aquí un objetivo y un efecto muy preciso. De 1914 a 1970 inclusive, el 76 % de todos los no nativos vivían en la provincia de Buenos Aires (incluida la Capital Federal) o la de Santa Fe. Con este apoyo el peso del litoral en la nación, incluso desde el punto de vista poblacional, fue cada vez más decisivo, como veremos en parte en el capítulo siguiente. Notemos ahora los fabulosos rendimientos políticos que la inmigración le trajo inmediatamente, incluso antes de que una asimilación completa, en la segunda generación, permitiera a la oligarquía del litoral dominar de tal manera al interior que pudieran ya sin miedo “importarlo” a su antigua reserva blanca.

Una de las mistificaciones más exitosas del programa inmigratorio oligárquico fue lo que se ha venido llamando ‘ ‘ la increíble generosidad de la legislación argentina para con el extranjero’’. Pero mientras una parte de ella estaba sin duda inspirada para permitir el entreguismo a los imperialistas de turno, el grueso de esos privilegios se encaminaban a hacer que el extranjero *se sintiera como en su casa... y no se preocupara por que lo fuera realmente.*

De casi tres millones de extranjeros, notaba Dickmann, sólo 25.000 están naturalizados, mientras que en los Estados Unidos, por ejemplo, la parte más importante del Departamento de Inmigración era la Oficina de Naturalización. Ya en 1924 J. C. Rébora notaba cómo en 1914 había 22 nacionalizados por mil extranjeros, contra 450 por mil en los Estados Unidos, es decir, *veinte veces más.*

El modelo inspirador de ese esquema criollo no hay que irlo a buscar muy lejos: tiene una existencia secular en el Río de la Plata: los españoles decían que los criollos eran iguales que ellos, pero en la práctica los trataban como súbditos. El extranjero en la Argentina era y es también, como decía J. A. Alsina, una especie de súbdito del nativo. Y no, sin duda, de cualquier argentino. Ya hemos visto cómo tres cuartos de los inmigrantes se quedaron en el litoral. En Buenos Aires llegaron a ser más de la mitad de la población masculina (la única que entonces votaba). Ahora bien, como nota Tobal, “como los diputados se eligen uno de cada 49.000 habitantes, los extranjeros, aunque no votan, cuentan en el total de la población, resultando así que la Capital y las provincias litorales tienen mayor número de diputados que las otras provincias, en que el elemento nativo es predominante”. El porcentaje de senadores y diputados por región era en 1889 y 1946 el siguiente: Litoral, 54 y 71%; Noroeste, 33 y 18%; Cuyo, 12 y 10% (Darío Cantón). Los números cantan.

Los extranjeros servían y sirven aún a los porteños, como los negros del Sur de los Estados Unidos, para aumentar su representación política. *Un porteño<sup>1</sup> llegó a valer en política por más de dos argentinos de oírás regiones*, puesto que el 54 % de los hombres habitantes en Buenos Aires en 1914, extranjeros, no tenían derechos políticos. Ya Alberdi analizaba esta situación y la legitimaba como una “justa compensación” por haber permitido generosamente la inmigración; la política, escribía, “se ha convertido en la única industria y manera de adquirir fortuna en que el extranjero no puede hacer concurrencia al patriota nativo”. De ahí también la sensibilización, el rechazo con\* que los oligarcas miraban toda injerencia “extranjera” en “su” campo político, como denuncia el diputado Dickmann, quien nota que cuando del uno por ciento de los extranjeros nacionalizados algunos de ellos participaron en la lucha política

\*“un llamado partido popular denunció este hecho venturoso para el país como un grave peligro social de funestas consecuencias para el porvenir de la República”. Recordemos cómo el aristocrático partido republicano estadounidense quiso en sus comienzos que se negara el voto a los inmigrantes nacionalizados (L. H. Fuchs). Los oligarcas argentinos resolvieron en favor suyo el problema atacándolo por la raíz, evitando que se nacionalizaran. La inmigración ha prestado enormes servicios a la oligarquía, ya que ésta ha podido escoger los elementos más tradicionalistas (y adecuados por tanto a su sistema explotador) en los distintos países: a los que huían de la revolución rusa o del socialismo de Allende y a los sobrevivientes de los distintos fascismos, pero no a los que fueron sus víctimas, como ayer muchos de los perseguidos por Franco» y hoy, en un gesto que debiera avergonzar a todo argentino, a las víctimas de Pinochet. Muy clarito decía Alberdi que había que fomentar la inmigración de europeos que <sup>1</sup> ‘nos traerán el esplritualismo contra el materialismo’. Son poblacionistas... cuando conviene a su clase, que es “casualmente”, cuando no le conviene al país.

La inmigración blanca en la Argentina, al revés que en los Estados Unidos, favoreció pues al partido “del orden”, “republicano”, que en la Argentina era antifederalista, y combatió a los “demócratas federalistas” argentinos. La concentración “unitaria”, geográfica, racial, etc., hizo también que su importancia política y social fuera mucho mayor aún que en el país norteamericano.

### *La época inmigratoria, edad de oro... para la oligarquía*

Cuando el investigador, con las nociones comunes, inculcadas por los dueños del adjetivo, analiza la “época de oro” de la inmigración <sup>10</sup>, la “belle époque” de principios de siglo, le parece haberse equivocado de país o de época. Sólo una serie concordante y masiva de hechos y cifras de fuentes muy distintas le permite rectificar radicalmente sus conceptos primitivos. Entre una América del Sur a la que aún no habían llegado masivamente los “beneficios” del subdesarrollo y una Europa que iba superando ya la barbarie del capitalismo primitivo gracias al imperialismo, más de dos millones de inmigrados a la Argentina vivían en condiciones pésimas de salario, alojamiento, etc. El índice de horas de trabajo, de desocupación, de enfermedades como la tuberculosis, el crecimiento acelerado de los conventillos, etc., muestran cómo aquella fue una “bella época... para la explotación”.

Poco a poco los hechos se explican; a la sorpresa se sustituye la indignación. *El negocio de la importación de personas aparece como más fabuloso que el de exportación de animales.* Como a otro

período se llamó “el gobierno de las vacas”, *sin que éstas fueran 'precisamente las que gobernaban, sino las sacrificadas*, a todo ese largo período se podría llamar *el gobierno de los inmigrantes*, ya que la oligarquía liberal mantuvo y consolidó su poder gracias al tráfico de hombres de Europa, como antes la oligarquía feudal y 'esclavista lo hizo con las encomiendas de indios y la trata de hombre de Africa, y después, como veremos, con descamisados y limítrofes el gobierno *de los descamisados*.

La clase dirigente argentina supo aprovechar tanto mejor la explotación de esta mano de obra extranjera por cuanto que su calidad de tal le quitaba de entrada, como hemos visto, muchos de los derechos y defensas que posee la población nativa, no sólo en P! plano legal, sino también por su conocimiento de la tierra, de sus costumbres y su idioma, por los lazos familiares y relaciones trabadas desde la infancia, etc. Dividida en sus distintos grupos por origen 'étnico, cuidadosamente mantenidos en vigencia por el interés del gobierno en mantener separados a los inmigrantes, los extranjeros no fe unían, por su propio importado prejuicio imperialista, racista contra el hombre “de color” con los obreros nativos del interior; y apenas es necesario subrayar que también en este caso los oligarcas mantenían entre ellos ese “orgullo racial”, como mantienen en general el honor del “collar blanco” para que no se una a los obreros de cuello azul 11.

En general, la oligarquía criolla luchaba, con la misma determinación y animosidad con que se lucha contra la peste que puede arruinar el negocio del ganado, contra todo intento fle unión y sindicación de la mano de obra, que habría arruinado la gigantesca operación de importación de mano de obra barata, e incluso hubiera \*podido impedir a la larga la misma introducción de esa inmigración masiva que degradaba el nivel de vida de todos los obreros, como lucharon y lo consiguieron no pocas veces los sindicatos en otros países (Estados Unidos, Australia, etc.) 12.

Todo lo que estuviera encaminado a elevar el nivel de vida, el salario del obrero, era entonces (I) considerado como la peste socialista de Europa que no tenía que propagarse en América. Un autor de la época, tan autorizado que aún hoy parece gobernar la política poblacional argentina, critica así las “aplicaciones plagiarias que pretenden hacer los agitadores de Sudamérica de las declaraciones de algunos socialistas europeos sobre la organización del trabajo... Tales aplicaciones suponen la ignorancia más completa de las proporciones que guardan en esta América desierta la población con las subsistencias. En Sudamérica hay riesgo de que el salario suba hasta el despotismo [obrero], al revés de lo que sucede en Europa, donde el •salario es insuficiente para alimentar al trabajador. El mismo hom

bre que en Europa recibe la ley del capitalista y del empresario de industria, viene a nuestro continente y se desquita viendo a sus pies a los tiranos que allá explotaban su sudor. Allá es siervo del capitalista, aquí es su rey y soberano. . . el trabajador se hace buscar descansando a pierna suelta”. A este texto tan elocuente de *Alberdi* se puede añadir otro de Latzina contra los obreros nativos ‘ ‘ que odian instintivamente y cordialmente al inmigrante... no son más que haraganes que temen la concurrencia del trabajo importado, que temen que les llegue el día en que se les acabe este jolgorio de poder estar echados sobre un cuero, y vivir en la abundancia; son los que no quieren la existencia como lucha, sino como siesta, churrasco, mazamorra, cigarro y zamacueca en abundancia”.

La sola lectura de estos textos basta, a nuestro parecer, para develar todos los maquiavélicos, odiosos planes de estos “poblacionistas”, de estos traficantes *abaratadores del hombre*. El mismo Alberdi dice también: “No hay salario legal u obligatorio a los ojos de la Constitución, fuera de aquel que tiene por ley la estimulación expresa de las partes. Dios, que ha formado a todos los hombres iguales en derecho” no les ha dado la misma capacidad a todos. “La Constitución no debe alterar la obra de Dios, sino expresarla, confirmarla” (“—¿Dios es argentino?” Esas barbas las vimos en la Sociedad Rural... y en la Confederación General de Empresarios).

“Nuestro” prócer se anticipa incluso a Pigou al achacar a los sindicatos (a los de verdad, se entiende) el fomentar el desempleo y la despoblación por su manía de querer mantener artificialmente altos los salarios, con lo que “atacan a la libertad del trabajo” por inspiración socialista. Esas asociaciones, dice con toda la lógica y descaro liberal son “ofensivas a la igualdad”. “Las inmigraciones extranjeras no podrán dirigirse en busca de trabajo y de salarios a países donde sea preciso incorporarse en gremios, matricularse en corporaciones, someterse a cierta disciplina para poder trabajar y ganar el pan” 13. Es lógico: hay que abolir los sindicatos reales, que son como la aduana del capital humano, e impedirían la inflación y vaciamiento del capital nacional poblacional. También en 1912 el ex ministro Torino rechazaba como despobladora la acción de los sindicatos que se oponían a los contratos de verdadera servidumbre con que se ataba a los inmigrantes a los que se pagaba el viaje desde Europa para deprimir los salarios locales.

La experiencia argentina e internacional es concluyente: los poblacionistas partidarios de inmigraciones masivas son siempre los oligarcas y sus cómplices o inocentes útiles. Tuvo que venir la gran depresión mundial de los años treinta, para que, haciéndose nocivo a sus propios intereses este exceso de población, se restringiera la

inmigración por un decreto del 28 de julio de 1933, que “descubre” por fin que los inmigrantes van a las ciudades y no al campo, y otro del 28 de julio de 1938, que vuelve a descubrir a América, afirmando que no lo había sido antes, pues sostiene que es sólo ahora cuando se ha restringido la demanda de obreros a sueldo y a jornal que la influencia no regulada de inmigrantes puede perjudicar muy seriamente a los trabajadores radicados en la Argentina” 14.

A veces, con una mentalidad política muy idealista, se considera \*1 progresista” la inmigración porque, como dice Viñas, “la izquierda en la Argentina aparece como resultado mediato del impacto inmigratorio: con la entrada masiva de obreros europeos y el proceso correlativo de concentración urbana se darán las condiciones para la formación de partidos que a través de sus voceros formulen la necesidad de modificar la estructura social en su totalidad” 15. En realidad este hecho da razón en buena parte del carácter superabtracto (además del propio a toda oposición) de esa izquierda argentina, y su mentalidad racista, que le impidió e impide aun solidarizarse de verdad (o hacerlo superficial, demagógicamente) con el «argentino “nativo”». Sin duda algunos líderes del movimiento obrero, perseguidos en Europa, consiguieron pasar a América. Eos ultraconservadores, como Madison Grant en los Estados Unidos y Cañé, Lugones y González Galé en la Argentina temían que fuera esto la ruina de la nación; engañados por sus quejas no pocos izquierdistas han sobreestimado el papel jugado por aquellas figuras importadas, a las que, ¿por el no menos fuerte imperialismo cultural de izquierdas veneran con frecuencia acriticamente. Pero no hay que juzgar los dichos, sino los hechos. Y la verdad es que los en Europa líderes obreros muy pocas veces supieron adaptarse a las muy distintas condiciones americanas, y la acción progresista de todos los extranjeros, cuando se realizaba, podía ser combatida con facilidad, incluso ideológicamente, como una infiltración de doctrinas foráneas, una agitación odiosa de “hordas apátridas” (Belisario Soldán). Cuando algunos de esos extranjeros molestaba demasiado no había inconveniente en aplicarle, incluso informalmente, antes de que se promulgara el 23 de noviembre de 1902, la ley de residencia que ordena salir en tres días o impide entrar en el país a cualquiera que molesto a la oligarquía, es decir, en términos jurídicos, que “comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público”, verdadera espada de Damocles que servía para mantener sumisa a la masa obrera extranjera. En el aspecto poblacional, las enormes oleadas de inmigrantes y el reemplazo que con ellas se fue haciendo de la clase más baja por sucesivos recién llegados (algo así como ocurrirá después en parte en la migración interna a la ciudad) impidió, como nota G. Germani, la formación de una “tradicción proletaria” io.

Desesperados por tanta explotación, muchos, muchísimos inmigrantes consiguieron finalmente escapar y volver a su país de origen, según indicamos ya en términos globales. Añadamos aquí que de 1857 a 1954 se encontraban entre estos repatriados el 62 % de los franceses, el 60 % de los alemanes, el 46 de los italianos y el 44 % de los españoles; cifras que muestran cómo volvieron más a los países donde más fácilmente podían ser reabsorbidos por la economía local. Comentando todo ese fenómeno, Juan B. Justo observaba cómo “de este país despoblado se va gran parte de los extranjeros que a él llegan, tan difícil es encontrar aquí techo, y ocupación permanente<sup>0</sup>.”

Pero la encerrona, incluso para los que volvieron, fue muy fructífera para quienes se aprovecharon de su trabajo durante su forzada estadía en la Argentina. El mito del paraíso verde tardó en perder su fascinación, por fenómenos psicológicos hoy bien estudiados. A nadie le gusta perder la ilusión de que queda en este mundo una “tierra de promisión”, donde reina la abundancia (o al menos, como piensan hoy muchos respecto de ciertos países, la justicia social). Los emigrantes que fueron más explotados no pudieron, por eso mismo, volver para contarlo. La mayoría de los que volvieron no tenían muchas ganas de hablar de su fracaso, como tampoco, según señalamos, sus oyentes de escucharlos. Los más vociferadores, autorizados y escuchados fueron los pocos triunfadores que, prácticamente todos, aun los que se residenciaban en la Argentina, volvían con frecuencia para exhibir su éxito, desmintiendo con hechos las consideraciones derrotistas de los desprestigiados fracasados. La gran masa de entre los que se reclutaban los inmigrados siguió pues creyendo durante mucho tiempo en el mito del país que mana leche y vacas, paraíso físico y social: “creen que se les paga más a los obreros en la Argentina que en otros países” y “creen venir a habitar una República ideal, donde la igualdad es soberana al lado de la abundancia, y ¡oh decepción!...” (A. L. Palacios); decepción que recuerda los versos de Riccio:

\* ‘ *Vino con el esposo por el oro de América,  
y aquí encontró una escoba y un trapo de fregar!* ’ 1?

Por otra parte, el derroche “cultural”, el lujo arquitectónico porteño, que en lugar de construir en realidad hacinaba, erosionaba, descapitalizaba y arruinaba al país, sirvió en aquella época, como en la Atenas de Aristóteles, para justificar y cubrir aquella trata de inmigrantes, sobre cuya sangre, sudor y lágrimas se construyó la victoria de la oligarquía. Todavía hoy, apenas marchitados por el paso de los años a posar de estar tan patentes sus consecuencias, sobreviven IQS mitos patrióticos que exaltan a los inmigrante’

como constructores del país, cuando en realidad fueron víctimas de una colosal estafa y contribuyeron involuntariamente a empobrecerlo. En general los obreros ya no admiten las “medallas del trabajo”.

Los compañeros sobrevivientes de “el soldado desconocido” empiezan a demistificar un culto destinado en realidad a justificar a Una sociedad que sacrifica a sus jóvenes por intereses oligárquicos. Pero entre nosotros aún muchos inmigrantes y sus hijos aceptan la tan objetivamente envenenada “alabanza de los gringos”, los monumentos, ceremonias y asociaciones conmemorativas (fomentadas a veces por quienes lucraron y luchan explotando a sus compatriotas) como un opio que les ayuda a olvidar sus penalidades.

Se podría repetir del inmigrante, corregido y ampliado, lo que Yunque nota hizo la oligarquía con el gaicho, al que en cierta manera esa inmigración sustituyó: la oligarquía, en efecto, “se apoyó en el gauchaje y lo lanzó a la guerra, luego lo sacrificó: lo explotó en el trabajo de las ya alambradas estancias o lo hizo asesinar por sus policías. Al fin, levantó un himno en su loor”. Y a este proceso de aceptación y asimilación del puesto que le es reservado ayuda mucho, insistamos en ello, el racismo que concede al inmigrante europeo el título de miembro de la “legión de honor”, lo califica de “ario”, y le hace, como al explotado obrero “ario”, de Hitler, sentirse privilegiado a pesar de su tremenda explotación económica, por que se le asegura que es un ser excepcional, un elegido en relación a los miserables semitas, aquí, respecto a los salvajes, los bárbaros, los “cabecitas negras”<sup>18</sup>.

### *Cómo la inmigración disminuyó la población argentina*

Disipadas las mistificaciones imperialistas, <sup>x</sup> está hoy bastante reconocido que la importación masiva de capitales o productos extranjeros, lejos de contribuir al desarrollo, provoca una profunda y perdurable descapitalización, frena el desarrollo industrial y general del país. ¿Pasa algo parecido con la población!

Los análisis precedentes nos permiten avanzar un paso más en nuestro estudio. Ya vimos cómo la natalidad argentina fue descendiendo a medida que fueron llegando los extranjeros, y entonces recordamos la teoría de algunos autores acerca de la inmigración como *sustituto, equivalente* de la natalidad nativa. Pero esa teoría, elaborada en los países desarrollados, se ajusta a sus condiciones propias: al recibir una mano de obra menos calificada, pudieron dejar de tener los hijos que hubieran tenido que realizar las tareas menos agradables, y educar (capitalizar) más aún a los hijos propios. De ese modo, aunque la inmigración no les diera mayor número de habitantes contribuyó a mejorar su calidad: la de los hijos de los nativos,

por el mecanismo antecitado, y en definitiva, pues, enriqueció a la mayoría del país, como la migración de capitales o productos “japoneses” a los países desarrollados.

Muy distinto y opuesto fue el efecto de la inmigración masiva a los países desarrollados de la de los países subdesarrollados. Aunque no faltarían comparaciones útiles, desde Argelia hasta Sudáfrica, concentrémonos por brevedad en el caso argentino, y en su aspecto ‘poblacional: los inmigrantes ¿poblaron más, igual o menos de lo que lo hubieran hecho los nativos solos?

La respuesta, en cierto modo, está ya dada: la natalidad argentina bajó más que proporcionalmente al ingreso de extranjeros, y *'hoy día la población global es casi la mitad de lo que hubiera podido ser si no hubiera bajado la tasa de natalidad*. Sin duda, ese último argumento “prueba demasiado”. Aun sin migración, no nos cabe duda que la población argentina habría entrado en un proceso de “modernización” que le habría llevado también a bajar su natalidad. Pero estamos convencidos de que esa disminución hubiera sido mucho más lenta —como en otros países con menos recursos que la Argentina— si la inmigración hubiera sido más moderada, y que en definitiva el número de habitantes en la Argentina hubiera podido ser hoy mayor del que existe en la actualidad y sin las condiciones de superpoblación que padecemos. Analicemos los hechos en que basamos nuestra tesis.

Se sabe que cuando se presenta de momento una gran Cantidad de divisas para el cambio, aunque el mercado pueda absorber de suyo muchas más, el impacto psicológico que provoca su concentración masiva lleva con frecuencia a una retracción de la demanda global que puede tener efectos permanentes. Lo mismo ocurre en lo que respecta a las migraciones que, ya de suyo proporcionalmente casi sin precedentes para la Argentina, se les presentaron además por oleadas: do 1886 a 1890, por ejemplo, vinieron el doble de inmigrantes que los cinco años anteriores o posteriores, y de 1905 a 1913 tres veces más que los ocho años anteriores. La magnitud de estas oleadas es también impresionante. La primera, de 740 mil personas, equivalía a una cuarta parte de la población existente en el período (es decir, *como si hoy entraran en cinco años seis millones de inmigrantes'*) y en el segundo período entraron 2,7 millones de inmigrantes, el equivalente a más de un tercio de la población existente en el período- Y el efecto deprimente para la producción nacional de personas ante esa concurrencia brutal era tanto mayor cuanto que no se trataba ya de una siembra (y la natalidad acrecentada, cómo ciertas plantaciones, sólo da sus frutos de mano de obra 15 ó 20 años después) sino de una imprevista cosecha, pues los tercios de los inmigrantes eran activos, y llegaron a constituir en el momento culminante de

la inmigración el 29 % de la población y el 48 %, es decir, en realidad, *la mitad de las personas económicamente activas del país* W. Increíble maniobra, realizada como toda operación análoga con el evidente propósito de bajar los precios de esa “mercancía”, y de efectos aún más deprimentes por cuanto que se distribuía en los lugares más estratégicos y era preferida por los consumidores de mano de obra por las razones antedichas. No es pues de extrañar que ese incremento masivo de la oferta de mano de obra haya influido, a pesar de todas las campañas, en el restringir la natalidad nativa más que proporcionalmente a su volumen.

Por otra parte, como hemos mostrado, la inmigración sirvió a los patronos para discriminar más a los nativos, mantener bajo su nivel de vida, lo que —excepto en los grupos más marginados— lleva a disminuir su natalidad.

Añadamos que la inmigración masiva aceleró de modo artificial la urbanización y una desenfocada industrialización, lo que siempre contribuye —y en el caso de tan enorme desenfoque como veremos es el de la Argentina, mucho más— a restringir la natalidad. Cuando el argentino llegó a la ciudad y a la industria se encontró ya instalado al extranjero, lo que dificultó su acceso adecuado (R. M. Ortiz), y le obligó a refugiarse en un terciario improductivo, que es lógicamente el más infecundo también en hijos.

¿Compensó la inmigración los efectos depresivos provocados en la población del país por su llegada! Esta hipótesis puede parecer verosímil, pero es porque se basa en establecer una analogía inadecuada entre lo que ocurrió en la emigración a los países desarrollados e incluso en la inmigración a la Argentina de los habitantes de países limítrofes —que estudiaremos después— con lo que ocurrió con la inmigración de europeos a la Argentina, que fue exactamente lo contrario. En efecto:

1) La inmigración fue sin duda masiva, pero ya vimos que a la larga también fue masivo su retorno, que llegó según los grupos a ser la mitad e incluso los dos tercios del total, y que aun no ha terminado del todo, pues, como veremos, aun se siguen marchando, mal controlados muchos de ellos, incluso emigrantes llegados hace muchas décadas.

2) Los inmigrantes fueron en su gran mayoría hombres, lo que es óptimo para enriquecer a los patronos, pero es inútil desde el punto de vista poblacional. En efecto: cuando Alberdi contaba con las mujeres argentinas para atraer a los extranjeros y poblar el país pensaba como racista, no como auténtico poblacionista. Le interesaba, por las razones de poder señaladas, cambiar la composición étnica de la población, “mejorar la raza”. En términos de población, en cambio, lo único que cuentan en definitiva son las mujeres

y el hombre es, “dicho sea con respeto, un animal infecundo\*\*” (Nietzsche). No hacía falta traer hombres para las mujeres argentinas, que ya tenían otros tantos hombres nativos que Alberdi, pues, menospreciaba 20. Sobre todo, insistamos en ello, no hacía falta traerlos para poblar, pues bastan unos pocos machos, aunque sean unos zánganos, para toda una colmena. Sin tener que esperar las modernas tasas de reproducción que eliminan “matemáticamente” a los hombres en el cálculo de la reproducción de la población del país para tener en cuenta sólo a las mujeres, ya los mitos americanos primitivos notaban cómo al principio los dioses hicieron más mujeres que hombres, porque había que poblar la tierra. Pero, repitámoslo a cada nueva evidencia, la inmigración se hizo con el propósito de explotar, no de poblar, y sus alparentes fracasos fueron sus reales éxitos. Como en la anterior trata de esclavos, los avisados traficantes trajeron muchos más hombres que mujeres, poco interesados en lo que no fuera la ganancia inmediata. El número de hombres inmigrantes por cien mujeres del mismo origen, en el campo y en la ciudad, era en 1869 de 295 y 232, en 1895 de 191 y 151, en 1914 de 190 y 145, en 1947 de 189 y 127, y en 1970, para ambos grupos en conjunto, de 11% (Lattes y Sautu) ; es decir, diferencia siempre enorme, mayor en el período más antiguo y por tanto más importante por sus efectos poblacionales, y con una diferencia de mayor número de hombres aun en el campo, donde en proporción hay aún menos mujeres argentinas, que emigran más que proporcionalmente al número de sus hombres a las ciudades.

3) Las mujeres extranjeras fueron sin duda muy inferiores número a los hombres, pero podría pensar que su fecundidad podría compensar, al menos en parte, este inconveniente para incrementar población, como de hecho hoy ocurre con los paraguayos, bolivianos etcétera. La realidad era muy distinta: las cifras de los diferentes censos muestran que el número de hijos por madre argentina es superior al de la madre extranjera, excepto, y por poco, para el censo de 1914. Así el censo de 1895 da 4,7 hijos para la madre argentina y 4,2 para la extranjera; 4/1 y 4,3 en 1914 y 3,3 y 3,0 en 1947. A toda esta influencia antipoblacional de los inmigrantes hay que añadir el enorme peso de la transmisión de norma de conducta de la población inmigrante a la nativa, en ésta y en otras áreas, pero que en este caso tiene particular importancia la alta fecundidad de los grupos inmigrantes suramericanos a Argentina de hoy, marginados, tienden en efecto a desprestigiar la familia numerosa en los lugares de la Argentina en donde ésta aún se da, el modelo cultural de familia planificada del inmigrante de Europa tuvo tanto mayor impacto en la familia argentina cuanto que la oligarquía criolla lo proponía como ejemplo que imitar.

para “civilizarse”. Y los inmigrantes traían una larga tradición de conocimiento y práctica anticonceptiva, que pusieron en práctica con particular ardor en la Argentina, ante las circunstancias críticas en que por lo general se encontraron. La estructura urbana facilitó también la comunicación directa a los nativos de aquellos procedimientos anticonceptivos, como ya notara, colocándolo superficialmente como causa fundamental, la Comisión Argentina de Desnatalidad de 1945, al afirmar que el “grave mal” del control natal vino con los emigrantes europeos. ‘ ‘ Olvida ’ ’ , preguntarse por qué ellos inculcaron sus pautas a los argentinos, y no sucedió al revés. Su racismo y concepto del pecado original les absolvió del tener que recurrir a indiscretas averiguaciones.

Notemos también que tiene una cierta difusión una proyección poblacional según la cual, para 1960, de no haberse dado la inmigración, la población argentina sería de sólo 9,4 millones, el 55 % de la registrada por el censo de 1960. Si el cálculo de inmigración y su reproducción ulterior es correcto, sin duda no hay nada que objetar a dicho cálculo, y es útil, como todo conocimiento. Pero se han apoderado de él los poblacionistas para mantener el mito de la necesidad poblacional de la inmigración, queriendo hacer tomar por la realidad un cálculo matemático teórico, *que supone que la natalidad argentina habría bajado igual que lo ha hecho en 'realidad aunque no hubiera habido ninguna inmigración, lo\_ que, como acabamos de analizar, es ciertamente muy erróneo.*

También lo sería afirmar, a partir de nuestra proyección, que por “culpa” de la inmigración no somos ya 44 millones, puesto que la natalidad habría bajado incluso sin inmigración. La verdad está sin duda entre los 9 y los 44 millones, aunque no forzosamente “a mitad de camino”, entre ambas cifras. Sería tan anticientífico querer adivinar *exactamente* la población que hubiera tenido la Argentina sin la inmigración masiva como la de adivinar el ingreso *per capita* que tendríamos sin la, como vimos, complementaria penetración del capital extranjero; pero en ambos casos, por mucho que pese a los cómplices del imperialismo, los análisis realizados hacen estimar que es mucho más probable que fuera una cantidad muy superior y sobre todo mucho mejor repartida y disfrutada que la que en población y riqueza tenemos en la actualidad.

#### *La asimilación de los inmigrantes. Buenos Aires, ciudad extranjera*

Los análisis precedentes no deben llevar a la conclusión de que toda inmigración es mala, sino la que se fomenta en determinadas condiciones, con determinada calidad y/o cantidad de personas. Un cierto número de extranjeros puede ser beneficioso para el país, como

método de transfusión de ideas, costumbres, etc., más necesario hoy que nunca, y más para países que, como la Argentina, por estar situado en un rincón del mundo, pueden en principio ser víctimas de un aislamiento seudonacionalista que los esterilice. La xenofobia moralista tradicional, que se opone al extranjero como irreligioso, inmoral, etc., según vemos ya en la *Política* de Aristóteles, es cada día más perjudicial en múltiples aspectos. Por lo demás la xenofobia es característica de gobiernos despóticos, débiles incluso dentro de su aparente poder, como el español en la época de la colonia acá y durante el franquismo en la península ibérica.

La capacidad de absorción de inmigrantes depende, como es lógico, de la madurez que, en muchos aspectos, tenga el país receptor. Si éste está realmente subpoblado; si los inmigrantes pueden encontrar buenas condiciones generales de vida, la capacidad de recepción de inmigrantes es enorme: así se ha comparado la capacidad receptiva de los Estados Unidos a la de una boa (aunque ciertos excesos han provocado incluso ahí indigestiones; por lo demás ya vimos que nunca el porcentaje de extranjeros fue allá más de la mitad que acá, ni tan concentrado). En la Argentina, Alberdi contaba con la prosperidad económica para obtener la incorporación del inmigrante, recordando las palabras de Séneca: “por patria reputamos la tierra donde vivimos felizmente”. En 1945 González Galé creía que de hecho se había realizado un fenómeno: “la libertad y bienestar material obró el milagro”. Pero si recordamos cuales fueron las condiciones reales de los inmigrantes en el terreno económico, su frustración ante la falta de acceso a la tierra, la explotación económica inmisericorde de que fueron víctimas, etc., podremos y debemos dudar de que su integración sea tan fuerte, a pesar del “embellecimiento del recuerdo”. Por lo que toca a los aspectos políticos, recordemos que «u incorporación se hizo en buena parte discriminando tanto y más que los oligarcas criollos (como los *poor whites* sureños en los Estados Unidos) a los hoy “*cabecitas negras*”, y que el sistema funcionó de manera que no se naturalizaran, no se sintieran hijos adoptivos del país, sino que “mantuvieran las distancias” como extranjeros. Sin duda en muchos casos hay ya una segunda generación, pero aun ésta ha sido en parte educada por quienes tenían poca solidaridad profunda con el país, y en una atmósfera general de colonialismo cultural.

Todo esto hace que no se pueda compartir sin más el optimismo de González Galé, como tampoco el del mismo Alberdi: “Mucha sangre extranjera ha corrido en defensa de la independencia americana... No temamos, (pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día, brillante y nítida, la nacionalidad sudamericana”, JQbs parece superficial esa argumentación, v

recordamos que un autor contemporáneo comenta estas frases observando que ya tenemos bastante caos, y que es hora de preocuparnos no ya de ir amontonando nuevos elementos sino de ir buscando un lugar ordenado para los que existen. En su momento G. Germani notaba que la inmigración tras la segunda guerra mundial podría traer más problemas por “el hecho de la mayor densidad cultural del país; el hecho de su homogeneidad, es decir, su mayor madurez, que aunque no reduzca en nada la tradicional amistosidad y hospitalidad de sus habitantes, presenta nuevos problemas para la asimilación del inmigrante”. El mismo Alberdi, cuando no se trataba de poner todas las cosas de color de rosa para fomentar la inmigración, reconocía ya que “La República Argentina no es un empleo que esté por crearse; no se compone de gentes desembarcadas ayer y venidas de otro mundo para constituirse recién. Es un pueblo con más de dos siglos de existencia, que tiene instituciones antiguas y modernas”.

Los oligarcas y sus cómplices, los ‘ ‘ técnicos ’ ’ poblacionistas, como sólo se acuerdan de que quizá la inmigración es nociva al salario cuando la crisis les afecta, sólo la consideran mala para la solidaridad nacional cuando ataca a su esquema de dominio racial; así, entre otros, Llorens afirmaba que “la Argentina no tiene madurez suficiente como para que no sea necesario evitar una entrada grande de extranjeros racialmente inasimilables... Por lo tanto, la primera selección deberá ser racial”.

La distribución poblacional en la Argentina, ya señalada, ha hecho muy nociva la concentración de extranjeros, hasta el predominio numérico, en su ciudad capital; tanto más cuanto que por las características de Buenos Aires puede decirse más que casi de ninguna otra capital del mundo que sus habitantes mandan en todos los órdenes al país.

Ya hemos visto cómo la misma inmigración extranjera fue un importante episodio de la lucha de Buenos Aires contra el interior, y cómo gracias a ella duplicó el porcentaje de su población dentro del país, superando el tercio del total y aproximándose, con el conjunto de habitantes de su provincia, a la mayoría absoluta, que por fin alcanzó en 1970. Este hecho, sin precedentes en su género en el mundo, hizo que en reacción se pudiera afirmar, con el general Roen, que “Buenos Aires no es la nación porque es una provincia de extranjeros”, y con Martínez Estrada que es una “ciudad extranjera”. Refiriéndose a principios de siglo, Calandra afirma que “la Argentina parece una monstruosa cabeza de niño superdotado mirando a) viejo continente y nutriéndose en las últimas y renovadoras corrientes del pensamiento europeo, mientras que se apoya en un cuerpo gigante y raquíutico. Buenos Aires y su desesperado cosmopolitismo, aun en sus logros de avanzada, es un índice de que la ‘intelligentzia’

está viviendo do espaldas al país y a su realidad socioeconómica”; y el teórico del peronismo J. W. Cooke afirma que Buenos Aires es proclive a transformarse en instrumento del capitalismo extranjero.

En su estudio sobre las religiones africanas en el Brasil, R. Bastido nota cómo las tradiciones africanas se conservaron más en las ciudades, donde podrían reagruparse muchos esclavos de una misma tribu, que en el campo. Así en Buenos Aires la concentración de originarios de tantos países y regiones europeas, facilitada como en el Brasil /por dirigentes que tenían interés en mantener las diferencias entre los distintos grupos para dominar mejor a todos, ha contribuido mucho a frenar la formación de una conciencia de solidaridad nacional entre los distintos grupos inmigrantes, así como la de ellos todos con el resto del país. No es pues de extrañar que fuera y siga siendo en buena parte Buenos Aires, antes por el desapego ante la explotación y ahora en forma equivalente por las nuevas formas de penuria que crea la superpoblación, el hacinamiento y la competencia despiadada de sus habitantes, una amplia /plaza de contratación para los intereses extranacionales, una cómoda cabeza de puente del imperialismo.

La realidad es pues radicalmente opuesta a la que sostiene, por las razones profundas, que él sabrá, Daus, que afirma que gracias a Buenos Aires el alud cosmopolita no desvirtuó la nación, como lo habría hecho de haberse distribuido de otro modo; autor quo llega en esta línea a defender el increíble centralismo del puerto de Buenos Aires... En el próximo capítulo trataremos de este tema, y se verá cómo la descentralización, al menos relativa, de ese monstruoso embotellamiento que en todos sentidos tiene paralizado el país es un punto capital para su sana sobrevivencia, cómo Buenos Aires es hoy *i* no sólo “un impedimento para que todo el país alcance el máximo de bienestar físico y espiritual”, como dice N. Binayan, sino incluso un bienestar mediano, necesario.

### *Argentina, hoy, país de emigración*

Sin duda muchos factores pueden impedir la emigración en los países que están superpoblados, pero pocos índices son más elocuentes do la existencia de superpoblación en un país que la emigración.

Durante un siglo, la Argentina ha sido un país de inmigración. Esto no quería decir que el país necesitara toda esa población para su crecimiento armónico: ya vimos cómo sin ella hubiera crecido más, y sin tanta distorsión urbana. La inmigración no fue pues un síntoma de necesidad de población, sino que respondió a los intereses políticos y económicos de la oligarquía, como hoy día la inmigración a ciertos lugares de los más hacinados del mundo, como la de chinos

a Hong-Kong o cubanos a Puerto Rico, corresponde a claros intereses políticos, a pesar del claro perjuicio que ello ocasiona a los intereses de la región.

Sin embargo, en nuestros días y en la Argentina no cabe ya más mistificación al respecto: no sólo la máxima fuente tradicional de inmigración, la europea, ha disminuido o detenido su aporte, como chocando con un medio saturado, sino que incluso hay una expulsión socioeconómica de los europeos ya residentes en la Argentina, hecho que sólo se puede explicar por el deterioro creciente, el empobrecimiento absoluto, la superpoblación cada vez más visible de la situación en este país receptor, como la misma simultaneidad del hecho para extranjeros de muy diversos países hace ya suponer.

Más aún, en muchos de esos países, como veremos y reconoce el gobierno argentino, existirían razones que más bien impulsarían a incrementar en lugar de tener que reabsorber sus migraciones, lo que implica que la repatriación sería aun mucho mayor si sólo hubiera que tener en cuenta el deterioro que se está realizando en la situación argentina. Otro aspecto que muestra cuán poderosa es la causa que les mueve a repatriarse es el hecho de que esos europeos llevaban en general muchos años, incluso decenios, en el país, circunstancia que constituye, como es lógico, una rémora importante que hay que vencer bajo la presión repelente de fuerzas aún mayores.

Estas reflexiones ponen mejor de relieve lo expresado por las cifras y sus tendencias. Según datos oficiales respecto a las dos principales corrientes migratorias europeas, en 1971 y 1972 los saldos fueron negativos, es decir, que salieron en esos años "en limpio" 1.300 españoles y 3.300 italianos, siguiendo en esto una tendencia que, sobre todo para los italianos, elevan ya a tres lustros.

Y no sólo son los extranjeros que, como los italianos y españoles, están mejor adaptados al país los que tienen que abandonarlo en forma creciente, sino que los mismos nacionales, los argentinos nativos se convierten cada vez más en candidatos a la emigración, en búsqueda fuera de sus fronteras de una oportunidad de vivir que no encuentran en su patria. El Plan Trienal 1974-1977 reconoce que en los últimos diez años ha habido una emigración anual de diez mil personas, es decir, que en ese período ha emigrado una población superior a la de toda la provincia de La Rioja y equivalente a la de Neuquén.

El hecho es tanto más grave por cuanto: 1) el ritmo de emigración es creciente; en 1974 el ministro del Interior declaró: "en los últimos cinco años más de cien mil argentinos, en gran parte técnicos y profesionales, han abandonado el país en búsqueda de mejores horizontes"; 2) se trata de un número mínimo, porque las estadísticas de salidas son muy deficientes, y la cifra real de emigrados puede ser

muy superior, como se ha comprobado en parte cotejando esas cifras con las de inmigrantes argentinos en otros países; 3) no se trata de grupos integrados, como serían los habitantes de las provincias citadas como ejemplo, sino de elementos sueltos, que dejan otros aquí desparejados, en condiciones -desequilibradas por edad, sexo, etc., lo que equivale en cierto modo, en fuerza de trabajo a la pérdida simultánea de las dos provincias antes mencionadas; más aún en cierto modo, porque, como vimos decía el ministro del Interior se trata de una mano de obra muy calificada.

Este último punto, por ciertas razones más incluso de lo que le correspondería respecto a otros hechos también lamentables, ha atraído también la atención de los medios de difusión masiva, que han alertado contra esa "emigración lamentable", "drenaje de materia gris" y "exportación de inteligencia". En sólo los Estados Unidos se admitieron en 1951 1.151 personas, contra 190 en 1951, es decir, más de seis veces más, y de ellas el porcentaje de profesionales y técnicos subió del ya altísimo del 41 % al 48 %, lo que corresponde al 5 % de los médicos graduados en el período, 6 % de los biólogos, 8 % de los ingenieros, etc. (Horowitz). En 1970 había en ese país, como residentes, 1.231 médicos argentinos (T. D. Dublin).

De conocerse el grado de desocupación en la Argentina por profesiones, se vería hasta qué punto esa situación corresponde a una grave realidad nacional, y cómo la actual política de repatriación de técnicos es inútil para la repoblación de materia gris a la que se dice estar enderezada 22 y por lo tanto corresponde sólo a una de las maniobras diversorias del plan real de gobierno que estamos analizando\*.

No sólo el gobierno no solucionará así la desocupación de los técnicos y profesionales, sino que el conjunto de su política tiende a rebajar el nivel de capacitación técnica requerida, y en particular su política poblacionista absorbe a técnicos y profesionales extranjero que, por las condiciones desfavorables en que se encuentran, han < aceptar trabajos negros, marrones o bien oficiales, pero siempre inferiores en remuneración y rango a los que podrían exigir los nacionales, degradando más que proporcionalmente a su número el ya altísimo nivel económico de esos estratos. Así, por ejemplo, en 1951 vinieron a la Argentina, por lo general de los países vecinos más desarrollados, cuatro veces más ingenieros de los que, de nacionalidad argentina, se fueron a los Estados Unidos (P. O. Ciapuscio). También hay que señalar el número de los que vienen de países más desarrollados, que por sí mismos y por la tecnología que en general impo

\* Reiteramos al lector que los originales de este libro fueron entregados al editor a fines de 1975. (N. del E.).

aún deprimen más la capacidad de empleo de los nacionales. Desde ese punto de vista, los secuestros que en poco más de un año han movido a emigrar a cerca de dos mil ejecutivos extranjeros, entre ellos 700 estadounidenses (*Noticias*, 16-III-1974) han contribuido en ese aspecto al menos a un incremento del nivel de empleo, aunque sin duda predominan en esos hechos otros factores, sobre algunos de los que creemos deben formularse graves reservas.

No faltan aquí quienes, ciegos por naturaleza o por interés; no vean las causas reales de esa emigración, y acudan para remediarlas, como veremos sobre las migraciones internas en el capítulo siguiente, a exhortaciones morales, como Seguí en Uruguay: “¿Se ha perdido el espíritu de sacrificio! ¿Se ha perdido el amor a la patria!”. Pero estas jeremiadas no tienen más éxito que las que vimos expresaban los mismos poblacionistas ante la resistencia a importar bebés en estas condiciones desfavorables para el pueblo y para los mismos interesados, si no, por eso mismo, para sus explotadores.

Hace escasamente diez años, el *New York Times* publicaba una caricatura de dos perros que cruzaban los Andes: uno, flaco, desde Chile, que preguntaba a otro, gordo, que venía de la Argentina: —“¿A qué vas a Ohile?” —“A ladrar un poco”. Hoy salen masivamente, mucho más lejos y mucho menos lustrosos.

## X

1 Thompson, por ejemplo, ñola que "no puede haber la menor duda en que la inmigración está en la base del rápido crecimiento de la población en las Américas, Australia y algunos otros territorios; pero no puede determinarse exactamente la importancia numérica que tuvo la inmigración adicional para cualquier país o región' después de haber conseguido algunas colonias bien consolidadas con algunas decenas de miles de personas y con una distribución normal por sexo y edad" (como era, añadamod nosotros, el caso de la Argentina). Ya entre nosotros, Pizarro notaba en 1943 que, dada la multiplicación de la población autóctona antes de 1850, sin In emigración hubiéramos alcanzado tantos o más habitantes que los que tenemos ahora.

2 Pasando de los dichos a los hechos, como recuerda la obra do fondo histórico *Solané* de Francisco Fernández, hubo levantamientos montoneros contra gringos, a quienes llegaron incluso a matar por concebir que venían a quitarles el pan de la boca. G. García trata este tema y menciona también la novela *Inocentes o culpable* de Argerich, sobre los inmigrantes que dañan a la Argentina.

3 En su *Cómo se formó el país argentino*, 3. M. Eizaguirre sintetizaría: "El liberalismo argentino, generoso con los extranjeros, fue invariablemente desdeñoso, si no despreciativo», para con los indígenas y mestizos".

4 Recuérdese por ejemplo la entrega del Chaco santafesino, 1.804.563 hectáreas, a intereses ingleses, con intervención de Alberdi, según recuerda G. Gori en su *La Forestal*.

5 Sin duda, como siempre, hay grupos oligárquicos menos favorecidos que se oponen a la medida, y su número aumenta cuando la medida se ha implementado. Así Cañé: "nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, cómodo y peligroso... Salvemos nuestro predominio legítimó, no sólo desenvolviendo y nutriendo nuestro espíritu cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres a una altura a que no llegen las bajas aspiraciones da la turba...". El misino Alberdi, retirado en parte del negocio

de "importador de hombres", dedica estas "alabanzas" a los inmigrados, cuyos hijos, por ironías de la historia, hoy lo veneran: "Poblar es apestar, corromper, degenerar, envenenar un país cuando en vez de poblarlo con la flor de la población trabajadora de Europa, se le puebla con la basura de la Europa atrasada o menos culta", que para él era Italia, España y demás países no sajones; es decir, declara basura a casi todos los inmigrantes que de hecho llegaron a la Argentina. Su racismo aristocrático se asemeja al de los partidarios de la "Australia Blanca" que en 1901 rechazaban a las "naciones serviles del mundo" y negaban que los italianos "estuvieran civilizados en el sentido ordinario australiano".

6 J. B. Justo notaba que la burguesía "ha hecho propaganda inmigratoria en Europa con el dinero del pueblo para atraer obreros que cultivaran sus campos y rebajar los salarios, hedho sólo posible por el aumento de los brazos". Por eso es superficial la crítica que en situación parecida hacía Lourival Cainara: "Se sucedían las antítesis», y se reproducían las paradojas: se bacía propaganda inmigratoria en Europa, pero se prohibía aquí en Brasil cualquier gasto para colonizar mediante los extranjeros". Lo que se quería era enriquecerse con los inmigrantes, no permitir que se enriquecieran ellos.

7 El "Eldorado" argentino existe. . . como colonia fundada en Misiones por un inmigrante alemán tras la derrota de 1914-1918. El mismo utilizó una fantástica propaganda... para morir mucho después renegando de Eldorado (Marisa Micolis). También en Brasil los colonos se desilusionaban y volvían en circunstancias parecidas (Sraith).

8 En este caso, como en el de otro poema también de resonancias poblacionistas, habríamos de quitar el adjetivo con que un testigo presencial indicaba el estado en que lo hizo: "sonambulismo lúcido" (Vargas Vi'a).

9 En 1940 escribía esta "perla" González Gale: cierto que entre los españoles hay extremistas, pero escojamos a los vascos: "Son gente que no ofrecen la menor peligrosidad. Son, todo el mundo lo sabe, elemento de orden y progreso. Y profundamente cristianos". Y en 1941 Emilio Troise, del Comité Contra el Racismo y Antisemitismo en la Argentina, se quejaba de que el gobierno no admitía judíos por su izquierdismo.

10 Así se denomina al período 1901-1914, aunque Bunge califica al de 1905-1913 de "migración excesiva".

11 Sarmiento afirmaba que el inmigrado vive dos existencias y no goza de ninguna: "sin ser ciudadano de ninguna de las dos partes, infiel a ambas, extranjero en todas partes, sin llenar los deberes que la una y la otra imponen a los que nacen y residen en ellas". Expresiones en que parece plasmar sus propios conflictos de mestizo.

12 El 9 de octubre de 1,845 el periódico *Totee of Industry* estadounidense se quejaba de que los capitulistas se protegieran con tarifas pero dijeran que no era "republicano" proteger a los trabajadores contra una inmigración masiva (Warfel).

13 En ese contexto hay que interpretar el liberalismo de Alberdi: "si el argentino es tirano, muerte al argentino; si el extranjero es libertador, gloria al extranjero". Muchos explotadores miran hoy a los extranjeros bolivianos, paraguayos, etc., como "liberadores" respecto a las exigencias "tiránicas" del trabajador argentino.

14 Hay que estar muy bien situado económicamente, como el funcionario uruguayo Seguí, para "no asustarse" ante los 100.000 desocupados que registró el censo de 1963 del Uruguay y consolarse diciendo que ya habrá desaparecido y que la inmigración dará más trabajo que competencia, fantasía que en la Argentina también propaga el funcionario Lelio Mármora.

15 Sobre la Argentina, escribe V. Alba: "Mientras que el socialismo surgió promovido por los alemanes del *Tornarte* y los exilados de la Comuna, creándose partido y movimiento a imagen de los partidos y los movimientos de la socialdemocracia de Europa industrial, el anarquismo se comunica fácilmente entre los italianos y los españoles".

16 En su *Historia Argentina* Diego Abad de Santillán nota como de 1902 a 1910 se declaró cinco veces el estado de sitio, por un total de 18 meses;

4 veces se debió a conflictos obreros. Desde 1888 la Municipalidad de Buenos Aires instauró la libreta de conchabo, que sometía a una virtual esclavitud.

17 La proporción de extranjeros en servicios domésticos subió de 1895 a 1914 del 25 al 38%, mientras que descendía al porcentaje de empleados y obreros extranjeros en la industria (69 a 60 %), comercio (57 a 53 %), profesiones liberales (53 a 45%), administración pública (30 a 18%) y privada (63 a 51%), etc. En cifras globales, para los censos de 1895, 1914 y 1960, se observa que aumenta el porcentaje de extranjeros que se encuentran en los estratos sociales inferiores de los tres sectores de actividad (G. Germani).

18 J. J. Hernández Arregui notaba que el extranjero divinizado fue parte de la negación de este país verdadero por la clase terrateniente, como una postrera injuria a la resistencia nacional.

19 Encontramos datos equivalentes en G. Germani, quien informa que hasta 1930 la inmigración europea de 88.000 personas equivalía al incremento total de mano de obra en la Argentina.

20 Alberdi adaptó mal (desde el punto de vista poblacionista) las afirmaciones de quienes como Galiani, sostenía que "la verdadera riqueza de un país depende fundamentalmente del número de mujeres buenas y bellas".

21 Estudios recientes de Milojkovic en Yugoslavia muestran que puede haber una esterilidad biológica temporal en los migrantes, como mecanismo de adaptación. Esto podría explicar algo la menor natalidad de los inmigrantes europeos, aunque la mayor natalidad de los actuales inmigrantes latinoamericanos lo excluya como factor preponderante. Obsérvese a este respecto que los europeos necesitaban un mayor tiempo para adaptarse —por su lugar de origen más diverso, nivel de aspiraciones, etc.—, llegaban con una mayor edad y disponían de un menor período socialmente aceptable para procrear. Según datos de las Naciones Unidas, los inmigrantes de 40 años y más eran el 18,5% en 1920, subiendo a 23,9 en 1930-38.

22 "Los científicos, los técnicos, los artesanos y los obreros que estén fuera del país deben retornar a él a fin de ayudarnos en la reconstrucción que estamos planificando y que hemos de poner en ejecución en el menor plazo" (Perón, 23-VI-1973).

CAPÍTULO SÉPTIMO  
LAS MIGRACIONES INTERNAS Y LA  
SUPERPOBLACION URBANA

*Las cifras*

Por un fenómeno en parte complementario y en parte sustitutivo de las migraciones internacionales, como veremos, la Argentina es un país de grandes migraciones internas. Si bien sería muy interesante ir analizando estas migraciones internas a lo largo del tiempo, como hacen Lattes y Lattes, a quienes remitimos a este respecto, por brevedad nos limitamos aquí a indicar, en elaboración propia, el porcentaje de emigrantes de cada provincia a partir de los censados en 1970 fuera de su provincia de origen, porcentaje pues mínimo, pues no contabiliza a los que emigraron por un tiempo y regresaron a ella: Buenos Aires (incluida la Capital Federal), 4 %; Mendoza, 17; Córdoba, 19; Santa Fe, Salta y Ohubut, 21; San Juan, Jujuy y Misiones, 22; Río Negro, 25; Neuquén, 27; Formosa, 28; Tucumán, 29; Santa Cruz, 30; Chaco, 37; Entre Ríos, 38; La Rioja, 40; Catamarca, 42; Corrientes y Tierra del Fuego, 43; Santiago del Estero y San Luis, 45 y La Pampa, 47. El porcentaje nacional de personas que se encuentran fuera de su provincia de nacimiento, es 19 % (29 % si excluimos a Buenos Aires) contra 8 % en 1869.

Si miramos ahora el porcentaje - de residentes en cada provincia que son originarios de otras (excluidos los del extranjero) encontramos, siempre para el censo de 1970, en Buenos Aires, 31 %; Mendoza, 17; Córdoba, 15; Santa Fe, 17; Salta, 15; Chubut, 26; San Juan, 8; Jujuy, 19; Misiones, 9; Río Negro, 29; Neuquén, 25; Formosa, 17; Tucumán, 11; Santa Cruz, 47; Chaco, 22; Entre Ríos, 7; La Rioja, 13; Catamarca, 11; Corrientes, 8; Tierra del Fuego, 57; Santiago del Estero, 9; San Luis, 16; La Pampa, 20.

Estas cifras nos muestran la enorme importancia que tiene la migración interna en el país: desde 1914 contribuye más que la in

migración internacional a la distribución de la población entre las distintas provincias, y sólo en 1960 es superada a su vez por el crecimiento vegetativo diferencial (A. E. Lattes). Los porcentajes migratorios interprovinciales no deben ocultarnos que se refieren a cifras absolutas muy diferentes: así el 57 % de inmigrados a Tierra del Fuego es mil veces inferior al 31 % a Buenos Aires. Por lo que respecta a la emigración, encontramos que si en 1869 no había ninguna provincia en que hubiera emigrado el 16 % de su población nativa, en 1970 sólo Buenos Aires *no* había rebasado ese porcentaje, siendo en ocho provincias el porcentaje igual o superior al 40 %.

Como es conocido y puntualizan esas cifras, las migraciones no han sido hechas al azar, sino que corresponden a una neta tendencia del campo a la ciudad, del norte hacia el centroeste, hacia el litoral, y más concretamente hacia la provincia y, dentro de ella, a la ciudad de Buenos Aires, que absorbió el 15 % de la inmigración nativa de 1869 a 1895, el 20 % de 1895 a 1914, el 44 % de 1914 a 1947 y el 68 % de 1947 a 1960. En números absolutos se calcula que han emigrado sin retorno a la ciudad de Buenos Aires más de dos millones de personas en los últimos 40 años. Por una especie de aplicación de la ley de Newton, son con frecuencia las regiones más cercanas y más pobladas las que más sufren ese vaciamiento, como notaba R. M. Ortiz para el período 1869-1970 y observamos en 1970 en La Pampa.

La inmigración del campo a la ciudad es, repitémoslo, una tendencia universal. Con todo, en la Argentina se realiza con una particular intensidad, de tal manera que ya en 1960 ocupaba el séptimo lugar en el mundo por su nivel de urbanización, con el 72 % de su población en aglomeraciones de más de dos mil habitantes. El crecimiento fue vertiginoso: los urbanos eran en 1869 el 28,6 %; en 1895, el 37,4; en 1914 el 52,7 y en 1947 el 62,2.

Dentro de este crecimiento urbano el de Buenos Aires tiene características únicas en el mundo, por la diferencia que existe entre su población (la cuarta en 1970, después de Nueva York, Tokio y Méjico) y la de las ciudades siguientes. El censo de 1869 le encontró con 177 mil habitantes (10 % del total del país); el de 1895, 663 mil (17 %); el de 1914, 1,5 millones (19 %); el de 1947, 4,7 (30 %); el de 1960, 6,7 (33 %) y el de 1970, 8,2 (35 %); es decir, que *en un siglo se ha hecho más de 46 veces mayor y crecido más de tres veces más que el país en su conjunto.*

### *La superpoblación, de Buenos Aires y la del país*

La capacidad de un recipiente está dada no sólo por su propio volumen en relación al dp los objetos que se quieren coloca? en él.

sino también, y en ocasiones más, en relación al orden con que se encuentran colocados en él los objetos. *Así en la Argentina la superpoblación existente se debe en buena parte, y en algunos aspectos en forma preponderante, al (des)orden con que se encuentran repartidos sus habitantes.* Más que nunca vale en esto lo que al final de su vida reconociera Alberdi, que la parte principal del arte de poblar es el arte de distribuir la población.

La comparación precedente, por su carácter mecánico lleva a muchos a concebir una solución “sencilla” al problema de la superpoblación argentina: puesto que en Buenos Aires sobra gente... que se vayan a la Patagonia, o al menos que no se emigre más a Buenos Aires. Pero el cuerpo social es como el cuerpo físico: adaptado por largo tiempo a una deformación, no consigue sino en raras ocasiones, y tras mucho tiempo y esfuerzo, retornar a una estructura más sana. De hecho y hasta la fecha, insistamos, en el mundo entero y bajo los más variados regímenes no se ha dado ninguno que consiga revertir en forma permanente la tendencia a la urbanización. Sólo algunos de los más fuertes y tiránicos han conseguido frenar *algo* el desarrollo de esa tendencia que todo crecimiento de población por natalidad o migración tiende a aumentar. De ahí la importancia fundamental que tiene para nuestro tema el estudiar las causas que influyen en ese fenómeno en nuestro país, ya que en la Argentina la *superpoblación global se manifiesta de modo muy agudo como un fenómeno de hacinamiento urbano*, y concretamente, como una lucha o pugna entre Buenos Aires y el resto del país.

En una actitud muy “noble”, Noble escribe sobre el hacinamiento bonaerense: “No se busque al culpable de la actual estructura. Ni una mirada atrás. Adelante”. Pero como todos los nobles, oligarcas, mistifica. ¿Cómo encontrar remedio serio si no se dilucida- a fondo quiénes son los causantes, los culpables del desorden? No piden otra cosa mejor ellos que esta ‘amnistía’ para seguir trabajando en la sombra. No: hay que buscarlos, denunciarlos y neutralizarlos para poder cambiar la situación. El hacinamiento del país en BU capital es la consecuencia natural del sistema monopolista agropecuario, industrial y de servicios, y deberemos padecer cada vez más sus consecuencias si no lo combatimos en su fuente, el sistema monopolístico nacional y extranjero.

### *La lucha entre Buenos Aires y el país*

Buenos Aires fue fundada como cabeza de puente del imperio español, y desde entonces no ha desmentido su espíritu conquistador, colonialista, respecto del resto del país, al que llama “in’

tenor' con lo que explícita y descaradamente se declara "exterior\*", extranjero al mismo.

Si las ciudades suelen tener una relación antagónica con los campos a los que explotan, como indicamos en nuestro *Hacinamiento*, este fenómeno antagónico se multiplica cuando se trata de ciudades coloniales, como analizamos en *Los racismos en América* ' \* *Ladina* ' En el caso de Buenos Aires el antagonismo llega a extremos difícilmente superables.

La carencia de un asentamiento nativo importante en las cercanías de Buenos Aires ha impedido aquel interés y simbiosis racial y cultural que permitió en otras regiones americanas que las ciudades españolas se encarnaran más en la realidad continental. La condición portuaria de Buenos Aires ayudó a mantenerla ligada a la metrópolis y a constituirse, mediante su Aduana, en. intermediaria y partícipe de su explotación colonialista.

Después de la independencia política, ya secularmente adiestrada en esos menesteres, nada resultó más fácil a Buenos Aires que continuar por cuenta propia el colonialismo respecto del interior, que sólo fue pues "nacionalizado"... en cuanto no hubo que compartirlo con los nuevos colonialistas del exterior, "Las provincias vivieron constituidas en colonias de su capital de otro tiempo" (Alberdi).

En cierto modo, toda la historia argentina se resume en esto ^antagonismo entre centralistas, unitarios, con base en Buenos Aires, y federalistas, con base en el " interior", es decir, prácticamente, en la nación. De hecho hay que interpretar las estrofas del himno nacional como que "Buenos Aires se pone enfrente (y no al frente) de los pueblos de la inclita Unión".

Así, Buenos Aires exportó sus materias primas a Inglaterra y recibió en cambio productos manufacturados con los que arruinó las industrias del interior, que si a mediados del XVIII proporcionaban el 90 % de las exportaciones, un .siglo después sólo contribuían con el 15 % de las mismas, a pesar de los intentos federales de defender las tarifas protectoras de la industria del noroeste. En Tucumán, por ejemplo, todavía en 1869 el 15 % de la mano de obra estaba empleada en la industria textil, para bajar al 1 % (uno por ciento) en 1914. El proceso de colonización y subdesarrollo no puede ser más claro. B. M. Raymundo habla del "urbanismo imperial" de Buenos Aires, que, observa G. Araoz, con los recursos de las provincias, se presenta "como un suntuoso escaparate al extranjero".

Para poder justificar su explotación, la "ideología nacional" declaró al interior, al campo, "bárbaro" y se autodenominó "civilizado", como habían hecho los españoles y los anglonorteamericanos, a uno de cuyos novelistas, Cooper, confesó, haber copiado Sarmiento a este respecto. Cuanto hay de verdad en. esta "carga del

hombre porteño” —nativo o asimilado, como también lo era Alber-di— lo revela este mismo, cuando, después de propagar ese mito, se pelea un día con el autor de *Facundo* (“ cuando riñen las comadres se saben las verdades”) y reconoce qué de los campesinos “salió el poder que echó a España, refugiada al fin del coloniaje en las ciudades, y de ella saldrá la autoridad americana, que reemplace la suya... La locación de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas es un error de historia y de observación”.

Desde el punto de vista poblacional, recordemos que, según las estimaciones de Azara, hacia 1800 Buenos Aires tenía un 13 % de la población total de la región. A la caída de Rosas, del que debemos recordar, entre otras cosas al respecto, su famoso decreto de 1830 de expulsión de los provincianos, la proporción había descendido al nivel más bajo que había de conocer, 8 %, para subir después hasta el 35 % actual.

#### *Las nuevas reducciones urbanas.*

Entre colonizadores y colonizados, desde el punto de vista poblacional y específicamente migratorio, caben dos posturas: o bien el dominante teme que el tener cerca de sí a los dominados le haga correr peligro y baje su nivel de vida, o bien está tan seguro de su dominio y capacidad de discriminarlos que prefiera tenerlos cerca para aprovechar mejor de sus servicios.

En la Argentina no cabe duda que la postura de las clases dominantes de la Casa Grande, del Gran Buenos Aires —excluyendo algunos corpúsculos con intereses diversos—, fue primero el mantener lejos a los provincianos, con medidas como la ya citada de Rosas y el traer migración blanca exterior que evitara tener que recurrir a los “cabecitas negras”; después, escasa esa inmigración extranjera, faltos de mano de obra para la industria y afianzado por otra parte su dominio con las modernas técnicas de poder, incluido el “ejército de hombres blancos” (Ingenieros), les resultó más útil “invitar” a esa Casa Grande a millones de esos “cabecitas negras”, a los que despojaban con cercados económicos de la posibilidad de vivir en sus empobrecidas regiones. Ya “desde mediados de la década del treinta a la década del cincuenta, la zona metropolitana de Buenos Aires recibió un flujo de casi 100.000 inmigrantes por año” (G. Germani) 3.

‘ El ojo del amo engorda el caballo ’ y el inmigrado, encontrando por lo general mejores condiciones de vida en la (ex) Gran Aldea que en su aldea arruinada, también se resignaba con facilidad, e incluso emprendía con relativo gozo y libertad (la de las leyes de ese mercado cuyas reglas ya conocemos), el camino de la Capital.

Los políticos aceptados eran los que prometían, no ya una gran

ja para cada inmigrado exterior como Lincoln en los Estados Unidos, sino una villa (aunque fuera miseria) para cada inmigrado interior. *Todos tenían derecho a ser los proletarios* (o lumpem, descamisados) *del capitalismo urbano*. Este sistema se mostró más hábil y exitoso en sus “reducciones urbanas” de lo que lo habían sido los primeros colonialistas, puesto que los reducidos vienen ahora ‘ ‘ espontáneamente” a los centros urbanos a convivir con sus conquistadores y se pelean por ponerse a su servicio. Máxime si hay una revolución cultural, un decadente emperador romano que prolonga la agonía de su sistema convirtiéndose a la religión, ideología de los parias y esclavos, si demagógicamente se declara que el poder es de ellos (dentro del mismo gobierno esclavista, perdón, capitalista) y se concierta con un tribuno elegido por los de abajo un bendito, occidental y cristiano gran acuerdo nacional, perdón, pacto social.

Respecto a los ciudadanos, hoy como ayer, los engañabobos de turno prometen que dentro del sistema el progreso económico no se va a hacer a costa del pueblo; de modo paralelo, prometen que el desarrollo poblacional no se va a hacer a costa de los ciudadanos: habrá descentralización, se poblarán los campos, y así los ciudadanos vivirán menos congestionados, con alimentos más numerosos y baratos, menos impuestos por recaer sobre más personas el pago de los gastos fijos, y mil otras promesas paradisíacas. La realidad es radicalmente opuesta: más población significa de hecho, en todos los países, y *más en éste por su estructura supercentralista*, y más con este gobierno, como lo ha demostrado por largos lustros de administración, un mayor hacinamiento; significa una competición acrecentada en la lucha por la vida; en lugar de un reparto de las mismas cargas sobre más gente, un coste creciente de cada ciudadano (por ser los rendimientos urbanos, máxime en Buenos Aires, muy decrecientes; significa más tiempo de transporte, de esperas, más dificultad para conseguir servicios, un nerviosismo y una insanidad crecientes. En una zona hacinada, el hombre es un lobo para el hombre: envenena, contamina física y síquicamente su vida, según expresan en forma precientífica las filosofías negativas y asociales en la India o Europa superpobladas; fenómeno que analizaremos aquí en detalle sobre la Argentina.

Respecto a los provincianos, la actitud de esos políticos no es menos dañina. El hecho de que país tan colonialista y racista como Inglaterra importara en pocos años un millón de personas de color, o que en período parecido fueran un millón de puertorriqueños, considerados como de color, a trabajar a los Estados Unidos, no significa en modo alguno que haya disminuido el prejuicio racial de esos países; antes al contrario: el *importarlos* de esc modo no constituye una “invitación” a participar en su vida social, sino expresa una

mera necesidad económica de mano de obra “como de cualquier otra mercancía”. La inmigración “libre” de puertorriqueños a Nueva York tiene una correlación de las más altas en ciencias sociales, el 0,85, con el ciclo de los negocios en los Estados Unidos. Con una analogía muy racista, D. Hume comparaba las ventajas de las grandes ciudades al traer hombres ya hechos a la de acarrear ganado ya crecido, lo que resulta más barato por ser mayor el precio de los terrenos en sus cercanías.

Una vez organizado ese trasplante de “ganado”, lejos de disminuir el racismo y la explotación económica, esa migración la fomenta en múltiples modos, aunque esto sea negado incluso por sus víctimas, que consideran haber mejorado con el cambio. Margulis nota la profunda desvalorización de la comunidad de origen rio- jano; en La Rioja responde el 82 % que los que emigran a Buenos Aires no empeoran en nada (es decir, no pierden nada en el cambio), mientras que entre los inmigrados a Buenos Aires sólo 5 % piensan que ellos han empeorado al trasladarse. Otra encuesta algo anterior de G. Germani encontraba un 20 % de descontentos de su inmigración. Si las dos cifras son comparables — por su formulación y grupo de referencia— esa tendencia a encontrarse mejor en Buenos Aires sería índice —ya que la crisis socioeconómica bonaerense durante el periodo es evidente— del empeoramiento más que proporcional de la situación de las provincias, de la que demás cifras más adelante confirman esta impresión.

En las migraciones de las provincias a Buenos Aires, las circunstancias son distintas, pero cabe dudar de que sean siempre menos duras y alienadoras para el inmigrante. No falta ni la más dura discriminación racial, e incluso la aparente ventaja de poseer la misma nacionalidad quita en realidad la posibilidad de refugiarse en ese reducto para defenderse y unirse a otros discriminados contra la explotación común. Carentes de una suficiente “personalidad básica” que los aglutine, de una personalidad nacional ante otros y ante sí mismos que justificaría su resistencia, no les queda sino un asimilacionismo individual a una sociedad a la que, precisamente por estar montada sin ellos y contra ellos, no deben asimilarse, ni pueden conseguirlo en parte sin mutilarse.

Con todo, subrayémoslo por última vez, empobrecidos en su lugar de origen, adormecidos por una propaganda masiva y constante, creen que su porvenir está en la capital y el capitalismo “populari- zados”, y acogen como a su salvador al político que —respaldado en definitiva por los intereses capitalinos y capitalistas más inteligentes, que en ocasiones juegan también a la oposición, para fomentar la ilusión de que es independiente— les ofrece la ocasión de “conseguir la ciudadanía” bonaerense, privilegio que, como todo

aquel que se multiplica, es cada vez más, por ese solo hecho, engañoso e irrisorio e incluso, como veremos, resulta cada vez más contraproducente. Como decía Chiozza en 1961, “puede decirse en justicia que viven más hombres en las ciudades, pero hay menos ciudadanos”.

Conviene insistir en ello contra los “inocentes útiles” (o los que encuentran útil ser inocentes, tan numerosos hoy en la Argentina) que dicen, e incluso llegan a creer al final, que fomentar la urbanización es fomentar la más justa repartición de las riquezas, y no ven que, tras ciertas ventajas inmediatas para algunos — pagadas a muy alto precio “voluntariamente” por ellos— se fomenta la pervivencia y agravación en todo el «país de un régimen socioeconómico que, distraendo la opinión bajo diferentes etiquetas, es no menos explotador. *Porteñizar* al país, como extender la ciudadanía romana a todo el imperio, no es sino un viejo truco para recaudar más impuestos. Sin duda, como dice Jauretche, “con el cabecita negra en las calles de Buenos Aires se perfila el rostro de una Argentina no tan blanca y no tan culta como la que la ‘intelligentzia’ había computado como tal. Las necesidades, las soluciones y las modalidades americanas salen a primer plano y exigen este repensar el país que ella no puede hacer, no puede ejecutar ni comprender”. Pero las “soluciones americanas”, la internacionalización del colonialismo por asimilación, incluso “a la mejicana”, de lo autóctono, no es una solución sino para los que quieren aprovecharse del cambio para formar parte de la nueva clase dirigente, no para el pueblo que está ya harto de colonialismos y paternalismos de cualquier color.

#### *Por qué emigran los provincianos:*

El ‘problema argentino no son hoy sólo las migraciones externas, sino las internas. Los intereses explotadores de siempre, disfrazados cuando conviene de populismo o izquierdismo, quieren ocultarnos las verdaderas causas que llevan a emigrar a los provincianos para defender mejor el sistema socioeconómico que ha creado la monstruosidad en el reparto de la población que hoy lamentamos en la Argentina. Analicemos aquí tres posiciones mistificadoras ante el mismo:

#### *1) La migración como algo “natural”\**

La mistificación es aquí fácil hasta cierto punto. Porque *un cierto* crecimiento urbano está ligado a un progreso técnico y social deseable. Aquí, como siempre, la cuestión es relativa, de grado. Nada habría que oponer al crecimiento urbano si se mantuviera a un ritmo que permitiera una adaptación armoniosa al mismo, y no mediante el hacinamiento de personas arrancadas a regiones empobrecidas.

En la Argentina Buenos Aires presenta una diferencia abisal respecto al resto del país, habida cuenta incluso de las diferencias de población existentes, y estas diferencias son no pocas veces crecientes. Tales son por ejemplo los depósitos bancarios: en 1967 la Capital Federal tenía el 39 % y en 1972 el 45% del total nacional\* también, en el significativo rubro de barcos de ultramar llegados a puerto de Buenos Aires tenía en 1935 el 52 % y en 1960 el 73 % del total nacional.

Otros datos complementarán esta visión de la diferencia regional en la Argentina. La talla de los conscriptos en 1924 era ya cinco centímetros superior en Buenos Aires que en Salta y Jujuy. La esperanza de vida en 1960 era de 68 años en Buenos Aires y de 58 en el Noroeste, y el Plan 1971 -1975 registraba que el riesgo de enfermar y morir en el año era de menos del 5 % en la Capital Federal y de más del 60 % en Santiago del Estero, Misiones, Formosa y Chaco, y más del 50 % en Corrientes, Jujuy, Catamarca, La Rioja, Neuquén, San Luis y Entre Ríos.

El censo industrial de 1954 encontró en el área metropolitana el 42,5 de los establecimientos industriales y el 55/1 de la mano de obra. Un estudio de 1954, que por considerar enteras regiones da diferencias no marcadas, atribuía *per capita* al Litoral 6,142 pesos, al Noroeste 3,267 y al Noreste 3,941. En 1966 los habitantes de la Capital y Gran Buenos Aires recibían el 70 % de las jubilaciones 7 pensiones del país, es decir, el doble de lo que correspondería a su población. Ya en 1937, fecha en que se puede decir empezó la migración a Buenos Aires, Bunge calculaba que la capacidad económica por habitante en la Capital Federal era más de diez veces superior a la de Catamarca, Santiago del Estero y otras provincias. encuesta sectorial en la provincia de Córdoba en 1963 sobre necesidades mostró que mientras para el conjunto de la provincia ingreso era de 32,33 pesos, había departamentos con menos que sexta parte de ese ingreso. El estudio del Instituto Di Tella de a 1961 notaba que en el período el índice de desigualdad real del producto bruto *per capita* había tenido una tendencia (M. S. Brodersohn). Notemos que de 1943 a 1955 el salario obrero industrial subió de 100 a 152, pero el del peón del sólo a 105, y que en 1970 el salario del primero era de 339 contra 229 del segundo (sin casa ni comida) 2.

Ante esa desigualdad, nada más "natural" que la huida ciudad. Se prefiere ser cola de león mejor que cabeza (que se es) de ratón, y esto aunque el hacinamiento bonaerense produce males como los que ya conocemos y analizaremos después. *Iti Jfy* no ven más allá de sus narices, por miopía natural o interés P pueden encontrar *obvio* el que la gente vaya "libremente" a

“de modo espontáneo” se encuentra la mayor demanda de trabajo; en un sentido más amplio se podrían incluso interpretar así las palabras del Dr. Tetu de que hay que luchar contra el absurdo complejo de culpa de quienes “reprochan quijotescaamente a los argentinos que no hayan ido a vivir al desierto”. Porque si estamos de acuerdo con él en que hay tierras que no admiten mucha población, otras no están pobladas por culpa de los monopolios, que son también los que llevan a amontonar en ciudades antifuncionales personas traídas de regiones arruinadas del país o cazadas con reclamos publicitarios en otros países. Ellos sí que deben suscitar nos complejo de culpa, porque toleramos sobrevivan sistemas que producen tales monstruosidades que deforman nuestra vida y la de nuestro país. Pero siempre se encontrarán quienes, por ignorancia o interés, consideren con orgullo tener “una de las ciudades más grandes del mundo”, como otros exaltan sus grandes explotaciones coloniales o, en otros países, la gran natalidad que con paralela eficacia fomenta el desajuste y dependencia de su país respecto a los explotadores de dentro y de fuera.

Los partidarios de la “naturalidad” de la migración alaban todo el proceso migratorio, incluso el más violento por su ritmo y brutal por sus condiciones, hasta el punto que lo consideran, no como un mal, sino como un remedio. El mismo Dickmann preguntaba asombrado en 1946: “¿Puede alguien pretender que ha importado un daño para la campaña el gran desarrollo de la ciudad de Buenos Aires?”, afirmando que, por el contrario, había desarrollado un amplio mercado de sus productos (cuando es bien conocido que la ciudad frena el crecimiento de población y del mercado agropecuario a nivel global).

Recordemos que Alberdi veía en la migración internacional un remedio al socialismo. Respecto a la migración interior, escribe hoy un sociólogo que “la migración es un cambio menor que evita cambios mayores. Descarga la tensión en las esferas económica, social y psicológica, y evita que se expliciten conflictos” 3. Y no faltan quienes insistan con delectación en este proceso, ni incluso quienes alaben las “villas miseria” como sistema de adaptación paulatina de] rural a la vida urbana... que convierte en villas miseria todo el “interior”, todo el país; país del que esas villas miseria son en buena parte las avanzadas y premonición de su próximo futuro.

## 2) *La migración como responsabilidad del migrante*

Otros autores reconocen la evidencia de la sobrepoblación urbana, pero, con la interesada superficialidad de los liberales y moralistas, achacan la migración al libre albedrío de los migrantes, a su

“espíritu migratorio”, como dijera, Numelin en una célebre (porque tan útil para sus intereses como anticientífica) monografía.

Notemos que esa explicación es tanto más útil a los explotadores cuanto que arraiga con facilidad en la mentalidad liberal de las clases medias urbanas, que reprochan así a los inmigrantes rurales el venir a molestarles, a invadir su terreno, a competir en sus empleos. *Los mismos que por una parte atribuyen el atraso rural a la “apatía” del “indio”, le reprochan cuando se traslada su anhelo “inmoderado” de ascenso social.*

Estos liberales “ignoran”, aunque tengan que adoptar la posición incómoda de los avestruces, todo lo que pueda oler a explicar la migración del campo como una expulsión del mismo, puesto que esto indicaría que el migrante no es libre ni responsable. Para ellos el origen del movimiento a la ciudad “debe buscarse en la aspiración del hombre a una vida material mejor” (Coni), es una prueba del atractivo que ejerce sobre todos los de civilización *burguesa*, urbana, aunque múltiples encuestas, como una reciente en Buenos Aires, demuestre que una mayoría de riojanos regresaría a su pueblo si allí pudieran ganarse la vida (Margulis). Esos pseudoavestruces no ven los datos más claros, que muestran el creciente subdesarrollo del área rural, su miseria, desnutrición, ignorancia, la sangría de sus elementos jóvenes y capaces, a los que la espiral creciente del subdesarrollo lleva a exclamar “¡hay que partir o morir!” (Ariés). Contra toda la mistificación del “instinto migratorio” o la “fascinación” de la ciudad, el arquitecto Oteiza notaba hace poco que las obras del Chocón o la irrigación de Río Negro muestran que no hay ningún misterio: la gente se queda en el interior cuando hay posibilidades de trabajo.

Siendo el nacionalismo la religión de la clase media, se comprende que acuda para descalificar a los inmigrantes a acusarlos de falta de apego, de traición a la patria chica, de superficialidad e irresponsabilidad al “abandonarla”-\*. Estos prejuicios se “prueban” a veces estadísticamente. En una encuesta reciente de Margulis sobre la migración riojana se calificaba (¡ah, los dueños del adjetivo!) la decisión de emigrar según fuera “pensándolo mucho” o “de manera improvisada”. Como esta última categoría alcanzaba al 83 % de los emigrados, parecería que las tres cuartas partes de los emigrantes eran unos irresponsables, al tomar sin madura reflexión una decisión tan importante. La misma encuesta preguntaba: “si ahora le ofreciera trabajo en su pueblo involucraría usted?”, y los resultados mostraban “una correlación bastante intensa entre aquellos que volverían y los que responden ‘pensó mucho’ antes de dejar el pueblo”. A no ser que nos declaremos abiertamente racistas y consideremos que los inmigrantes tienen una “mentalidad pre

lógica”, resulta absurdo que sean los que emigran “de manera improvisada ’ ’ los que menos piensen en volver. Lo que ocurre es que *no* hubo tal “improvisación”; *no hubo que deliberar tanto tiempo porque era evidente que no podían vivir en aquellas condiciones, por lo que aprovecharon la primera ocasión para emigrar*; mientras que los que ‘ ‘ lo pensaron mucho ’ ’ eran los que tenían alguna esperanza de poder ganarse la vida allá, y consideran por tanto más realista la posibilidad de que se les ofrezca un empleo rentable allá y están más dispuestos por tanto a aceptarlo. Se trata pues de un motivo económico, no de que este último grupo sea “mejor”, más amante de su tierra, más patriota, como, escamoteando el problema, pretende Margulis al decir que su posible decisión de volver “indica una mayor fijación al lugar de origen”. Recordemos que “Campo y ciudad. Causas de la concentración urbana en Argentina” de E. A. Coni, intenta también una explicación (anti) patriótica de las migraciones: “en pueblos nuevos como el nuestro no hay ese amor a la tierra” de Francia, etc., aunque a renglón seguido reconozca que el campesino carece con frecuencia de trabajo fijo, como el que encuentra en la ciudad y que cantan la vida del campo ‘ ‘ poetas que Jo han recorrido a cien kilómetros por hora”. La encuesta de G. Gorman! registraba también la conciencia de los inmigrados a Buenos Aires de que en sus lugares de origen el trabajo era más difícil de conseguir, menos pagado, más pesado y más largo.

### 3) *Los que dicen que remediarán el centralismo*

Ni caprichoso, ni traidor a su tierra, el inmigrante argentino a la Gran Ciudad es víctima de un mecanismo explotador muy definido y evidente (para aquellos que no estén natural o interesadamente ciegos), que por un lado saquea a las provincias y por otro aprovecha en la capital la mano de obra barata, formada y transportada a sus propias expensas, que huye de las regiones saqueadas y ya en buena parte despobladas. Con mucha más razón aquí que en Francia se puede y debe hablar de “Buenos Aires y el desierto argentino” Recordemos que han tenido que emigrar más del 20, 30 e incluso del 40 % de los nativos de casi todas las provincias. En el censo de 1970 hemos encontrado más correntines, chaqueños, entrerrianos, jujeños, pampeanos y santiagueños en el área metropolitana que en su propia capital provincial; ¿no hay que decir, pues, que “quien quiera ver provincianos, vaya a Buenos Aires!”.

El hacinamiento en Buenos Aires, producto de más de un siglo de capitalismo “secundario”, no se va a arreglar bautizándolo, aguándolo, paternalizándolo o humanizándolo. A muchos fascinó el modelo milagroso de *cambiar sin cambiar* del que Allende fue en

muchos sentidos la primera víctima en Chile. La enseñanza que de esa experiencia ha recogido el actual gobierno argentino no es el de que hay que hacer un cambio radical (de verdad), un cambio coherente, sino que no hay que jugar en modo alguno a ser revolucionarios cuando se es —y como aquí, confesadamente— reformista, y más aún en nuestros días, en que la crisis general argentina hace que las clases dirigentes no estén para bromas; de modo que, como “tiempo sobra” (para el que no está desnutrido, desocupado, mal alojado, enfermo), el cambio será lo estrictamente indispensable para no cambiar, de modo que ‘ ‘ cuanto más cambia, más viene a ser la misma cosa ’ ’

En concreto, aplicado a nuestro tema: como casi cualquier otra tendencia política desde hace mucho tiempo, y la dista sería interminable y monótona 5, el actual gobierno peronista promete remediar el desequilibrio poblacional entre el campo y la ciudad. Todo nuestro libro muestra cómo sus proyectos y acciones están en realidad favoreciendo los intereses hacinadores, que ellos a veces fomentan con medidas tan claras como las directamente poblacionales: el incremento de una inmigración internacional, que vimos es siempre preponderantemente urbana a largo plazo, e incluso con el fomento de la natalidad en las ciudades 6. Sobre este último punto notemos cómo, según el mecanismo explicado ya sobre los inmigrantes externos, los inmigrantes internos inhiben también a los urbanos de modo que éstos tienen menos hijos.

La experiencia histórica tendría que servirnos de algo, porque el que la olvida está obligado a repetirla (Santayana). Este gobierno peronista no sólo no ha renegado, sino que cada vez se identifica más con el modo de ser del anterior a 1955. Pues bien: en los planes quinquenales encontramos explícitos proyectos de lucha con<sup>As</sup> Ja aglomeración urbana bonaerense, y ya hemos visto cómo no se amplió esa promesa, sino que *durante ese período el ritmo de concentración en Buenos Aires fue casi el doble del correspondiente a otros gobiernos anteriores o posteriores*. Las promesas del \* ue Trienal no son sino un eco de las aún más vigorosas que decía<sup>o</sup> se iban a tomar “para evitar el éxodo rural” y “descentrábala población urbana” (Plan 1947 - 1952), prometiendo “una x;e- lación adecuada de las migraciones internas y externas... a ia<sup>f</sup> 1) disminuir la población de las grandes ciudades y en parti<sup>p</sup>- del Gran Buenos Aires, mediante una firme política de descó<sup>#</sup>zación industrial; 2) aumentar la población agraria”. J. L. Cor<sup>v</sup> subraya esta evidente contradicción y aporta datos de A. R. que muestran la correlación entre el monopolio poblacional y nómico en Buenos Aires: ‘ ‘ La tendencia a la concentración cc<sup>o</sup>ca en grandes empresas se acrecienta en el período... y

empresas extranjeras las que conservaban una visible primacía”.

Si adoptamos ante los problemas poblacionales una actitud científica y no sólo voluntarista, comprenderemos que pesan mucho más los enormes intereses que manejan en realidad las riendas del gobierno que los “inevitables” (para ese sistema) inconvenientes de la aglomeración, que en momentos de impaciencia o para acallar a la galería se promete, pues, remediar sin reconocer sus causas profundas *clasisistas* ni por tanto ponerse ni remotamente en camino de remediarlas 7.

Concluamos este punto notando que los “errores” de la centralización son tan grandes que no se puede pensar en remediarlos del todo a corto plazo; pero con la única manera Sería de conseguirlo, un cambio de sistema, no hará falta tampoco “contar muchísimos años, algo más de un siglo y bien aprovechado” como pide Dagnino Pastore. “¡Muy largo me lo fiáis!”: *metas tan lejanas son j, hacen irresponsables.*

### *Federalismo y población*

Después de la independencia Buenos Aires tenía ciertas ventajas, como su Aduana<sup>8</sup>, pero no podía competir con el resto del país unido, que le era muy superior en población y en lo que ésta significaba entonces de poderío militar e incluso económico. En su lucha por el predominio, Buenos Aires se “desprendió” de su capital y la ley 1029 del 21 de setiembre de 1880 declaró “Capital de la República al municipio de la ciudad de Buenos Aires bajo sus límites actuales”.

Hoy podemos ver los resultados de esa medida: la provincia de Buenos Aires no sólo ha multiplicado su riqueza y población por el hecho de tener en su interior esa capital nacional, sino que incluso gobierna con todos sus beneficios la inmensa mayoría de lo que real, físicamente es la Capital Federal, pero cae fuera de los límites geográficos que le fueron asignados entonces. En términos poblacionales, dependen directamente de la provincia de Buenos Aires en 1970 4.806.400 habitantes del Gran Buenos Aires, es decir, casi el doble de los 2.708.800 de la Capital Federal. Si a éstos unimos los 3.104.950 del resto de la provincia de Buenos Aires, encontramos que en 1970 Buenos Aires tenía en su conjunto el 50,1 % de la población del país, es decir, *la mayoría*. Mayoría a la que le había estado preparando una evolución secular: en 1869 era el 17%; en 1895, el 23%; en 1914, 45%, y en 1960, 49 %.

Las consecuencias de estos hechos poblacionales son tan graves que se comprende que resulte difícil encararlos: vivimos en un mundo en que la legitimidad del poder la da la opinión de la mayoría, y

las minorías son toleradas... si acaso. Por eso, si cuando era aún un pequeño porcentaje de la población del país, Buenos Aires colonizaba al resto (Alberdi) y a sus moradores la ciudad les impedía ver el país (Ramos Mejía), ¿qué cabe esperar ahora, en la actual estructura de población, con la que Buenos Aires puede ya “legítimamente” gobernar por sí misma, descuidar la opinión e intereses del resto del país!

El 50,1 % es una mayoría que sin duda ha crecido aún más en los años transcurridos desde 1970, y que ya en ese momento suponía un porcentaje mayor de votantes, por tener más adultos su pirámide de edades y porque, por otras múltiples razones, como mejores comunicaciones, menor analfabetismo, etc., la participación es proporcionalmente superior a esa cifra. Si dejamos pasar esta generación, en que todavía, según el censo de 1970, el 46 % de los que viven en la Capital Federal, el 50 % de los del Gran Buenos Aires y el 20 % de los del resto de la provincia son originarios de otras regiones y pueden comprender mejor sus problemas, después, aunque las migraciones a Buenos Aires fueran aún mayores en cifras absolutas, no podrían conseguir una proporción ni de lejos parecida a ese 34 % conjunto de foráneos en esa región, con lo que se consolidaría también por este aspecto la estructura congestionada, monstruosa del país. Todo retraso multiplica el esfuerzo que se deberá hacer; para reclasificar el uno por ciento de la población hacía falta prever en 1914 el destino de 78.000 personas, mientras que hoy la cifra sería de 233.000, es decir, más del triple; y aunque existan mayores avances técnicos para hacerlo, esta ventaja está cada vez más compensada por las nuevas exigencias infraestructurales y desfavorable renta *per capita*.

Cualquiera pues que sea originario o tenga interés real por las provincias y en definitiva por el país, que sea federalista o tenga en general auténticos sentimientos democráticos, ha de examinar con extraordinaria atención las repercusiones políticas de esta distribución de hecho de la población por las migraciones, así como las tendencias futuras de las migraciones nacionales e internacionales, y sobre todo —pues ya hemos visto que era preponderante desde 1960 su influencia para el reparto de la población— la evolución del crecimiento vegetativo.

### *La revolución urbana es aquí contrarrevolucionaria*

Es “natural”, en una sociedad que se basa en la ley del más fuerte, que el más rico y más numeroso tenga el poder político. Pero si se quiere un gobierno democrático, en que todos participen del poder, es lógico también que se tienda a una división del poder, y

para ello es casi necesario que no esté el poder político en manos del que tiene el económico. La tiranía en la Argentina no proviene de Mongo Aurelio: el nombre del tirano es Buenos Aires. Mongo Aurelio son sus creaturas, los resultados de esa estructura monstruosa destinada casi infaliblemente a aplastar a sus debilitados vecinos, como el elefante en el gallinero.

Entre los políticos, "sólo" los que tienen ambiciones dictatoriales pueden fomentar o al menos "tolerar" la macrocefalia de Buenos Aires. Por desgracia, los políticos que de hecho no son demócratas son la gran mayoría, tanto a la derecha, que debe recurrir a la dictadura para mantener sus privilegios, como a la izquierda, que intenta promover con frecuencia esquemas foráneos y dogmáticos, como el de Marx, que "explicaba" la presencia o ausencia de revolución en Francia y Alemania, por la existencia o carencia de una gran ciudad en el país. Nuestros izquierdistas de ese tipo pueden esperar sentados una revolución auténtica en las mayores ciudades del mundo: junto con Buenos Aires, Nueva York, Méjico o Tokio; porque hay crecimientos que alejan de esa posibilidad. Ya vimos también el papel de la migración como válvula de seguridad del sistema.

Los políticos democráticos, que a nivel regional deben ser, de nombre o de hecho, federalistas, no podrán menos de fomentar la descentralización; y entre los medios para conseguirla —o evitar se pierda aún más— pocos son más necesarios que una adecuada distribución de la población. Muchas medidas relacionadas con esta distribución no pueden ser adoptadas sin un previo acceso al poder político. Do ahí la importancia táctica, como indicamos en nuestro *Explosión poblacional, economía y política*, de aprovechar ya desde la oposición la posibilidad que nos brinda el poder difundir fácilmente desde ahora el control natal en los grupos marginados provinciales que más lo necesitan.

Insistamos en este punto, porque guiado por un "sentido común" contraproducente —y por eso sugerido, inculcado por el sistema imperante—, alguno podría decir: puesto que tantos emigran a Buenos Aires, fomentemos la natalidad en las provincias, para compensarlo. La medida, incluso de ser factible en las circunstancias presentes, sólo tendría repercusión política a partir de unos 30 años más adelante, cuando las circunstancias políticas generales habrán cambiado. Desde el punto de vista poblacional, aunque se consiguiera mantener la actual tasa de natalidad provincial a nivel parejo al actual —suposición contraria a toda la experiencia mundial— no se conseguiría, como hasta el presente, impedir el vaciamiento poblacional del "interior". Todavía más: por el empobrecimiento que supone todo crecimiento acelerado de población en las circunstancias?

existentes, como analizamos en toda nuestra obra, cualquier incremento poblacional contribuiría a acelerar el empobrecimiento respecto a Buenos Aires y por tanto a acelerar el vaciamiento pobladora! en favor de la capital como del capitalismo. De ahí que toda política realmente federalista, como toda política social auténtica *denuncie como trampa el seguir siendo proletarios, es decir, productores de hijos para el grupo dominante, burguesía o (y) Buenos Aires*, y busque por el contrario el tener sólo los hijos que puedan ser educados y equipados para no tener que emigrar o venderse al capitalismo y a la capital. La familia que tenga dos hijos podrá así retenerlos en la región, mientras que la que tenga cuatro se verá con frecuencia obligada a emigrar a tres de ellos. El control natal será pues un arma insustituible —no, sin duda, única— para contener la sangría de los elementos humanos más vigorosos y emprendedores hacia la capital, y por eso mismo se oponen con fuerza a tal actitud los que aprovechan la situación presente. Una huelga parcial de vientres (de los hijos destinados a ese “diezmo” tan cruel, a ese sacrificio de primogénitos al Moloch bonaerense) constituiría *un arma eficaz de lucha que permitiría concentrar en los hijos restantes el esfuerzo por crear una generación no inmigrante, que reconquiste su propia tierra*, alienada hoy por el centralismo agostador.

#### *Cómo la migración a la ciudad despuebla la República*

A semejanza en algunos aspectos de la migración internacional, pero agravando aún sus efectos, la migración provinciana a la ciudad, y en máxima escala a Buenos Aires, contribuye a despoblar en su conjunto el país:

— Porque impone entre los casados y unidos migrantes largas separaciones en la época de mayor capacidad reproductiva, e incluso a los solteros quita muchas posibilidades de encontrar pareja, tanto por estar fuera de su ambiente como por el desequilibrio que la migración provoca en la paridad numérica natural entre los sexos. Así había en 1970, en el área metropolitana, sólo 86 hombres por 100 mujeres.

— Porque hacina en ciudades, en donde el problema habitacional es dato siempre como una causa mayor para no tener más hijos, utilizar anticonceptivos e incluso recurrir al aborto, a la gran mayoría de la población.

— Porque los migrantes nacionales, como los internacionales, llevan a los ciudadanos a restringir su natalidad, al ver la competencia en trabajo, vivienda, etc., que constituyen esos inmigrantes y sus hijos, máxime cuando esos hijos son numerosos. Notemos que si el prestigio de la inmigración europea pudo llevar a adoptar más aún

de lo que sería lógico sus costumbres de tener pocos hijos, sus técnicas anticonceptivas, etc.; el rechazo de la inmigración menospreciada de los “cabecitas negras”\* y “latinoamericanos” lleva en ocasiones a desprestigiar la familia numerosa, identificada cada vez más como “costumbre de clase baja, incontinente e irresponsable”.

Por su parte, los migrados en condiciones incluso peores que las que tenían en sus lugares de origen respecto a la vivienda, sin el apoyo familiar para la educación de los hijos, etc., aprenden rápidamente a restringir su natalidad, como se ha comprobado estadísticamente en una encuesta en cinco ciudades argentinas en 1969.

En todo caso, es una ley general, con base biológica que estudiamos a continuación, que a mayor concentración hay menos natalidad. Hay pues que luchar de verdad contra el hacinamiento y no contra su fruto, la baja natalidad, y menos con medidas policíacas, como las que hasta ahora está tomando el gobierno. “No habrá campaña natalista —recordaba hace poco el Dr. Raymundo— capaz de hacer aumentar el número de hijos en familias hacinadas en ciudades donde cada vez queda menos lugar para los niños”.

#### *La degradación psíquica del hacinamiento en Buenos Aires*

En favor o en contra, es obvio que a todos los ciudadanos de cualquier país les interesa vitalmente lo que ocurre en su capital, por ser la sede del poder político. Mucho más si la capital es también el centro económico del país (lo que no ocurre en los Estados Unidos, Alemania o Italia). Y más aún debe interesarles si a estas dos primacías se une la poblacional, reuniendo como el Gran Buenos Aires más del 35 % de la población del país (Méjico no llega al 16%, Tokio al 13%; y la otra ciudad mayor que Buenos Aires, Nueva York, que no es capital, ni al 7%). *No hoy en el mundo ningún país de gran o mediano rango en que sus habitantes dependan tanto de lo que ocurre en su capital como en la Argentina.* De ahí la importancia de este análisis de Buenos Aires, de las implicaciones de esa concentración humana desde el punto de vista poblacional y en que se sitúa nuestro estudio.

Los progresos científicos han permitido formular una ley que nosotros llamamos del desarrollo de la vida, para poner de manifiesto su importancia, y que hemos analizado en detalle en nuestra obra sobre hacinamiento. Podría enunciarse así: en unas condiciones dadas, en un conjunto de circunstancias ecológicas invariables, cualquier organismo o grupo de organismos tiende a crecer (a la larga, con altibajos coyunturales) en forma uniformemente acelerada, hasta la mitad de la capacidad total, momento a partir del cual su crecimiento es uniformemente desacelerado, hasta estancarse al llegar al

límite máximo de capacidad, formando una “ese” mayúscula alargada que se conoce con el nombre de curva logística de Verhulst o Pearl. Ejemplo de esa ley en un organismo individual es nuestro propio cuerpo, como lo experimentamos en el peso del mismo. En organismos vegetales, dentro de los límites de un campo, los rendimientos, crecientes primero y decrecientes después, que cualquier aumento en semillas, abonos, etc., tiende a producir.

Fijémonos, como más cercano y útil para nosotros, en el crecimiento de grupos de animales: cobayos, aves, etc. Como en la naturaleza (cuando es posible comprobarlo) también en condiciones de laboratorio su crecimiento numérico sigue la curva logística: Sin duda la “S” será, mayor o menor según las condiciones existentes de comida, espacio, etc., pero siempre se realiza, aunque se elimine la variable “económica” (la comida) e incluso en cierto modo Ja espacial (ampliando el campo conforme al incremento numérico, de modo que se mantenga idéntica la densidad). Parece ser que la simple conciencia, percibida por los sentidos, de la presencia mutua, aun sin interacción, colocados los animales a veces en jaulas independientes, llevara a restringir su multiplicación.

Esta restricción se lleva a cabo mediante una serie de mecanismos sicofísicos. Algunos de ellos parecen a primera vista más individuales, como cierta contracción de la capacidad reproductora, ataques al corazón o úlceras de estómago, etc., pero en realidad se encuentran relacionados con factores tan sociales como el ruido: así el *censo acústico* de bandadas de pájaros que se reúnen “para cantar” en ciertos lugares. Otras conductas son directamente les: a. medida que se aproxima el límite global de P<sup>o</sup>8ib, a raro8 subsistencia del grupo, sus componentes se van haciendo anas ma y violentos en sus relaciones heterosexuales (reproductivas) 5 13 (aun dres maltratan, abandonan sus crías o incluso se las c<sup>o</sup>ciel<sup>o</sup>u]siva; habiendo alimentos); se difunde una homosexualidad po£ aparece el insomnio; surgen disputas al parecer sin moti<sup>v</sup>o<sup>r</sup> unaa fin se desencadena una guerra civil sin cuartel, hasta que, P u otras causas, desciende la presión de población. «^toria

Estos hechos corresponden a los que conocemos por l® ^lación haber sucedido en los pueblos que crecieron muy deprisa e® gr«<sup>D</sup>des a sus posibilidades y, en particular, cuando se hacinaron ciudades, como describimos en detalle en nuestro *Hacina*^

### *El hacinamiento urbano en toda la Argentina*

. tie-

.gÁ^cion

El lector comprenderá la importancia que estos feü^víP t>rba- nen en nuestra época, en que predomina cada vez más la ci 1\*\* urbana, y muy en particular para Ja Argentina, en don^e

nización ha llegado a extremos casi sin precedentes, superando hoy ampliamente los tres cuartos de su población, de modo que ocupaba el séptimo lugar en el mundo por su grado de urbanización ya en 1960, y el segundo, después de Australia, si se tiene en cuenta la concentración urbana respecto a la extensión del país.

En realidad, aunque por muchas razones enfoquemos nuestro estudio en el problema de Buenos Aires, el hacinamiento es general en la Argentina. Por imitación servil del “centralismo central”, hasta la concentración interna en el casco urbano, macrocentro, microcentro y “calles Floridas”, se repite por todas partes, como nota el censo de 1970, el fenómeno del hacinamiento: “lo más notable es que este fenómeno se repite también en la mayor parte de las provincias, que concentran en su centro urbano más importante —en casi todos los casos su ciudad capital— entre el 25 y el 50 % de la población de toda la provincia”. Ya en una publicación que preparaba ese censo se notaba que “\*81 se tiene en cuenta que hoy en día es difícil estacionar un automóvil no sólo en el centro de la Capital Federal o el de Mar del Plata, sino también en los de Trelew o Santa Rosa, o que en San Pedro de Jujuy vive una proporción mayor de gente en villas de emergencia que en Rosario, resulta indudable que los problemas urbanos invaden aceleradamente todos los centros del país, aun los relativamente pequeños (C. A. Vapñarsky).

Por la relativa lentitud con que se desarrollan los fenómenos de población resulta difícil realizar proyecciones a largo plazo. La curva logística, que por ser un instrumento científico no es una profecía, tiene que suponer un crecimiento poblacional de acuerdo con diferentes posibilidades previsibles de desarrollo - de los demás factores que afectan la sociedad humana. Las Naciones Unidas, por ejemplo, han hecho tres proyecciones de población para el año dos mil, según distintas posibilidades de evolución de esos factores.

Los poblacionistas ignorantes o interesados intentan minimizar los efectos que hemos observado que ocurren al llegarse a las proximidades de la capacidad máxima de población; citan ejemplos como los de Alemania, Japón o los Estados Unidos, que han desarrollado una segunda y a veces mayor curva, una auténtica ‘super-S’ y afirman con C. Clark que eso se debe a que los recursos técnicos para almacenar gente son ilimitados. Sin duda, el progreso técnico aumenta la capacidad del mundo en alimentos; pero cada vez más es verdad que “no sólo de pan vive el hombre” y en nuestra obra sobre la explosión poblacional hemos probado cómo, en forma acelerada, el progreso técnico hace escasear las materias primas, de modo que cada vez son menos los que pueden vivir al nivel del progreso en bicicleta, automóvil después, avión, etc., en nuestros días. La “super-S” de esos países se debió en realidad a su adopción

de una fuerte política imperialista para conseguir fuera las materias primas que escaseaban ya en su país en relación a su población y progreso técnico conseguido.

Hay también otra “super-S” que muchas veces es complementaria de la anterior: el incremento de población por encima de las posibilidades anteriores que se produce en un país cuando se desarrolla en él un proceso de empobrecimiento absoluto, como es el caso en los países saqueados por el imperialismo. A semejanza de las clases marginadas, los países marginados acaban por perder toda esperanza de salir de su crisis ya endémica, y no se preocupan por la multiplicación de su población. Desde ese punto de vista, una parte del incremento de la natalidad de los países subdesarrollados y el hecho de que no se preocupen a fondo por el incremento debido a las mejores condiciones sanitarias puede y debe ser considerado en realidad, según nota el demógrafo soviético Uralnis, como ‘ ‘ un rezago del colonialismo”. Este hecho es de particular importancia en la Argentina, en donde el que la población tenga aún un nivel de vida superior al corriente en los países subdesarrollados no debe hacernos olvidar lá por tantos lustros ya existente crisis de subdesarrollo, que va camino de gestar —con la ayuda de tantos “inocentes útiles”— *un país de consumo alimentario y general muy inferior al de antes, y donde por tanto -cabrá un número muy superior , de habitantes “ subconsumidores”*, ya sea por adquirir nuevos hábitos de consumo sus habitantes o por importarlos masivamente de legiones más subdesarrolladas aún, que aceptarán gozosas, como una promoción, ese nivel rebajado.

Se comprenderá pues la alarma con que hay que observar toda posible “super-S”, todo aumento de la ya existente superpoblación argentina. Los misticadores de siempre, como en la India y otros países más cercanos, nos dirán que ese expansionismo poblacional es signo y prepara una Argentina Potencia. Nosotros no queremos ni una expansión a costa de otros ni una multiplicación interior que, en los momentos actuales, *constituye una ruñosa inflación*. Pero no nos engañemos: hoy día, en el mundo real, cualquier expansionismo nuestro sería un imperialismo subdesarrollado, un subimperialismo, como en el caso del Japón o del Brasil. La aventura sería más lamentable que nunca, y sólo comprensible si fuera emprendida por aventureros políticos que quisieran distraer la atención de los graves problemas internos. Así, por ejemplo, más que poner en primera página, con letras “de guerra”, “Chile quiere la Patagonia”, como, deformando hasta el ridículo, una alusión de un funcionario, hacía el diario peronista *Noticias*, habría que poner que ‘ ‘ los argentinos quieren su tierra”, una auténtica reforma agraria y urbana. Pero un “país de arrendatarios” tendrá más hijos que un país de pro\*

pietarios. De ahí el interés por crear una inflación poblacional en que los individuos valgan cada vez menos, y puedan exigir menos en la competencia acrecentada por la subsistencia. La “super-S” que nos preparan, la duplicación de población que nos quieren ofrecer como ‘ ‘ regalo ’ ’, será, como la Biblia o el alcohol del patroncito, el instrumento de nuestra degradación. Los que dicen al pueblo: “supérese, consiga la ‘super-S’, duplique la población”, son como los Carnegie que establecen apuestas entre los obreros para ver quienes trabajan más... en provecho de los empresarios. Los proletarios, productores de hijos, y precisamente por serlo, cuanto más hijos hacen más están fabricando los instrumentos para hacerse relativamente innecesarios en cuanto individuos, más se desvalorizan.

Por lo que respecta a la curva logística “natural” (aunque ya tan distorsionada por la migración), el análisis hecho en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires por A. M. Aguilera en 1951, basado en la evolución real de la población argentina, preveía un límite de 21 millones de habitantes para la Argentina en 1991. La inmigración del exterior ha ayudado en cierto modo a rebasar esa cifra, junto con la disminución —que ella contribuye a fomentar— en nuestro nivel de vida. Defendamos nuestro porvenir y el de nuestro país de las ‘ ‘ super-S ’ ’, de la superpoblación que propugnan los supersalvadores de la patria, que no harán menos daño en definitiva que los “SS”, que el “espacio vital” requerido por Hitler contribuyó a hacer tan omnipotentes como sádicos, de acuerdo con el mecanismo que ahora analizaremos.

### *La curva logística en Buenos Aires*

La densidad de la Capital Federal era en 1869 (antes de su fe-deralización) de 952 habitantes; en 1895, 3.370; en 1914, 8.003 y en 1947, 15.140, *muy superior* a la de las grandes ciudades de Europa y América. Para esa fecha había llegado ya a un grado de saturación tal que no ha podido ser incrementada su densidad ni por las modernas técnicas de construcción vertical... ni a pesar de sus villas miseria, en donde se duplica y cuadruplica esa densidad media. Su curva logística está ya completa, “pegada” ya la asíntota al techo desde 1947. Sólo costosísimos transportes, que consumen de dos a cuatro horas diarias de sus *pacientes*, inyectan brutalmente en ese lugar ya saturado cerca de dos millones más de “provincianos” del Gran Buenos Aires, multiplicando hasta el paroxismo el roce social, como se puede comprobar experimentalmente a través de los grandes centros en que se realiza esa inyección poblacional: las estaciones de Retiro, Constitución, Once, etc.

En nuestro libro sobre hacinamiento hemos analizado las distin-

tas condiciones de vida con poca o mucha densidad. Cada uno es libre de preferir en teoría la que más le cuadre, aunque en la práctica casi todos estamos obligados a escoger una de ellas y, cada vez más, la de mucha densidad. Pero, como indicábamos allá, de lo que no cabe duda es de que cuando el ritmo de transición es muy rápido, la adaptación se hace de un modo no sólo forzado, sino brusco, brutal. Y entre todos los países del mundo *no hay ninguno en que la evolución haya sido tan rápida como en la Argentina* de un modo de vida rural y de grandes espacios a una concentración urbana como la actual, culminando en Buenos Aires. ¡Con razón un escritor actual se maravillaba de esa transformación en la (ex) "tierra del gaucho"!

Sin duda, en Buenos Aires, la relativa prosperidad económica de ciertos grupos les permite ventajas que compensan el hacinamiento a que en cierto sentido todos están sometidos, y así se puede y se debe hablar de diferentes curvas logísticas para las diferentes clases sociales. Muchos son ahí, por ejemplo, los que escapan a la desnutrición que afecta cada vez más a las provincias, pero no a las largas esperas para adquirir esos alimentos, para comerlos, incluso parados. Ciertas clases consiguen evitar el hacinamiento en los transportes en común, pero no los embotellamientos de tráfico, excepto y en parte los pocos que poseen sirenas y helicópteros. Nadie escapa a la contaminación ambiental.

### *El ruido mortal*

Observemos un efecto concomitante de hacinamiento cuya importancia en otras especies a este respecto ya hemos señalado: el ruido. Grupos humanos acostumbrados desde hace siglos al hacinamiento, como tokinenses, parisinos o londinenses son famosos por el relativo silencio que han conseguido introducir en sus relaciones sociales. Pero aun allí, y más aquí por la poca tradición urbana de la inmensa mayoría de sus habitantes, los ruidos tanto personales como, los si<sup>®</sup> duda aún mayores, debidos a las maquinarias modernas llegan » límites insospechados. Ya desde antiguo se notaba cómo el ruid<sup>7</sup> urbano perturbaba día y noche la vigilia y el sueño de sus habitan' tes. Experiencias en Chicago con una escala de 0 a 100, en la que <sup>es</sup> cien es el estampido del cañón que enloquece pronto a sus servidor<sup>^3</sup> dieron una cantidad de 8 para el campo, 25 para distritos residen' ciales urbanos, 30 para los comerciales y 35 para los industriale<sup>31</sup> El ruido quita el interés por todo esfuerzo intelectual y llega <sup>9</sup> "matar las ideas" (Nietzsche). Con la tensión que produce el ruid<sup>0</sup> los gallos llegan a tener ataques al corazón, y las ratas desarrolln<sup>1</sup> úlceras de estómago. Ese tipo de enfermedades son los que encon' tramos en general en los parques zoológicos, superpoblados (Storf)

Por lo que nos toca a nosotros, argentinos, urbanizados en más de tres cuartos, “da la casualidad” que nuestra primera causa de muerte son las afecciones del corazón, y la segunda, las del estómago. No son pues bromas ni caprichos las campañas crecientes que nos recuerdan que “el silencio es salud” y que “el ruido mata”. La situación en que nos encontramos, y que quieren agravar muchos con el crecimiento poblacional acelerado, es pues cada día más insana, más loca.

Hay que repetir con Marcuse, como ayer con S. George, que “ya nuestro número es un crimen. El crimen de una sociedad en la que la población creciente agrava la lucha por la existencia”. Bonet recordaba en Buenos Aires hace, veinte años cómo ese hacinamiento llevaba a la ruptura de la solidaridad. Ese extremo se toca con el opuesto, el que se daba hace más de un siglo, cuando la escasa densidad, 0,3 personas por kilómetro cuadrado (que correspondería más a la realidad por la mayor dispersión de la población), y la carencia de medios de comunicación y transporte que hoy multiplican los efectos de la densidad impedía también la solidaridad en que se forja una nación (Alberdi, Lavandeira, etc.).

Muchas son las causas que en nuestros días fomentan la frustración y agresividad humana; pero a todas, como hemos indicado en otros trabajos nuestros, potencia el acelerado crecimiento de población en relación a los niveles de vida reales, tanto en los países subdesarrollados como en los demás. De ahí el que especialista en el estudio de la agresión, como el reciente premio Nobel Lorenz, Storr y otros propongan como *primera medida*, por su importancia, urgencia y factibilidad, junto a otras económicas, políticas, etc., la reducción del ritmo de crecimiento poblacional, que tan directamente vemos repercute en la agresividad en y desde las ciudades.

### *Hacinamiento y agresividad*

Obligados a vivir cada día más apretados, a un ritmo que no permite crear ni estereotipos de cortesía como los japoneses, en unas condiciones económicas que no compensan, no elevan el límite poblacional, sino que van en sentido contrario, no es de extrañar que los urbanos argentinos vayan perdiendo toda urbanidad, toda “caballerosidad” propia de otras condiciones de vida, y desarrollen formas cada vez más agresivas de relación, en una espiral acelerada de neurosis y locura. Los transportes son, por ejemplo, muy lentos; los nervios de conductores y pasajeros se crispan; se toca la bocina en los embotellamientos; esto aumenta la carga nerviosa de los que la oyen... y se reinicia más fuertemente el círculo. Hay cola tras cola,

cada vez más larga; la tentación de avivarse para pasar se hace a veces irresistible; so cae blanco de los que, también tensos, aprovechan esa ocasión de justa cólera para desahogarse, etc.

Vemos pues cómo esas condiciones que son como exteriores y “geográficas” de vida hacinada, de roce social, aún independientes en parte del factor económico que, degradado, tanto las agrava, estimulan una dura «lucha por la existencia entre los ciudadanos, lucha que tomará en ocasiones formas “deportivas” en una cancha (hasta provocar los desórdenes que cada lunes reproducen los periódicos, y son objeto de repetidos llamados de la policía a la cooperación ciudadana), políticas en los partidos (como ya analizamos), sexuales en las relaciones con el otro y el mismo sexo, etc. Se comprenderá pues la superficialidad, por no ir a sus causas, de quienes pretendan enfrentarse a esa situación con campañas como el “sonría”, ligas por un comportamiento humano, etc.

Ya sólo por la contaminación ambiental experimentada, el ciudadano se considera —y con razón— como entregado a un trabajo insalubre, y por lo tanto con derecho a exigir unos privilegios, como, por ejemplo, un automóvil que le sacará también de la ciudad en los fines de semana, unas vacaciones anuales, una casa de campo, etc. Es decir: el ciudadano descarga también la agresividad generada por las condiciones alienantes en que vive “vengándose con derecho”<sup>1</sup> de los que no tienen esa “carga del hombre urbano”, los rurales (o urbanos de ciudades menores). Esa explotación creciente para hacer más soportables las grandes ciudades (y que incluyen todas sus infraestructuras antieconómicas, de rendimientos decrecientes), por lo mismo que es abusiva en cantidad (pero *puede* darse, por el poderío creciente de las grandes ciudades) provoca un empobrecimiento creciente del resto que genera una emigración masiva a las ciudades, que a su vez vuelven a necesitar, exigir y obtener más, en un círculo vicioso de hacinamiento, verdadera encefalitis, que ya hemos analizado.

En nuestra obra sobre hacinamiento hemos aducido estadísticas que muestran el aumento de la insanidad con el de la densidad, no sólo “bruta”, como en la mayor urbe del mundo, Nueva York, sino también relativa a las condiciones de vida, como en Irlanda. La carencia de datos adecuados para medir este fenómeno en la Argentina nos lleva a insistir en otro tipo de comportamientos que vimos crecer más que proporcionalmente con el hacinamiento: la conducta asocial, delictiva, criminal. Allí vimos, en efecto, cómo crecía aceleradamente con el aumento de la densidad. Ya en el siglo pasado se encontraba en Escocia, 31,8 muertes violentas por millón de habitantes en las ciudades de más de 25.000 habitantes, y sólo 9,9 en las menores (A. F. Weber); proporciones parecidas se encontraban en

Inglaterra (L. Levi), Francia (Szabó), Estados Unidos (Chirard, R. C Angeli) y la Polonia actual (H. Mannheim).

Los datos sobre criminalidad en la Argentina muestran que ésta es mayor en proporción en las ciudades que en el campo, y que dentro de las ciudades se destaca, también en proporción, Buenos Aires. Las diferencias serían todavía mayores si al aumentar la presión de población no se adoptaran a veces comportamientos que no por ser menos “criminales” en apariencia dejan de ser más alienadores. Así un país sometido a una dictadura férrea, como España, tiene un índice de asesinatos y suicidios menor que otros países de Europa Occidental, y dentro de los conventos de clausura la tasa de ese género de delitos es aún inferior. Pero no creemos que ante la opción la mayoría del pueblo escogiera el régimen de clausura: esto es “por guardar la vida perder las razones para vivir”.

#### *La sempiterna estafa: importamos gente para el campo*

La estructura de las sociedades históricas ha hecho que los gobiernos hayan procurado satisfacer algo las aspiraciones de los urbanos, los únicos *ciudadanos* propiamente tales, a costa de los campesinos que, por ejemplo, produciendo los alimentos, mueren antes de hambre que los ciudadanos.

En la Argentina, el proyecto poblacionista de los oligarcas miraba desde el principio en buena parte a las ciudades, pero intentaba evitar que se descubrieran sus intenciones reales de abaratar por la competencia la mano de obra declarando que fomentaban la inmigración para poblar las “inmensas tierras vírgenes” en que el patriotismo obliga a creer sin discusión. Y para que esto resultara más verosímil, insistían con Alberdi en que iban a traer “la emigración rural de Europa, no la escoria de sus brillantes ciudades, que ni para soldados sirven” (como “probó” su resistencia a las levas forzosas contra los indios). Es posible que haya habido un cierto interés en poblar el campo con peones a bajo salario, o incluso arrendatarios. Pero nadie mejor que sus autores sabe desde hace más de un siglo que esa política inmigratoria sólo llevará al campo una mínima porción de inmigrantes, dada la estructura de la propiedad que ellos han organizado. Las cifras antecitadas muestran con elocuencia que ni siquiera en una época en que Europa era más rural que hoy Suramérica se quedaron en el campo más de un tercio de los inmigrantes, y que esta proporción descendió pronto a un cuarto y menos aún después.

Más aún, los extranjeros no sólo han escogido las ciudades más que los argentinos, sino que su concentración en las grandes ciudades es aún superior, llegando en 1970 a encontrarse en Buenos Aires

el 60 % del total de los extranjeros. Nosotros ya hemos indicado las razones infraestructurales, como el latifundio y mecanización agrícola, que lleva a que en el mundo entero, incluso en los países más vastos, como Rusia, con grandes planes de colonización, no se pueda impedir, con los relativamente pocos colonos nuevos, la disminución secular del número de personas empleadas en la agricultura. Pero estos hechos, incontrovertibles, tropiezan con los fuertes y tantas veces prevalentes intereses oligárquicos, que insisten en que “esta vez” sí que la inmigración no va a servir para hacinarse en las ciudades, que es imprescindible “para engrandecer y defender la patria”.

Sería tedioso citar docenas de documentos que quieren ser poblacionistas a ultranza, incluso favorables a una inmigración masiva, y que al mismo tiempo pretenden que van a descongestionar las ciudades, para que los ciudadanos, cuyo número y hacinamiento es cada vez mayor en la Argentina, no se rebelen contra ello. Así un decreto del 17 de junio de 1870 no tiene empacho en prometer al mismo tiempo “encarar un programa de crecimiento demográfico a fin de dotar al país de una población más numerosa, estable y regionalmente equilibrada”.

Fijémonos, por su interés, en la actitud del gobierno peronista. Su Plan 1947-1951 prometía favorecer la inmigración de agricultores y que “la inmigración será además encauzada en vista de establecer la debida correlación entre la población urbana y la rural, evitándose en especial el acrecentamiento desproporcionado de las grandes ciudades”. El Plan de 1953-1957, no menos explícito, decía que proponía “una regulación adecuada de las migraciones internas y externas a fin de: 1) disminuir la población de las grandes ciudades, y en particular del Gran Buenos Aires... 2) aumentar población agraria”. La realidad, cifrada y comprobada, que ya analizamos, es exactamente la contraria: las migraciones se concentran entonces mucho más que en los períodos anteriores o posteriores en Buenos Aires, que en 1914 tenía el 19,2 de los nativos y el 33,2 de los no nativos; en 1947 el 25,7 y el 51,3; en 1960 el 30,3 y el 56,4 y en 1970 el 33,2 y el 59,9.

Ha servido de algo la dura experiencia histórica, que pagar tan caro cada día los hacinados habitantes de Buenos y los disminuidos y explotados por ese gigante en el resto del Juguete del lector por los proyectos que ahora traen.

En 1973, el director de Migraciones, Lelio A. Mármora, dice que “los planes son sólo para zonas rurales”. El ministro del Interior, el 15 de abril de 1973, en Costa Rica, afirma que ante los planes de colonización que se propone hacer el gobierno “no es rudo entonces afirmar que la Argentina cuenta con tierras que.

los debidos trabajos de incorporación, pueden dar asentamiento a 15 millones de habitantes adicionales en los próximos\* 30 años". El lector ha leído bien: *quince millones de personas para el campo*. Es decir, que se nos quiere hacer creer que se va a ir directa y masivamente contra la tendencia histórica de todos los países y todos los regímenes, y no de cualquier manera, sino de modo tal que se asentará una población agrícola superior a la total existente hoy en los Estados Unidos, que se cuadruplicará la población que hoy trabaja el campo y que es una de las que más aceleradamente en el mundo lo abandona, máxime bajo el anterior gobierno peronista, que ya antes prometiera que no ocurriría eso. *¿Hemos de pensar que ellos mismos creen eso, o más bien será hora de sospechar que ‘ ‘ hay algo podrido en el reino de Dinamarca’ ’?*

Los detalles de esos planes "poblacionistas" no son menos "pintorescos". Ya hace muchos decenios que se reconoció que las tierras fiscales que quedaban no son las más apetitosas para los inmigrantes. Con todo, se nos ha dicho que se está considerando el desmante de las numerosas tierras fiscales que quedan en Salta, para atraer europeos. ¿Cuándo fueron éstos a colonias masivas de población en tierras mediterráneas con esas características climáticas y sociales? En 1965 L. H. Gutiérrez escribía que Avellaneda "en 1879 habla del ofrecimiento a inmigrantes de nuevos campos —a todos se nos escapa una sonrisa irónica— en la Patagonia o en el Chaco". Cabe recordar aquí también a Alberdi cuando decía que los gobiernos, debían fomentar la inmigración pero no "por mezquinas concesiones de terrenos habitables por osos" Sin duda: como notan Londoño en Colombia, Castro Barretto en Brasil, etc., no hay que esperar que vengan extranjeros a colonizar las partes más difíciles del país; tienen que ser los nativos, ya en parte aclimatados, quienes puedan hacerlo, como, añade Londoño, se practica hasta con el ganado.

Pero, repitamos, las cosas más evidentes y comprobadas se callan, ocultan y niegan cuando hay intereses poderosos en contra, como aquí se disimula el que todo crecimiento rápido de población, máxime de inmigrantes, hacina las ciudades, con el objetivo de evitar que los ciudadanos protesten por esas medidas que los ahogan. Así se hicieron contratos del gobierno con italianos, en que se los quería obligar a estar dos años en el campo que se les asignaba. Y un decreto del 22 de febrero de 1952 niega el permiso de ingreso al país dentro de 100 kilómetros de la Capital Federal.

El influyente Dagnino Pastore predica en los libros de texto contra el hacinamiento: "confiamos más en el aporte inmigratorio [que en desarraigar la población urbana ya existente en la Argentina], cuyos integrantes acepten radicación preestablecida, como acaba de hacerse con mineros italianos llevados directamente a la explotación

de Río Turbio". Pero, ocho páginas más adelante, nota que "el temperamento determina también casos de aislamiento. Recordemos, entre ellos, al tan frecuente en los mineros... El minero es afecto a la vida solitaria. Es estoico y casi un ermitaño. . . Frente a estos cuadros de aislamiento es preciso buscar las soluciones que gradualmente permitan ir incorporando a estos grupos a la unidad social que es la nación". Es decir: se ofrecen "tierras para osos" a "hombres como osos"... que después hay que rescatar de ahí. Sería para reirse si las consecuencias de toda esta mistificación de "inmigrantes para el campo" no fuera tan grave para el país. El mismo Bunge reconocía que era un error creer que los extranjeros viniesen a cultivar los campos, y que bastaba un asentamiento anual de diez mil familias. Pero los dueños del aparato estatal explotador sólo se acuerdan de que la inmigración acrecienta el hacinamiento urbano cuando les interesa coyunturalmente restringirla, como lo hacía, basándose en esa razón, el decreto del 28 de julio de 1933.

El seguir creyendo que pueden venir inmigrantes en masa a ocupar tierras manifiesta la ignorancia en que el mismo argentino es mantenido por intereses asociales respecto de las posibilidades reales de su país. Se le intenta recrear una mentalidad de Frontera, incluso respecto a la Patagonia y la Antártida, cuando no hay realmente ninguna frontera abierta; pero así se le adormece, como al pobre, con la esperanza de un fabuloso premio que saldrá en la lotería de mañana, por lo que se resigna a las injustas estrecheces del presente y no procura poner los medios realmente eficaces para remediarlas.

### *Amplios espacios abiertos, estrechos espacios cerrados: la vivienda*

de un  
Pocos índices visualizan más el estado de superpoblación nacional respecto a sus recursos reales que su situación habitacional. Cuando ésta es mala, no puede dudarse que no se trata de un hecho o de una dejadez, como pretenden algunos reaccionarios, o que no han estado ni cinco minutos en una vivienda hacinada, hay un desequilibrio grave entre la población y sus recursos. Los efectos del hacinamiento habitacional son tan graves para la física y mental que siempre se evita cuando es posible, según se analizará en nuestro *Hacinamiento*.

En la Argentina, el sistema de monopolio de la tierra y la migración nacional e internacional han contribuido a agravar este problema. En 1914 el 81 % de los habitantes de Buenos Aires vivían hacinados: tres personas por pieza (R. M. Q. tiz) Bunge desmenuzaba éstos y otros datos del censo de 1914:

las familias vivían 9 y más personas por pieza; 12 % 7 u 8 personas por pieza, 31 % 5 ó 6 personas por pieza, y consideraba "necesario que se sepa. Ha de sublevar los sentimientos humanitarios y los de nuestra dignidad social". Pero las reacciones, excepto quizá la de reforzar la policía, no fueron muy visibles ante un hecho que él mismo reconoce ser "permanente en nuestro país"\*, y sus planes de financiación de la vivienda cayeron en un silencio interesado, lo que confirma su expresión, a propósito sobre todo de este tema, de que "la Argentina es un país por construir".

Los resultados del censo de vivienda de 1947 fueron tan vergonzosos que algunos opinaban que no se publicaban por esa razón, como relata su recopilador privado, E. A. Coghlan, quien refuta esa opinión diciendo que si en verdad el censo confirmaba la "miserable categoría de más de una tercera parte de las viviendas del país" la culpa debía atribuirse a los gobiernos anteriores. El censo demostraba "también que 28 % de los habitantes de la Argentina vivían en alojamientos de una sola pieza, e incluso se encontraban en esa situación más de la mitad de los habitantes de Tucumán, Santiago del Estero, Salta, Jujuy, La Rioja, Neuquén, Chaco y Formosa.

En 1960 el censo dio un total de 829.000 familias sin hogar exclusivo, el 84 % de ellos urbanos, aunque la proporción de urbanos en el país era del 72 %. El porcentaje nacional daba 1,4 personas por cuarto, y 1,3 en el área metropolitana, cifra que oculta las tremendas desigualdades existentes, en parte ya reseñadas: sólo en Buenos Aires encontramos más de medio millón de "inquilinos hacinados en lúgubres hoteles, explotados en grado increíble, y 400.000 villeros (*Clarín*, 4-XL1974), que se quejan sobre todo, según una encuesta entre los riojanos, de las condiciones de la vivienda.

Los datos de] censo de 1970 no son aún definitivos, pero parece continuar el promedio de 1,4 personas por cuarto. Perón hablaba del "problema no ya grave sino pavoroso de la vivienda... El hacinamiento y la promiscuidad ofrecen caracteres alarmantes, con influencia perniciosa en el aspecto sanitario y otros"<sup>7</sup> y simultáneamente el Plan Trienal declara querer fabricar en 1974-1977 815.000 viviendas, de un déficit reconocido de 1,6 millones.

La realidad es aún mucho más grave. El diario oficialista *Noticias* hace números: encuentra 796 mil familias sin vivienda propia y 1,304 viviendas en condiciones inhabitables (un 25 % del total) en ese censo de 1970. Esas viviendas inhabitables se concentran-, hasta constituir más de la mitad del total, en las provincias de Córdoba, San Luis, La Rioja, Salta, Jujuy, Catamarca, Santiago del Estero y Tucumán. Faltan pues, según esos cálculos, un mínimo de 2 1 millones de viviendas. Ahora bien: cada año, añade el mismo periódico, se constituyen 150.000 nuevos hogares. De los cien mil nue

vos inmigrantes que por lo pronto se quieren traer por año, añadamos nosotros, habrá que darles vivienda al menos a la mitad. Si queremos dar casa a los que carecen de ella en un plazo de diez años (lo que a los interesados no les parecerá un plazo muy rápido) se requieren —en un cálculo conservador que “elimina” incluso el deterioro de otras viviendas en esos diez años— más de 400.000 viviendas por año, en lugar de las 305 que el Plan *dice* que va a hacer. Hace poco el Banco Industrial declaraba que la capacidad máxima de la industria de materiales era de doscientas mil (Arquitecto Miguel C. Roe, *Revista de la U. N. de Córdoba*, marzo de 1972).

1 Sin duda, no todos, en las clases dirigentes, se aprovechan por igual de los nuevos métodos de explotación del trabajo, y ante el “aluvión zoológico” que invadía Buenos Aires protestaron muchos empresarios urbanos, como Jos terratenientes que veían disminuir sus peonadas. Raúl Prebisch, entonces subdirector de I@. Dirección General de Estadística, después de recordar el “peligro” de que pueblos no europeos emigraran a los “civilizados”, notaba que la baja natalidad de la Capital Federal podía provocar un fenómeno migratorio del interior. La comparación entre civilización y barbarie es también aquí muy elocuente.

2 El ministro O. Orellana, de Formosa, se quejaba: “Vivimos aislados del mundo, y esa es la razón de que proliferen las villas miseria en Bueno» Aires, porque no hay condiciones de vida en el interior” (30-1-1976). A nivel mundial, Dumont notaba que para evitar el éxodo rural no había sido posible evitar las bruscas diferencias de nivel de vida, hasta del uno al quintupla que se encuentran en América Latina y África.

3 Margulis, que exalta el cambio, la modernización.

4 La misma denominación popular de “patria chica” y “patria grande” que hoy se intenta adaptar sólo a la relación Argentina-Suramérica, indica y\* la variedad de regiones argentinas (Daus) y por tanto la desnaturalización X alienación a que la somete el centralismo.

5 Cabe mencionar aquí opiniones tan utópicas y reaccionarias, “a Rousseau”, como la de Bunge en 1939: “lo esencial es volver al campo”. Desde el gobierno, el Plan 1971-1975 prometía “promover la integración »’ cional mediante un desarrollo regional más justo, armónico y equilibrado”.

6 En realidad, el hacinamiento inhibe a los urbanos, sobre todo a l°\* porteños, de tener hijos, sustituidos hoy por los inmigrantes internos más aó° que lo fueran antes por los externos, según el mecanismo ya analizado.

7 Hemos subrayado el “clasista” porque es un punto esencial. El Plí# Trienal reconoce que el hacinamiento es efecto del subdesarrollo, pero no só^° no dice quiénes lo provocan y mantienen, sino que obliga a los reacios \* amigarse con olios, en un “pacto (ajocial” que recuerda la reconciliación

los clérigos operaban entre los esclavos y sus amos, los siervos y sus señorO\* impulsando a unos a la resignación y a otros a moderar algo su explotación^”

8 Hacia 1860 la Aduana proporcionaba del 80 al 90% de los ingre»<sup>0</sup> del presupuesto nacional (A. Ferrer). Los puertos del litoral —y entre el<sup>10</sup>, cada vez más exclusivamente Buenos Aires— controlaban en 1876 el 93 3 comercio exterior; en 1900 era ya el 98,9. \*\*

9 Ya es hora, como nota K. E. Bolding, que pasemos de la “econon>” del vaquero” a la de la tierra limitada del presente (“le monde fini” < Valéry), que pide principios económicos muy diferentes, como se ve ya ejemplo, en lo relativo a la erosión y contaminación.

## CAPÍTULO OCTAVO

### ALGUNAS TENDENCIAS DEMOPOLITICAS RECIENTES

#### *La tercera etapa del tráfico de hambres: los limítrofes*

Es conocido el fenómeno de la creciente inmigración de países limítrofes, que en 1914 era sólo el 9 % del total de los extranjeros, porcentaje duplicado ya en 1960, proceso que se acelera después hasta constituir, de 1960 a 1970, más de las cuatro quintas partes de la inmigración recibida por la Argentina. Esta inmigración se cruza con la emigración de la Argentina de no pocos extranjeros que residieron largo tiempo en ella e incluso la de centenares de miles de argentinos nativos que van buscando mejores oportunidades en el exterior, como ya reseñamos.

El origen económico de buena parte de esta inmigración limítrofe no es difícil de determinar: basta recordar la renta "per cá-pita" en dólares, para 1970, en esos países, en relación a los 1,160 de los argentinos: bolivianos, 180 (16 %), paraguayos, 260 (22 %), brasileños, 420 (36 %), chilenos, 720 (62 %), uruguayos, 820 (71 %).

Algunos autores "ingenuos" se maravillan de esta inmigración actual, que no se dio, dicen, cuando las brillantes perspectivas de la Argentina "fin de siglo" atrajeron a millones de europeos. "Olvidan" todos los obstáculos políticos que entonces se opusieron a esa inmigración limítrofe, como a la interna de los también "de color" y, sobre todo, "ignoran" cómo entonces, aun cuando tuvieran también menos ingresos *per capita*, vivían en comunidades integradas, pobres quizá, pero no empobrecidas, saqueadas y desquiciadas, en donde podían vivir con mayor satisfacción con menos ingresos monetarios. Hoy, por el contrario, *como los provincianos, los limítrofes deben emigrar en cantidades crecientes al estar cada vez más subdesarrollados*. Recordemos que hacia 1955 el ingreso "per capita" de los chilenos era el 86 y no sólo el 62 % de los argentinos; el de

los paraguayos, el 24 y no el 22 %, y el de los bolivianos, el 21 y no el 16 %.

### *La "brasileñación" de la economía argentina*

En el capítulo tercero hemos analizado cómo el gran negocio del capitalismo está en aprovechar la mano de obra barata que hoy le ofrecen en abundancia los países subdesarrollados; mano de obra o "materia prima" que incluso, gracias al progreso de las comunicaciones, mayor seguridad de control social, etc., es importada directamente al país capitalista, para ser utilizada en él. Recordemos la millonaria inmigración de mejicanos y puertorriqueños a los Estados Unidos, la del Caribe a Inglaterra, de Argelia a Francia, etc. Dentro de esta línea se sitúa la inmigración que recibe hoy la Argentina de países de menos desarrollo técnico.

En el reciente seminario bonaerense sobre migraciones de marzo de 1974 Adriana Marshall mostraba cómo los países más desarrollados importaban hombres por serles más barato incrementar el empleo que lanzarse a innovaciones tecnológicas. "La importación de mano de obra reemplaza una política de inversiones y de especialización industrial" y les permite mantener sectores de producción tradicionales, en que, añadamos con Engels, se insiste más en la "reproducción de seres humanos" que en la "producción de medios de vida"

No es sólo una "concepción" de Ricardo sobre la renta, como pretendía Malthus, la que lleva a éste a afirmar que los terratenientes no desean mejorar su productividad por temor a perder beneficios, y procuran pues, por decirlo en términos-contemporáneos, invertir <sup>eo</sup> hombres y no en tractores, sino que eso corresponde a un hecho  $Q^{ue}$  ya Petty comprobara en su época, y en la Argentina hemos éneo»<sup>11</sup> trado con frecuencia en nuestro análisis, como al recoger las  $P5^o$  testas sobre las trilladoras que despoblaban, o las denuncias de  $V^*$  dustriales como CIFARA por la poca productividad agrícola. El  $\wedge$ g. mo Anuario de la Sociedad Rural de 1971 declara que "no «<sup>9</sup> t-e-gocio invertir capitales en el campo para obtener rendimientos riores". Para estos terratenientes, la importación de mano de barata es un maná del cielo que les permite seguir siendo el  $E^{\wedge}0$  Elegido para dominar con mano de hierro al resto. Tanto más que todo aumento de población hace subir más que proporcionas<sup>1\*</sup> te la renta do la tierra (Ricardo) y bajar el nivel del salario-política de importar hombres en lugar de maquinarias (o de Sí<sup>^</sup>C zarse por producirlas en el país) a corto plazo parece teñe\* ¿I j. tados muy positivos: 1) al haber menos máquinas, sube el empleo y una cierta capacidad adquisitiva, que estimula la 4 dad económica; 2) disminuye el déficit externo, 3] no tea<sup>ec</sup>

pagar la maquinaria antes importada. Sin embargo, *a largo plazo*, disminuyendo la productividad, disminuyo también en nivel de desarrollo y nivel de vida de todos los argentinos, excepto de los grupos de terratenientes, industriales y políticos que se benefician de la maniobra 1.

A corto plazo, insistamos, sustituir hombres por máquinas puede ser útil cuando hay mucha desocupación, y así lo hizo China, *pero propugnando también un control natal que a la larga permitía salir de ese subdesarrollo técnico*; mientras que en la Argentina, como y más aún que en el Brasil, no sólo se adopta como solución de coyuntura, sino que, insistiendo en que hay que incrementar la población, se la eterniza, se mantiene bajo el nivel de productividad. Se comprenderá la gravedad de este hecho si se tiene en cuenta que, desde el punto de vista económico, el gran problema de la Argentina puede sintetizarse en el de la pérdida de productividad. Hasta 1930 tuvo un ritmo de desarrollo parecido al de Australia por la alta productividad de sus tierras. Después, las transformaciones del mercado mundial y pérdida de productividad en ese sector se unieron a la poca productividad industrial para frenar ese desarrollo. Y todo aumento rápido de población tiende a mantener el *statu quo*, la baja productividad *per capita* y, por consiguiente, el bajo ingreso; en definitiva, el subdesarrollo y dependencia en que nos encontramos.

De hecho, la política de *inversión humana de sustituir máquinas por hombres* ha predominado netamente en la Argentina en los períodos de régimen peronista. En efecto: estos períodos han sido los que por una parte han visto un esfuerzo sostenido y en parte exitoso del gobierno por aumentar la población al mismo tiempo que una restricción a la importación de maquinaria. Respecto al período peronista iniciado en 1973, ya hemos indicado cómo va aumentando la inmigración, y son notorios los problemas creados por la brusca restricción a la importación de maquinaria. Por lo que toca al primer período, recordemos que entraron entonces inmigrantes en cifras muy superiores a la de los períodos anteriores o posteriores, mientras que la importación de maquinaria y combustibles bajó en modo vertical, excluidos los años 1947-1948, en que las divisas obtenidas a cambio de un alto precio puesto a los alimentos vendidos a pueblos necesitados permitieron por una parte reponer los stocks agotados por los años de la guerra y en parto derrochar esas divisas en una compra indiscriminada de maquinaria que luego en ocasiones no fue ni utilizada. ,

Las cifras están pues bien claras: ha habido una sustitución durante el período peronista de unas' importaciones por otra: *en lugar de mercancías se trae gente "como cualquier otra mercancía"*. Y la producción sufre con ello un *manifiesto frenazo*.

*Composición de las Importaciones  
(porcentajes del valor total  
de cada año)*

*Volumen Físico de la Producción (años  
1935-1939 = 100)*

A ños	Maquinaria y vehículos	Combustibles	
1935	8,3	9,7	<b>89</b>
1936	10,4	10,7	94
1937	12,5	9,4	100
1938	17,1	12,0	106
1939	11,2	13,7	1<10
1940	8,0	16,0	108
1941	8,5	14,4	112
1942	7,4	8,6	125
1943	4,0	9,5	130
1944	3,0	8,1	143
1945	4,4	8,4	136
1946	13,9	12,1	148
1947	25,2	7,4	173
1948	29,2	11,2	168
1949	21,5	10,5	156
1950	20,0	12,3	159
1951	18,3	10,4	163
1952	17,5	15,1	159
1953	26,1	17,4	159
1954	19,7	12,9	170
1955	22,6	11,5	189
1956	26,5	21,9	198
1957	33,1	18,5	214
1958	35,8	13,1	214
1959	26,9	21,1	235
1960	42,7	13,1	216 2

La industria que surge después de la depresión de 1930, ap<sup>to</sup> Techando la enorme “explosión poblacional económica”, en ténni<sup>110</sup> de mano de obra barata, casi regalada, por la desocupación, inte<sup>1</sup>., mantener después esa fuente de energía humana mediante la gracia e incremento de natalidad, y se apoyará para ello, en coi<sup>6</sup> dencia de intereses, como veremos a continuación, en el moviuiie\*<sup>1</sup>, peronista. Y en 1969, Broner, a quien “casualmente” veremos pués cooperando estrechamente con Perón desde su puesto de dire<sup>p</sup> de la Confederación General Económica, reclamaba para la indus<sup>^</sup>. un factor “bien descuidado” después del primer período peroné

el incremento de la mano de obra (barata). Los poblacionista ensalzan a Perón que dijo: “lo mejor que tenemos es el pueblo” (*Mercado* 30-IV-1974). Frase que sería muy hermosa y humanista si no recordara tanto la de “el mayor bien es el hombre” del sistematizador de los campos de concentración “industriales”, Stalin.

No pocos de estos “abaratadores de hombres” disfrazan su avidez de carne humana bajo una capa de patriotismo. Quieren más población para que la Argentina pueda producir competitivamente, imponerse en el mercado internacional. Lo que callan, porque hoy no queda bien vocearlo, es el medio por el que así triunfará la Argentina: no por mejor técnica, mayor productividad, sino por sus más bajos salarios (lo que por lo demás está ya bien explícito, para todo el que quiera entender, en su reclamo de mayor población). Apenas es necesario denunciar en nuestros días ese “truco” del capitalismo primitivo: “Si un país puede ser rico sólo compitiendo con éxito en una lucha por bajar los salarios, estoy dispuesto a decir de inmediato: ¡perezca esa riqueza!” (Malthus). Para facilitar ese proceso de abaratar hombres, Inglaterra importó en su día irlandeses y el Japón, coreanos. La Argentina va camino de utilizar una “política de buena vecindad” que le dé mano de obra barata de sus vecinos. Pero por mucho que crezca de un modo u otro su población, siempre será vencida en esa competencia por la mano de obra más barata que, en una región en explosión poblacional, conseguirán tener países que aunque ella tenga 50 millones en el año dos mil, tendrán entonces, como ya ahora, más del doble de habitantes, como Méjico, y más do cuatro veces más, como el Brasil 3.

Los nuevos grupos buscan con frecuencia nuevos líderes con los que ascender en la escala social, de la misma manera que los líderes que no provienen de los grupos tradicionales se apoyan si hay oportunidad en los nuevos grupos que pugnan por acceder a la plena posesión de la ciudadanía. En la historia reciente de la Argentina esa coincidencia de grupo y líder ha sido clara como pocas veces entre el proletariado y lumpemproletariado (“descamisados”) de interior y el general Perón, cuyo nombre se ha hecho sinónimo del ascenso de los “cabecitas negras”.

Desde el punto de vista poblacional, y dentro de la óptica centrada en Buenos Aires (que es la predominante en la esfera política), el triunfo del peronismo representó el “triumfo” de la inmigración interna (y sus hijos, máxime ahora), así como los grupos socioeconómicos que la promovieron y utilizaron sobre la inmigración externa (y sus hijos) y sus respectivos patrocinadores. El mecanismo que puso en marcha ambas corrientes fue sin duda parecido en el terreno infraestructura!, económico, pero radicalmente opuesto en su ideología legitimizadora: el primero apelaba a Ja Europa “civi

lizadora” contra el predominio del interior; el segundo, al interior, al país auténtico, contra el predominio europeo. La competencia económica de los antiguos contra los nuevos ricos fue aquí, pues, ahondada por sus diferentes fuentes de aprovisionamiento y la legitimación empleada para su apropiación.

Los nuevos empresarios abastecidos de personal, en las fuentes locales promovieron y ayudaron como es lógico a quien, como Perón, supo vencer a los representantes de los antiguos grupos de trabajadores, en sindicatos en buena parte compuestos e incluso dirigidos por extranjeros, “intemacionalistas”, y apoyarse en los nuevos grupos de trabajadores nacionales, remodelando los antiguos sindicatos hasta formar otros con esa marca.

En su análisis de 1973 sobre “El surgimiento del peronismo. El rol de los obreros y de los migrantes internos”, Gino Germani, apoyado en datos estadísticos, observa cómo: “La Argentina inmigrante, en cambio, había surgido del gran crisol cultural y étnico creado por la inmigración internacional. El componente \*000110’ de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo: el ‘cabecita negra’ que a su vez fue sinónimo de peronista. Como todo estereotipo, poseía grandes distorsiones pero también una fuerte base de realidad. Fue reconocido por todos. Para los nacionalistas de derecha y parte del peronismo se lo concibió (Jomo el retorno a la ‘auténtica’ Argentina y su triunfo sobre ese Buenos Aires y Litoral tan extranjeros y cosmopolitas. Para los ‘liberales’ de viejo cuño significó la vuelta a la barbarie”.

Para confirmar y ampliar su triunfo, el peronismo fomentó en grado antes y después de él desconocido la inmigración a Buenos Aires de aquellos nuevos grupos en que encontraba su mayor apoyo, en lo que sus intereses políticos coincidían con los económicos de los nuevos grupos empresariales, consumidores de ese material humano. Y al sentirse queridos y buscados, gozosos de encontrar un refugio después del saqueo de sus provincias (sin comprender bien que era el mismo sistema el que por un lado les quitaba lo que por otro les ofrecía, generoso, en mucha menor escala) los provincianos vinieron y se quedaron por millones en Buenos Aires, durante el gobierno peronista. Hasta 1955, durante el gobierno de Perón, se elevó en parte el nivel de vida del trabajador urbano, mientras que permanecía estancado el del peón agrícola. El colonialismo interno racista se expresaba aún en forma cruda en un libro de texto reciente de Tobal, que observaba sobre el “elemento indígena”: “en la zafra azucarera, en las provincias de Salta y Jujuy, se utiliza su mano de obra, aunque con las graves deficiencias derivadas de su naturaleza. S’on perezosos e incompetentes, pero la necesidad de brazos obliga a emplearlos”. Con el peronismo se reivindicará a los “cabecitas negras”,

se les invitará a multiplicarse y trasladarse a la gran ciudad para explotarlos mejor.

El poblacionismo propio de las condiciones económicas en que se desarrolló el peronismo se nutre también de otras fuentes que lo potencian todavía más; unas propias de la Argentina y otras más generales. Las argentinas, ya analizadas, se pueden sintetizar en el “gobernar es poblar”, en el sentido históricamente realizado y aquí analizado de *poblar para gobernar*, de *ir trayendo metódicamente nuevos grupos de personas desarraigadas que sirvan de apoyo al régimen*. La continuidad del peronismo con los regímenes anteriores aparece aquí con toda claridad, por más que su color de piel haya tenido que variar por las circunstancias: no nos parece más legítimo un capitalismo que explote a los “cabecitas negras” que otro que explote a los extranjeros blancos. La continuidad con la antigua política que dio prosperidad al país... de los empresarios no es sólo un hecho, sino que el peronismo, si bien quiere marcar su novedad y personalidad propia, también, y con mayor energía, quiere asegurar (y asegurarse) su legitimidad, su carácter de legítimo sucesor en el cargo, de auténtico *gobierno*, demostrando que sabe gobernar jor que sabe poblar, en el sentido indicado. Poblacionismo legitimista que reasegura también a este respecto al pueblo, y aprovecha para IEO propio toda la mitología escatológica tradicional, según la cual los males de la Argentina se deben a su extensión, desierto, despoblación, y por tanto vendrá un milenio de oro el día que se consiga «oblar».

Recordemos, además, que cuando hay prosperidad —excepto en las últimas décadas en los países desarrollados—, a todo lo largo de la historia la población ha aumentado mucho. Los políticos que quieren dar sensación de que *todo va bien* se ven casi obligados a mostrarse favorables a un incremento de población. Y cuanto menos evidentes son las señales de esa nueva prosperidad prometida, más deben multiplicar los afeites, los síntomas artificiales de prosperidad, citando e incluso obligando —como ahora el peronismo con la prohibición de anticonceptivos— a tener hijos. Esa misma artificialidad nuestra pues bien a las claras qué es lo que realmente sucede, aunque a veces pueda tener algún éxito su llamado a mayor población y su truco de disminuir la mecanización.

Por otra parte apenas es necesario insistir en la *utilidad* que para los gobernantes tiene el recurrir a achacar la culpa de lo que afea a la situación poblacional del país, pues salvan su responsabilidad y ponen la solución en un lejano y por tanto, para ellos, sero período. Los izquierdistas que entre nosotros se complacen en nunciar el carácter diversiforme de la táctica de gobernantes de los países al achacar los males reales a la no menos real explosión

poblacional podrían dedicar algo de su esfuerzo a denunciar *aquí* la maniobra opuesta de achacar los males argentinos a una pretendida despoblación, *ejercicio que sería mucho más seguro desde el punto de vista intelectual, pero menos desde el de su posición personal política, lo que explica muchas cosas...*

Entre las causas generales que llevan a un poblacionismo a ultranza al peronismo podemos citar el anhelo de todo sistema nuevo de apoyarse en nuevos grupos también desde el punto de vista generacional: apenas hay que insistir en el interés por la juventud de ciertos movimientos políticos modernos. Cuando no consiguen modelarlos conforme a sus gustos, estos políticos recurren a los “niños incontaminados”, como hemos visto en el peronismo, siguiendo una tradición que se remonta por lo menos a Platón. Ahora bien: cuanto más deben remontarse a la niñez, es lógico que esos movimientos sean más poblacionistas, natalistas, esperen más que nuevas e importantes oleadas generacionales superen a las actuales.

Cuando los movimientos ideológicos encuadran grupos que, por sus condiciones socioeconómicas, son muy fecundos, es lógico que sean natalistas para aumentar el número de sus adeptos. Así el catolicismo consigue compensar su pérdida de fieles en el mundo

moderno por el poblacionismo a ultranza que inculca a los que todavía creen en él, de modo que hoy puede decirse, al revés de lo que ocurría en tiempos de Tertuliano, que los cristianos nacen, no se hacen. Aunque el peronismo no ha perdido aún en 1974 el aspecto militante, es indudable que florece más en los grupos de mayor natalidad, lo que en parte explica su incremento en los últimos decenios. De ahí que le interese una política natalista.

Toda doctrina política tiende con facilidad a subordinar<sup>109</sup> demás aspectos de la vida a un ideal de poder (como las doctrinas<sup>1039</sup> económicas a la riqueza, etc.). El óptimo de población, desde el punto de vista de los políticos (si no del país, como veremos)<sup>9c</sup> sitúa en general muy por encima del óptimo económico, educacional<sup>10</sup> etcétera, como nota Sauvy: “se denuncia a menudo la insuficiencia de la población, mientras que, con toda evidencia, una población<sup>11</sup> reducida conocería un nivel de existencia más elevado. Es necesario señalar que los que tratan estas cuestiones son siempre terciarios<sup>1</sup> por esa razón —el complejo de potencia— tienen interés en su sostenimiento primario y secundario que les permite vivir<sup>1</sup> eficientemente grande”.

Este punto es de particular importancia. Supongamos que el mundo está compuesto por un costosísimo Versalles. Entonces, dice Sauvy, sin duda “los dominados no quieren que el peso del mundo sea grande. Pero, desde el momento en que los dominados prefieren en ser muchos para soportarlo. En cuanto al dominio...”

interés en que sean muchos los dominados para poder efectuar una detración pequeña. Así, el interés de los dominantes y el de los dominados, que se oponen directa y violentamente en relación con el nivel de existencia, son menos divergentes en relación con la población óptima y el empleo.

En la Argentina Perón ha empleado un argumento similar: “Nosotros tenemos en esos tres millones de kilómetros algo mucho más grande que el Sheraton y somos apenas veinticuatro millones para pagar las expensas de esos tres millones. No estamos en condiciones de restarle ni siquiera un chico al trabajo cuando pueda realizar esa tarea” (27-VIII-73). El argumento falla ya por cuanto que no se trata de hacer gente para que tenga que aguantar esa pesada estructura ncocolonial, sino el adecuar la estructura a la gente mejor distribuida. Pero incluso a nivel de coste de la estructura estatal, “versallesca”, la antigua armonía poblacionista señalada por Sauvy se va convirtiendo en un grave círculo vicioso de subdesarrollo. Porque “la Corte” actual consume cada vez más personal sin empleo (el terciario), de modo que todo aumento de población “para pagar menos” *per capita* eleva en definitiva más que proporcionalmente el número de empleados estatales y el coste de los mismos.

Por otra parte, este aumento más que proporcional de los empleados estatales es precisamente el objetivo inconfesado (incluso ante sí mismos) de muchos políticos que desean tener mando directo sobre un número cada vez mayor de funcionarios (aunque a veces? se quejen de que les cuesta mantenerlos, como vimos en el caso do Perón con los de la Casa Rosada) y también desean regir los destinos de un número cada vez mayor de ciudadanos. Los grandes números dan a esos políticos una sensación peculiar de poder que los embriaga, les produce el orgasmo sublimado en política al que no pocas veces han subordinado el placer natural genital. Mussolini y Hitler como hemos analizado en otro lugar, son un ejemplo típico de esa embriaguez por las grandes masas, a las que convocaban con motivo u sin él para recrearse en su presencia y sentir su poder. Otro político de origen militar —en donde el número daba antes, como veremos, tanta seguridad—, Vauban, escribía: “la grandeza de los reyes se mide por el número de sus súbditos; en esto consiste su bien, su bienestar, su riqueza, su fortuna y toda la consideración de que son objeto”. En todo caso, la política poblacionista sirve para fomentar el latente narcisismo colectivo (Flügel), tanto en el aspecto natalicio (“somos tan maravillosos que debemos multiplicarnos mucho, porque el mundo necesita este pueblo elegido” ’ ’ 5\* como en el inmigratorio: \* ‘vamos a traer gente porque el mundo entero mira con envidia

- nuestra tierra sin igual”.

El acelerado crecimiento poblacional permite a los políticos en

contrar con facilidad esas masas por las que sueñan, por simple incremento cuantitativo. Un simple ejemplo doméstico nos lo pondrá de manifiesto. La capacidad de la Plaza de Mayo se calcula en trescientas mil personas. *Hace un siglo, para llenarla, el político tenía que atraer gente de toda la República*, pues ni todos los ciudadanos de Buenos Aires juntos podían llenarla (un siglo antes, ni todos los habitantes del país) ; *medio llenar la plaza suponía pues ya un apoyo masivo, ampliamente mayoritario a 'su gestión. Hoy puede llenarse al tope en un rato: basta traer al -cuatro por ciento de los habitantes de la zona metropolitana.*

El rápido crecimiento de población (o el menos acelerado, pero en zonas ya saturadas, como es el caso de la Argentina moderna y, en particular, de Buenos Aires), crea una serie de problemas tales que esa situación antinatural llega a exigir una solución también artificial, radical, violenta, política. Recordemos las acertadas palabras de Perón de que cuando las cosas van bien la política no tiene nada que hacer. La tentación es pues grande para el político de coadyuvar —con cualquier excusa— a un acelerado crecimiento poblacional que le ponga en el candelero. Como decía un autor clásico: “Cierto que si se dedicara todo el mundo a producir en la agricultura podrían cultivarse algo hasta las tierras más infértiles, y aunque no dieran ni para sustentar por entero a quienes las cultivan, permitirían una mayor población. Ese estado de cosas es sólo posible en un sistema autoritario” y “la presión de la miseria sobre las clases más bajas del pueblo... me parece ser el baluarte de defensa, el castillo, el espíritu guardián del despotismo. Ellas ofrecen al tirano el alegato fatal e incontestable de la necesidad”.

#### *Cómo se orquesta una campaña poblacionista*

La población conoce bien las condiciones de vida en que se desarrolla, y adapta su reproducción a las condiciones reales en que se encuentra. De ahí que toda campaña poblacionista *fuerte*, que se distinga de la normal información y orientación sobre la situación existente, sea artificial y crecientemente violenta, y deba apelar a motivos especiales para justificarse. Ya hemos visto que esos motivos pueden ser el engrandecimiento económico, la defensa de la raza (tan importante en las campañas poblacionistas argentinas), la defensa militar (que analizaremos después), etc. Se atribuyen mil maravillas a la época de la migración, y se achaca a su falta actual los males de la República, vacía como un Sheraton con poca gente según vimos sostenía Perón. El gobierno anterior no decía otra cosa: “A los factores negativos de la situación argentina se agrega la escasez de su población, que condiciona el aprovechamiento de las

ventajas de un territorio extenso y rico” (Plan 1971 -1975). Y el canciller Luis María de Pablo Pardo, el 1-XII-1971, afirmaba que “la actual población argentina resulta insuficiente para poder llevar a cabo una explotación adecuada de sus riquezas y de sus posibilidades naturales”. La línea sucesoria es directa desde Alberdi: “Con un millón escaso de habitantes por toda población en un territorio de doscientas mil leguas, no tiene de nación la República Argentina sino el nombre y territorio... La falta de población que lo impide ser nación, le impide también la adquisición de un gobierno general completo<sup>1\*</sup>.”

De hecho, son legión los que proclaman explícitamente que nada ha cambiado desde Alberdi, que no hacen falta, al menos, unas “Nuevas Bases”, como proponía hace 50 años A. Korn, y se continúa así comulgando, implícita o explícitamente, con sus teorías poblacionistas liberales y racistas. Para justificar en una coyuntura determinada su campaña poblacionista, esos políticos hacen como los industriales que se proponen alcanzar unos beneficios fabulosos y, cuando no llegan a ellos, declaran que van a la ruina. Los poblacionistas se proponen también metas de población inalcanzables y luego se muestran “dolorosamente sorprendidos” para sorprender, si pueden, la buena fe del público y que se les permita llevar adelante sus esquemas reales. \*'

Ejemplo de este truco propagandístico lo da también el mismo Alberdi, quien dice que “creíamos” ser cien mil en Buenos Aires, pero el censo de 1856 nos “sorprendió”: éramos sólo 94.000. Para poderse quejar a gusto y exigir más población, Alberdi no vacila con soñar en una población 50 veces mayor que la que entonces tenía el país: “un millón de hombres en territorio cómodo para 50 millones, ¿es otra cosa que una miserable población!”. El general Roca, más modesto, pide en 1880 los 50 millones para 50 años más tarde. Sarmiento y Pellegrini duplican la cantidad, optan por los números redondos para su negocio redondo de inmigración, piden cien millones de habitantes. En 1930, F. C. Bendicente sostenía que la Argentina podía tener una población diez veces superior, “como dicen todos los libros que tratan de esto”, si bien reconoce que es difícil determinar exactamente el número. En plenas “matemáticas desenfadadas”, Alois Ifischer calcula una saturación en los 150 millones, A. Kollike en los 200, y Noble pedirá en 1960 que en 35 años se pase de 25 a 65 millones. ¿Cómo hacer el milagro! “Bastaría pues que se recuperara el coeficiente migratorio de los años 1901 -1910 para alcanzar los 62 millones”. Muy sencillo: basta saber multiplicar, como cualquier escolar. ¿Es posible que gente seria se dedique a esas niñerías! Pero es que no se trata de niñerías, sino de intereses muy serios, de causas mucho más profundas, como ya hemos visto, de las

ya en parte apuntadas por Difrieri: “La ignorancia geográfica de los gobernantes finiseculares, el optimismo circulante sobre países de ‘veinte mil leguas’ y el frenesí de las especulaciones de bolsa sustentaron la fantástica noción del país de los cien millones de habitantes’”.

Los actuales poblacionistas peronistas no han inventado nada nuevo, excepto el dar un barniz populista al esquema demográfico oligárquico. Había una proyección quinquenal para la Argentina de María J. E. Cerisola, que daba 35,2 millones para el año 2000. Esta proyección se basaba (como nos ha declarado su autora, que ahora ha hecho proyección, más ajustada a la realidad, de 32 millones), en una sobrestimación de los datos anteriores, en particular de los inmigrantes del primer período peronista que permanecieron en el país. El censo de 1970 ha mostrado la inadecuación de la primera proyección, que sobrestimaba el número real de habitantes en la República en el momento de hacerse esa estimación. Pero nuestros poblacionistas no necesitaban más excusa que ésa: en lugar de partir de los hechos, de preocuparse por conocer las cifras reales de migración y natalidad, se lanzaron a una campaña de lamentos jeremiáticos que ya hemos reseñado y proclamaron la necesidad, no sólo de recuperar esa meta (matemáticamente errónea, como vimos) sino de llegar a los 50 millones, meta que Perón en ocasiones duplicó “generosamente” hasta cien, para superar al número de las vacas, triunfo bastante pírrico en nuestra opinión.

La campaña poblacionista peronista tiene tanto más fuerza, insistamos en ello, cuanto que, mientras que por un lado coincide con una izquierda subdesarrollada, demagógica, por otro se apoya y continúa la de regímenes aparentemente distintos y aun opuestos. Recordemos el ex ministro de Economía R. T. Alemann, que sostenía que la Argentina estaba “todavía despoblada en relación a sus recursos naturales” (hace poco sus empleados tuvieron que denunciar los sueldos de hambre de este abaratador de hombres); citemos también a C. A. Márquez, quien sostiene como Mármora la *falsedad* de que “nuestro crecimiento demográfico es uno de los más bajos del mundo”; a J. W. Agusti, director de “Córdoba”, quien el II-XI-1970 editorializaba: “La República se despuebla: la Patria y su futuro en peligro”, etc. Quien oiga esas voces jamás creería que estamos en un país en que cada año aumenta el número de nacimientos, en que cada vez hay más extranjeros, etc. No. Hay muchos intereses en distorsionar la realidad. El pueblo, decía ya él viejo Lao Tse, no debe conocer cuáles son las fuentes reales de ganancia del reino.

De hecho, como hemos visto, al proclamar el peligro de despoblación e insistir una y otra vez en la necesidad de grandes cifras de población (50, 100 millones y más de habitantes), lo que se busca

y se consigue no es poblar el país a largo plazo (pues las medidas que efectivamente se tomarán serán contraproducentes, como vimos) sino crear un complejo de culpa en el pueblo por ser pocos e insuficientes que lleve a la ciudadanía a soportar, sin resistencia seria, más aún, aceptándolo como expiación, el proceso inflacionario poblacional que los dirigentes de turno desarrollen para que sirva a sus intereses asociales, como una expiación a ese pretendido delito de ser insuficientes.

### *La inmigración “deseada”: la europea*

En 1973, en los comienzos del gobierno peronista, se corrían insistentes rumores de que “el General” estaba negociando en Italia, España, etc., la venida de “millones” de europeos. Renovando la “mejor” tradición europeísta, colonialista, se insistía (sin que nadie lo desmintiera), en el “ex Europa lux”, el anhelo de ser civilizados por el Viejo Mundo, como soñarían los viejos liberales, cuya política a este respecto fue y es escrupulosamente respetada, elogiada, envidiada y en lo posible imitada.

¿Cuál es la realidad! Si miramos a España, veremos que los emigrantes de este país, como hemos analizado en nuestro *España peregrina*, se orientan cada vez más hacia el resto de Europa, y menos hacia América y, dentro de ella, a la Argentina. Más aún, en los últimos años el saldo ha sido netamente negativo: son más los españoles que vuelven a su país que los que vienen a la Argentina, tendencia que predomina en el conjunto del movimiento migratorio del país.

Todavía más se ha insistido en una inmigración proveniente de Italia. Con el título “En busca de un millón de italianos” el diario peronista *Noticias* (29-III-1974) anunciaba una misión que propondría “un programa encaminado a concretar la radicación de un millón de italianos en la Argentina, como parte de los planes de crecimiento demográfico”. Pero, si miramos la realidad, veremos que la reorientación de los emigrantes italianos al resto de Europa es todavía más antigua y fuerte que en los españoles, y que el saldo negativo respecto a la Argentina es aún mayor: desde 1960, salen más que entran, tendencia a la repatriación que hoy predomina, como en España, en todo su movimiento migratorio mundial.

Respecto de Francia, apenas haría falta decir nada, por ser un país poco emigrante, si no insistieran las fuentes oficiales, apoyándose en la crisis del petróleo y reconversión de la agricultura, en hablar aquí también de cifras fabulosas, a pesar de que los pocos (fue vinieron en fechas recientes, y que provenían en realidad de Argelia, sufrieron tantos contratiempos por insuficiencia de las, con

todo, enormes inversiones y por abuso de las autoridades provinciales argentinas que muchos dejaron las explotaciones y que incluso el gobierno francés suspendió las subvenciones que ya había destinado a la emigración a la Argentina. Una publicación de la ‘Oficina de Recursos Humanos’, firmada por el profesor A. C. Arpí, después de reconocer estos hechos y que “su situación actual —de los franceses inmigrados— no es todo lo buena que pudiera desearse”, añade sin aparente ironía que “el hecho ha servido para crear una expectativa hacia la Argentina por parte del campesinado francés”, y espera en buena parte compensar el atractivo inmigratorio que para los franceses supone el Canadá con “la hospitalidad” argentina, como si los canadienses fueran ogros. ¡No estamos lejos de las “sirenas” de Alberdi! Añadamos aquí que la comparación ha de hacerse entre términos comparables, si no se quiere mistificar. Podrá pues el lector juzgar la postura de quien, como el director de Migraciones, Lelio Mármora, compara la inmigración a la Argentina con la del Canadá o Australia, para decir, *sin más precisiones* que, puesto que la que viene a la Argentina es inferior, hay que incrementarla. ¿Habrà que recordarle que, entre mil otras cosas, el ingreso *per capita* —mucho mejor distribuido también— es tres veces mayor en esos países y que —puesto que le gusta ese argumento— su densidad es menos de cinco veces la nuestra? *¿Estará desnutrido y necesitará alimento el caballo porque consume menos que el elefante? ¿No será más bien que los traficantes de pienso quieren obligarle a que trague más de lo que puede digerir?*

La “danza de los millones” de hombres continúa. Mirando ahora hacia el Este, el embajador argentino en Japón declaró al llegar en marzo de 1974 a Tokio, que traía un encargo especial de Perón para organizar para la Argentina la emigración de un millón de personas. *La Opinión* de Buenos Aires añadía que les pareció allí exagerado, pues no emigraban para todo el mundo sino mil personas por año. Nosotros hemos podido consultar aquí datos oficiales japoneses que muestran que también el saldo anual de japoneses es negativo para la Argentina, es decir, que también a este respecto se propugna algo que va contra la evidencia inmediata.

Un mínimo de realismo hacía decir a Alberdi que para recibir en casa había primero que ordenarla, para que fuera acogedora. No será fácil encontrar inmigrantes de buena calidad que vengan a agravar el “banquete de los pobres”, como vimos dijera ya el autor del ‘Martín Fierro’ *Pesada broma es invitar a ayunar, como el castellano viejo de Larra*. Ya analizamos la reducción en alimentos que ha habido en los últimos tiempos en la Argentina, la desocupación, etcétera. Sí no es en realidad “el chocolate del loro”, es decir, el ahorro irrisorio hecho a costa de quien no puede protestar por ser

el más débil, muy mal debe andar el país que debe distinguir matrículas pares e impares para permitir circular en ciertos días, suprime los carnavales populares, deja casi a oscuras a los viajeros en transportes públicos e incluso recomienda por boca de su presidente a los niños que apaguen las luces en sus casas (Perón, 14-1-1974). No es pues de extrañar que no vengan inmigrantes de los países antecitados que, excepto España (cuyo ritmo de crecimiento económico es también ya superior, así como su distribución del ingreso) tienen todos un nivel de vida más alto que una Argentina cuya crisis económica es tan antigua y notoria. En 1970, para un ingreso *per capita* de 1.160 dólares en la Argentina, tenía Francia 3.100; Japón, 1.920; Italia, 1.760, y España, 1.020.

Esas cifras, con ser tan elocuentes, no lo dicen todo. Como reconocía incluso Alberdi: “el primer agente de la población es la paz. El inmigrante huye del desorden, que sólo ofrece peligro y pobreza”. No es pues de esperar que vengan muchos inmigrantes de esos países a uno en que su presidente reconoce, como vimos, que existe una secreta guerra civil, que estalla —de modo muy poco secreto— todos los días en actos que, aunque muchos son silenciados o “suavizados”, bastan los recogidos por la prensa oficialista para poner de manifiesto su encarnizamiento. La tolerancia y libertad de opinión, recordaba el mismo Alberdi, son requisitos imprescindibles para atraer población, pero aquí cada día rige más la intervención y censura en todos los campos. De modo oficial se ha bautizado por Perón, como vimos, la época actual de “etapa dogmática”, y comparado a la Francia revolucionaria, Rusia stalinista y China de la Revolución Cultural. Pero en esos períodos, esos países no sólo no atrajeron, sino que explícitamente expulsaron la población extranjera que ya tenían (junto con parte de la nacional, por la frontera o el patíbulo).

Con esa realidad, *basada, en datos oficiales*, no hay peligro de que agravara nuestra superpoblación muchos inmigrantes provenientes de los países antecitados. Desde ese punto de vista “sólo” habría que lamentar el bochornoso espectáculo que ante esos países y ante el mundo se ha hecho pasar a la Argentina, obligándole a ofrecerse, burlescamente disfrazada con baratos afeites que no pueden ya disimular sus defectos, a antiguos clientes que la conocen demasiado bien para aceptarla con tan desmañada presencia. Hay pues que denunciar a los también de este modo *proxenetas al por mayor que obligan al país a esos vergonzosos avances para ocultar, sus verdaderos intereses.* <sup>x</sup>

Porque esos “poblacionistas” serán... lo que son, pero no son tontos. No pueden ignorar que jamás vendrá el millón de japoneses italianos o franceses que “solicitan”. Sin duda les gustaría mucho

poder hincarle el diente a una jugosa, muy subvencionada inmigración europea; pero saben muy bien que, por el cuidado de los gobiernos antecitados, a los primeros mordiscos se pararán, como antes, los subsidios, y por tanto el negocio no puede ser muy grande. El tráfico de hombres les podrá ser útil sólo si viene de otros horizontes.

*¿una posible inmigración masiva “de contrabando”. oficial*

¿Quiénes son los inmigrantes que quieren traer los traficantes de hombres? En parte son “el secreto escondido en el corazón de] rey”, y los argentinos debemos estar muy alertas para no descubrirlo demasiado tarde. Alertemos sobre algo que ciertos indicios hacen más que meramente posible. Recordemos por ejemplo lo que dijo Llabí el 15-IV-1974: “Además de las tradicionales migraciones de países como Japón, puede contarse con aportes importantes de países árabes...”. En otras fuentes se insiste en inmigraciones de Asia y de Africa.

Vivimos en un mundo en que abundan las guerras, los genocidios, las colonias de refugiados. ¿Sería imposible que, después de una campaña psicológica adecuada, los traficantes de hombres, mediante una buena coima o (y) para aprovecharse de esa mano de obra extranjera, como ya antes, admitieran en poco tiempo centenares de miles o incluso millones de personas de origen extracontinental y de difícil asimilación, que contribuyeran a rebajar más aún el nivel general de vida de los argentinos?

No parece imposible que se repita acá un fenómeno que pudieron provocar hace poco los capitalistas alemanes o ingleses. Recordemos que en la Argentina se descubrió como por arte de brujería una afinidad con un país africano “en que también floreció la doctrina justicialista”, como sigue intentando inculcar una machacona propaganda oficial; que esa afinidad y parentesco ha costado ya muy cara al pueblo argentino, que debe pagar un petróleo de pésima calidad a un precio doble del corriente en el mercado mundial, según denuncian diputados peronistas disidentes como Zavala Rodríguez y Bettanín (*Noticias*, 21-VI-1974). No sería pues nada extraño que los magos que hacen estos milagros de reproducir el justicialismo a distancia y esas transferencias tan costosas para la Argentina emprendan con no menor eficiencia el negocio de transporte de energía humana extracontinental, como ya lo están haciendo en parte a escala continental. Para quienes no somos racistas la diferencia sería entonces sólo de grado, aunque de grado importante por la mayor dificultad de asimilación de los extrac Continentales, lo que redundaría en una mayor explotación de los importados y de los mismos nacig«

nales, en beneficio de esos traficantes disfrazados de benévoloos reyes magos que van a hacer tan envenenados regalos al país 7.

*La nueva campaña del desierto crea el desierto, favorece los monopolios*

En el siglo XIX se declaraba “desierto” el territorio ocupado por los indios y se decía al mismo tiempo, como A. Alsina, que la campaña era “contra el desierto, no contra los indios”. Hoy día se sigue declarando con no menor descaro que la Argentina es un desierto, es decir, se sigue menospreciando el número y (o) calidad de sus habitantes, y con no menor desfachatez se afirma que la campaña poblacionista está destinada a eliminar el desierto, pero no perjudicará a los nativos. Quienes recuerden cómo terminaron los protagonistas de esa campaña en el pasado, indígenas e inmigrantes, podrán tener una idea de hasta qué punto *esa Argentina Potencia, en cuyo nombre se realiza hoy como ayer una campaña poblacionista, podrá efectivamente aumentar la potencia, pero de los grupos de monopolistas que la orquestan*, en detrimento de los descendientes de aquellos indígenas e inmigrados que la toleren. Recordemos que *la campaña es realmente del desierto, no porque lo cure, sino porque, por el contrario, lo realiza: ya demostramos que la inmigración masiva de extranjeros fomenta entre otros los monopolios agropecuarios —y latifundio es sinónimo de esterilidad, de desierto—, amplía y consolida a la larga el desierto que pretendidamente iba a liquidar.*

La historia de la antigua inmigración a la Argentina y de la actual a países desarrollados nos muestra también cuáles son los efectos de esa inmigración para el pueblo receptor: una *inflación poblacional importada* que redunda en beneficio de los explotadores de siempre. Ante la inmigración masiva de trabajadores de países limítrofes se podría repetir lo de Dickmann en 1946: “los obreros de nuestras ciudades están amenazados por la competencia del aflujo de un proletariado acostumbrado a un nivel inferior de vida y sin ningún hábito de organización colectiva^ analfabeto en su mayor parte”.

Se puede decir, como muchos sociólogos mistificadores, que esa inmigración forma parte del “proceso de modernización” (1) o, como dice el Plan 1974 - 1977, que “la inmigración es un factor indispensable para el desarrollo de una Argentina moderna” (aunque él pida que sea un “incremento moderado”), siempre que esa “modernidad, como antes “civilización”, se refiera al sistema capitalista, que necesita nuevos grupos no capitalistas que le proporcionen mano de obra barata, según analiza Rosa Luxemburgo. Con razón ese libro es uno de los 500 que acaban de ser prohibidos en la Ar

gentina, mientras que se recomienda leer el Plan antecitado, que supone que esas migraciones serán de tal naturaleza (y podrían serlo en parte, si realmente fueran tan moderadas) “que generan nuevos empleos y no entran en competencia con el personal nacional”. Lelio Mármora no duda en ampliar esa visión paradisiaca y habla de fomentar una migración que traiga, suyo o del Estado de su país, un capital “posible generador de desarrollo y empleo a otras escalas”. ¡Una inmigración que no compite, sino que genera empleo! Esto es algo tan contrario a toda la experiencia pasada y presente y a toda perspectiva razonable para el futuro (como reconoce, respecto a la posibilidad de una inmigración que traiga capitales, el profesor Arpí) que realmente merece un premio de honor a la mistificación, a la deformación de la realidad.

#### *Los limítrofes: una inmigración doblemente discriminada*

Los hechos que vemos todos los días muestran que la única migración posible en las circunstancias actuales y previsibles es la de los países limítrofes. Y si nos colocamos en perspectiva histórica podemos ver cómo esta tercera oleada inmigratoria reúne las características fundamentales que hacían más fácilmente discriminadas y explotadas a las dos anteriores. Por una parte es extranjera, como la inmigración transoceánica, y por ello carece automáticamente de una serie de derechos y posibilidades que hemos analizado más arriba. Y por otra parte es, como la anterior, “de color”, “cabecita negra”, multiplicando esto las posibilidades y “legitimaciones” tradicionales del discrimen, a lo que predisponía ya a aquella su menor grado de instrucción y menor costumbre de luchar en una sociedad capitalista y urbana, etc. Esa mayor facilidad para ser explotada era precisamente la que ya había llevado a preferirla a la inmigración europea. Recordemos, por ejemplo, junto a la posición de Manuel Gálvez, las significativas frases del autor del primer proyecto de ley de expulsión de extranjeros, Cañé: “Hoy nos sirve un sirviente europeo que nos roba, -que se viste mejor que nosotros y que recuerda su calidad de hombre libre apenas se le mira con rigor. Pero en las provincias del interior, sobre todo en las campañas, quedan los rastros vigorosos de la vida patriarcal de antaño, no tan mala como se piensa”.

Juntas, y en su unión, multiplicados sus efectos, esas características debilitantes de las inmigraciones anteriores, se comprende el carácter apetitoso que esa inmigración limítrofe tiene, máxime en esta larga época de crisis, para los empresarios que buscan cómo explotar más a fin de no disminuir sus beneficios. *Una vez más se está abriendo pues el mercado de carne humana, de traficantes de*

*hombres, invitando a los pueblos vecinos a venir para ser explotados*, por las condiciones económicas, más aún que los mejicanos en los Estados Unidos, los argelinos en Francia, etc. ¡Cómo recuerda esta inmigración a la de chinos que denunciara Prada: “Cuando en el Perú se habla de inmigración, no se trata de conseguir hombres libres que trabajen la tierra por cuenta propia y se conviertan en poco tiempo en pequeños propietarios, sino que se quiere introducir parias que alienen su libertad y que por un salario mínimo den un máximo de trabajo”!

El obrero argentino ve cada vez más en los limítrofes competidores para su nivel de vida, que vienen a agravar su ya dura situación fácilmente vendidos a los intereses de los patronos, incapaces o desinteresados, por su condición de extranjeros, de sumarse a sus luchas reivindicatorias. Todavía su número no ha llegado a ser tal que cree situaciones como la de los coreanos en Japón, los portorriqueños en Nueva York o los irlandeses en Inglaterra, de frecuentes choques sangrientos con los trabajadores locales, pero ya se puede decir en buena parte como Marx de este último caso: “El trabajador inglés ordinario odia al irlandés como un competidor que rebaja su nivel de vida. En relación a él se siente como un miembro de la nación gobernante, y se convierte así en un instrumento de los aristócratas y capitalistas contra Irlanda\_ Este es el secreto de la impotencia de la clase trabajadora inglesa”.

Subrayemos ese punto capital: los oligarcas de hoy pueden “dividir y vencer” mucho más fácilmente por cuanto que *pueden suscitar al mismo tiempo el orgullo nacional y racial de los trabajadores del país contra los nuevos inmigrantes*. Incluso el más típico guaraní será “ascendido” en la escala racial (que analizamos en nuestra obra sobre los racismos suramericanos), será “reputado por blanco” si se declara argentino ante y contra el trabajador paraguayo que ha nacido a unos kilómetros de su lugar de origen, pero más allá de la frontera. Valga como ejemplo esta explotadora y *criminal*, pues por sus efectos no merece otro nombre, nota “deportiva” que apareció en un diario de gran circulación bonaerense, *Crónica*, el 13-VI- 3974, sobre la ceremonia inaugural del mundial de fútbol en Francfort, con el título “Más que argentinos parecían bolivianos”: “Una mezcla de baile indígena, con movimientos rústicos. Todo fue imagen de un país atrasado y de medios precarios... lo típico no es llevar lo más precario a la vista del mundo, más aún cuando no es algo íntegramente nacional, porque la Argentina es ante todo pampa”. No puede estar más claro ni el racismo, que desprecia a los limítrofes, ni la indirecta pero clara advertencia a los “marginales”, “periféricos”, “límitrofes del interior”: sólo evitarán ser tenidos y tratados como aquéllos si se adaptan a las costumbres del centro del

país. Si se pueden publicar sin protesta textos como el presente hoy en que los limítrofes son una ínfima minoría, ¿qué será el día en que sean millones, como pretende el actual gobierno! Bien conocido es que la discriminación aumenta más que proporcionalmente al aumento numérico del grupo discriminado, y de ellos se preocuparán los lacayos del sistema, que harán recaer la responsabilidad del discrimen explotador en sus víctimas, “que son así”. En 1972, por ejemplo, el ingeniero Héctor Grupo acusa desde la Revista de la Universidad de Córdoba a la inmigración limítrofe porque “trae problemas incluso étnicos” 8. *¿Los trae o se fabrican aquí, como una obra más de ingeniería, de ‘relaciones humanas’, para abaratar el costo de producción del sistema capitalista?* En sus obras más duras y» peor pagadas, como la construcción, el capitalismo argentino espera poder aquietar a su pueblo, convertirlo a un cierto revisionismo, poniendo una placa que diga, como las del faraón, “aquí no se ha fatigado ningún brazo argentino”, sino sólo los de los siervos importados de países vecinos.

Ya hoy “el boliviano”, “el paraguayo” son utilizados como sinónimo de clase obrera baja, y a toda esa clase, compuesta por un número diez veces superior de “cabecitas negras” argentinos, se les tiene más marginada y discriminada con la excusa de que “esos extranjeros” traen una “misericordia importada”, de que no son responsables ni a la que por tanto deben remediar los dirigentes argentinos.

Se comprenderá de cuanto antecede el craso error de quienes suponen que los racistas, por oponerse a la inmigración de limítrofes, serán reprimidos por un gobierno que importa gente. Bajo su aparente antagonismo forman parte del sistema, pues que sólo es negocio en realidad traer a quienes son discriminados; de ahí que no sólo se tolere, sino que incluso se fomente bajo cuerda ese racismo, en cuanto no obstaculice la misma inmigración. De ahí también el error de quienes creen que el peronismo asimilará los limítrofes a los “cabecitas negras”, hará “latinoamericanismo”. Ya hemos visto, e insistiremos en el capítulo siguiente, cómo esa inmigración daña a los países en que se origina; y los limítrofes son con frecuencia conscientes de ello y de sus derechos, denunciando todo intento de asimilacionismo. Por lo demás, al peronismo le interesa crear un nuevo chivo expiatorio racial, “inferior” al “cabecita negra”, para que éste pueda sentirse ascendido en la escala social, al no ser ya el último, mientras que los de arriba encontrarán en la nueva clase postrera el elemento de explotación máxima que necesitan, y no reclamarán más al peronismo por habérselo quitado en alguna manera al exaltar al “cabecita negra”.

En este contexto real actual la medida de legalizar la residencia flp 350,000 limítrofes clandestinos resulta ser muy negativa. No por

que no tengan derecho a ello, sino porque, *en este sistema*, esa legalización permitirá que presionen más sobre *todo* el mercado del trabajo, y que los empresarios (en particular los mayores, que los utilizan ahora menos) *puedan ahorrar en la baja general de salarios por esa competencia una suma mucha mayor que la que gastan en subir los salarios o prestaciones a los "legalizados"* \ sin contar que esa acción sirve de propaganda para acelerar la inmigración de muchos 'otros extranjeros que aún harán más redondo este negocio. En el capitalismo —aun disfrazado y calificado de "justo"— las "buenas acciones" son pagadas muy caras por el pueblo que las recibe.

1 En 1931 la Sociedad Rural Argentina decía: "¡Agricultores, ganaderos I trabajar con caballos en las faenas agrícolas es proteger sus propios intereses y los del país\* y veinte años después insistía en la misma postura (Galeano).

2 En términos de productividad, ésta subió sólo por obrero y hora de 100 en 1943 a 142,7 en 1955, mientras que de 1950 a 1970 subió de 100 a 223.

3 Cardoso ha subrayado la relación que existe, también respecto al consumo, entre la industria liviana tradicional y los gobiernos populistas. Recuérdese asimismo el *Fascismo y gran capital* de Guérin. Es interesante por lo demás leer textos del pasado, cuando, por no tener acceso las masas a los libros, éstos eran mucho más explícitos y descarados al respecto. Así se expresaba el padre del liberalismo moderno, Mandeville: "Donde la propiedad está segura, sería más fácil vivir sin moneda que sin pobres; porque ¿quién trabajaría si no?... Para hacer que la sociedad sea feliz... se requiere que gran cantidad de gente sea ignorante y pobre; el conocimiento amplía y multiplica los deseos..." (Citado por C. Marx, *El Capital*).

4 Ponemos "triumfo"\* entre comillas porque la parte de poder que los descamisados pudieron obtener fue mucho menor que el que los inmigrantes y sus hijos consiguieron sacar a la oligarquía criolla.

5 Véase en ese sentido el libro de Pedro J. Schang *Gobernar bien... es poblar con argentinos*, ejemplo típico todo él de esa mentalidad "populár" reaccionaria.

G Con poca imaginación, también Seguí emplea ese método para el censo uruguayo de 1963.

7 También en Uruguay hubo un intento de inmigración asiática masiva, de 40.000 personas, en 1965, promovida por empresarios y transportadores, para tener siervos de la gleba, como nota Seguí.

8 En 1968, Mahieu propone limitar la inmigración cuando "como acontece en la Argentina, entran masivamente indios y mestizos procedentes de países limítrofes". . .

"El siciliano se asimila perfecta y rápidamente a la Argentina, pero introduce en el país genes de origen semita y, por eso mismo, negro".

## CAPÍTULO NOVENO

### RESPONSABILIDADES INTERNACIONALES DE LA ARGENTINA EN MATERIA DE POBLACION

#### *El poblacionismo, ¿defensa del país o del sistema?*

Uno de los argumentos favoritos de los poblacionistas es el apelar a incrementar la población <sup>44</sup> para defender el país”, con un argumento patriótico que a veces parece irrefutable desde el punto de vista numérico: <sup>44</sup>si son muchos más que nosotros, nos van a vencer”. Los sordidos intereses de los oligarcas se encubren aquí de una, al parecer, sólida capa de patriotismo que permite denunciar como antipatriótico, incluso traidor, a quien no comulgue con su esquema de inflación poblacional.

En la Argentina este argumento se esgrime de modo muy directo contra un país. Lelio Mánnora pide que <sup>44</sup>por razón de seguridad debemos tener 50 millones... Si no es así, la Argentina será casi un país deshabitado para el año 2000, sobre todo si se lo compara frente al potencial humano de algunos vecinos”. Pero ¿qué vecino puedo tener una cantidad de población siquiera parecido, si no es el Brasil? ¿Por qué pues hablar, con disimulo, de vecinos? También se enmascara R. M. Crespo, quien afirma que <sup>44</sup> el rasgo de debilidad más grave y el de mayores consecuencias para nuestro futuro como nación es la disminución del crecimiento vegetativo, pues la <sup>44</sup> única forma de disminuir el riesgo que como nación soberana tenemos ante la presión de nuestros vecinos ’ ’ es incrementar la población.

Muchos, y cada día más, no intentan tapan el cielo, ni el Brasil, con la mano. Hace poco *Clarín* (clarín de guerra, como demuestran también otras actitudes suyas), en su número 10.071, editorializaba: “A su ritmo actual de crecimiento demográfico, la Argentina contará con 36 millones de habitantes en el año 2000, en relación a 200 millones de su más importante vecino. Esa disparidad aportará indeseables implicancias al problema del equilibrio entre los países del

Cono Sur y generará una presión demográfica sobre nuestras fronteras, acentuada por la histórica tendencia de la población brasileña a refluir hacia las zonas de clima templado”. No menos explícitos son otros, como C. A. M. Márquez o el púdicico (“no somos belicistas”, escribe) Molinario. En el Instituto Argentino de Asuntos Internacionales, en 1954, A. Kollike llegaba a titular un trabajo como ‘ ‘ La batalla de los índices de natalidad entre la Argentina y Brasil ’ ’\*.

Si aceptáramos que el número da la fuerza, no cabría esperanza para la Argentina: aun en el cálculo más “optimista” su diferencia respecto al Brasil irá aumentando hasta el año 2000, en que la Argentina tendrá 36,5 millones y Brasil 301. Chile tendrá 15, Bolivia 10, Paraguay 6 y Uruguay 4. Más alarmante y pesimista debería ser ya desde ahora la posición de los demás vecinos de la Argentina respecto de nosotros, puesto que nuestro número es proporcionalmente muy superior; a no ser que nos autocalifiquemos de “buenos” e “inofensivos” a nosotros solos... Si toda nación que crece mucho en población tiende a ser expansionista, como Estados Unidos o Rusia, mucho más agresiva es la que fomenta explícita, artificialmente, una natalidad que las circunstancias económicas imperantes no hacen surgir en modo espontáneo. De ahí que el insistir tanto en que la Argentina debe crecer mucho en población, y poner en marcha mecanismos tan gigantescos como los planeados al respecto, *debe ser considerado por sus vecinos, objetivamente, aparte de las intenciones reales -y las declaraciones de quienes los promueven, como un claro acto de agresión.*

t

#### *El armamentismo poblacional*

Los políticos argentinos que sostienen esas teorías poblacionistas están fomentando un *armamentismo poblacional* que a la larga es mucho más grave que el armamentismo de instrumentos, ya que, al fomentar el incremento de población más allá de lo que piden los recursos existentes, se crea una situación de superpoblación que tenderá a estallar en cualquier momento. Limitándonos a la Argentina, el crecimiento de la población por encima de las posibilidades reales de subsistencia al nivel alcanzado (que desciende *en parte* por eso) puede llevar cada vez más a adoptar doctrinas de “espacio vital”, como denunciara ya J. E. Atencio en 1951.

Y en el caso de la Argentina el armamentismo poblacional es más funesto, porque el incremento de población se proyecta (y se realiza ya) a base de inmigración, y una inmigración de limítrofes. Ahora bien, la experiencia histórica suramericana nos muestra, con el valor irrefutable de los hechos, que esa inmigración, lejos de servir para la defensa, ha servido para potenciar y justificar la agresividad

entre los países con problemas poblacionales —como demuestra existen esa misma «migración—, entre los que se ha realizado el éxodo. Becuérdese la matanza de haitianos en el Santo Domingo de Trujillo: la guerra entre salvadoreños y hondureños; los problemas entre otros países de la región con intercambios migratorios, como Perú y Chile, Colombia y Venezuela, etc. Podemos pues concluir que ese modo de crecimiento poblacional, esa inmigración, más que servir para la defensa, preparar la paz, *fomenta la guerra* 1.

Pero la influencia de los armamentistas poblacionistas es todavía más nefasta, porque no sólo es falso decir que un incremento de población lleva a un incremento de poder militar; sino que, en las condiciones que analizaremos, es lo inverso. En efecto: el sostener que el mayor número da la victoria, que “Dios está con los batallones más numerosos”, puede ser una concepción para peleas callejeras, o para la edad de la piedra, pero cada vez es más errónea o incluso grotesca en una era técnica en donde el esfuerzo humano, muscular, *es ya mucho menos importante en el campo militar que incluso en el de la producción*. En el pasado, las grandes invasiones, como la de América, fueron realizadas por grupos insignificantes en número pero muy bien equipados. Los países de mayor población del mundo, India y China, fueron dominados por otros mucho menores, etcétera. En plena era atómica, parecería a primera vista increíble que todavía tuviéramos que refutar el concepto de que el poder militar lo da el número de población si no estuvieran detrás tantos intereses asociales que con su propaganda masiva “venden” cualquier idea que les beneficie por absurda y dañina que sea.

Esa idea, subrayémoslo, no es sólo falsa, sino dañina; no sólo porque distrae de los verdaderos problemas de seguridad nacional, sino porque *fomenta el debilitamiento del país*. Ya lo hemos analizado respecto del crecimiento por inmigración. Añadamos aquí que el mismo crecimiento poblacional por natalidad es contraproducente para la defensa del país en las condiciones en que se pretende realizarlo, es decir, a un ritmo acelerado, forzado. Ya vimos cómo ese crecimiento, al dar mano de obra barata, *impide la mecanización, el incremento de una industria pesada que es la base de un armamento adecuado para ganar una guerra moderna*, como también dificulta una educación que es la que permite manejar ese armamento en forma adecuada, factor que la “guerra de los seis días” puso muy de manifiesto (*El Economista*, 22-UI-1974). Como en otros campos, el acelerado crecimiento poblacional aumenta el número de personas cada vez más inermes, verdadera carne para el cañón del adversario, ya que al crecer tanto en población pudieron ellos hacer menos cañones (industria) al tener que producir más alimentos para su población creciente. En realidad, pues, ese armamentismo poblacional

es un engañoso fetiche, un Moloch, una proyección mítica del sistema latifundista y capitalista, que impulsa a sacrificarse por una tierra y bienes que no son ya propios y para que no puedan volver a serlo en el futuro.

La idea de ir al poder por el número, el “no somos fuertes pero somos muchos” (Perón, 20-VIII-1973) puede provenir del concepto político de que la mayoría de votos gana en unas elecciones. Pero aun en ese ejemplo hay que observar que de ser la mayoría a conseguir realmente el poder hay un largo camino, como demuestra toda la historia de la democracia. Más lógico es conectar esa idea de potencia por el número a la concepción antidemocrática fascista que tan tristes resultados dio a los pueblos en que se probó, como hemos aualizado en nuestra encuesta de fecundidad en España. En ese país, como en Italia y Alemania, se quiso fomentar una natalidad a ultranza, que en sus magros resultados sólo sirvió para mantener bajo el nivel de vida y acrecentar una multimillonaria migración que debilitó más al país en muchos aspectos. Una vez más habría que recordar con A. Alvarez y escarmentar en cabeza ajena: buscando la grandeza, España consiguió la decadencia. Los dirigentes argentinos, insistiendo en la Potencia (cuyas raíces sicoanalíticas son bien cía-, ras), no conseguirán sino agravar su impotencia. Denunciemos a quienes, como Sonís, afirman: “en la Argentina, el control de la población como política significa elegir una agradable forma de suicidio; es pretender asegurarnos una vida relativamente cómoda para los próximos 20-25 años a costa de que el país pierda definitivamente su vigencia y sus posibilidades, y abdicar al tiempo de nuestra misión en América Latina”; es decir, *al imperialismo* de “nuestra misión en América Latina”. Estos de hecho si no siempre confesos fascistas declaran como Mussolini estar “contra la vida cómoda” (...de los demás, pues ellos viven muy bien a costa del pueblo).

#### *El “complejo de indio”: “nos van a comer”*

Algunos oligarcas argentinos y sus representantes intelectuales manifiestan temores de que se haga con ellos lo que ellos hicieron con los indios: liquidarlos para colocarse en su lugar. Así, muy explícito, dice Alberdi: “nos hallamos ante las exigencias de una ley que reclama para la civilización el suelo que mantenemos desierto por el atraso. Esta ley de dilatación del género humano se realiza fatalmente... nunca sucede que naciones más antiguas y populosas se ahoguen por exuberancia de población, en presencia de un mundo que carece de habitantes y abunda en riquezas”. Sin innovar nada,

más de un siglo después, un informe de la Secretaría de Salud Pública afirma que “con tan poca población” la Argentina dará lugar “al argumento geopolítico del delito de abundancia en un universo con hambre”; se coloca en “la peligrosa situación de ser considerada estratégicamente imprescindible para los países más poblados y en consecuencia más necesitados de alimentos” (*Clarín*, 26-11-1974) y el órgano oficial del movimiento peronista, *Las Bases* (5-V-1974), cita un informe oficial reservado: “De seguir así sólo se nos abre una perspectiva: desaparecer como pueblo para favorecer a quien ya le interesa nuestro territorio como reserva de materias primas” y quiere seamos pocos ‘ ‘ para avanzar sobre nuestro territorio rico en alimentos con el lógico argumento de que somos muy pocos”.

Veamos los hechos. En cuanto estas apreciaciones se refieren a los países más desarrollados, son cada vez más falsas desde el punto de vista poblacional, puesto que el ritmo de crecimiento poblacional de la Argentina es superior al de los Estados Unidos y los países de Europa Occidental y Rusia, de modo que la amenaza poblacional funcionaría si acaso en sentido inverso. En sentido global, los que nos hablan de amenazas de esos países quieren mistificarnos: ya hace tiempo que nos están sacando alimentos y materias primas a granel, sin entretenerse en calcular si nuestra población las necesita, de modo que un incremento poblacional no va a servir aquí, como no sirve en otros lugares, para impedir por sí mismo la explotación. Más aún, para remediar ese robo, tanto desde el punto de vista económico como del militar, ya vemos cómo un crecimiento acelerado de población es contraproducente, nos debilita en lugar de fortalecernos. Hay que ser muy ingenuo (u otras cosas) para decir que nos invadirán o no según tengan razón o no al decir que somos pocos. Las invasiones no se hacen por otras razones que las del lobo, y no se trata de debilitarnos siendo más para que resulte más injusta aún la penetración imperialista, sino de revigorizarnos para impedir que, con cualquier razón que invoquen, puedan dominarnos más, en lugar de verse obligados a respetar nuestra independencia.

### *Un profundo egoísmo “patriótico”*

El argumento poblacionista esgrimido por las fuentes oficiales antecitadas, en lo que respecta a los países subdesarrollados, para la gran mayoría de la población mundial es profunda, increíblemente *odioso*. No olvidemos que, respecto a casi todos ellos, la Argentina representa una relativa abundancia. Desde ese punto de vista, nuestra actitud ante ellos es peor que la que *sentiríamos* tendría los Estados Unidos si su gobierno empezara a hacer una campaña para incrementar su población por temor de que ante el incremento mucho

mayor de población en Suramérica, ésta le exigiera en el año 2000 alimentos para su población. *Es el profundo egoísmo del niño rico que quiere engullir hasta reventar su comida para no verse obligado a compartirla con el pobre, al que por añadidura achaca intenciones agresivas, contra las que dice debe defenderse.* En el caso de la Argentina, aunque una parte de esos “defensores de la patria” lo hacen con careta progresista, antiimperialista, aun éstos y casi todos en el fondo lo hacen con un profundo *racismo ante los verdaderos necesitados* de la tierra, por más que a veces, después de gritar que más “población es igual a seguridad y paz”, intenten convencernos que sus conceptos “no deben identificarse con el viejo concepto del ‘peligro amarillo’” (Dr. Raymundo). ¿Nos fijaremos en las etiquetas, c incluso intenciones, o en los hechos objetivos?

La Argentina ha servido durante más de un siglo como baso imprescindible de la expansión poblacional del imperialismo inglés, al que ayudó como “nodriza” o pelicano, alimentándolo con su propia carne. Aún en nuestros días el mismo Dagnino Pastore se atreve a escribir que “sus carnes abundantes, nutritivas y sabrosas, constituyen un elemento esencial en la alimentación de los pueblos de casi todo el planeta, y particularmente en los países de mayor civilización” \ No se sabe si subrayar más el eufemismo, hijo del colonialismo cultural, de “los países de mayor civilización” o el decir que la Argentina surte de carne a los “pueblos de casi todo el planeta”. Esta última apreciación de ese pedagogo-demagogo hace parecer modestas las expresiones de Perón: “debemos ampliar de la manera más absoluta la producción de carnes, porque el gran drama de la humanidad va a ser, precisamente, la falta de proteínas. Sin ellas no se puede vivir, y el mundo ya no produce ni el 50 % de las proteínas que necesita. Nosotros podemos producir ese cincuenta por ciento que falta” (25-X-1973).

No vale la pena refutar directamente apreciaciones que no nos atreveríamos a reproducir si no provinieran de textos oficiales que hemos retirado personalmente de la Casa Rosada. Pero esas evidentes utopías no son locuras. Consciente o inconscientemente en quien las dice, tienden a ocultar la verdad: que los recursos son raros, que la Argentina no puede producir todos los alimentos que necesita el mundo, y que por lo tanto debe escoger, y escoge vender esos elementos a los ricos y *negociar con el hambre ajena*. Perón afirma que “vender carne es como vender oro, *sin contar* con la necesidad de que nuestro país sea también un benefactor del resto de la humanidad privada de tan esencial elemento” (14-II-1974). Subrayamos nosotros el “sin contar” porque *sí hay que contar*. Los pobres no tienen oro, y nuestro país está muy lejos de ser en eso un benefactor de la humanidad, *Servidor de los países ricos, nunca ha tenido en cuenta en*

*serio el hambre del mundo, nunca ha emprendido una campaña para contrarrestar la acción de los hambreadores internacionales, sino que se ha aprovechado y colaborado en esas maniobras, "ignorando" la realidad.* Recordemos sólo las frases de un diputado <sup>1</sup> 'progresista', Dickmann, en 1946, que se pregunta cuál era el objetivo de la ley de colonización de 1939: "¿Aumentar nuestra producción agrícola? Hubiera sido una insensatez ahora. Muchas veces no hemos sabido qué hacer con nuestra producción agrícola actual; normalmente el mundo está atiborrado de productos agrícolas". ¡"Normalmente el mundo está atiborrado de productos agrícolas" cuando hay una mayoría desnutrida e incluso hambrienta! ¿Qué pueden pensar los miembros de esa mayoría de nosotros, que los olvidamos e incluso negamos, cuando no los recordamos para chantajear su hambre!

Más aún: el proyecto peronista de incrementar fuertemente la población en la Argentina llevará a que cada vez sea menos posible cooperar para resolver las necesidades alimentarias del resto del mundo. El consumo interno abarcaba en 1900 -1904 el 46 % de la producción agrícola, y en 1950 - 1954 ya era el 69 %. Dagnino Pastora reconoce que "las existencias ganaderas no han crecido paralelamente con el aumento de la población del país, de suerte que el consumo interno juega un papel importante en la producción de carnes. Y ha sido necesario restringir el abastecimiento interno con el fin de asegurar las cuotas exportables". De 1935-1939 a 1955-1959 las exportaciones de carnes, en toneladas, bajaron de 100 a 89 %, y las de harina y subproductos del trigo, de 100 a 72 %. La Argentina participaba en el mercado mundial de carnes de 1934 -1939 con el 56 %, para bajar en 1960-1962 al 29 %; para el conjunto de productos agropecuarios sus exportaciones suponían el 3 % en 1927, y sólo el 0,6 % en 1967.

Es cierto que buena parte de la tierra que se dedica a la ganadería no es apta para la agricultura; pero en la Argentina aún hay mucha tierra "de pan llevar" que está destinada a ello, a coto de caza o desocupadas. Como antes a nivel nacional, hoy podemos aplicar a la Argentina el dicho de que en una tierra superpoblada *los que comen carne comen gente*, y en un mundo desproteinizado los argentinos constituimos un peso cada día mayor para el resto de la humanidad... y todavía se quiere duplicar nuestro número en poco tiempo.

Hay momentos en que hay que enfrentar amargas verdades, en que no sólo hay que criticar las pajas e incluso otras cosas en el ojo ajeno, sino también diagnosticar para sacar la viga que está incrustada en el propio y nos impide ver la realidad. *La Argentina está siguiendo en el campo poblacional una política que resulta demagógica y profundamente dañina también en el campo internacional.*

Y en este terreno los resultados son aún más dañinos que en el interno, porque abarcan potencialmente a un número muy superior de personas y esa propaganda no encuentra su antídoto en la experiencia inmediata y concreta, como ocurre dentro del país.

Vivimos en una época en que la explosión poblacional agrava en modo dramático los grandes problemas que aquejan al mundo, y los agrava en modo tal que de esa crisis no saldrá una milagrosa revolución progresista, sino regímenes cada vez más reaccionarios, como mostramos en nuestro *Explosión poblacional, economía y política*. Los dirigentes argentinos han terminado por reconocerlo: “el hombre está abocado a un problema pavoroso y a corto plazo. En la materia primarse cuenta por decenios el agotamiento... Es un mundo que se va quedando sin tierra, sin agua potable, sin oxígeno, es decir, sin aire. En el momento actual, el mundo, ya superpoblado, tiene 3.500 millones de habitantes, ¡qué será en el año 2000, con 7 u 8 mil millones de habitantes! En este mundo de 2.500 millones de habitantes, la mitad está hambrienta” (Perón, 25-X-1973).

En estas circunstancias, se continúa manteniendo el mito de la “Argentina desierta”, como si fuera un Nuevo Mundo que poblar, un recurso que, como dijeron en el siglo diecinueve Roberson ante la Pampa y Engels ante el trigo argentino, bastaría para hacer aparecer ridícula la idea de que el mundo pueda tener un problema de población. Desde este punto de vista *los dirigentes argentinos poblacionistas se hacen responsables de dos gravísimos crímenes*:

1) En lugar de propugnar como otros países más desarrollados un ideal de “estado estacionario” poblacional, se lanzan a campañas de derroche y armamentismo poblacional, a valorar el número de población, lo que tiende a suscitar ejemplos en otros países y crear la imagen de una fabulosa Argentina, que cualquier líder inescrupuloso puede intentar utilizar un día para llevar a su pueblo a la conquista de esa pretendida Tierra Prometida, posibilidad cada día mayor en un mundo superpoblado. Recordemos lo que en el siglo pasado escribía el padre del sionismo, Teodoro Herzl al hablar de donde se colocaría un Estado judío: “La Argentina es por naturaleza uno de los países más ricos de la tierra, de inmensa superficie, población escasa y clima temperado. La República Argentina tendría el mayor interés en cedernos una porción de tierra”. Aquí se aplicaría también lo que Zweig decía del Brasil: “este inmenso país, gracias a su virginidad y amplitud, significa para nuestro mundo apremiado, en parte ya cansado y agotado, una de las mayores esperanzas y, tal vez, la esperanza más justificada de nuestra actualidad”.

A pesar de que no son sino un eco de sus propias fantasías demográficas, ni a los mismos dirigentes argentinos pueden sonar bien los cálculos de un importante político de un país vecino, que desde háCQ

tiempo tiene centenares de miles de inmigrantes en la Argentina: “Si toda la gente de Latinoamérica y Africa fueran a vivir a la Argentina, la densidad poblacional argentina estaría todavía por debajo de la India actual” (R. Tomic). Y un ministro de la India, Chandrasekhar, en su libro, significativamente titulado “Pueblos hambrientos y tierras despobladas”, escribía: “En un mundo desesperadamente sobrepoblado, la idea de la América hispana conjura ante nosotros el recuerdo del vasto valle del Amazonas, de las pampas argentinas... En lo que respecta a la Argentina, es igualmente importante la necesidad de asentar ahí una población más numerosa. Es absurdo y criminal dejar sin explotar superficies más o menos grandes de terreno, siendo sólo los intereses de los imperialismos raciales, culturales y políticos los que impiden su total utilización” 3.

Mucho más prudentes y realistas, más patriotas que los dirigentes argentinos, los australianos combaten en su país hace tiempo el ‘<sup>1</sup> Mito de los espacios abiertos’ como W. D. Forsyth, quien, en su conocida obra de este título, critica ese “peligroso mito\*”, tentación para dictadores extranjeros, y reconoce cómo la culpa proviene en buena parte de estos mismos países, que exageraron sus recursos para atraer inmigrantes. De Suramérica dice en 1942: “es la gran esperanza de quienes piensan que la emigración es la única válvula de escape para la presión poblacional europea. Pero, como muestra el ejemplo argentino, los problemas de mercado limitan el asentar pobladores a un nivel superior al de las subsistencias. Argentina es la única entre todas las mayores potencias ultramarinas que no posee las fuentes de energía suficientes para un pleno desarrollo industrial”. Incluso un poblacionista australiano como A. Lodewyckx (1956) reconoce las grandes limitaciones de su territorio, que llevan a concentrarse al 43 % de la población en el 1 % de la superficie; critica los excesos dogmáticos del poblacionista C. Clark y se acerca a la posición de P. H. Karmel: “Los recursos naturales de Australia son limitados, y probablemente un fuerte incremento poblacional sería dañino para el nivel de vida”. No menos prudentes son los poblacionistas canadienses, como M. F. Timlin. .

2) A nivel mundial, los dirigentes poblacionistas argentinos no sólo no ayudan a que otros países tomen conciencia de su problema poblacional, sino que en ocasiones han impedido con su voto, y con su influencia en otros países de la religión, el que ni siquiera se pueda plantear el problema. Todavía en 1961 el representante argentino en las Naciones Unidas hizo esta increíble declaración: “El gobierno de la Argentina se opondrá categóricamente a todo intento de que se fomente en las Naciones Unidas la limitación de la natalidad, y confía que esta teoría no sea ^objeto de debate en la Organi

zación”. Ea decir, so intenta coartar incluso la libertad de expresión no sólo a nivel nacional sino mundial.

En 1974 Argentina fue uno de los siete países que se abstuvieron de afirmar en las Naciones Unidas el derecho elemental de los padres a planificar su familia, que ningún país se atrevió a negar (*Clarín*, 31-1-1974). Y en el Congreso de Población de Bucarest del mismo año, el delegado argentino Juan Carlos Beltramino se opuso a toda planificación familiar porque ‘ ‘ atenta contra el precepto divino de ‘creced y multiplicaos’’ (*Clarín*, 23-VIII-1974). Apenas es necesario notar ante estos trasnochados ‘ ‘ más papistas que el Papa ’ ’ que con la Biblia se ha “justificado” también el genocidio, la esclavitud y mil lindezas por el estilo.

Por otra parte, los responsables de la política argentina tienden a mantener una irresponsable esperanza en el mundo de que el problema de población puede resolverse por otras vías que excluyan un serio control de la natalidad, es decir, por inmigración 4. Este punto es tan importante que debemos estudiarlo con mayor detenimiento.

#### *La “ayuda” a otros países recibiendo su inmigración*

Los demógrafos de todas las latitudes y longitudes están de acuerdo hoy en que la migración no puede ser considerada como un elemento importante para aliviar el problema de población a escala mundial. El lector interesado podrá consultar al respecto a autores tan reconocidos y poco sospechosos de parcialidad, por ser poblacionistas, como A. Sauvy. Sin embargo, Llambí no duda en reprochar a los expertos de las Naciones Unidas por no darle más importancia a la migración en la solución de ese problema, ya que “la política argentina las considera (a las migraciones internacionales) debidamente organizadas, como uno de los instrumentos más efectivos para equilibrar situaciones poblacionales distintas y como una alternativa constructiva a la política de control de la natalidad”.

“¿Una alternativa constructiva a la política del control de la natalidad!”. El lector ha leído bien. Por boca de su canciller, el gobierno presenta al mundo la Argentina como país que puede “salvar del control natal” (1), recibiendo inmigración 5. Unas pocas cifras bastarán para indicar lo que esto significaría. Si, a pesar de que Llambí invitó también a la inmigración del mundo entero, nos limitamos a Suramérica, las cifras muestran que su aumento de población por natalidad equivale cada año, a pesar de practicar ya en parte el control natal, a cerca de 10 millones de personas (en el mundo, 70 millones). Es decir, que en poco más de un año la Argentina recibiría ya la cifra máxima proyectada de inmigración para tener 50

millones en el año 2000<sup>6</sup>. Estamos pues de nuevo en plana utopía y mistificación. Desde el punto de vista ideológico, esta posición se aproxima a ciertas corrientes católicas que, en su fobia del control natal, piden que se fomenten las migraciones como forma de ayuda internacional, de la misma manera que combaten el control natal para tener brazos que aren la tierra<sup>7</sup>. Desde el punto de vista infraestructura!, toda esa verborrea corresponde, como hemos visto, al deseo de tener mano de obra abundante y barata, más fácilmente explotable por cuanto extranjera. Esos “salvadores” del mundo de la “tragedia” del control natal se parecen como una gota de agua a otra a los que en el siglo XEX pedían que viniera población para “salvar” a Europa del socialismo.

No es de extrañar que se llame “ayuda a los países subdesarrollados” el fomentar la emigración de ellos a países más desarrollados, si tenemos en cuenta que se ha llamado durante milenios caridad el acoger y tratar bien a los esclavos, siervos o asalariados, que deben estar, pues, muy agradecidos de que se les escoja para explotarlos con relativos miramientos. En otras obras hemos analizado cuánto tienen que “agradecer” mejicanos y portorriqueños a los Estados Unidos por que se les permita el honor de ser siervos de tan gran señor.

Desde el punto de vista individual, es cierto que si se emigra es porque en cierta manera se escoge un mal menor, y entonces no se debe coartar a los emigrantes: “es una crueldad y una injusticia el detenerlos”; pero eso no obsta para reconocer que muchas veces las penalidades que de hecho sufren “parecen haber sido mayores aún que las que podríamos imaginar que hubieran sufrido en su patria” (Malthus). En la Argentina, como vimos, se reciben muchos inmigrantes de países limítrofes, con un nivel de instrucción muy superior al promedio de sus lugares de origen, e incluso no pocos de los, en su país, tan escasos profesionales (H. P. O. Ciapuscio) ; y la reconversión económica de esos inmigrantes es con frecuencia lastimosa, como ya notaba Emilio de Alvear de la inmigración europea: “de un excelente operario de paños hacemos un sereno, de un tejedor de sedas de Lyon un cochero o cocinero y de un relojero o artista un mediero de ovejas”. El conjunto de los inmigrantes debe soportar en su vida personal y de relación el tremendo prejuicio social, el aplastante discrimen racial que ya existe contra bolivianos, paraguayos, etc., de modo que no son pocos los que, “incluso” dentro de las villas miseria, intentan el “pase”, negar su nacionalidad de origen (D. M. Rivarola), con todas las consecuencias negativas que esa actitud tiene para quien la adopta y para su grupo.

Desde el punto de vista colectivo y poblacional, la emigración no es una alternativa al control natal, en el sentido de que las po

blaciones que pueden emigrar ‘ aumentan incluso su fecundidad para acomodarse a esa posibilidad, de modo que a la larga están igual o peor que nunca respecto a ese problema. Recuérdese que las provincias españolas que vieron emigrar más a América eran las más pobladas (Ustaril), como pasaba con las inglesas (Malthus) y que Italia siguió teniendo una gran fecundidad mientras sus hijos pudieron emigrar fácilmente a América.

En lo económico, insistamos en este hecho clave, el país de emigración ve perder a la parte más activa, joven y masculina de su población, la que deja desparejada a la población restante. Pierde toda la inversión que ha hecho en su educación y mantenimiento, sin contrapartida, ya que “el que emigra se inutiliza para su país” (Echeverría), por lo que en distintas épocas se prohibió incluso con pena de muerte el emigrar, concebido como traición a la patria. La inmigración no sólo constituye una profunda sangría económica sino que también, desde el punto de vista político, contribuyó mucho al mantenimiento del *statu quo*, del *orden establecido*, ya que, mientras se puede salir del país, los descontentos se irán en grandes cantidades, sin que, gracias a esa válvula de seguridad, monte la presión hasta el punto de producirse un estallido revolucionario. Los tiranos abren pues con frecuencia las puertas a la emigración para consolidar sus regímenes, y la Argentina ha aprendido de los Estados Unidos las múltiples ventajas que en éste como en otros campos tiene el tratar con dictadores que deben hacer concesiones al exterior para mantenerse en su lucha contra su pueblo. Así *la Argentina actual se beneficia de la gran migración sociopolítica de los países limítrofes gobernados por dictadores*, a quienes ayuda el gobierno argentino vendiendo incluso carros para prisioneros a Pinochet (cuando en Europa se niega ayuda menos estratégica a tan sanguinario régimen); y cuando algunos emigrados bolivianos se unen contra Banzer, el gobierno peronista los reprime duramente por su policía, aunada en esto con la boliviana, como con la brasileña, etc.

A quien ayuda la Argentina es, pues, a la tiranía en esos países, como a su subdesarrollo económico, porque esto favorece los intereses antipopulares que de hecho todavía gobiernan nuestro país y a los que interesa tener vecinos débiles como ejército de reserva de mano de obra barata y como presa fácil de un imperialismo económico y, a la larga, político 7.

En otra época, para conseguir ese botín, Mitre debía ganar una guerra y decir a los brasileños: ‘ ‘ los prisioneros y demás artículos de guerra nos los dividiremos en la forma convenida’’. Después, como nota Galeano, “desde 1870 Brasil y la Argentina, que liberaron a Paraguay para comérselo a dos bocas, se alternan en el usufructo de los despojos del país derrotado, pero sufren, a su vez, el impe

rialismo de la gran potencia de turno. Paraguay padece, al mismo tiempo, el imperialismo y el subimperialismo ’

El triunfo de esa política argentina de “buena vecindad” como la de los Estados Unidos, es cada día más patente; cada vez más los pueblos limítrofes deben decir, como los mejicanos: “¡Pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!” La inmigración a la Argentina aumenta cada día procedente de aquellos regímenes dictatoriales vecinos a los que el gobierno peronista apoya en modo tan eficaz: así crece cada día el éxodo de un Paraguay que ha perdido en un cuarto de siglo un cuarto de su población; llegan, dice Llambí, 90.000 uruguayos en sólo tres meses en 1974 (es decir, más de un 3 % de la población, lo que en menos de seis años vaciaría del todo el Uruguay). El éxito de esa política es tal que el gobierno argentino puede darse el lujo de discriminar, rechazar la altamente calificada mano de obra chilena, porque lo que el país. ... oligarca necesita no son técnicos ni productividad, como vimos, sino personas analfabetas acostumbradas a obedecer 8.

“Acoger a un inmigrante adulto cuesta aproximadamente la mitad ‘que al nativo’. Necesita un alojamiento y el instrumental, pero la que ha pagado su coste de formación es su patria de origen. Así es económicamente muy ventajoso recibir inmigrantes extranjeros. La opinión pública no lo comprende siempre bien” (Sauvy). El negocio es redondo... para los oligarcas, ya que pueden explotar a los extranjeros y servirse de ellos económicamente contra los obreros nacionales, esa “opinión pública que no lo comprende siempre bien”. Por eso Alberdi decía: “si queremos ver agrandados nuestros Estados en poco tiempo, traigamos de fuera sus elementos ya formados y preparados”; y así se montó ese clásico “negocio argentino” de la trata de hombres, que tan fielmente renuevan de acuerdo con las circunstancias los actuales traficantes de carne humana.

En un mundo en explosión poblacional (y en parte por eso mismo favorable a los dictadores) los empresarios de la inflación poblacional argentina se las prometen muy felices, esperan conseguir con facilidad una “inflación inducida” que sirva para ocultar sus manejos. Llambí, al crear la Comisión de Población antes de la Conferencia de Costa Rica de abril de 1974, declamaba: “Para la Argentina la trascendencia de la conferencia está en que le permitirá enunciar en el foro internacional competente su vigorosa política de población e inmigración, para la que ya existe marcada expectativa”. Y en la misma conferencia se distribuyó, un documento oficial argentino que decía: “la integración continental no sólo debe realizarse a través de la complementación de las economías, sino también a través de la integración de las poblaciones latinoamericanas”. Allí mismo Llambí declaró; “invitamos a la inmigración del mundo, y

en especial a la latinoamericana, ofreciéndoles una legislación amplia y equitativa para contribuir, desde la Argentina, a rehacer la Patria grande... una América Latina unida y próspera

Insistamos en nuestra técnica de que más se ve la paja en ojo ajeno... releamos esas frases colocando en lugar de "Argentina", "Brasil" o, a nivel panamericano, "Estados Unidos". El carácter expansionista e imperialista está tan claro en las palabras como en los hechos. No es absorbiendo mejicanos o portorriqueños como Estados Unidos procurará una América bien unida, ni se puede hacer *desde* la Argentina una Patria Grande, sino un Imperio.

*Un ejemplo del subimperialismo poblacionista:  
el "Modelo Mundial Latinoamericano" de Bariloche*

La mistificación respecto a las condiciones reales de la población argentina y del mundo no corre sólo por cuenta de los gobiernos argentinos, sino también de instituciones y particulares de "buena voluntad" aquí más numerosos que en otros campos, puesto que el Frente Poblacionista abarca, en unión cada día menos misteriosa, la extrema izquierda como la extrema derecha. Ya hemos criticado a lo largo de estas páginas a múltiples predicadores poblacionistas argentinos que, mediante los medios de difusión a su alcance, contribuyen, a veces como "inocentes útiles", a difundir la prédica poblacionista que interesa a los explotadores, con tan buena conciencia que no se preocupan de tener compañía tan dudosa como los terratenientes, capitalistas, fascistas, religiosos, etc. o. Aquí, por su actualidad e importancia, presentaremos el caso Bariloche.

El "Modelo Mundial Latinoamericano" de la Fundación Bariloche es, hablando claro, un ejemplo gigantesco en el campo intelectual del círculo vicioso del subdesarrollo. Sin duda hay elementos interesantes en él, pero su enfoque central, que explícitamente se presenta como un modo distinto de enfocar el problema poblacional y que quiere, como el gobierno argentino, "salvar" a los países de ja limitación de la natalidad, no puede ser calificado de otro modo.

Su principio básico de que el descenso de la natalidad exige un previo crecimiento económico, cuando existen tantos ejemplos ya de regiones y países que bajaron su natalidad en pocos años sin modificar prácticamente su nivel de vida, apenas necesita especial refutación. Más aún, existen desde hace tiempo múltiples estadísticas que prueban que, en igualdad de circunstancias, el progreso económico lleva con frecuencia a un aumento de la natalidad (D. H. Heer, entre rail otros). Dura cosa es dar coces contra los hechos porque no encajen con los propios deseos y teorías.

Entre los presupuestos anticientíficos de todo el Modelo, señalemos también su adhesión a la vieja teoría, resucitada por Josué de Castro, de que el consumo de proteínas lleva biológicamente a bajar la natalidad, lo que ya no es defendido por ningún especialista serio y hemos refutado en detalle en nuestro *El subdesarrollo sexual*.

Otros muchos mitos, a veces, al parecer, progresistas, como las intenciones de sus autores, pero en realidad muy reaccionarios vician todo el trabajo, como su insistencia en el carácter ilimitado de los recursos naturales; el lector los encontrará refutados de antemano en nuestro *Explosión población al, economía y política*. Subrayemos aquí el que es central a su posición, como a nuestra crítica. El ‘ ‘ Modelo ’ ’ pretende básicamente que los problemas fundamentales no son los de población o recursos naturales “en sí” (\* (j), sino los de la estructura socioeconómica que, reconoce, es mucho más difícil de cambiar. Sin embargo basa su trabajo no ya en un estudio crítico de los intereses socioeconómicos existentes, y de cómo el factor poblacional puede evolucionar a partir de la realidad, aprovechando las contradicciones del sistema (como hicimos nosotros) sino que proyecta las posibilidades de acción después de una soñada “conversión” mundial en un lustro, para 1980, a un socialismo auténtico (conversión que al parecer ese sermón se encargará de precipitar). ¿Cabe trabajo más inútil, mejor dicho, “diversión” más clara de las posibilidades reales que ese dedicarse a imaginar el paraíso (o al menos una disminución de la contradicción, pues después de un siglo de “conversión” el ingreso de los países desarrollados todavía sería seis veces mayor que el de los demás) para tratar de convencer a los gobiernos de que sean “buenos”, se porten bien? No deja de ser impresionante encontrar a finales del siglo XX un grupo de científicos sociales progresistas que pretendan una “revolución por arriba”, y mundial por añadidura.

El utopismo del grupo Bariloche es tan monumental que los mismos sienten deber anticiparse a la crítica, y se defienden con frase de Stuart Mili: “Contra un mal grande, un pequeño resultado, no produce un pequeño resultado, simplemente no produce je resultado”. En sentido estricto, la frase es absurda, pues sí hay resultados; en sentido lato, los cambios, máxime cuando tan pequeños como los de población, aunque se hagan con nes reformistas son objetivamente transformadores, revolución como mostramos en nuestra obra antecitada. Pero el predicantes cambio demasiado grande y rápido para las condiciones existentes, lleva o bien al desánimo o (y) al moralismo verbal conservé o bien a algunas acciones de izquierdismo infantil, desatinadas refuerzan y como justifican posiciones reaccionarias.

Concluamos observando que no tiene nada de extra\*

“Modelos” que tienden realmente a esos resultados obtengan cuantiosos fondos de países desarrollados y empresas capitalistas. Sus organizadores estiman ingenuamente —esperémoslo— que son “buenos fondos” en contraposición al “mal fondo” que está detrás de estudios al parecer opuestos, pero tan integrados en realidad al sistema global como el catolicismo y protestantismo a un esquema religioso: son meros “hermanos enemigos”. Su intento de salvar la evidente contradicción agradeciendo repetidamente a las instituciones patrocinadoras por su “libertad académica” es algo, por decir lo menos, patético.

### *¡América “Latina” contra Suramérica*

Ya hace algún tiempo Oteiza notaba que si una cierta inmigración de países limítrofes podía ayudar “a ubicarnos en América Latina, a superar los prejuicios de superioridad frente al resto del continente”, para ello “esa inmigración debería ser muy regulada, ajustada al ritmo de crecimiento económico”<sup>7</sup> para “no crear un proletariado de segunda clase”, “condenándolos a hacer los trabajos más ingratos, como ocurre con los portorriqueños en Nueva York. Eso sería algo como contratar una servidumbre”. La experiencia ya reseñada muestra que eso es precisamente lo que está sucediendo en la Argentina de hoy, y resulta una mistificación de primer orden pensar que la actual inmigración limítrofe pueda ir “tendiendo como objetivo final a la libre circulación de los trabajadores latinoamericanos” (Consejo Federal de Inversiones, 1973), y no, como ocurre en realidad, a la asimilación brutal de los vecinos, que no tiene nada que ver, antes es directamente opuesta a una integración regional “verdadera” y “humana”, como mistificaba sobre este punto Llam-bí (15-IV-1974) y sostenía por esas mismas fechas su asesor, Lelio Mármora: “la integración continental no sólo debe realizarse a través de la complementación de las economías, sino también a través de la integración de las poblaciones latinoamericanas”.

Una unión conseguida en modo imperial, por absorción, lleva a una vida anémica y enfermiza y, lejos de impedir, facilita la dependencia de grupos exteriores, como notamos, en la Argentina, respecto del imperialismo de Buenos Aires. A nivel regional, si consideramos el subcontinente desde Colombia a la Patagonia, una unión de todos esos países no haría forzosamente libres a sus habitantes. La alternativa real no es “unidos o dominados” (Perón), sino “bien unidos o bien dominados”. La región mencionada, sin el Brasil, tiene en efecto hoy tantos habitantes y territorio como el Brasil: el estar unidos en alguna forma no sería mayor garantía de no ser dominados, puesto que el mismo Brasil lo está hoy, y en su día lo fueron

los aún mayores colosos India y China. Lo más importante no es pues cualquier tipo de unidad o integración, sino la que da fuerza. En el plano poblacional, no la absorción de "excedentes" de naciones vecinas empobrecidas que den más poder al país central, como ocurrió en la Argentina antes con el "interior" respecto a Buenos Aires y hoy los países limítrofes respecto a la nación toda entera, sino el desarrollo armónico en cada parte, por mucho que les pese a los traficantes de hombres.

En definitiva, no se trata de integrarse en una América "Latina", cuyo mismo nombre la delata, como hemos denunciado en nuestro libro sobre ese tema, como la América de los oligarcas "blancos", sino en una Suramérica democrática, sin discrimen ni connotación racial, en donde unos grupos no puedan ya traficar con la miseria de sus pueblos ni la de los pueblos vecinos, una Suramérica que no esté ya, como hoy, saqueada y superpoblada, una Suramérica liberada en que la gente no cuente por su número, sino que sea respetada por su calidad.

1 Por razones de seguridad y solidaridad nacional no sólo no conviene que los extranjeros constituyan más del 25% de la población en las zonas fronterizas, como pedían hace poco documentos oficiales, sino en ningún punto del país.

2 Véase el discurso de Perón, el 25-X-1973.

3 Hay que distinguir la reacción poblacionista del llamado a una actitud más responsable en la utilización de los recursos naturales, que es lo opuesto a aquella actitud. Así Clive Petersen, en el *Bueno» Aires steratd*: "A menos que los 23 millones de argentinos prueben que son capaces de utilizar adecuadamente su tierra, otros tendrán tentaciones y se verán obligados a hacerlo" (B. Berelson). El Dr. P. Burkholder afirmaba: "Algún día el mundo en aumento va a necesitar cada kilómetro cuadrado de este país, y la Argentina debe darse cuenta de ello" (*La Nación*, 24-V-1964).

4 Sobre la Argentina y su tierra ya hablamos. Sobre el Amazonas, recordemos que ese desierto verde es ya incapaz de alimentar a su minúscula población. Véase la obra de Osborn o la de Tito Ramos Pereira.

5 Su discurso en Costa Rica el 15-VT-1974 no es menos desorbitado y demagógico. Al control natal, universalmente practicado, lo llama "política de erradicación parcial de la raza humana" y, como si aún estuviéramos a principios del mundo, afirma: "creemos en el 'creced y multiplicaos'". Más papista que el Papa, parece que este diplomático es capaz de excomulgarlo por admitir la Iglesia el control natal, ya que afirma que está contra eso porque "creemos que el hombre sigue siendo una creatura hecha a imagen y semejanza de Dios". ¡Pensar que el porvenir de nuestro país está ligado a quienes profieren tales desatinos y a quienes los respaldan!

6 Diez millones de inmigrantes en un año equivale a una población superior a la que tienen hoy en conjunto Paraguay y Solivia. A otro propósito. Thompson calcula que para esa cantidad, en barcos de 2000 inmigrantes, harían falta 425 barcos que hicieran un viaje mensual.

7 Algunos autores argentinos, como T. de la Torre, intentan minimizar el saqueo de personal que la Argentina realiza en los países limítrofes, diciendo con Varlez que esas pérdidas "no tienen ninguna significación real, porque este pretendido capital humano no tiene valor sino en tanto en cuanto

puede empicarse útilmente y constituye un mal en lugar de una riqueza si pretende imponerse en un mercado de trabajo ya saturado. . . lo que sucede generalmente". Pero no se pregunta por qué el mercado de trabajo en los países limítrofes de la Argentina está saturado, y quiénes ayudan desde el exterior a mantener la situación que provoca esa superpoblación. Recordemos lo que decía en Francia G. Mouton: "El que sostiene el derecho a inmigrar ayuda a mantenerse a Franco y Salazar y a las doctrinas anticuadas del natalismo falsamente cristiano".

8 Se hace lo contrario de lo que decía Alberdi a este respecto que convenía hacer: "el gran medio de educación popular americana es la inmigración de poblaciones educadas" en la libertad.

9 Recordemos sólo a Sergio Bagó, quien sostiene que "excepto en algunas regiones de las Antillas y de América Central. América Latina no está siquiera rozando el problema de la superpoblación".

## CAPÍTULO DÉCIMO

### ¿CANTIDAD O CALIDAD!

#### *delaciones entre la cantidad y la calidad*

Como en su moneda, su ganado, sus instrumentos y con todos los demás seres en cuya producción o reproducción interviene, la humanidad se ha visto abocada a una opción respecto a sí misma por lo que toca a su cantidad y calidad, dadas las relaciones dialécticas que unen esas dos categorías, relaciones que el marxismo popularizó diciendo que la cantidad cambia la calidad (y viceversa).

La ley del desarrollo expresada en la curva logística ayuda a comprender mejor este fenómeno, y a evitar, al menos en el campo conceptual, frecuentes y estériles discusiones. Hay momentos en que los rendimientos son crecientes, en que un aumento en la cantidad ayuda a la mejora cualitativa de los miembros del grupo, siempre que ese aumento no sea demasiado rápido, demasiado brusco. Un grupo humano pequeño puede así mejorar su nivel de vida por la mayor división del trabajo, mejorar su seguridad por su mayor fuerza, si incorpora a otros miembros a un ritmo tal que no sufra ni su calidad ni su cohesión. Pero si ese ritmo es demasiado rápido y (o) se ha sobrepasado el óptimo poblacional, el punto de inflexión de la curva logística en que comienzan los rendimientos decrecientes, entonces ese aumento cuantitativo favorece el deterioro cualitativo en forma uniformemente acelerada. La misma causa —crecimiento cuantitativo— produce pues efectos contrarios de acuerdo con el grado de desarrollo alcanzado. Si se comprende esto, lo que quedará por dilucidar será “sólo” cuándo el ritmo de crecimiento numérico es demasiado rápido, cuándo se sobrepasa el número al óptimo, o bien cuándo la búsqueda de una calidad exquisita impide llegar al óptimo cuantitativo. Esta última posibilidad es casi puramente teórica hasta nuestros días, ya que la tendencia al crecimiento numérico de la sociedad humana es muy fuerte y resulta difícil que antes de sobre

pasar el óptimo pueda frenarlo consideración tan “exquisita” como la búsqueda de la calidad, cuando ésta sólo consigue hacerlo en parte y ligada a factores mucho más inmediatamente decisivos después de sobrepasar ese óptimo.

Spencer recuerda ese antagonismo relativo entre cantidad y calidad a nivel no sólo de grupos, sino en los mismos individuos: “\*01 progreso en volumen, complejidad o actividad implica un retroceso en fertilidad, y viceversa”. Los grandes animales tienen muchas menos crías que los pequeños, al mismo tiempo que aseguran mucho más su pervivencia.

Este último punto es de capital importancia: un esturión pone centenares de miles de huevos que perecerán en su inmensa mayoría, mientras que el número de crías disminuye también en las distintas especies a medida que aumenta el porcentaje de sobrevivientes. Este fenómeno es el que, como vimos, se está verificando ahora cada vez más dentro de la especie humana que, con no pocos problemas, intenta acomodarse a las nuevas circunstancias en las que ya no la mitad, sino sólo menos de la décima o vigésima parte de las crías mueren a poco de nacer.

#### *Algunos aspectos económicos y políticos del problema*

No repetiremos datos sobre este tema que en cierto modo impregnan nuestro análisis, pero sí nos parece importante por su trascendencia aportar algunos datos complementarios. Recordemos lo que decía Diderot: “no basta tener hombres; hay que hacerlos industriosos y robustos”; Voltaire añadía: “todavía no hemos dado el bienestar a los hombres. ¿Por qué desear tanto aumentar su número? ¿Para hacer más desgraciados?”, y Condorcet combatía la “idea pueril de llenar la tierra con seres infelices e inútiles”. En la Argentina actual, como un eco doloroso, el ya citado diario *Noticias* de Punta Alta advertía: “La Argentina Potencia sólo será una realidad el día en que los argentinos, además de ser más, seamos felices”. Hace años que el ingeniero Oteiza alertaba: “insisto: lo que cuenta es la *calidad* de la vida de una población y no los esquemas de pseudopotencia y pseudopoder, que a veces ocultan la miseria”. Milenios antes, ya Aristóteles salía al paso de un prejuicio: “la mayoría de la gente piensa que si una ciudad tiene que ser feliz necesita ser numerosa. Juzgan la grandeza por el número de gente que vive en ella; pero no se debe mirar sólo el número, sino el poder y productividad”.

Ese prejuicio, esa “manía numérica”, tiene en la Argentina una larga tradición, a pesar de su “vulgaridad teórica”, que la haría insostenible si no la apoyaran intereses inconfesables. Así la

criticaba Juan Agustín García en 1911: “con la medida de Alberdi resultarían modelos de buen gobierno el mandarinato chino, el rajato de la India y los antiguos soberanos asiáticos. Todos esos gobiernos poblaron, y los caciques africanos poblaron, pero los hombres fueron más miserables y abyectos, más indignos de saborear el precioso don de la vida... La medida de los valores sociales y políticos no se radica tanto en la cantidad como en la calidad. Si gobernar fuera poblar, la tarea del hombre de Estado sería muy subalterna e inferior, un oficio común, al alcance de cualquier buen sentido con las condiciones de un jefe de inmigración. El aforismo de Alberdi tuvo un gran éxito en esa alma argentina algo infantil, imprevisora y que sólo atiende a juzgar el momento presente”.

Esa crítica de García es, como vimos, superficial, porque estima ser un error, un infantilismo, una necedad, que él, como maestro, puede corregir. Crítica idealista, que no lleva sino a una solución ideal, abstracta, inoperante. Porque los así criticados no son tontos, y en determinados momentos incluso dejan de lado sus fingimientos y diagnostican conforme a la realidad y no conforme les dictan sus intereses de clase.

El mismo Alberdi decía muy claro: “Para el estadista contemporáneo, profesar el lema gobernar es poblar, tal como se lo entiende comúnmente, equivale en buena medida a actuar en dependencia del tiempo que vendrá; confiar al porvenir la superación de muchas dificultades presentes. Esa remisión al futuro ha hecho que se miraran sin premura graves cuestiones económicas y sociales, convencidos de que cuando se tuviera más población se resolverían solas”, añadiendo que está bien querer cien millones, pero también es legítimo y “más urgente *dar a toda la población argentina, en el momento presente y sobre la base de sus propias fuerzas, una cultura y un nivel de vida como la de sus centros mayores*” (subrayado suyo), lo que subraya también en las *Bases*: “conviene *aumentar* el número de nuestra población y, lo que es más, *cambiar* su condición en sentido ventajoso a la causa del progreso” y, en otro lugar, “necesitamos más población y mejor población”. Con todo, la crítica de García a Alberdi es justa en el sentido de que unas frases de reconocimiento de la mayor importancia de la calidad no pueden prevalecer sobre toda una obra dedicada a exaltar la cantidad. Máxime cuando esc reconocimiento es tan poco serio que cree se pueden alcanzar siempre ambas cosas al mismo tiempo, como si no hubieran problemas y opciones al respecto.

Incluso un Congreso tan poblacionista como el argentino de población de 1940, que ya hemos criticado, concluye diciendo “que en el concierto de la fórmula de cantidad y calidad para aumentar la población argentina, se recomienda una posición de equilibrio en que

*no se sacrifique la calidad a la cantidad, M reduzca con exceso el crecimiento de esta última*”, declaración que cobra más fuerza si se tiene en cuenta que por votación -se rechazó la ponencia de Madrid Páez que sostenía que la cantidad no desmerecía la calidad y había que fomentar el crecimiento vegetativo al máximo. También una persona que ha pasado a la historia como muy poblacionista, Bunge, está de acuerdo con Martín Gil en que “sin duda sería prudente preocuparnos más de la calidad que de la cantidad” (*La Nación*, 19-IX-1937). Pero como lo hace de paso y como para ocupar el tiempo muerto en que no se puede hacer “lo fundamental”, aumentar mucho la cantidad, es lógico que no se tome en serio esa tarea.

Insistamos: *de nada valen las declaraciones de principios, el reconocimiento teórico de la importancia o incluso primacía de la calidad si no se cambian las estructuras que favorecen a los que lucran abaratando los hombres, provocando la inflación humana*. Incluso el Plan 1947 -1951 dice: “lo primordial era en aquel tiempo [el siglo diecinueve] poblar; y aunque hoy día esa básica finalidad subsista... la inmigración tiene que ajustarse a nuevos criterios”. Ya hemos visto la realidad de los hechos, que precedían por lo demás las demagógicas declaraciones de ese Plan de fomentar *al mismo tiempo* cosas que hoy, con la superpoblación existente, son tan antagónicas como la cantidad y la calidad. Pero los gobiernos y sus voceros intelectuales no dejan de insistir en que estamos en el paraíso, que *aquí todo es posible*. Así en 1969, el Dr. Raymundo afirma que la Argentina “no se encuentra ante el dilema de aumentar los hombres o aumentar las riquezas, sino ante la posibilidad de aumentar hombres y riquezas al mismo tiempo”. Qué intereses se esconden detrás de esas declaraciones “patrióticas”, que llenan de orgullo... a los incautos, se ve más claro en las declaraciones del Dr. Carlos J. Rodríguez en la *Revista de Economía Argentina* de 1938, según el cual aquí, al revés que en Europa, no hay temor que crezca la población, pues no hay que “deshacer hacinamientos de fortuna, que no existen” [sic]; aquí, pues, “aumentar la población es extender el bienestar”. Creemos más adecuado pensar con A. Korn en unas “Nuevas Bases” que insistan en la mejor distribución de lo existente; como decía Carlos María Quinodoz en la revista y fecha antecitada, antes de crecer más la Argentina sería conveniente realizar la justicia pues, decía entonces, si no se había podido hacer justicia con 13 sería locura pensar hacerlo con más. Allí mismo A. L. Palacios declaraba: “es desatentado, en mi concepto, procurar el aumento de población cuando la que existe sufre hambre, o es presa de las plagas del pauperismo”, añadiendo que “gobernar no consiste en amontonar”.

En esto último diferimos, como ya indicamos: *gobernar* (en au

sentido de mandar, dominar) sí *consiste en amontonar*, hacinar, etc., puesto que es así como se consigue: degradando al pueblo por la población, con lo que se obtiene “ciudadanos de segunda categoría, ilotas” (*Revista 2001*, marzo de 1974), una “segunda Argentina” de segunda clase (*El Economista*, 22-III-1974) que sea como el pueblo de corderos que intuyó Alberdi (como consecuencia lógica, aunque conscientemente no fuera reconocida, de su poblacionismo a ultranza).

### *La educación “primaria” o “superior”*

En el terreno de la educación se manifiesta en modo claro, dramático incluso, la antinomia creciente entre la cantidad y la calidad. En nuestra obra sobre la explosión poblacional hemos analizado cómo ésta tiende a degradar la calidad de la educación, desde el nivel primario, fomentando los semi-analfabetos, hasta el nivel universitario, en que multiplica los defectos tradicionales que denunciara Alberdi: “La instrucción superior en nuestras Repúblicas no fue menos estéril e inadecuada a nuestras necesidades [que la educación primaria]. ¿Qué han sido nuestros institutos y universidades de Sud América, sino fábricas de charlatanismo, de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada!”

Los partidarios del régimen existente intentan ocultar estos hechos con datos que demuestran un progreso en alfabetización, escolarización, etc. Notemos que ya esos mismos progresos denotan desigualdades con frecuencia crecientes que perjudican a los grupos marginados, como las provincias 1, las mujeres, etc. Pero es sobre todo el contenido, la calidad de esa educación, que evidentemente es lo que cuenta, lo que más padece en esa situación de superpoblación. En un artículo titulado “La Argentina se halla estancada desde 1960. Las estructuras educativas no acompañan la explosión demográfica latinoamericana” (*La Opinión*, 20-1-1974) notaba que “con relación a la enseñanza primaria y media, la tasa de crecimiento de la matrícula total sólo ha superado a Haití por tres centésimas, sobre un total de 22 países considerados y que ha retrogradado del 9 al 14 lugar desde 1960 y 1970, si se tiene en cuenta la relación entre matrícula total y población. En relación al porcentaje presupuestario destinado a educación (9,8 %), ocupa el penúltimo lugar, antes que Brasil”. Contra cualquier evidencia, a nivel familiar o estatal, los traficantes de hombres (desde niños) intentarán con todo ocultar la realidad y decir que ellos, ahora, van a dar más y mejor educación

---

Esos ‘ ‘ poblacionistas ’ ’ piden más niños y publican fotos —como prototipos a reproducir, al parecer por el contexto— de niños marginados, de toda evidencia no escolarizados (*Las Bases*, 5-UI-1974;

*Acción*, 16-III-1974). A ellos opondremos con Benítez do Castro (*El Economista*, 22-III-1974) que “un argentino bien preparado vale por tres educados ‘en masa’”, como muestra el hecho que siendo el 10% de la población latinoamericana se produzca (todavía) el 25 % del total suramericano. Pero, claro, eso *vale* para el país, no para los explotadores, para quienes resulta también utópica, más aún, peligrosa, la observación de E. Nilson de que “en mi opinión, el problema debe ser tratado con relación al niño, no con relación a las hectáreas de tierra que haya que poblar”.

La posición del gobierno peronista, como la de la generalidad de los anteriores, no deja lugar a dudas. Recordemos cómo se apoyaba y apoya en la sustitución relativa de máquinas por hombres o, más concretamente, por músculos de hombres. Aquí hay que aplicar el “a usted no se le paga para que piense”; más aún: el pensar entorpece ese sistema de producción. Estorba una educación incluso mediana para ese sistema de explotación, que sólo requiere una instrucción *muy* primaria, que es la que el ministro Taiana (*Clarín*, 28-VIII-1973) dice que hay que fomentar por encima y, en realidad, contra la educación superior, ya que la Universidad está cada vez más —a medida que se revela mejor cual es en realidad el sistema— contra ese tipo de (in)productividad. A nivel mismo de enfrentamientos callejeros, el peronismo revive desde el 1-V-1974 el (en ese sistema) lógico y para él fructífero enfrentamiento entre alpargatas y libras 2.

Nosotros no aceptamos falsas alternativas. Después del 11 de marzo de 1974 Borges declaró que los que votaron por Perón mostraban que en la Argentina había más de seis millones de tontos. Esto sólo bastaría para condenar a una clase dirigente que, como la que él representa, no supo ni satisfacer, ni siquiera “educar” al pueblo<sup>8</sup>. Este eligió lo menos malo que se le ofrecía, con la esperanza de un rejuvenecimiento del peronismo, que volvió, como se está viendo, como tantas otras restauraciones, “sin haber aprendido nada y sin haber olvidado nada”, para completar rápidamente su ciclo histórico, para realizarse y morir. Más sofisticado que Borges, ya hace un siglo Sarmiento dijo: “Un pueblo ignorante elegirá siempre a Rosas. Hay que educar al pueblo”. Nosotros no elegimos ni una educación tan primaria como la de Sarmiento o la de Perón. El adoctrinamiento, la mera desesperación puede llevar a votar masivamente hasta por un Hitler. Nosotras propugnamos, exigimos una educación cualitativamente aceptable, *superior* en el pleno sentido de la palabra, sin censuras, que lleve al pueblo argentino a elegir con plena libertad su propio destino, más allá de próceres o caudillos.

*La vitalidad del hombre argentino*

En BU primera época, J. D. Perón dijo: “el 50 % de nuestros muchachos de veinte años están inhabilitados para la prestación del servicio militar, lo que significa su incapacidad para la lucha por la vida”. El congreso de población de 1940 de Buenos Aires ya había dado sobre osea y otros temas datos muy amargos. Sobre la situación actual, el secretario de Salud Pública dice en 1974: “El estado sanitario de la Argentina es una vergüenza nacional e internacional. Una mortalidad infantil global del 60 por mil y zonal que varía entre 140 y 200 por mil nos coloca entre los países subdesarrollados del mundo. La tuberculosis tiene una infección escolar global del 10 % y zonal del 15 al 20 %. La enfermedad de Chagas cubre el 70 % de la superficie del país y existen 330.000 enfermos de miocarditis por su causa. La absoluta falta o la inadecuada atención médica rebasa largamente el 60% de la población del país”.

Fijémosnos, por ejemplo, en el mal de Chagas. En datos aceptados en esferas oficiales, Genke afirma que abarca 2,5 millones de argentinos. Enfermedades de la miseria, que hacen doblemente mísero, incapaz para el trabajo, a quien las padece, el actual gobierno peronista insistió en su campaña electoral en que iba a erradicarlas; pero después de más de un año de actuación hemos debido comprobar con la natural indignación que nada se hace ni para conocer el número y lugares de los afectados. Ocurre que no se trata de una enfermedad como el paludismo, que pueda erradicarse a precio irrisorio y con gran predicamento para el gobierno. El *trypanosoma criuri* es transmitido por la vinchuca, insecto que se encuentra en los ranchos, habitaciones miserables, y de los que las desinfecciones no consiguen alejar sino por poco tiempo. Su erradicación está pues ligada a una mejora importante de la vivienda rural que, como vimos, está muy lejos de encontrarse hoy en vías de realización.

Lo mismo sucede con otros aspectos de la salud. Recalquemos que la medicina moderna, en sentido estricto, aumenta con poco costo la duración, la cantidad de la vida (en personas y en años vividos por cada una de ellas), pero para que mejore la calidad de esa vida se requiere una transformación social. Así también, la medicina puede curar ciertas enfermedades relacionadas con la desnutrición (no todas), pero los efectos fundamentales de esa desnutrición permanecen durante toda la vida, se inscriben en los huesos, la carne, las energías, “el alma” toda del individuo. Ya hemos visto cómo el argentino medio (y el habitante de la Argentina, para incluir los extranjeros) consume mucha menos carne y alimentos en general que

antes. Estamos lejos ya de Diego de Alvear, quien a principios del siglo diecinueve notaba sobre Buenos Aires que “la abundancia y baratura de los alimentos había formado una raza fuerte y robusta”. Como hemos señalado en *El subdesarrollo sexual*, el subdesarrollo general se manifiesta en el de la misma estatura, peso, etc., de las personas. Los pueblos que se van subdesarrollando, los pueblos superpoblados en relación a los alimentos que consumen (y así lo es, con cifras bien claras, la Argentina de hoy), van bajando de estatura, vigor, etc., van llegando a una degeneración, “decaimiento racial”, como se reconoció, a pesar de oposiciones (“sentimentales”, no objetivas) en el congreso de población antecitado.

También contribuye a la decadencia de la apariencia (y realidad) física, racial (pues es también hereditaria), la necesidad de dedicarse a trabajos rudos. El Centro de investigaciones sociales latinoamericanas en el Brasil, opuesto “religiosamente” al control natal, se resignaba hace poco con facilidad a no aumentar la duración de la vida, acortada por el intenso trabajo muscular, porque la abundancia de mano de obra en el Brasil “no inclinaba por el momento” a sustituirla por energía mecánica. En la Argentina ya vimos cómo se tiende a esa “brasileñación”, a ese sustituir máquinas por hombres. Y los “abaratadores de hombres tienen incluso el atrevimiento, como Llorens y Correa en 1948, de sostener que quieren una población “más numerosa y vigorosa”. Su opción por la cantidad “explotable” contra el hombre mejor se revela en toda su obra, hasta el punto de pedir que no se insista en el certificado médico prenupcial para fomentar uniones “legítimas” y *fecundas*...

Aquí se revela al desnudo la salvaje codicia de los explotadores tradicionales de hombres. Incluso respecto a los animales hace tiempo que la Argentina ha pasado de la explotación salvaje de los numerosos animales salvajes a la cría sistemática de un número relativamente menor pero cuya calidad compensa de sobra la disminución proporcional de la cantidad; se ha pasado “del animal rústico al perfeccionado” y se ha adoptado “la práctica de comprar ganado sobre la base de su calidad en vez de una cantidad fija por cabeza” (Dagnino Pastore). Plaza notaba en 1963 que a los animales los visita obligatoriamente el veterinario cada tantos meses, mientras que “los pobres no han alcanzado la categoría de vacas”.

Ya Marañón notaba que “si nadie considera el mejor ganadero al que cría más ovejas, sino al que produce razas más escogidas, resultará absurdo considerar como modelos de paternidad a quienes coloquen en el mundo mayor número de hijos y no a los que se esfuerzan en formar hombres y mujeres... sanos, inteligentes y buenos”. Pero en la Argentina actual aun es el buen padre, el patriota el que hace muchos hijos para la patria capitalista, la pa

tria de los patrones, la que ahora declara, en una "revolución cultural" "a lo Constantino" que el esclavo es el amo, que el descamisado es el bueno, e incluso que es el que tiene el poder... por lo que él podrá seguir siendo, pero ahora orgulloso, descamisado, mientras que los que le robaron hasta la camisa dicen que ahora la administran en su nombre y a veces le regalan en invierno una manta por medio *del* ministerio del pueblo; es decir, que explícita, pública y oficialmente se reconoce que los ministerios del Interior, Hacienda, Defensa, Educación, etc., no lo son: sólo es *el* del pueblo el ministerio de Bienestar Social, el de la "caridad", la "limosna", la lotería, el orfanato y el hospicio. El sistema, como aquel caballero español, establece un hospital después de haber hecho los pobres.

López Pega comprará petróleo para el país a un precio *doble* del mundial (y, claro está, ciertas ventajas personales), pero el día de los *Magos* regalará doscientas bicicletas, para que al menos algunos no tengan que ir a pie por la carestía de combustible. Y esto no es una mera anécdota de un epígono. En la semana trágica de Buenos Aires de 1918 el gobierno de Yrigoyen hace ametrallar a obreros huelguistas. El joven teniente que manda el destacamento aprenderá después métodos más sutiles. "En España se explicó la guerra civil. ¿Qué se explicaría aquí si nuestras masas de criollos no fuesen todo lo buenas, *obedientes* y *sufridas* que son? Para que los soldados sean más eficaces han de ser *manejados con el coraón*. También los obreros pueden ser dirigidos así. Sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esás vías, *para dominarlos*, para hacerlos verdaderos colaboradores y cooperadores" (Perón, 25-VII-1944; subrayado nuestro). Este es, a corazón abierto, el "Perón, corazón" de los lemas partidistas. Peña, que cita estas frases de Perón, nota cómo "Perón se reconocía frente a la burguesía como el representante de las masas trabajadoras, llamado a hacer felices dentro del orden capitalista a las clases inferiores del pueblo", aunque la situación le obligara a ir cada vez más a la derecha.

Para que todos los ministerios sean del pueblo, para que el argentino reconquiste de verdad su país, para que la liberación llegue no sólo en las palabras —estamos *hartos* de revoluciones libertadoras o procesos de liberación— sino en los hechos, concentrémonos en reforzar física y educacionalmente al hombre argentino actual, 8 id dificultar más esa tarea (que todos los gobiernos han prometido realizar pero ninguno lo hizo en serio) con una inflación poblacional. No tenemos ninguna obligación de llamar a la existencia a un número mayor de posibles pobladores de nuestra tierra, pero sí tenemos una gravísima y urgente obligación de mejorar la calidad de los que ya viven. La calidad es mucho más importante que la cantidad,

en el antagonismo creciente que la explosión poblacional mundial va estableciendo entre ambas categorías.

*Ningún* país industrializado tiene hoy una natalidad tan alta como la Argentina. El ascenso social de los pueblos modernos se ha realizado, *sin excepción*, mediante, entre otras cosas, una reducción creciente de su natalidad. Ya hace tiempo que se notó cómo los grupos y las clases sociales que querían elevarse restringían su proliferación. A Dumont, como otros muchos tradicionabstas, hablaba en el siglo diecinueve de “la enfermedad de la democracia”, el descenso de la natalidad para conseguir la “capilaridad social”; por eso los poblacionistas son antidemocráticos, hacen un frente común en el mundo entero con los fascismos, militarismos y totalitarismos de toda índole, junto con los grupos religiosos más retrógrados, para oponerse al control natal, mientras que los que son de verdad progresistas practican y exaltan ese instrumento de liberación. J. Jaurés, por ejemplo, notaba: “la baja natalidad es un índice seguro de civilización”, y B. Russell observaba: “opino que el más importante entre los valores occidentales es la costumbre de una baja natalidad. Si se la puede extender al mundo entero, también éste podrá aprovecharse de otros aspectos agradables de la vida occidental. Se dará no sólo la prosperidad, sino también la paz”. Y en América el primer Vasconcelos, proyectándole en parte en el futuro, comentaba: “se creyó al principio que el desahogo material traería consigo un gran aumento de población, pero ocurrió todo lo contrario. El horror de una China repleta de hombres iguales y miserables, el horror de una Chicago o de de una Nueva York llenas de esclavos, había servido de enseñanza y ejemplo. Los explotadores ya no se atrevían a propagar sus doctrinas de reproducción ciega, y el hombre libre, en acatamiento de su más despejado instinto, cesó de propagarse como se propagan las bestias. A mayor grado de prosperidad, descendencia más reducida, fue la ley que la estadística iba descubriendo, y por fin, por una serie de triunfos brillantes, la Humanidad ha ido llegando a estas épocas de vida justa y noble, gloriosa y libre”.

El control natal se impone cada vez más por razones no sólo económicas, políticas, educacionales, sociales en una palabra, sino también por razones biológicas. Bien conocido es el hecho de que los hijos de familias muy numerosas, tenidos por madres de mucha edad, etc., son más débiles. Los múltiples hijos, por lo general no queridos, de los grupos más expuestos a la desnutrición, pesan ya mucho sobre esos grupos y sobre el resto de la humanidad 4. Con el tiempo, como notaba Halbwachs de Francia, el control natal, antes “medio de luchar contra la miseria” será cada vez más “el método quizá más eficaz para mejorar y hacer progresar a la especie humana”. No menos explícito, J. Huxley afirmaba: “pienso en el

control natal no sólo como algo para aliviar la miseria presente sino como un medio mediante el que el hombre podrá a largo plazo hacerse cargo de la evolución cósmica". Llena de esperanzas superiores a las soñadas por ningún profeta, se abre radiante entre nosotros, si sabemos utilizarla, la era de la eugenesia.

Hoy día, en efecto, como notaba Chandrasekhar, podemos elegir ya en buena parte no sólo entre cañones y mantequilla, sino también entre medios hombres y hombres enteros. Vale pues más que nunca la amonestación que a la "perfecta casada" diera Fray Luis de León: no insistir "en parir muchos hijos, sino en cuán pocos y buenos".

Los argentinos que, como los franceses en Europa, habíamos sido los pioneros en ese culto a la calidad, en esa planificación de la reproducción, estamos también aquí perdiendo terreno, en una competición por la cantidad que es absurda y criminal, ya que "sólo la eficacia nos equilibrará potencialmente a países superiores en número" (Quargnolo). Esa carrera insensata está fomentada por quienes no quieren que haya gente que valga, sino valerse de la gente. Estos tales no dudan que "el individuo se devalúe en esta abundancia de vida" (Jacobi) sino que, precisamente para devaluarlo y explotarlo, fomentan ese proliferar desenfrenado, canceroso, de la vida. Y en pos de sus intereses asociales negarán la superpoblación, la inflación poblacional argentina, pues para ellos, en efecto, aún es insuficiente para sus intereses. ¿Qué de extraño tiene, si niegan la misma inflación económica, contra los hechos más evidentes! Así, cuando a raíz de las declaraciones del director del Banco Central hubo quien pudo denunciar con datos oficiales que "el gobierno justicialista ha emitido en 450 días de gestión la suma de 2 billones 222.570 millones de pesos, es decir, casi una vez y media el total del circulante que existía en el país (y que era la suma total de lo emitido por todos los gobiernos anteriores) en el momento de llegar a la Casa Rosada" (*La Prensa*, 7-VIII-1974) no faltaron "complacientes", como Javier Andrés Llanos, que declararan que eso eran falacias y que "se moderó notablemente la inflación galopante de los años precedentes" (*La Opinión*, 10-VIII-1974), aunque el gobierno mismo reconociera después una inflación superior al 40 % sólo para 1974, mayor que la de años anteriores. ¿Qué puede esperarse reconozcan estos "críticos" respecto a la inflación poblacional, que no puede cuantificarse de ese modo!

Concluamos: el decreto 659 del 28-11-1974 declaraba que el control natal "es uno de las factores que auspician y estimulan modos de vida antagónicos a los que corresponden al destino de un gran país". Si por "gran país" se entiende una Argentina dictatorial y expansionista, tiene razón. Pero eso es lo contrario de la Argentina

geuina que casi todos queremos. Ese decreto, y el crecimiento poblacional que propugna, es el que conspira contra nuestra Argentina: ya hemos visto que todos los aspectos más caros de nuestra nacionalidad se encuentran amenazados, degradados por ese crecimiento acelerado de población: desde los hábitos de hospitalidad y tolerancia que se convierten en sangrienta intolerancia, hasta la ubicación local, que se torna en hacinamiento en grandes ciudades, pasando por el empobrecimiento de los hábitos alimentarios (el mate, complemento del consumo de carne, será pronto así un ridículo anacronismo) e incluso la degradación de la misma contextura física de los argentinos.

1 Como en el altipano de Perú, donde *\*1a escuela actúa como un organismo para promover la emigración* (Montoya, en La Rioja, la educación "sirve más bien como medio para socializar al futuro emigrante (Margulis), de modo que, como nota Crito de la provincia de Córdoba rural, "el fracaso de los niños en la escuela, que es lo más frecuente, equivale al triunfo de la integración de la comunidad".

2 El marginamiento por el peronismo de carreras como sociología y sicología, e incluso el derribo de los edificios que albergaban esas y otras disciplinas (para "remodelarlas", claro está) no puede ser más significativo.

3 Ya a los 33 años, como Hegel y los demás de su clase, Borges dijo: "el mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges". De ahí su carácter negativo, destructivo: "Latinoamérica no existe, es una ficción. Nadie se siente latinoamericano... La raza negra es inferior...". /Su ceguera voluntaria, síquica, social, no habrá influido en su creciente ceguera física? Es triste, incluso sórdido, tener que ocuparse de esas cosas. Pero no se puede menos de denunciar objetivamente a quienes, por su mayor capacidad intelectual, han sido capaces de alienar más nuestra cultura; y en c) caso de Borges esto no se ha limitado al terreno de las ideas; él ha sido, por ejemplo, responsable directo de que bajo su dirección continuara y se agravara el empobrecimiento de nuestra Biblioteca Nacional.

3 bis Los utopistas bien intencionados dirán: que les den comida, no control natal. Pero no les "darán" nada, sino que tendrán que conquistártelo ellas. Y la experiencia histórica muestra que eso es mucho más fácil si se prejaran para esta lucha por sus derechos restringiendo también su natalidad. según exponemos en *Explosión poblacional, economía y política*.

## APÉNDICE

### LA ALIENACION ARGENTINA

Estas páginas, escritas dos años después de nuestro estudio de la población argentina, no pretenden ser un resumen de su tesis fundamental: la existencia de una vieja y profunda superpoblación y su fomento artificial para mantener la explotación del pueblo. Tampoco nos parece necesario insistir en los remedios de carácter directamente poblacional, claros y fáciles cuando los intereses asociales no impiden verlos o aplicarlos.

Sí queremos subrayar en cambio hasta qué punto la política poblacional, sobre todo en lo referente a las migraciones externas e internas, ha sido empleada por los grupos dominantes para fomentar sus intereses; y cómo, por tanto, la política poblacional responde a la política imperante y la pone de manifiesto. Sería difícil encontrar un país en que la política poblacional haya sido empleada de un modo más explícito como *base*, como arma para la constitución real de una sociedad. De ahí el interés que se ha tenido (con tanto éxito) en ocultar sus verdaderos objetivos, que hemos ido demistificando en - nuestro análisis.

Estas circunstancias explican cómo a partir de ese estudio poblacional argentino podemos ahora comprender mejor el sentido de la historia de nuestro país, que sintetizamos en las páginas siguientes. No las calificaremos con todo de conclusión de las precedentes, sino de apéndice, porque introducimos aquí, como en todo juicio histórico global, otros elementos no analizados en detalle en esta obra, sino en *Los racismos en América Latina* y otros estudios nuestros, algunos inéditos.

Si bien el imperialismo incaico era fuertemente sentido desde Quito a la Araucanía, la historia argentina puede comenzar para nuestro propósito desde el momento en que el imperialismo español trasladó el "centro de la opresión" (inmediato) de Cuzco a Lima

Todo el territorio que corresponde a la actual Argentina quedó entonces situado en forma muy periférica a aquel que, a su vez, era el más apartado rincón americano del imperio español.

Sólo en las postrimerías del colonialismo español, en respuesta a intereses estratégicos más que económicos, se creó en el Litoral un Virreinato del Río de la Plata que colocó un subcentro de poder en una zona relativamente despoblada de indígenas, y por tanto desprovista de la fuente tradicional de riqueza en América: las “encomiendas”\*. Esta súbita transformación de las regiones (pre) argentinas (más) céntricas en las más periféricas y viceversa, esta inversión radical del baricentro político iba a pesar decisivamente sobre los destinos de la futura república.

Con la independencia, la posición de Buenos Aires le permitió, mediante su Aduana y en coincidencia con los intereses del imperialismo inglés, explotar a distancia a la gran mayoría mestiza del noroeste del país. El colonialismo cultural, las facilidades del climar, etcétera, llevaron a esa minoría criolla a concebir el proyecto de forjar una segunda Argentina que fuera en realidad la primera e incluso la única “argentina”, blanca como la plata que le da nombre; es decir, la “Argentina argentina”; proyecto migratorio que no sólo coincidía con los intereses de los países europeos, sino que produjo enormes dividendos económicos y políticos a la oligarquía criolla.

Desde el punto de vista nacional, la inmigración constituyó, el proceso más completo de extranjerización, de extrañamiento y, por tanto, en su sentido más estricto, de alienación del primitivo carácter nacional, tal y como explícitamente lo proyectaron sus promotores, que querían repoblar sus cotos con “buena casta”. Los extranjeros, recordémoslo, fueron durante 60 años más del 70 % de la población adulta de la capital, y más del 50% de la población de las regiones entonces más ricas del país; permanecieron concentrados en la zona de desembarco, ya que el latifundismo y el desmantelamiento por parte de la Aduana de Buenos Aires de la industria del interior les impidió difundirse y mezclarse con el resto del país. La oligarquía criolla había creado de ese modo una especie de *zanja nacional económica* para mantenerlos apartados del resto (la mayoría entonces) del país, confiriéndoles el título de ciudadanos de primera clase (aunque no tuvieran ni la ciudadanía legal) por el hecho de ser blancos, “<sup>1</sup> argentinos”.

Resulta equívoco, mistificante, hablar de la asimilación de los inmigrantes, entendiendo esto como su fusión, con la población preexistente, como en los Estados Unidos, Canadá, etc. Hubo, sí, una adaptación cultural a los patrones culturales hispánicos de la oligarquía criolla, pero ésta (incluso en relación a su exiguo número) \*e mezcló y asimiló muy poco con los inmigrantes, y tampoco quiso

que se mezclaran con el “ganado inferior” al que precisamente quería que remplazaran los importados. El “melting pot” fue pues fundamentalmente entre los mismos inmigrantes, que a la segunda y tercera generación comenzaron a competir en parte con la oligarquía criolla y en ocasiones consiguieron triunfar en algunos campos sobre ella.

Pero el desarrollo de las fuerzas productivas en los decenios subsiguientes allanó la “zanja nacional económica” que dividía al grueso de la población argentina nativa de la inmigrante, y en la década de 1940 había ya en Buenos Aires más inmigrantes internos que externos, por más que en el Congreso de Población de esas fechas se considerara “denigrante” para el país decir que en la Argentina había mestizos...

Los partidos políticos, los sindicatos y demás organizaciones porteñas estaban diseñados conforme a patrones europeos, blancos, y no daban cabida a aquellos “cabecitas negras” que resurgían de un interior reprimido y olvidado, para reclamar el lugar que en parte el inmigrante, de manera indirecta, económica, había ocupado bajo el mando de la oligarquía que lo importó. Era la <sup>1</sup> ‘América invisible’ que se iba haciendo cada vez más visible, a pesar de que todos se conjuraban para negarla.

Esos millones de “cabecitas negras”, representantes en la Capital blanca, “argentina”, de otros muchos millones del “interior”, acabaron por rebelarse contra la discriminación de que eran objeto y, como es sabido, su protesta se aglutinó en torno a la figura de Juan Perón.

Desde entonces y hasta la fecha ningún otro líder significativo, ningún otro movimiento sociopolítico de alguna importancia ha intentado en serio representar —aun utilizándolos también para sus intereses— al grupo específico de los “cabecitas negras”. Todos los que dijeron querer hacerlo lo hicieron con criterio asimilacionista, leá exigieron de entrada perder su personalidad, su identidad, en el anonimato de una ciudadanía, de una ideología, de una clase *incolora* que dejaba intacta, al negar su existencia y/o (importancia) su discriminación real. De ahí que para no perderse en una falsa igualdad perpetuadora de su posición de ciudadanos de segunda clase los cabecitas negras hayan tenido que seguir ligados al peronismo sea como sea (“¡Bastardo o ladrón, queremos a Perón!”).

Hasta que no se comprenda bien que fue el discrimen racial colonialista contra el interior lo que llevó a poblar masivamente el Litoral con extranjeros, que se asimilaron en buena parte al aceptar esa estructura social, esa discriminación racial que legitimaba su presencia y les favorecía en todos los campos, no se comprenderá la necesidad que tiene la población del interior de reivindicarse a su

vez como “minoría” racial discriminada. La justa reivindicación que se encuentra detrás de las contradicciones del justicialismo es la ludia contra el colonialismo interno de la “Argentina blanca” contra la “Argentina de color”.

Mientras se siga negando el discrimen racial contra el “cabecita negra”, no será posible la toma de conciencia mínima necesaria para combatir el dualismo que divide al país; de la misma manera que mientras se niegue la superpoblación argentina faltará una base imprescindible para encuadrar sus problemas. Pero hasta hoy la alienación es tan profunda que incluso los intelectuales de la oposición consideran absurdo pensar que pueda haber en el país problemas serios de discriminación o superpoblación.

La Argentina debe reconciliar en sus hijos al inmigrante y al nativo, sin banderas “radicales” o peronistas, que no les representan sino a nivel de mediadores alienantes. No son los movimientos políticos del pasado los que darán la solución para el futuro, sino los que se vayan creando a la luz de las nuevas realidades que en modo tan doloroso se van revelando. Sólo así se podrá curar la esquizofrenia que padecemos: dos pseudoargentinas que se niegan mutuamente, para beneficio de los explotadores de turno. Los inmigrantes y sus descendientes deberán renunciar al mito de ser los que han hecho la Argentina, y que su edad fue la edad de oro; los “cabecitas negras” a su vez deberán renunciar al mito que les hace (idealmente), por ser nativos y proletarios, considerarse los únicos con derecho a ser todo el país.

Bajo el lema de “civilización o barbarie” se dividió y alienó el país durante muchos decenios, demostrándose de ese modo hasta qué punto esa misma oposición era falsa, cuánta barbarie había en esa civilización. Contra ese grito, desde hace más de tres decenios, otro no menos exclusivo sigue dividiendo en sentido contrario, falsamente “compensador”, el país: “Perón o muerte”. La realidad muestra cómo también esa oposición es ilusoria, cómo el peronismo no resuelve sino que perpetúa la lucha entre las dos Argentinas, empobrecidas y ensangrentadas ante nuestros ojos. Los triunfos parciales de una Argentina sobre otra no harán sino retrasar el día en que ambas puedan llegar a reconocerse y unirse, única manera, insistamos, de que no sigan dominadas por los colonialismos que las manipulan, enfrentan y de ese modo continúan e incluso aumentan su explotación y saqueo del país.

## ÍNDICE

	Pág.
I. Argentina <i>está</i> superpoblada .....	9
II. Densidad y rendimiento agropecuario .....	22
III. La población en la industria y servicios .....	37
IV. El desempleo de jóvenes, viejos y mujeres ...	60
V. El crecimiento vegetativo en la Argentina . .	79
VI. El vaciamiento poblacional por el capital humano extranjero 97	
VII. Las migraciones internas y la superpoblación urbana 135	
VIII. Algunas tendencias demopolíticas recientes .. .	166
IX. Responsabilidades internacionales de la Argentina en materia de población .....	187
X. ¿Cantidad o calidad? .....	205
APENDICE. La alienación argentina .....	217

## DATOS BIBLIOGRAFICOS DEL AUTOR

Martín Sagrera, nacido en Gerona (España) el 6 de setiembre de 1935, se ha nacionalizado como ciudadano argentino. Su dirección actual es: Departamento de Ciencias Sociales / Universidad Simón Bolívar / Apartado Postal 5354 / Caracas / Venezuela.

### **APARTADO 36.131**

*Diplomas principales:*

**j y—}**

Licenciado en Sociología (Sorbona, París).

Licenciado en Filosofía y Letras (Barcelona, España).- Doctor en Letras y Ciencias Humanas (Sorbona, París). Diploma de Demografía (IDUP, París).

Certificados de Etnología y de Historia de las Religiones (Sorbona, París).

*Puestos desempeñados:*

Profesor de Demografía (Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Bogotá J. T. Lozano y Universidad de Oriente, Cumaná).

Profesor de Sociología (Universidades de Puerto Rico, de Guatemala y Central de Venezuela, Caracas).

Profesor de Ciencias Políticas (Universidades de los Andes, Bogotá e Interamericana de Puerto Rico).

Profesor de Ciencias Sociales (Universidad Simón Bolívar, Caracas).

Profesor de Filosofía (Liceo Español, París).

*Obras publicadas*’.

“Mitos y sociedad. Las ideologías en la vida de los pueblos” (Labor).

“Hacinamiento. Sobrepoblación y sexualidad” (Monte Avila).

“Poder blanco y negro. El conflicto racial estadounidense” (Monto Avila).

“Sociología de la sexualidad” (Siglo XX).

“El descubrimiento del hombre” (Ruedo Ibérico).

“Racismo y política en Puerto Rico” (Edil).

“España peregrina. Sus migraciones actuales” (Costa-Amic).

“El mito de la maternidad” (Rodolfo Alonso Editor).

“Explosión poblacional, economía y política” (Astrea).

“Los racismos en América ‘Latina’. Sus colonialismos internos y externos”.

“El aborto, crimen o derecho” (Pedro Sirera). Encuesta a 1400 personas.

“El subdesarrollo sexual. Un análisis estadístico” (Cuarto Mundo).

Este libro se terminó de imprimir en octubre de  
1976 en los Talleres Gráficos Yunque S.R.L.  
Combate de los Pozos 968 Buenos Aires



